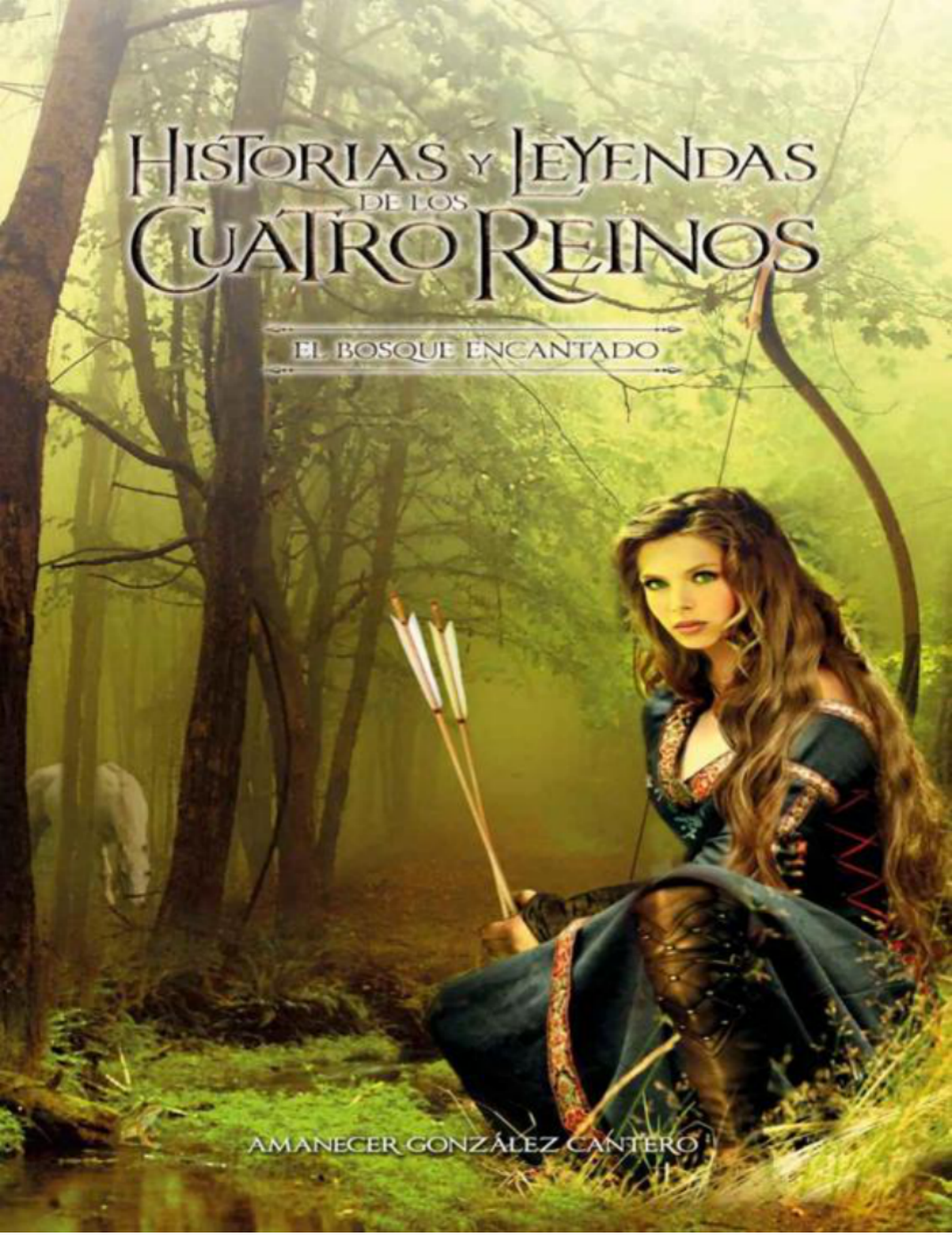
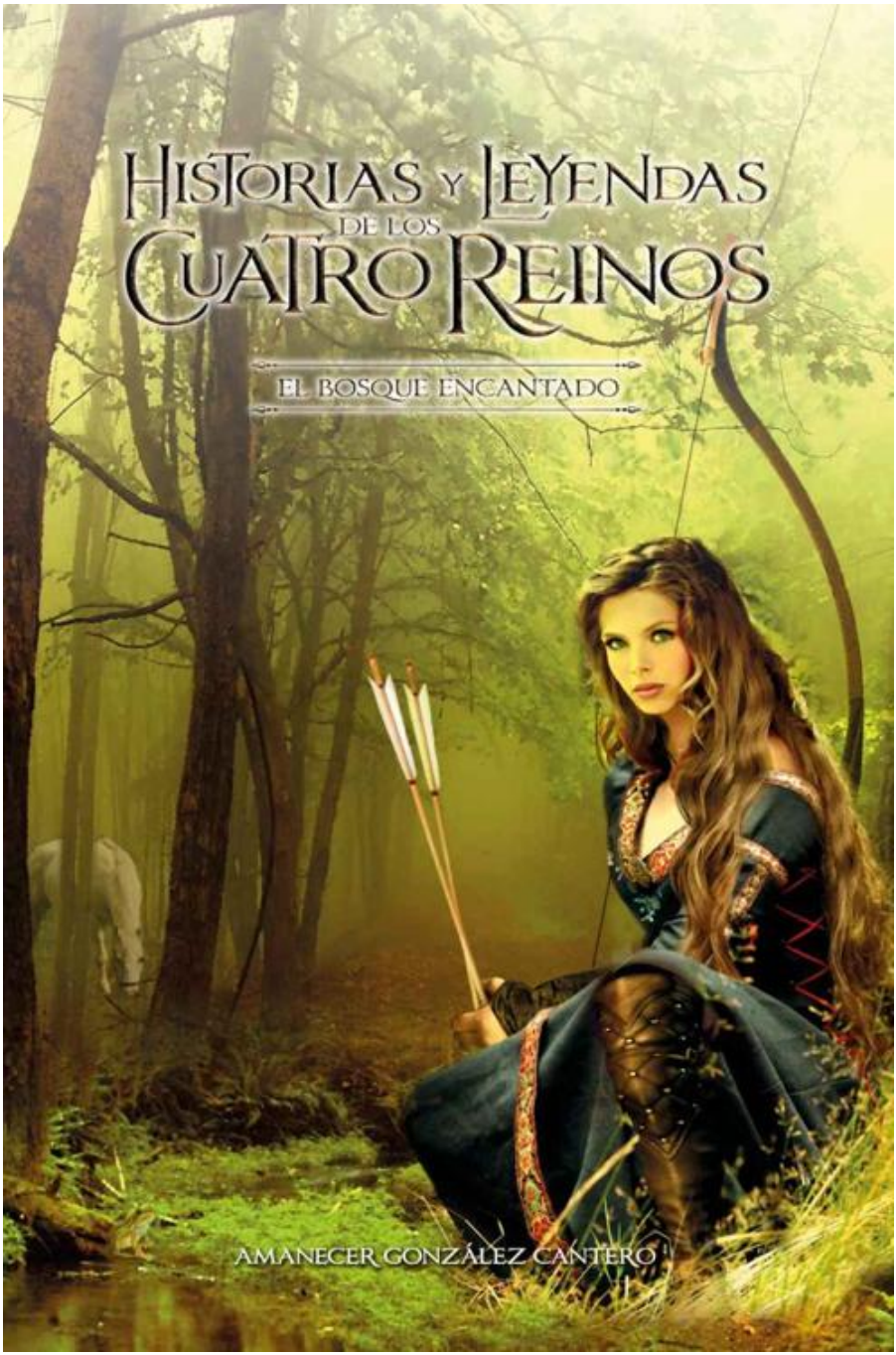

HISTORIAS Y LEYENDAS
DE LOS
CUATRO REINOS
EL BOSQUE ENCANTADO
AMANECER GONZÁLEZ CANTERO



Historias y leyendas de los cuatro reinos El Bosque Encantado

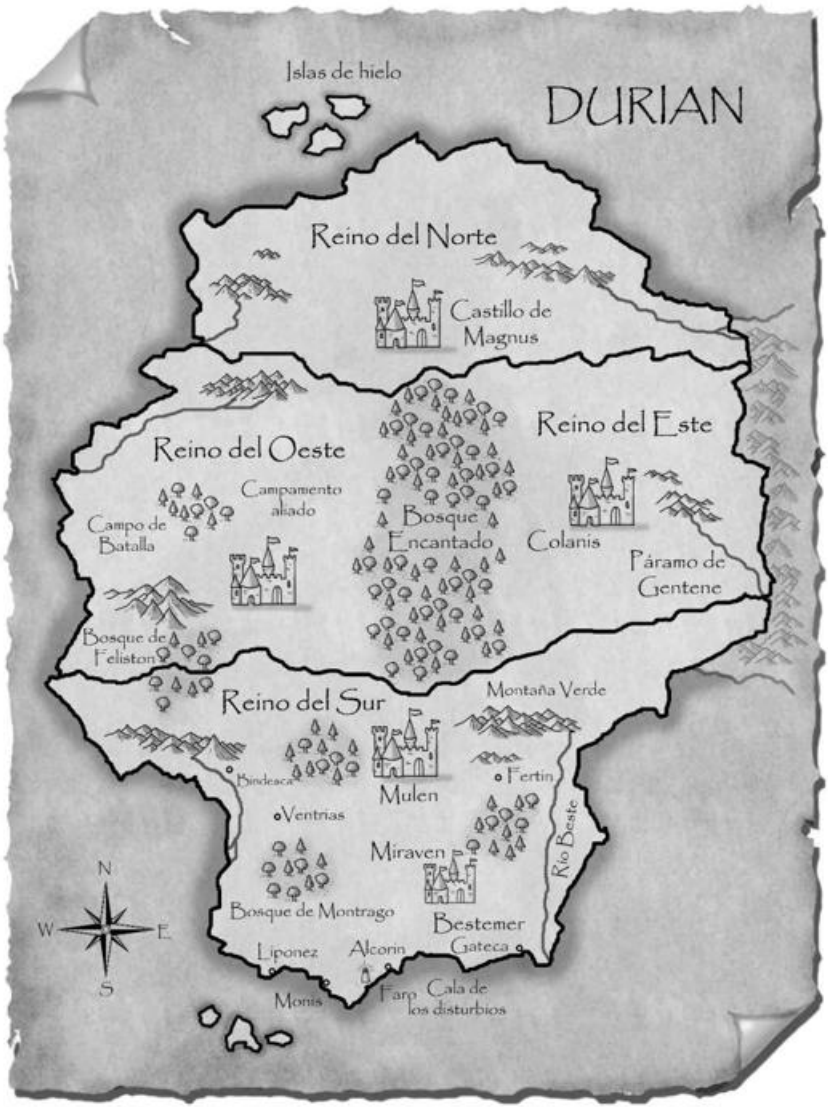
Amanecer González Cantero

A mi marido, por estar siempre a mi lado, sujetarme cuando tropiezo y levantarme cuando caigo. Sin ti ésta historia nunca se hubiera escrito.

A mis hijos, por ser la luz que ilumina mi camino.

A mis padres, por su apoyo incondicional, cariño y paciencia.

A mi familia y amigos, por quererme como soy.



Prólogo

El final estaba cerca, el rey lo sabía. Trató de incorporarse, pero un agudo ataque de tos lo obligó a tumbarse de nuevo sobre el lecho. Su respiración entrecortada sacudía en leves espasmos su ajado cuerpo.

La reina acudió a su lado para ayudarlo y colocó un almohadón a su espalda. La observó detenidamente y una punzada de remordimiento atravesó su corazón. Iba a dejarla sola, a su esposa, a la luz de sus días. Pero no podía hacer nada por evitarlo.

—Decidles que entren —pidió el rey en un susurro.

La reina asintió antes de dirigirse hacia la puerta de la alcoba real. Volvió la vista un instante y se giró con rapidez, antes de que la viera llorar.

El hombre la siguió con la mirada por la habitación, simulando no haber advertido el dolor en su rostro. Inclinó la cabeza y suspiró. Entonces las imágenes fueron sucediéndose ante él, escondidas tras el velo gris de su anciana mirada. Personas y situaciones acontecidas a lo largo de su vida fueron pasando ante sus ojos, de manera tan rápida que el monarca apenas discernía la mayoría de ellas.

El rey Juntium el Grande había sido un soberano justo y honorable que había gobernado con mano dura, pero con justicia, el continente de Durian.

En aquel tiempo no existían fronteras ni divisiones; era un reino próspero.

Su límite hacia el norte, el oeste y el sur era el mar. Por el este, una infranqueable cordillera de altos y afilados picos, siempre nevados, seguida de un insondable desierto de dunas doradas, lo aislaban por completo del continente vecino, al que sólo se podía llegar tras una larga travesía en barco.

En Durian convivían, en dudosa armonía, hombres y magos. Los segundos habitaban el continente mucho antes de que los primeros llegaran a poblarlo, provenientes de allende los mares. Los magos eran seres únicos cuya longevidad no se regía por las mismas normas que las de los hombres.

Su ánimo tranquilo y carente de maldad los hacía vulnerables al carácter codicioso y violento propio del ser humano.

Juntium se había esforzado durante su reinado en mantener la débil paz que existía entre ambas castas, ya que el hombre ansiaba poseer la

magia

que en ellos residía. Algunos creían que, de algún modo, podían obligar a los magos a que les entregaran el poder latente en su interior, que abarcaba desde el control de los elementos hasta las visiones sobre el futuro, la sanación o la dominación de la mente.

Ahora que su reinado llegaba a su fin, Juntium lamentaba que la mayoría de magos, incapaces dañar a los hombres de manera intencionada, se hubiesen visto obligados a migrar a la zona central del reino, un enorme bosque poblado por infinidad de especies vegetales y animales, para buscar refugio entre sus ancestrales raíces. Sus elevadas copas, sus brillantes tonos verdosos y la grandiosidad de sus ancianos troncos atrajeron el apacible carácter de los magos, que fueron poco a poco asentándose en él para alejarse de los hombres.

Se contaba que en aquel bosque moraban todo tipo de seres mágicos, aquellos que originariamente habían surgido en el continente de Durian muchos siglos antes de que tanto magos como hombres llegaran a él. Pero aquellas criaturas eran demasiado temerosas y desconfiadas, y casi nunca se dejaban ver.

—Padre. —El primogénito del rey interrumpió sus pensamientos.

—Oh, hijo. —Jumtium volvió en sí y se irguió todo lo que pudo.

Paseó la mirada entre los rostros conocidos que se agolpaban a su alrededor. Su esposa le había dado cuatro hijos, todos varones, y en su lecho de muerte había tomado una decisión que cambiaría el destino de los hombres, y del continente de Durian, para siempre. Sin saberlo, Juntium el Grande estaba contribuyendo a la destrucción del reino que había forjado su linaje a lo largo de su extenso gobierno.

—Hijos míos, he tomado una decisión que deseo compartir con vosotros antes de mi partida.

La reina comenzó a sollozar a su lado. El rey buscó su mano y trató de apretarla con fuerza. Carraspeó antes de continuar.

—He decidido dividir el reino de Durian en cuatro partes, ya que es mi deseo que todos vosotros tengáis la oportunidad de gobernar.

—¡Pero padre! —Kilenis, el mayor de los hermanos, gritó fuera de sí mientras apretaba los puños con fuerza—. ¡No es eso lo que me habías prometido!

El príncipe paseó por la alcoba para calmarse. Había comenzado a saborear las mieles del poder en el mismo instante en que supo que su padre

se moría, así que la noticia supuso un duro golpe para el orgulloso príncipe.

—He dicho que Durian quedará dividido en cuatro. —La severa mirada del rey hizo que Kilenis se estremeciera—. La comarca del Sur será para mi primogénito; la del Este pertenecerá a Húnije; el Oeste corresponderá a Paulo y la región del Norte será para Droge, el menor.

Los cuatro hermanos se miraron en silencio. Droge, que se había imaginado una vida miserable a la sombra de sus hermanos, se atrevió a sonreír consciente del poder que su padre acababa de otorgarle.

—La única condición que impongo —continuó Juntium—, es que todos respetéis los dominios de los magos, que ahora viven en paz dentro los límites del Gran Bosque. Así que el bosque no pertenecerá a ninguno de vosotros.

Los príncipes compartieron una mirada cómplice antes de acceder a los deseos de su padre.

—También es mi deseo que reinéis manteniendo la unidad entre los cuatro reinos y que todos los súbditos de Durian, independientemente del lugar del que provengan, sean tratados igual en cualquier parte del continente. Así mismo, velareis por los magos y los protegeréis cuando se vean amenazados.

—Así se hará, padre —se apresuró a decir Kilenis, imponiéndose a sus hermanos.

Entonces un nuevo ataque de tos, más profundo y agudo que los anteriores, estremeció el viejo cuerpo del rey, que abandonó a los suyos mientras los angustiosos lamentos de la reina anidaban en cada rincón del palacio.

Juntium el Grande falleció una triste mañana de primavera. Como si los cielos fueran conscientes de la pérdida de aquel gran hombre, la lluvia cayó incesante durante todo el funeral, como si llorara amargamente en su despedida.

Fue entonces cuando los cuatro hijos del rey más grande que Durian había conocido pasaron a repartirse el continente, fijando los límites de sus reinos no sin cierta arbitrariedad y en medio de brutales

enfrentamientos.

Los príncipes olvidaron la promesa hecha a su padre y pronto las disputas reinaron más que la cordura o la justicia.

En ese clima enrarecido, Droge intentó adueñarse del Gran Bosque donde vivían los magos. Consideraba que había salido perdiendo en el

reparto realizado por su padre, pues el Reino del Norte, helado la mayor parte del año, no gozaba de la bonanza del resto de reinos. Ante semejante osadía, sus hermanos entendieron oportuno arrebatarle aquello que había reclamado para sí, dando comienzo un encarnizado enfrentamiento por el dominio de aquellas tierras.

Los magos que no se habían refugiado dentro de los límites del bosque pronto perecieron a manos de los soldados de los nuevos reyes en aquella batalla desigual, ya que su estirpe era incapaz de atentar contra el hombre, ya fuera por su propia mano o a través de su magia, ni tan siquiera para defender su propia vida.

Finalmente, tras ser perseguidos, acosados y exterminados sin piedad durante años, los magos supervivientes, cansados del atropello y las injusticias que venían sufriendo por parte de los hombres desde hacía tanto tiempo, decidieron proteger con su magia el bosque que constituía su hogar, y a todos los seres y criaturas que en él moraban. Rodearon el perímetro de sus tierras con un halo invisible dotado de poder; un delgado hilo que brillaba con destellos azulados en las noches de luna llena.

Se cuenta que fue así como el Gran Bosque se convirtió en el límite natural de los cuatro reinos, un espacio inexpugnable donde no se permitía la entrada a los humanos y donde la casi extinta estirpe de magos pudo vivir en paz hasta el fin de sus días. Desde entonces, aquel bosque pasó a ser conocido como el Bosque Encantado, y sobre él se escribieron multitud de historias y leyendas.

Muchos reyes sustituyeron a los hijos de Juntium en los siglos venideros y el recuerdo de los magos acabó por extinguirse, convirtiéndose en otra más de las leyendas que moraban en los corazones de los hombres. Aun así, después de tantos años, tras la multitud de acontecimientos convulsos y de épocas de bonanza que se fueron sucediendo, las Historias y Leyendas de los Cuatro Reinos perduraron en la memoria de la mayoría, transmitiéndose de generación en generación para que nadie olvidase el origen de su reino.

Fue en aquel tiempo lejano cuando se forjaron las historias y leyendas acerca del Bosque Encantado. Y aunque ya no se recuerda la existencia de los magos en el continente, nadie osa jamás penetrar en sus dominios.

Nadie se atreve a internarse dentro de los límites del Bosque Encantado por temor a lo que mora en sus entrañas, por temor a lo que haya de cierto en

esas historias y leyendas, ya que, según se dice, algo habita en el corazón del bosque. Y es mejor estar alejado de su poder.

1

La Dama

Despuntaba el alba en aquella mañana de primavera. Los primeros rayos de sol acariciaban la fachada de piedra del castillo mientras el astro rey reaparecía tras la montaña que coronaba el colorido valle de la tierra de los Solsein.

Amira se desperezó en su lecho. Miró hacia la ventana y sus ojos parpadearon varias veces hasta que se acostumbraron a la radiante luz que se colaba entre los pliegues de las cortinas. Salió de la cama de un salto y comenzó a vestirse con rapidez, sin dejar de mirar hacia el ventanal.

—No puedo creer que me haya quedado dormida —se reprendió mientras terminaba de vestirse.

Su esbelto y musculoso cuerpo se intuía bajo la ropa. Era una joven muy hermosa, de piel tostada, cabello castaño y ondulado, y unos ojos verdes almendrados que recordaban los primeros brotes de primavera. Su nariz, fina y respingona, contrastaba con unos carnosos labios que siempre conservaban un tono rosado.

Salió de la habitación para recorrer a toda prisa el pasillo que desembocaba en la escalera situada en el ala oeste. El suelo alfombrado ensordecía su carrera a través de la amplia galería del piso superior, que albergaba las habitaciones de todos los miembros de la familia. Las paredes de piedra estaban adornadas con pinturas de paisajes, que se alternaban con otras que reflejaban los rostros de algunos de los ancestros de la familia Solsein, o los escudos y blasones familiares. Un amplio ventanal iluminaba todo el pasillo.

Cuando Amira llegó abajo, Miren, la cocinera, ya tenía preparado el desayuno. La chica se sentó en un taburete delante de la mesa situada frente a la chimenea.

—Hoy sales tarde —apuntó la mujer con cariño.

—Sí, me he quedado dormida —respondió malhumorada mientras daba un sorbo al tazón de leche caliente.

—Te exiges demasiado; siempre lo haces —le dijo Miren con cariño mientras removía dentro del caldero de sopa que estaba hirviendo en la chimenea.

—Si salgo tarde no puedo terminar el recorrido —protestó Amira,

engullendo con rapidez un trozo de pan tostado.

Todas las mañanas recorría a acaballo las tierras del condado de su padre para comprobar que todo estuviese en orden. Se sentía útil ayudándolo en esa tarea, pero sobre todo orgullosa de que el conde hubiera declinado en ella dicha responsabilidad, como futura heredera.

También estaba el hecho de que le encantaba pasar todo el tiempo posible al aire libre. Eso era algo que su madre no comprendía, pues era de la opinión de que las damas debían permanecer recogidas en el castillo, bordando, leyendo o cosiendo. Pero por suerte su padre siempre la alentaba a realizar cualquier actividad que la hiciera feliz. Gracias a eso Amira se había entrenado en el tiro con arco, modalidad en la que había destacado desde pequeña, y que le había granjeado una envidiable reputación.

El Conde Jum Solsein era un hombre alto y fornido, ducho en el arte de la guerra y el entrenamiento militar; pero amable y cariñoso con sus hijas, en especial con Amira. Era un hombre sensato e instruido que trataba con respeto a sus semejantes. Se había casado con Esmeral Frincas, la primogénita de un adinerado mercader, que le había dado tres preciosas hijas, siendo Amira la mayor. Esmeral era una mujer culta, cuya pasión por el arte y la lectura se había contagiado a su hija. Aunque Amira también se sentía atraída por la acción y la caza, como su padre.

Jum era el conde de las tierras más fértiles del sur del reino y propietario del castillo Miravén, donde vivía con su familia. El condado, afincado en el floreciente Reino del Sur, abarcaba gran cantidad de hectáreas de terreno, desde la montaña del Tajo hasta el pueblo de Béstemer, pasando por el bosque de hayas y robles y las tierras de caza que había más al norte.

Contaba con innumerables campos de labor donde se sembraba trigo, centeno y maíz, entre otros cereales. Había huertas y árboles frutales por doquier; el rio Beste regaba todo el condado.

Amira terminó su desayuno y se dispuso a salir del castillo para comenzar su recorrido matutino. Salió de la cocina y ascendió la escalera que desembocaba en el recibidor, frente al salón que era el orgullo de la familia. En dicho salón se habían celebrado las fiestas más majestuosas que

se recordaban en años. A ellas acudían los vecinos del pueblo, así

como los amigos de la familia, entre ellos el Conde Caste de Bris y su hijo Ansol, el prometido de Amira.

—Hoy sales tarde. —Una voz aguda hizo parar en seco a la joven, que se volvió sonriente.

—Sí, por eso tengo prisa, padre.

—Está bien, pero no te entretengas en el recorrido —le recordó Jum.

—Volveré pronto para ayudar en los preparativos de la fiesta; no me lo perdería por nada.

—Por supuesto que no te lo perderás, es tu fiesta de compromiso

—repuso el conde devolviéndole la sonrisa.

Amira corrió a través del patio de armas en dirección a los establos, donde Jimena, su yegua favorita, la esperaba impaciente. Atravesaron al galope el puente para dejar atrás a los soldados que se entrenaban en el patio. Hacía muchos años que la paz se había instaurado en el reino, pero la amenaza constante del Magnus, rey del Norte, hacía prevenidos a los hombres.

Pronto recorría el camino que conducía hacia el sur, atravesando los campos de labor. A la derecha crecía un frondoso bosque de hayas y robles donde la caza era abundante. A medio camino giró a la izquierda por un sendero que la situó junto al río. Siguió cabalgando hacia el sur por el margen del río, deleitándose con el inmenso valle que constituía su hogar.

El Conde Solsein no cultivaba gran parte de las tierras de labor, así que las cedía a la gente del pueblo para que obtuvieran grano para el invierno.

También permitía a sus vecinos cazar en el bosque, ya que así se mantenían controladas las poblaciones de amínales que lo habitaban. El padre de Amira cultivaba varias hectáreas de terreno, para lo que empleaba a numerosos peones en la larga temporada de siembra y recolección. Pagaba un generoso jornal a fin de que cuidaran bien de sus cosechas, que producían suficiente grano para que su familia pudiera abastecerse todo el año, y el excedente se vendía. Las tierras del condado eran tan extensas que con una parte se satisfacían las necesidades del castillo, y el resto eran cedidas a los granjeros y agricultores para que pudieran aprovecharlas. Jum Solsein era de la opinión de que si todos estaban bien alimentados y satisfechos, la paz

sería más duradera.

Numerosos huertos y frutales crecían cerca de los muros del castillo.

Detrás de la edificación se encontraban los corrales donde se criaban pollos, gallinas, cerdos, ovejas y vacas, destinados al consumo. Y más al norte se extendían los campos de caza mayor, a los que sólo accedían el conde y sus allegados.

En el límite sur del condado, donde terminaban las tierras de los Solsein, se encontraba Béstemer. Era un pueblo apacible, aunque bastante poblado.

Un poco más al sur, a menos de medio día de camino, se encontraba la costa, con la ciudad de Álcorin como punto de encuentro de marineros y comerciantes, cuyo mercado era la envidia de la región. Allí se comerciaba con una gran variedad de mercancías, en especial las más exóticas, llegadas a puerto desde lugares lejanos.

Había llegado a la mitad del recorrido que se había fijado para ese día y frente a ella se encontraban las primeras casas del pueblo. Estuvo tentada de acercarse a visitar a su amiga Zina, pero torció por el sendero de la derecha y tomó rumbo de vuelta al castillo. Pronto el camino comenzó a ascender en dirección norte. La joven miró el horizonte y frunció el ceño. La capital del Reino del Sur debía hervir con los preparativos de la Fiesta de la Primavera en esos momentos. El rey Fredo cuidaba mucho los detalles de aquella festividad.

La familia Solsein acudía cada año y allí coincidía con Ansol durante los tres días que duraba la fiesta. La joven disfrutaba de aquellos momentos al lado de su prometido. Pero aquel año no acudirían a la Fiesta de la Primavera, porque en sólo dos días se celebraría en el castillo de Miravén una gran fiesta en honor a los prometidos, que contraerían nupcias en verano.

Amira había estado enamorada de Ansol desde que era una niña, así que cuando él se le declaró el año anterior, le temblaron las piernas por primera vez en su vida. Se había sentido vulnerable y no le había gustado. Pero él no la trataba como si fuera una chica frágil y vulnerable, sino que había reforzado su carácter fuerte e independiente. Y por eso ella lo amaba aún más, porque había respetado su libertad e incluso la había alentado en su sed de conocimiento al ofrecerse como su instructor en el manejo de la espada, algo que hacían a escondidas desde hacía meses.

La joven alcanzó el patio del castillo. En la puerta del enorme edificio

apareció su madre.

—¿Pero dónde estabas? —espetó con fingido gesto de disgusto—. ¿Es que no has podido saltarte hoy tus alocadas carreras?

Esmeral tenía las manos en la cintura en un gesto de desaprobación. Su cabello estaba recogido a un lado; sus oscuros ojos almendrados observaban a su hija con intensidad.

—Perdóname madre, pero necesitaba salir. Hoy va a ser un día duro

—respondió la chica—. El resto de la jornada estoy a tu disposición.

Su madre sonrió mientras le tendía la mano.

—Anda sube a darte un baño y vestirte decentemente, que te esperamos en el salón.

La condujo a través de la puerta hasta la escalera que ascendía al piso superior de la edificación. Esmeral se quedó contemplando a su hija. Pronto se casaría y se marcharía a vivir con su esposo y, aunque la casa de los recién casados se encontraba muy cerca del castillo, sabía que la echaría de menos.

—Ya ha llegado —le dijo Esmeral a su esposo cuando entró en el salón.

Jum estaba sentado en la mesa donde se solían celebrar los banquetes, mirando a través del ventanal. El salón estaba lujosamente adornado: delicadas alfombras llegadas de tierras meridionales cubrían gran parte del suelo; hermosos cuadros de lejanos paisajes colgaban de las paredes, junto a exquisitos tapices multicolores; intrincados candelabros de hierro forjado, repletos de gruesas velas, aportaban luminosidad en las noches. Una chimenea, situada en el lado este, calentaba la estancia. Las cortinas, de textura sedosa y vaporosa caída, aportaban suavidad a la escena. Todos los detalles estaban cuidados al milímetro.

Dos grandes cristaleras iluminaban el salón, desde donde se podía contemplar el jardín principal, que en esa época del año estaba repleto de flores de todos los colores. Su aroma podía percibirse incluso con las ventanas cerradas. Grandes árboles de hoja perenne crecían en varios puntos para aportar sombra y frescor en los días calurosos, bajo los que se distribuían bancos de mármol que hacían las delicias de quien disfrutaba de aquel espléndido espacio. La hierba alfombraba el jardín, que estaba bordeado por pequeños setos ornamentales. Una

fuente y un estanque con peces y nenúfares coronaban el extremo sur.

—No seas muy dura con ella —dijo de pronto el conde.

—Yo no soy dura —respondió Esmeral molesta—. Solo pretendo educarla bien.

—Digo que pronto se irá de nuestro lado. Disfruta de su compañía los meses que quedan hasta el enlace, y no la reprendas demasiado —el rostro de Jum ensombreció de repente.

No podía creer que su pequeña fuera a casarse. Era cierto que Amira era la mayor de sus hijas, pero sólo tenía diecisiete años. Sabía que echaría de menos su risa y su carácter fuerte pero apacible.

La joven entró en el salón.

—Ya estoy lista —se acercó a su padre y posó una mano en su hombro—. ¿Cuáles son mis tareas?

—Creo que deberías decidir el color de los manteles, dónde van a ir colocados los invitados y el menú que deseas que se sirva —dijo su madre contando con los dedos a la vez que hablaba.

—El color deberías escogerlo tú, madre, que eres más avezada que yo en estas cosas —contestó la chica con celeridad. Su padre la miró y asintió mientras reprimía una sonrisa al advertir que Esmeral se erguía al escuchar el cumplido—. Y los invitados, no se... Podrían sentarse donde quisieran,

¿qué te parece, padre?

—Creo que es una espléndida idea, siempre que Ansol y su familia se sienten cerca de nosotros. Tu prometido debe estar junto a ti para el brindis.

Será innovador que cada cual escoja su sitio. ¡Creo que a nuestros invitados les gustará! —dijo el conde dando una palmada.

Esmeral no estaba muy convencida, pero vio tan entusiasmado a su esposo que no replicó.

—Puedo ir a hablar con Miren del menú —continuó Amira.

—Debes seguir sus consejos —indicó su madre.

La chica salió del salón y bajó a la cocina. Miren estaba afanada

preparando la comida y no reparó en la presencia de la chica.

—Hola Amira —saludó Gelen, la ayudante de cocina.

Gelen era menor que Amira, pero llevaba varios años trabajando para su familia. Mucha gente del pueblo, y de granjas cercanas, acudían con regularidad al castillo en busca de trabajo, sobre todo las mujeres, que deseaban una vida alejada del duro trabajo en el campo. Los condes procuraban emplear a todos los que podían.

—Hola Gelen. —La chica miró a Miren, que seguía ocupada—. ¿Qué tal fue tu visita a Álcorin?

—Muy bien —contestó la ayudante con una enorme sonrisa—. Pude pasar el día con mi padre antes de que embarcara de nuevo. Hacía muchos meses que no le veía.

Gelen había comenzado a trabajar en el castillo cuando su madre murió de gripe varios inviernos atrás. Su padre era marinero y pasaba la mayor parte del año surcando los mares de un continente a otro, así que se alegró mucho cuando Jum Solsein aceptó emplear a su hija.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo de pronto Miren, sobresaltando a las jóvenes.

—Quiero hablar contigo sobre el menú de la fiesta —contestó Amira.

Miren le giñó un ojo antes de indicarle que se sentara en la mesa. La mujer se volvió de pronto hacia Gelen y la miró disgustada.

—¿Y tú qué haces ahí de pie? Ve a preparar la comida mientras hablo con la señorita.

La ayudante se giró con rapidez y se puso a terminar de preparar el almuerzo. La cocina estaba atestada de gente que corría de aquí para allá.

Fue entonces cuando Amira se dio cuenta de que gran parte del menú de la fiesta ya se estaba fraguando. Miren sabía muy bien qué debía servir, así que no tenía que preocuparse. Sonrió para sí.

Al día siguiente se levantó en cuanto el sol irrumpió en su habitación.

Miró con disgusto por la ventana y se quedó contemplando el río y los campos de más abajo. No saldría cabalgar, y eso la disgustaba. Sabía que organizar una fiesta de compromiso suponía un gran trabajo, pero

hubiera preferido hacer su recorrido. Era la primera vez que participaba en los preparativos y su madre quería que aprendiera todo lo posible, aunque estaba convencida de que había gente más preparada en quien delegar tales tareas.

Abrió el armario para vestirse y vio que entre las camisas asomaba un extremo de su arco. Lo tenía escondido para que su madre no se disgustara; también para tenerlo a mano cuando quisiera salir a cazar o practicar en el prado. Acarició la cuerda y buscó a tientas las plumas de las flechas.

Deseaba salir a cazar al bosque más que nada, pero bajó a desayunar al pequeño salón familiar, donde sus hermanas y su madre ya estaban

disfrutando de un tazón de leche caliente con canela, pan tostado con miel y fruta.

—Buenos días —la saludó la pequeña de la familia.

—Buenos días, Beatris —contestó la joven con una sonrisa.

Beatriz tenía nueve años, pero gozaba de una madurez y responsabilidad impropia en alguien de su edad. Amira la adoraba y solía pasar las largas tardes de invierno en su compañía leyendo historias para ella, e incluso inventándolas.

—¿Hoy no sales a cabalgar? —le preguntó Caron.

—Hoy no —le contestó disgustada.

Caron tenía quince años y era muy hermosa, aunque su carácter altanero y conflictivo no le granjeaba muchas simpatías. Amira solía excusarla porque sabía que era una chica excepcional, pese a las formas.

En ese instante Jum entró en el salón y se sentó a la mesa con aire ausente. En su rostro se dibujaba la preocupación.

—¿Qué ocurre, padre? —quiso saber la joven.

Sus hermanas y su madre también se dieron cuenta de que algo le sucedía al conde y lo miraban con interés.

—He recibido una carta del rey Fredo —Jum permaneció unos instantes pensativo—. Dice que Petis no acudirá a la Fiesta de la Primavera… Este año el Reino del Este no participará en los festejos.

El conde guardó silencio. La Fiesta de la Primavera era el acontecimiento más importante en el Reino del Sur y Fredo siempre invitaba a los reyes del Este —Petis— y al del Oeste —Ulter—. Los monarcas nunca habían declinado asistir a la fiesta, hasta entonces. Los tres reinos aliados solían atender a las invitaciones de los demás, ya que era una buena forma de avivar la alianza que mantenían frente al Reino del Norte y su rey. Magnus era peligroso, así que los demás procuraban mantenerse unidos por si volvía a las andadas.

Era muy extraño que Petis hubiera declinado la invitación de Fredo.

Algo no marchaba bien y Jum Solsein pudo advertirlo en aquella misiva.

2

El Caballero

Aquella mañana Ansol se despertó sobresaltado. Aún no había amanecido, pero el cielo comenzaba a clarearse por el este. Se dejó caer sobre la almohada antes de lanzar un suspiro cargado de frustración. Otra pesadilla.

Andaba nervioso los últimos días porque se acercaba la fiesta de su compromiso con Amira. Pero sabía que ese no era el motivo; había algo más que no lograba encajar. Aquella pesadilla se repetía cada vez con más frecuencia, y cuando despertaba, a veces sudando, aún resonaba en su cabeza el rugir de la batalla y el entrechocar del acero de las espadas.

El intenso azul de sus ojos, fijos en el techo, brillaba en la penumbra de la habitación. Poco a poco la luz comenzó a penetrar a través de las ventanas mientras él seguía perdido en sus ensoñaciones. Pensaba en Amira. Solía pasar con ella la mañana del domingo. Se levantaba temprano y acudía al castillo Miravén después del desayuno, saludaba a Esmeral y charlaba un rato con Jum Solsein antes de salir a pasear con ella. Ambos montaban a caballo y, cuando perdían de vista el castillo, Amira lo miraba de aquella manera tan suya, retándolo, espoleaba su caballo y salía al galope delante de él. Desmontaban en un claro del bosque que sólo ellos conocían y pasaban allí el resto de la mañana entre risas, juegos y besos, muchos besos.

A Ansol le gustaba el olor a flores que desprendía, sus carnosos labios rojos y el brillo de sus ojos. Estaba enamorado de ella desde que era un niño y estaba deseando que llegara el día de la boda.

Pero aún no era domingo y todavía tendría que esperar hasta el día siguiente para ver a su prometida en la fiesta de compromiso. Aunque lo que nadie sabía es que Ansol y Amira se veían en secreto todos los jueves en su claro del bosque; pero ese día los besos eran fugaces, ya que el entrenamiento era duro. El chico adiestraba a su novia con la espada. La joven era una alumna aventajada y aprendía con rapidez.

Sonrió pensando en Amira, en sus cálidos besos y en el suave tacto de su piel. A sus dieciocho años, las dudas propias de la inexperiencia y la

juventud lo acompañaban a diario, pero de lo que estaba completamente seguro era de que amaba a su prometida por encima de todo.

Se levantó de la cama para vestirse a toda prisa. El pelo, rebelde y de color castaño claro, le llegaba hasta los hombros. Algunos mechones caían a los lados de su perfilado rostro, enmarcando sus ojos azules. A Amira le gustaba deslizar los dedos entre sus mechones y apartarlos hacia atrás, mientras él disfrutaba de la suavidad con que ella lo hacía.

Ansol era un joven muy activo que solía salir a cabalgar con las primeras luces del alba, antes de dedicar el resto de la jornada a su entrenamiento.

Pero aquella mañana se sentía cansado; la recurrente pesadilla no le había permitido dormir bien.

Bajó con pesadez las escaleras y se encontró en el pasillo con su padre.

El conde Caste de Bris era un hombre enjuto y corpulento, pero bastante resuelto. Su poblada barba le daba un aspecto bonachón. Se había casado con la hija de un campesino, Prud Madmot, una mujer risueña de redondeadas facciones, que no se achantaba ante nada y que disfrutaba cada instante de la vida. Habían tenido tres hijos, siendo Ansol el mayor de ellos.

Sus hermanos, Gilson y Analís, de doce años, eran gemelos.

—Buenos días, hijo. No tienes buena cara. ¿Otra vez esa pesadilla?

—Sí, padre. Últimamente se repite a menudo y me cuesta trabajo descansar. —En realidad la preocupación del joven era mayor que su agotamiento, y Caste lo advirtió.

—No le des tanta importancia a esos sueños. La última guerra se libró antes incluso de que tu nacieras, y ahora mismo las relaciones con el resto de reinos es cordial. —Caste de Bris guardó silencio de pronto.

—Menos con el del Norte —le recodó Ansol.

—Es cierto, pero Magnus no ha dado muestras de actividad desde la última revuelta que acallamos hace algunos años, y sabe que los tres reinos permanecen unidos.

Caste volvió a callar, pensativo. Acababa de recibir una carta del rey Fredo en la que le comunicaba su inquietud ante el hecho de que el rey Petis hubiese declinado la invitación a la Fiesta de la Primavera, pero decidió no compartirlo con su hijo para no preocuparlo aún más.

—Ven —le dijo agarrándolo del brazo—. Reunámonos con tu madre y tus hermanos. Y aparta de tu mente cualquier preocupación.

Ansol disfrutó del desayuno con su familia y acabó olvidando la pesadilla. Su madre era una mujer divertida que casi siempre estaba bromeando, y sus hermanos reían sin cesar, así que pronto la oscuridad que atenazaba el corazón del joven se disipó, e incluso dejó de sentirse cansado.

Salió al patio por la puerta trasera del castillo para dirigirse a las caballerizas. Se acercó a su caballo, Niebla. Era un corcel de impoluto color blanco que le hacía parecer más grande aún. Movía las crines con coquetería, consciente del impacto que su hechura y su porte causaban. Se alegró de ver al muchacho e inclinó la cabeza a modo de saludo cuando lo vio entrar en el establo. Desde allí Ansol podía escuchar el sonido metálico de las espadas y las lanzas entrechocando. Los soldados se entrenaban en el campo cercano, destinado al adiestramiento de los ejércitos del condado. Él mismo solía entrenar allí a diario, pero ese día no tenía ánimos. Los soldados eran hombres y mujeres de todos los confines del reino que se ponían a disposición de los diferentes condados para su instrucción y adiestramiento. El sueldo era generoso, por lo que mucha gente se hacía soldado profesional.

Niebla relinchó disgustado después de un rato y movió enérgicamente la cabeza.

—Está bien —dijo el chico—. Vamos a cabalgar un rato.

Preparó su montura y salió al galope por el patio de armas. El condado de Bris se situaba en la linde sur del pueblo de Béstemer, más cerca de la costa que el condado de los Solsein. Sus tierras también eran muy fértiles e innumerables campos de labor se extendían hasta donde la vista podía alcanzar. Pequeños bosques de encinas y pinos crecían por doquier. La caza era abundante y la cría de rebaños de ovejas y cerdos se repartía hacia el lado oeste del condado.

La gente del pueblo se afanaba en cultivar los campos cedidos por el conde De Bris, al igual que hacía Jum Solsein y el resto de nobles del reino.

Era una costumbre bien arraigada que daba sus frutos, ya que de esa forma se evitaban los altercados de épocas pasadas, cuando muchos durianos perdieron la vida en un enfrentamiento que llevó al pueblo contra el pueblo por culpa del hambre y la miseria.

Ansol cabalgó hasta una pequeña colina desde donde contempló el valle que se extendía a sus pies. De pronto oyó un ruido a su espalda. Volvió grupas y se dirigió a un bosque cercano de encinas, acebos y pinos.

Desmontó para dejar suelto a Niebla, que comenzó a pastar. Cogió el arco, se colgó a la espalda el carcaj lleno de flechas y se adentró en la espesura.

Otro rugido, esa vez más cerca.

Ansol se movía sigiloso, con cuidado de no pisar una rama o alguna hoja seca, pero mirando siempre adelante. Se acercaba a los troncos de los árboles para ocultarse, escuchando cada sonido y olfateando el aire. La arboleda bullía de vida y de actividad, pero Ansol estaba concentrado en aquel gruñir tan característico.

Avanzó un poco más y a lo lejos vio un pequeño arroyo de agua cristalina. Otro gruñido. Allí estaba el animal, bebiendo distraído. El chico agarró con fuerza su arco y colocó una flecha antes de buscar al animal en su punto de mira. El enorme jabalí estaba en el arroyo; miraba hacia los lados antes de volver a meter el hocico en el refrescante líquido. Ansol sabía que el disparo debía ser certero, porque no había nada más peligroso que un jabalí herido. Esperó un poco más. De pronto un imperceptible silbido recorrió la distancia que lo separaba del animal y el jabalí cayó al suelo junto a la orilla.

Ansol avanzó contento entre la hierba para cobrar su presa. Ató las patas del animal con una cuerda y se lo cargo a la espalda. El bicho no era muy grande, pero pesaba mucho.

De vuelta en el castillo, se sentía más animado. La pesadilla era sólo un vago recuerdo y decidió no dejar que lo ensombreciera. Llevó el jabalí a la cocina y Nani, la cocinera, se entusiasmó al ver la pieza. Lo prepararía al horno con miel y unas sabrosas patatas.

Subió a su cuarto para cambiarse. Se calzó las botas de combate, se puso el protector y la cota, se ciñó la espada y bajó al campo de entrenamiento.

El resto de soldados continuaba ejercitándose. Un total de seiscientos hombres y mujeres practicaban con sus armas, unos con la espada, otros con el arco o la ballesta, otros con cuchillos y picas.

—Al fin te has dignado a venir —la voz ronca de Kurn lo saludó nada más llegar.

Kurn era su mejor amigo, y un soldado fiero. Era mayor que Ansol, pero habían forjado una inquebrantable amistad desde que el hijo del conde se incorporó al entrenamiento militar nada más cumplir los diez años. El hombre procedía de las tierras norestes del reino y se hizo soldado cuando era un muchacho, al quedarse huérfano. Vivía en una modesta casa en el

pueblo junto a su esposa, una mujer cariñosa y comprensiva que soportaba con paciencia infinita el carácter un tanto arisco de su esposo. No tenían hijos, aunque lo habían intentado.

—He salido un rato a cazar —contestó Ansol—. Pero ahora necesito algo más de acción.

El muchacho sonrió y desenvainó su espada con rapidez, retando a su amigo con un gesto.

—Pocas veces has conseguido ganarme en combate cuerpo a cuerpo —le recordó el soldado.

—Pues a lo mejor hoy es uno de esos días —bromeó el chico al tiempo que amagaba hacia él.

Enseguida se enzarzaron en un improvisado combate a espada. Un mandoble, defensa, otro contraataque… Las espadas entonaban su habitual melodía.

—Te invito a un buen vaso de vino si me ganas —ofreció Ansol, casi sin aliento, cuando las espadas se entrelazaron. Kurn lo empujó con energía para separarlas.

—Tendrán que ser dos porque voy a darte una paliza —bromeó el soldado.

Ansol giró sobre sí y embistió a su amigo. Kurn se apartó justo a tiempo, antes de que la espada de Ansol le rozara el costado. El muchacho se detuvo un instante comprendiendo que no había medido bien sus fuerzas.

—No debes dudar —le advirtió el soldado—. ¡Aunque tampoco quiero que me mates!

—No voy a matarte. Sólo te haré un poco de daño —bromeó Ansol.

Volvió a blandir la espada, esta vez asida con ambas manos. Kurn giró a un lado y otro evitando los ataques del joven, y pensó que su amigo

se había convertido en uno de los mejores manejando la espada. Ansol volvió a blandir la espada, esta vez con más fuerza, y el acero de Kurn salió volando hasta caer a los pies de una soldado que practicaba con la daga.

—Te dije que hoy era uno de esos días —exclamó Ansol.

—Vaya, al final me he quedado sin vino —se lamentó Kurn—. Pero has luchado bien.

—He tenido un gran maestro —rio el chico, y empujó a su amigo por la espalda—. Vamos, te invito a ese vino de todas formas.

Entraron en el castillo charlando animadamente. Se sentaron frente al fuego en uno de los salones de la planta inferior y Ansol le sirvió una generosa copa de vino a su amigo. Nina había aderezado el líquido con un poco de canela y Kurn bebió su copa con avidez. Ansol se la volvió a llenar.

—¿Cómo van las obras de tu nuevo hogar? —preguntó el soldado.

—Muy avanzadas. Los constructores casi han terminado.

—¿Están siguiendo los planos o se permiten su opinión?

—Si saben lo que les conviene, procurarán seguir los planos a la perfección. —Ansol sonrió divertido—. Sino tendrán que vérselas con Amira. Creo que en dos semanas estará todo terminado.

—La semana pasada pasé por allí y la verdad es que la edificación es impresionante —reconoció Kurn.

—Es diferente —se limitó a contestar Ansol encogiendo los hombros.

—No es una construcción defensiva —respondió su amigo—. Parece más bien un palacete, y me gusta. Estamos en tiempos de paz y no son tan necesarios los patios de armas y los fosos.

—Supongo… —Ansol se sintió de pronto invadido por oscuros pensamientos.

Las sombras de la habitación bailaban al son de las luces proyectadas por la chimenea. Era casi mediodía, pero el pequeño salón, situado en la parte norte del castillo, permanecía en penumbra. Ansol atusó las llamas y el crepitar del fuego inundó la estancia. El joven apoyó una mano en la repisa de la chimenea y clavó la mirada en el resplandor

rojizo que manaba de ella mientras se sumía en sus pensamientos.

—Te conozco bien. —Kurn rompió el silencio—. Sé que algo te preocupa.

Ansol se volvió hacia su amigo. Fatigado, se dejó caer en uno de los sofás de terciopelo de la estancia.

—Tus ojeras te delatan, Ansol. Sé que no duermes bien y creo que el motivo son esas pesadillas, ¿me equivoco?

El chico se removió incómodo en su asiento. Había comentado en una ocasión sus pesadillas con Kurn, pero su padre le aconsejó que no hiciera más, así que simuló que no había vuelto a tenerlas. Pero Kurn lo conocía bien.

—Cada vez son peores —confesó en un susurro—. Veo cuerpos mutilados, oigo gritos desesperados, casi puedo oler la sangre…

Kurn notó la angustia en las palabras de su amigo y sabía que nada de lo que dijera podría alentarlo, así que permaneció en silencio junto a él contemplado el fuego. Ansol continuó visionando la batalla en su mente. Lo que no se atrevió a contarle es que muchos de los cuerpos mutilados, muchos de los hombres y mujeres que yacían inertes, eran rostros conocidos.

La fiesta de compromiso

Desde primera hora de la mañana Amira y Esmeral se afanaban con los preparativos de la fiesta. Hermosas guirnaldas de flores colgaban del techo a lo largo del pasillo de entrada, desprendiendo una suave fragancia. En el Gran Salón todo estaba dispuesto. En la mesa se habían distribuido platos, cubiertos y copas para una gran cantidad de comensales. Comenzaron a disponerse algunos alimentos a fin de que los entrantes estuviesen listos antes de que llegaran los primeros invitados. Pronto estuvo abarrotada con platos que contenían frutos secos, pastelitos de carne, queso con mermelada, pastel de verduras, puré de patata con hierbabuena y limón, y cuencos con verduras aderezadas.

La fiesta comenzaba a tomar cuerpo y Amira notó que su nerviosismo se acrecentaba. Pronto estaría sentada junto a Ansol, brindando por un futuro juntos.

—Es hora de que subas a arreglarte para la fiesta. Yo me encargo de todo

—le dijo Esmeral con cariño.

La joven salió corriendo del salón. En el pasillo se cruzó con Gelen, que provenía de la cocina con más platos para colocar en la mesa. La ayudante le hizo un breve gesto y suspiró. Ese día el castillo era un hervidero de empleados que corrían en todas direcciones.

Al llegar a la escalera se encontró con Beatris, que la condujo emocionada hasta su habitación, donde Caron la esperaba para darle una sorpresa. Sobre la cama, un bonito vestido de seda de color violeta resaltaba contra la colcha blanca.

—Es precioso —exclamó emocionada mientras dejaba que sus hermanas la ayudaran a vestirse.

Las mangas ajustadas al puño eran más anchas a la altura de los hombros y un generoso escote en forma de uve resaltaba su piel bronceada. Una cinta rosa de raso lo ceñía bajo el pecho. Bajaban las escaleras charlando distraídas cuando se encontraron con su padre. Jum vestía un lujoso manto de terciopelo azul y dorado que arrastraba sobre el suelo de piedra. Bajo el

manto, una amplia camisa blanca abotonada, una chaqueta roja con adornos dorados y unos pantalones de cuero negros completaban el

atuendo. Las botas, que le llegaban hasta la rodilla, le hacían parecer aún más alto.

Sonrió a sus hijas y las abrazó orgulloso.

Justo cuando iba a decirles algo entró corriendo uno de los mozos para anunciar que los primeros invitados estaban llegando. Amira se agarró del brazo de su padre y juntos salieron a recibirlos.

La primera carreta había llegado al patio traqueteando ruidosamente; algunos vecinos del pueblo bajaban de ella admirando los adornos.

—Buenas tarde —bramó el conde con gesto afable y los brazos extendidos—. Bienvenidos a nuestra fiesta.

—Buenas tardes Jum —replicó el más anciano de ellos, que se acercó al anfitrión para fundirse en un caluroso abrazo.

—Me alegro de verte, Marto. Cada año estás más viejo —bromeó el conde.

—¿Y crees que tú no? —contestó el anciano soltando una risotada.

¡Mira!, si está aquí la hermosa novia —el hombre se acercó a Amira para besarla en la mejilla.

Muchos de los vecinos del pueblo eran buenos amigos de la familia de los Solsein, y el conde trataba a los amigos como a su propia familia.

—Por favor pasad al salón y tomad asiento donde gustéis —indicó la chica.

—¿Dónde queramos? —Marto miró inquisitivo a su viejo amigo.

—Eso es —respondió el conde con una amplia sonrisa—. Puedes sentarte donde te plazca.

—¿En serio?, pues entonces voy a coger el mejor sitio junto a la chimenea —rió el anciano. Su esposa tuvo que salir corriendo para alcanzarlo cuando atravesaba la puerta de entrada.

Más carros y caballos llegaban al castillo y Amira y su padre se esmeraban en saludarlos a todos. De un carruaje descendió una chica mirando en todas direcciones. Su largo cabello oscuro centelleaba a la luz del sol mientras unos profundos ojos verdes buscaban entre las caras allí reunidas.

—¡Amira! —gritó cuando vio a la chica junto a la puerta saludando a un mercader y su familia.

La joven se volvió para correr a los brazos de su amiga.

—Zina. Estaba deseando volver a verte.

Amira y Zina era amigas desde niñas. Se habían criado juntas, ya que sus familias eran parientes. Largos veranos jugando y recorriendo el valle en busca de aventuras había forjado entre ellas una amistad eterna. Se habían educado juntas, ya que eran de la misma edad. Zina se había casado la pasada primavera en la casa que compartía con su esposo Fin, un comerciante reputado que era dueño de una famosa tienda en el pueblo, que proveía a los vecinos de alfombras, muebles, cojines, cortinas y toda clase de adornos para el hogar.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Zina emocionada.

—Muchísimo, parezco una niña tonta —respondió mientras se sonrojaba—. Estoy deseando ver a Ansol.

—Mira —exclamó Fin acercándose a las chicas—, pues ahí lo tienes.

Amira se giró hacia la puerta del patio de armas y vio a Ansol llegar montado a lomos de Niebla. Iba acompañado de su padre, el conde de Bris; les seguía un carruaje del que descendieron su madre y sus hermanos. Ansol descubrió enseguida a Amira junto a la entrada y, tras descabalgar de un salto, corrió a su encuentro.

—Estás preciosa —le dijo sin dejar de mirarla con aquel gesto cómplice que sólo ella sabía interpretar.

Esmeral apareció en la entrada e indicó a los presentes que se apresuraran en entrar al salón y ocupar un asiento, porque iban a empezar a servir la comida. Cuando todo el mundo hubo ocupado su lugar, el conde Solsein hizo un gesto al sirviente que permanecía erguido en la puerta y se sirvió el vino. Todos alababan el delicioso sabor afrutado de la bebida cuando los empleados comenzaron a inundar el salón con gran variedad de manjares.

Los comensales degustaban con avidez el menú, y comieron y bebieron hasta terminar todos los platos. Entonces Jum Solsein se levantó del sillón que ocupaba y pidió silencio. Había llegado la hora del brindis por los novios y todo el mundo cogió su copa.

—Queridos amigos y vecinos —comenzó, alzando la copa—. El conde

de Bris y yo os agradecemos que hayáis venido hoy a celebrar con nosotros.

Caste de Bris se levantó entonces de su asiento y, alzando también la copa, continuó el discurso.

—La boda de nuestros hijos se celebrará el próximo verano en la casa que los futuros esposos ocuparán cuando contraigan nupcias. Y, como es tradición, os pedimos aquí y ahora que brindéis por su futura felicidad.

—Amira, Ansol —continuó el conde Solsein mirando a los novios—. Os deseamos de corazón un largo y próspero futuro lleno de felicidad y descendencia.

—¡Así sea! —gritó al unísono el salón al completo, y el entrechocar de las copas de cristal resonó por todo el castillo.

Ansol y Amira se ruborizaron con algunos comentarios picantes que comenzaron a circular por la mesa, casi todos referentes a la noche de bodas. Amira se estremeció de emoción al pensar en su enlace, mientras Ansol, que sujetaba con fuerza su mano por debajo de la mesa, la besó ilusionado.

Entonces la música comenzó a sonar y se abrió el baile. Muchas parejas jóvenes se atrevieron a salir a la pista. Ansol y Amira bailaron admirando su reflejo en los ojos del otro durante toda la tarde.

***

—Todo está listo, mi señor —un guardia vestido de negro entró en el salón del trono, inclinándose ante el rey.

—Bien —se limitó a decir una sombra oscura sentada en el trono—. Que se preparen para partir al atardecer. Ya sabes qué hacer.

El guardia, que no había levantado la cabeza, salió rápidamente para dirigirse a la planicie situada a las puertas del castillo, a fin de dar la orden al ejército. Varios millares de soldados acampaban en el lugar, listos para emprender el viaje.

El rey se levantó y, saliendo de la penumbra, caminó por la habitación con las manos en la espalda. Su manto negro serpenteaba a su paso, mientras el sordo sonido de su arrastre acompaña el crepitar del enorme fuego que ardía en la chimenea. Magnus era el soberano del Reino del Norte, el más antiguo de los cuatro reyes. Fredo, el rey del

sur, primo lejano suyo, era el más joven de todos.

Magnus se detuvo al llegar al único ventanal que iluminaba la estancia y permaneció inmóvil. Sus cabellos, en otro tiempo negros como el azabache, parecían agitarse con el reflejo de las llamas. Una barba bien cuidada

enmarcaba su mentón y cubría el labio superior, siempre fruncido en una perpetua mueca de disgusto. Sus ojos, negros como la noche, rezumaban odio.

Abajo, en la explanada helada, el ejército se preparaba para partir. El trayecto era largo, así que no alcanzarían su objetivo hasta pasadas varias jornadas. Se sentía invadido por una extraña sensación de poder, mientras el sabor de la muerte se agolpaba en su boca. Sus hombres sembrarían su odio allí donde llegaran, y la idea le hizo sonreír.

—No cantéis victoria tan pronto, mi señor. No es prudente —le dijo una voz a su izquierda.

De entre las sombras apareció un anciano encorvado que se apoyaba en un bastón. Su túnica gris parecía flotar mientras caminaba hacia Magnus.

Sus ojos, cansados y tristes, brillaban en la penumbra del salón. Su cabello, largo y blanco, danzaba sobre su espalda.

—No te metas —amenazó el rey mirándolo con frialdad—. No he pedido tu opinión.

—Lo sé, y sin embargo os la doy. Incierto futuro aguarda a vuestra empresa, ya os lo advertí —el mago se situó junto al rey y observó la explanada, pensativo.

Las dos sombras que se dibujaban al trasluz de la ventana representaban una oscura amenaza proyectada sobre los fríos muros del castillo. En la planicie, los soldados se organizaban ante sus respectivos jefes para recibir órdenes. Sus pantalones de cuero, sus botas y sus capas eran completamente negros. Incluso la cota de malla y la armadura eran del mismo color. Parecía un ejército de cuervos sobre la blanca capa de nieve que cubría la tierra.

Mientras el ejército se disponía a partir, un jinete cabalgaba veloz en dirección contraria, hacia la costa, para trasladar las últimas órdenes de su rey. Una jugada que Magnus había desarrollado durante meses y

que absorbía sus pensamientos por completo.

En el Reino del Norte el invierno era largo; demasiado. La nieve aún perduraría varias semanas. El reino, que limitaba al norte con un gélido océano, apenas disponía de montañas. Pequeños cerros salpicaban el paisaje, en su mayoría yermo y rocoso. Debido a las frías temperaturas pocos árboles florecían en primavera, por lo que los bosques se antojaban un tétrico manojo de ramas moribundas. No había cultivos floridos que decorasen el paisaje y apenas un poco de grano lograba arrancarse de la

tierra con mucho esfuerzo. La caza no era escasa en cambio; los enormes osos que habitaban esas tierras podían proporcionar comida a una familia durante varias semanas.

El reino contaba con pueblos y aldeas repartidos por su orografía, donde malvivían sus habitantes. Magnus era feroz y autoritario, por lo que todos temían a su rey. Multitud de leyes y prohibiciones podían conducir a un hombre al cadalso, así que la gente era reacia a salír de sus casas o a relacionarse demasiado con sus vecinos. La vida en el Reino del Norte era miserable y asfixiante, pero pocos se atrevían a huir, y el que lo había intentado jamás regresó.

Sin embargo, su ejército era poderoso. Pero los soldados no eran hombres libres que hubieran escogido su profesión, como sucedía en los demás reinos. Magnus reclutaba a los hombres, solo a los hombres, cuando éstos cumplían la edad de catorce años. Sus lacayos recorrían los pueblos y aldeas llevándose a la fuerza a todo joven que estuviera capacitado para blandir un arma, arrancándolo de su hogar entre las súplicas de la familia y el llanto de sus madres. Era el miedo, y no la lealtad, lo que movía aquel numeroso brazo armado.

De repente el ejército del norte comenzó a avanzar hacia el suroeste con los últimos rayos del sol, como si fuera una manta negra que cubría la tierra a su paso. Caminaba hacia un destino incierto, aplastando a su paso la fría y yerma tierra.

La guerra había comenzado.

El sonido de la cuerna

Ansol se ejercitaba en el campo de entrenamiento. Aquel día había preferido practicar con el arco y lanzaba flechas a un objetivo situado a muchos metros de distancia, entre los troncos de un bosque cercano. A la mayoría le hubiese costado distinguir la diana desde tan lejos, pero para Ansol no suponía un problema.

Desde pequeño, sus entrenadores alentaron la habilidad innata del muchacho en el manejo de las armas. Era capaz de defenderse con la espada, el arco, la lanza, el cuchillo o la daga. Caste de Bris se sentía muy orgulloso de su capacidad y por eso lo había nombrado jefe de armas de su ejército.

Ansol agarraba con fuerza la madera suave y flexible de su arco mientras tensaba la cuerda cargada con la flecha, con el ojo puesto en la diana. El guante de cuero que protegía su mano crujía levemente. Entonces se concentraba en un punto fijo y los sonidos se desvanecían. Ya no escuchaba los gritos de sus compañeros de entrenamiento, ni el entrechocar del acero, ni el relincho de los caballos. Sólo oía el viento que dirigiría la fecha hacia el objetivo. Su respiración se ralentizaba hasta percibir débilmente el latido de su corazón; entonces podía ver la diana como si la tuviese justo delante.

Soltó la flecha y la cuerda se destensó con un silbido. El proyectil alcanzaba siempre el centro de la diana.

—Buen tiro —dijo una voz a su espalda.

—Gracias —respondió el joven a un soldado que se había detenido a observarlo—. Pero podría hacerlo mejor.

En realidad, aquellas últimas palabras fueron para sí mismo. Pensaba en Amira, que era la mejor con el arco en toda la región. Aún no comprendía cómo lo hacía, pero su novia no necesitaba concentrarse tanto para disparar, ni buscar el momento perfecto. Utilizaba el arco de manera tan instintiva que, incluso en movimiento, la flecha siempre acertaba. Ansol la envidiaba en cierto modo.

El muchacho se quedó inmóvil un rato mirando hacia el bosque sin ver nada, para disipar la oscura sensación que atenazaba su alma. Aquella noche no había tenido ninguna pesadilla, pero sin embargo se sentía más angustiado y nervioso que nunca.

Aquellos sueños, que se repetían cada vez más a menudo, lo dejaban

malhumorado e inquieto. Sabía que algo no marchaba bien, pero no era capaz de entender qué era. La sola idea de una guerra le habría parecido descabellada a cualquiera. Muchas cosas habían cambiado desde la última contienda; ahora las cosas se realizaban de manera distinta: transando, negociando, conciliando. Así la paz era más duradera y la gente podían disfrutar de un futuro donde ver crecer a sus hijos, a sus nietos, y saborear los grandes y pequeños placeres que la vida ofrecía.

—¡Ansol! —Kurn le gritaba desde la puerta trasera del patio—. Un herrero de Álcorin te espera en el salón norte.

El chico se sorprendió, pero enseguida corrió hacia Kurn más animado.

"Qué tontería", pensó mientras pasaba junto a un grupo de mujeres que se entrenaban a caballo, apartando de su mente la idea de que aquel sueño pudiera hacerse realidad.

La última guerra se había librado antes de que él naciera; jamás había conocido otra cosa que no fueran tiempos de paz. Su padre y el padre de Amira habían luchado en aquella batalla contra el Reino del Norte para poder proporcionarles un futuro sin la amenaza constante de la guerra. Y

eso debía reconfortarle; no podía dejarse llevar por aquella pesadilla oscura y perturbadora.

—¿Ya ha llegado? No pensé que la terminaría tan pronto —dijo cuando pasó junto a su amigo, pero Kurn lo miró inquisitivo.

Entró en el cobertizo anejo al campo de entrenamiento y colocó en una estantería el arco y el carcaj con las flechas. Se apresuró en atravesar la puerta trasera del patio para recorrer el largo pasillo que conducía al salón situado en el ala norte del castillo. Cuando entró, vio sentado frente a la chimenea a un hombre entrado en carnes, curtido al calor del metal candente, que degustaba una copa de vino aderezado con canela. Se levantó cuando vio entrar al chico e hizo una leve reverencia.

—Buenos días —dijo Ansol estrechando la gruesa mano del herrero—.

Supongo que habéis venido a entregar mi encargo.

—Así es —contestó el hombre mientras tendía una caja de madera hacia él—. La he forjado con un tipo de acero que proviene de una

tierra lejana, al otro lado del mar. Este acero es muy especial porque cuando se trabaja adecuadamente es afilado y mortal como cualquier otro, pero a la vez es tan liviano como una pluma.

Ansol abrió la caja y la hoja de una espada brilló en la penumbra de la habitación. Su empuñadura estaba adornada con pequeñas filigranas, y la hoja, lisa por un lado, tenía dibujadas extrañas runas por el otro. El chico la sacó y, blandiéndola con fuerza, asestó varios mandobles al aire. Era mucho más ligera de lo que hubiese imaginado y la empuñadura era muy cómoda de asir. Probó la afilada hoja pasándole la servilleta que había sobre la mesa y se dividió en dos nada más rozar el arma. Ansol se sorprendió, pero sonrió satisfecho.

—Entiendo que os agrada mi trabajo— apuntó el herrero orgulloso.

—Es mejor de lo que había imaginado. Es un trabajo excelente, estoy muy satisfecho.

El hombre sonreía mientras Ansol le pagaba. Había encargado la espada en su última visita a Álcorin, dos meses atrás. Quería sorprender a Amira con aquel regalo el día de su boda, pero decidió no esperar y entregárselo ese mismo día. Era jueves y en una hora Amira y él se encontrarían en su claro del bosque para continuar con el entrenamiento de la chica.

El joven despidió al herrero en el patio principal del castillo y se quedó mirando el vaivén de su carro mientras atravesaba la puerta en dirección al camino del sur. Pensó que el caballo del herrero, viejo y cansado, tardaría siglos en regresar a Álcorin.

Entró de nuevo en el castillo y subió a su habitación para cambiarse de ropa, aunque se dejó la cota de malla. Ya en el establo, cargó en la alforja de Niebla el paquete, asegurándose de que quedase bien escondido. Galopó lo más rápido que pudo hacia el bosque cercano al castillo de los Solsein.

Cuando alcanzó las primeras encinas aminoró el paso, siempre vigilando de que nadie lo descubría. Descabalgó para avanzar a pie entre los árboles. Un agradable aroma a nueva vida inundaba el bosque. Agradeció la sombra que proporcionaban los árboles; se anunciaba la llegada del verano y pronto se casaría con Amira.

Se detuvo un momento en un pequeño arroyo para dejar que Niebla saciara su sed. Siguió avanzando a través de la espesura, que cada vez se

volvía más intransitable. Pero Niebla y su dueño conocían bien el camino y no tuvieron dificultad en alcanzar un hermoso claro donde la hierba había formado una tupida alfombra, salpicada de pequeñas flores de colores. En el extremo sur la hierba crecía más corta, así que podía adivinarse que era el lugar donde realizaban el entrenamiento.

Ansol dejó suelto a Niebla y se sentó sobre la hierba. De pronto oyó un chasquido a la derecha y se volvió a tiempo de ver a Amira entrar en el claro. La chica corrió hacia él para abrazarlo. Ambos se miraron un instante antes de besarse.

—Al fin es jueves. —Amira suspiró—. La espera me ha parecido una eternidad.

—Tengo una sorpresa —dijo el muchacho sonriendo.

—¿Dónde?

Ansol cogió de la mano a su novia y la llevó junto a su caballo. Abrió la alforja y sacó el estuche alargado.

—Quería esperar al día de nuestra boda para dártelo, pero no he podido resistirme.

Amira cogió el presente, sonrojada, y abrió la tapa del estuche. Su rostro se iluminó con los destellos de luz que emitía la hoja de la espada.

—Pero… —logró balbucear—. ¿Es para mí?

—Claro —rio Ansol divertido—. La encargué a un herrero de Álcorin hace algunos meses. Me hablaron de un extraño acero muy ligero que trabajaba, así que pensé que sería perfecto para ti.

Amira contemplaba la espada sin poder creer que fuera suya. Le parecía preciosa. Acarició la filigrana de la empuñadura antes de asirla y observó cada detalle de la hoja, sus runas y los destellos plateados que desprendía.

—Anda, pruébala —la invitó el chico—. Verás que ligera es.

Se apartó a un lado para dejarle espacio. Amira sopesó la espada con ambas manos y notó que efectivamente era muy liviana; apenas notaba su peso. La blandió en el aire y voló de un lado y otro, emitiendo un sutil y dulce sonido. Luego la agarró con ambas manos y, dando una vuelta sobre sí misma, asestó mandobles en todas

direcciones, cada vez con más fuerza.

Cuando se detuvo, jadeante, no podía parar de sonreír.

—Gracias, es perfecta —le dijo a Ansol mientras se acercaba.

Agarró al chico de la sobre camisa y lo besó con pasión. Ansol la rodeó con sus brazos y correspondió a su beso con igual entrega. Dejó caer la

espada sus pies y se entregaron a un caluroso fuego. Se quedó tendida sobre la hierba mientras Ansol le besaba el cuello. De vez en cuando enredaba los dedos en el cabello del chico y lo atraía de nuevo hacia sus labios.

De pronto un débil sonido atravesó el claro y Ansol miró hacia el bosque alarmado.

—¿Qué ocurre? —Amira lo miró preocupada.

Ansol se incorporó y tendió la mano a su prometida, sin dejar de vigilar en todas direcciones. Permanecieron callados un buen rato.

—No es nada, Ansol —dijo finalmente Amira—. Es hora de comenzar con el entrenamiento.

Recogió la espada del suelo, se dirigió hacia el extremo sur del claro y esperó al chico en posición de defensa. Ansol se tranquilizó al comprobar que aquel sonido que había creído oír no volvía a repetirse. Sacó la espada de su vaina mientras caminaba hacia ella. La chica lo sorprendió con un ataque nada más situarse frente a ella y tuvo que ser rápido para evitar la estocada. Rio divertida al comprobar que lo había cogido desprevenido.

—Creo que pronto serás tú la maestra —dijo el chico soltando una carcajada.

—Todavía me queda mucho que aprender del mejor —le contestó al tiempo que volvía a asestar un mandoble.

Ansol se defendía como podía de los rápidos y certeros golpes de la chica. La espada era muy liviana y Amira, que se había entrenado con una mucho más pesada, la manejaba a la perfección. Los entrenamientos a escondidas habían dado su fruto y la nueva espada era el complemento perfecto a su formación.

De pronto la chica giró hacia un lado y la espada de su contrincante golpeó el suelo.

—¿Qué te ocurre? ¿Ya no eres capaz de ganarme? —se burló.

—Tienes ventaja —se quejó Ansol con gesto teatral—. Tu espada es mejor que la mía.

—¡Excusas!

Amira contraatacó de nuevo. Ambos danzaban de un lado a otro del claro como si de una coreografía improvisada se tratara. El estruendo metálico del chocar de las espadas resonaba en el bosque. Sus movimientos estaban bien medidos, para no herirse.

Al cabo de un rato Amira amagó falsamente hacia la izquierda, pero Ansol adivinó su futuro movimiento y se adelantó, evitando el ataque de la chica, que quedó desarmada. Su espada voló a cierta distancia para clavarse en la hierba con un sordo silbido. La punta de la espada de Ansol se encontraba fija a pocos centímetros del pecho de Amira.

—No debes mirar hacia la derecha cuando amagas a la izquierda, porque es fácil adivinar tu siguiente movimiento —le indicó Ansol bajando la espada.

—Es que al principio pensé ir hacia la derecha, pero luego quise girar a la izquierda y mis brazos no obedecieron —se quejó ella.

—Debes manejar la espada como lo haces con el arco. Cuando disparas la flecha no piensas, sólo lo haces ¿verdad?

Amira asintió. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas, ligeramente inclinada hacia delante, resoplando mientras recuperaba el aliento.

—Pues con la espada debe ser igual —continuó Ansol—. Debes sentir que la espada forma parte de ti. Mueves el cuerpo sin pararte a pensar que debes moverlo, simplemente te mueves. Pues la espada debe ser una parte del cuerpo.

—Lo recordaré y la próxima vez te ganaré —lo desafió sonriendo.

—No creo que eso llegue a suceder nunca. —Ansol arqueó las cejas y sus ojos brillaron con picardía.

Amira rio mientras se incorporaba para caminar hacia Ansol,

dispuesta a besarle de nuevo. De pronto el chico se quedó pálido, mirando el horizonte que se extendía por encima de los árboles, y el gesto que reflejó su rostro preocupó a la chica. Se situó junto a él, mirando en la misma dirección sin saber qué ocurría.

Una gruesa columna de humo avanzaba desde el oeste. Un enorme fuego debía haber provocado aquella columna. De repente un sonido, agudo primero y grave después, atravesó el claro. Amira notó cómo Ansol se ponía rígido. Se agarró asustada del brazo del chico.

—¿Qué es eso? —susurró.

Ansol no le contestó. Continuaba con la mirada fija en aquel humo espeso. De nuevo el sonido se propagó por el lugar y Amira notó que su prometido se estremecía. Buscó su mano y entrelazó sus dedos con los de él, sin dejar de escudriñar su rostro.

—¿Qué ocurre, Ansol?

—Son las Cuernas del Oeste —contestó, y su gesto se volvió más severo.

—¿Y qué significa?

—El Reino del Oeste pide auxilio.

El joven permaneció callado un instante. Su cabeza daba vueltas. De pronto se sintió mareado. Sacudió la cabeza para pensar con claridad.

—Si alguno de los reinos aliados es amenazado por una fuerza que no es capaz de controlar o repeler —continuó explicando—, se hace sonar la señal de ayuda. Son enormes cuernas de bronce que se custodian de día y de noche en la capital de cada reino. Sólo se hacen sonar ante un grave peligro.

Amira recordó entonces que en la plaza superior de Mulen, la capital del Reino del Sur, una pequeña plaza situada lejos del paso de la gente estaba siempre custodiada por soldados. Cuatro grandes cuernas doradas se orientaban hacia los cuatro puntos cardinales. Jamás se había interesado por aquel instrumento, pues siempre creyó que se trataba de una escultura más de las muchas que adornaban la cuidad. Qué tonta había sido. ¿Por qué entonces la custodiaban soldados? Nunca imaginó que los reinos tuvieran que pedirse ayuda de aquel modo. Algo terrible debía haber sucedido.

—El rey Ulter nos pide ayuda —continuó Ansol. Su cuerpo se

estremecía con cada sonido que emitían las cuernas, un sonido incesante que rasgaba el aire—. Debemos volver.

—Pero… —trató de quejarse la chica.

—Debes avisar a tu padre. —Ansol la miraba muy serio.

—Me estás asustando —confesó Amira.

—Lo siento, pero debemos darnos prisa.

—Dime qué sucede.

Ansol abrazó a su prometida reprimiendo un suspiro.

—La guerra ha empezado —dijo muy serio.

Corrió con Amira de la mano hacia Niebla. Ambos montaron en el corcel y se dirigieron al castillo de Miravén. Cuando llegaron a la puerta, la besó con cariño.

—No te asustes, seguro que no pasará nada.

Pero sus palabras no sonaron convincentes. Volvió a besarla, temiendo alejarse de ella. Hizo un gran esfuerzo para separarse de su lado y volvió a montar en su caballo. Amira permaneció inmóvil mientras la figura de Ansol desaparecería por el camino del sur. Una terrible tristeza se apoderó

de ella. Temió por Ansol, por las pesadillas que parecían hacerse realidad.

Entró en el castillo a toda prisa y llamó a voces a su padre.

Mientras tanto, Ansol fustigaba a Niebla con impaciencia. Galopó todo lo rápido que pudo. Su corazón latía tan fuerte que podía oírlo. Sabía muy bien lo que ocurría en el Reino del Oeste.

Su mente repetía una y otra vez *"Te lo avisé", "te lo avisé y no quisiste escucharme"*. Se sentía culpable; responsable. Apretó los dientes y reprimió un grito.

Descabalgó al llegar al patio de armas, lanzó las riendas de su caballo al soldado que se encontraba más cerca y corrió por el castillo. Varios soldados que se encontraban en la puerta lo miraron asombrados. Las alarmas se encendieron cuando reconocieron el miedo reflejado en la cara del muchacho, así que corrieron a avisar a otros compañeros.

—¡Padre! —clamó Ansol al entrar en el salón principal.

El Conde de Bris asomó su enjuto rostro desde detrás de un enorme sillón.

—¿Qué ocurre?

Al contemplar la expresión de su hijo, la copa de vino que sostenía en su mano cayó al suelo, haciéndose añicos. Comprendió lo que ocurría con sólo mirarlo a los ojos.

—La guerra ha empezado —anunció Ansol, y sus rasgos se endurecieron de repente—. Mi pesadilla se hace realidad.

Preparativos

Todos los jefes de armas del condado de los Solsein se habían reunido, a petición del conde, en el Gran Salón del castillo. La mesa donde sólo unos días antes habían brindado por la felicidad de Amira y Ansol era testigo de la reunión que los soldados mantenían para organizar el ejército y partir en ayuda del Reino del Oeste.

—Debemos prepararnos —el Conde Solsein se erguía en su sillón mientras hablaba a sus jefes de armas.

Algunos discutían acaloradamente sobre la conveniencia de partir raudos. Otros, sin embargo, eran prudentes y querían esperar hasta que el rey Fredo hiciera oficial la misión.

—Yo creo que no debemos precipitarnos —Hubo, el jefe de armas de más edad, se mostraba cauto.

—¿Esperar qué? ¿Acaso no has escuchado las cuernas; no has visto el humo? —Prod, el más audaz de los soldados del condado, y jefe de armas del ala más joven del ejército, se mostraba impaciente por ordenar la marcha.

—Sería conveniente esperar noticias del reino —convino Jum conciliador mirando hacia Hubo—. Pero estoy de acuerdo con Prod en que al menos deberíamos comenzar a organizarnos, por si nos viéramos apremiados a partir.

—Pero aún no tenemos confirmación del rey —clamó enfadado otro de los jefes de armas, y un murmullo generalizado inundó la habitación.

De pronto todos los soldados reunidos comenzaron a discutir en una sonora algarabía; las voces más atronadoras gritaban en favor de la partida inmediata. Unos intentaban imponer su opinión sobre la de los demás; otros trataban de hacer entrar en razón a los más tercos. Jum Solsein bebió un sorbo de vino y suspiró antes de levantarse de su sillón. Todos guardaron silencio.

—Preparar nuestro ejército nos llevará varios días —comenzó alzando la voz para continuar su discurso en un tono algo más relajado—. Debemos

hacer acopio de provisiones, preparar las armas, las tiendas, las monturas.

—Por eso estoy a favor de comenzar ya con los preparativos —resolvió Prod como si el conde le hubiese dado la razón.

—Si, en eso estoy de acuerdo contigo —continuó Jum—. Pero no prepararemos el viaje hasta estar seguros de que el Reino del Oeste nos reclama. No podemos partir sin sopesar las consecuencias. Si es cierto lo que todos pensamos, iremos a la guerra.

En el salón reinó un silencio sepulcral cuando el conde pronunció aquellas palabras. La mayoría de los jefes, y de los soldados, que se habían preparado durante años para aquella posibilidad, aún no podían creer que fuera cierto. Ir a la guerra suponía la posibilidad de no volver a sus hogares, de perecer en el campo de batalla, de no volver a ver a sus familias. Aquello atenazó el corazón de los presentes, que fueron conscientes en ese momento de la magnitud de su empresa.

—Pero —continuó Jum, y su voz sonó cargada de tristeza y preocupación—, no tomaremos una decisión definitiva hasta que tengamos noticias del rey.

—Pues creo que en eso puedo ayudarte, tío.

En ese instante entró en el salón Varis, el sobrino de Jum Solsein. Era uno de los jefes de armas del conde, y el más temerario. Sus ansias de poder y gloria eran bien conocidas, así como su ineptitud en otras cuestiones.

El conde torció el gesto al verlo acercase con un sobre en la mano, que se encargaba de sacudir en el aire para que todos pudieran ver bien el sello real en el reverso.

—Esta carta acaba de llegar —dijo cuando llegó junto a su tío—. Será la respuesta que estábamos esperando del rey Fredo.

Varis sonreía abiertamente mientras miraba a los demás jefes de armas por encima del hombro, majestuoso y arrogante. Sabía que aquella carta significaba la confirmación de que habían entrado en guerra y que el ejército debía partir hacia el noroeste, en ayuda del rey Ulter. Por fin su valía sería reconocida y las historias hablarían de Varis, el valiente soldado que salvó el Reino del Oeste. No le cabía ninguna duda de que él era el mejor de los soldados del reino, y lo demostraría en el campo de batalla.

Estaba deseoso de partir y entrar en combate; estaba listo para acabar con el enemigo y volver victorioso al castillo de Miravén, donde

seguro que su tío le recompensaría con una parte del condado.

A medida que Jum Solsein leía la misiva su rostro se endurecía. Miró a su sobrino y descubrió el brillo de la arrogancia en sus ojos. Sintió lástima por él; por aquel tonto e idealista joven que no sabía lo que era una guerra, lo que implicaba la batalla cuerpo a cuerpo y lo mucho que arriesgaba. Por un instante detestó la actitud de su sobrino y lo miró con cierto desprecio.

—Bien —dijo el conde en tono solemne dirigiéndose a los presentes—.

El Reino del Oeste ha sido invadido por el ejército de Magnus. El rey Ulter está repeliendo a duras penas al numeroso ejército que traspasa la frontera norte, y varios pueblos y aldeas han sido saqueados y quemados. La gente está huyendo hacia el sur, así que puede que pronto muchos ciudadanos del oeste acudan a nuestro reino para buscar refugio. El rey Fredo nos convoca para unirnos al resto de fuerzas del reino y partir hacia el oeste. Todos los condados acudirán a la capital con sus respectivos ejércitos, y desde allí partiremos juntos bajo la bandera del Reino del Sur.

—Debemos comenzar entonces con los preparativos —resumió Hubo muy serio.

—Así es —le respondió Jum—. Disponedlo todo para nuestra partida, a ser posible dentro de dos días.

Todos los jefes se levantaron y salieron en silencio del gran salón. El conde se quedó inmóvil, de pie con los puños apoyados en la mesa. Bajó la cabeza y suspiró. Parecía haber encogido de repente, como si un gran peso se hubiera acomodado sobre sus hombros. Entonces levantó la mirada y descubrió unos ojos mezquinos que lo observaban de cerca. Se volvió y casi tropezó con su sobrino, que continuaba en el salón.

—¿Qué quieres, Varis? —preguntó irritado.

—Nada que no merezca, tío. Quería pedirte que me nombraras Jefe Mayor de tu ejército, si no es mucho pedir.

Varis continuaba sonriendo, lo que irritó sobremanera al conde, que había empezado a sentir aversión ante la actitud altanera y ególatra del muchacho.

—Eso no va a ser posible.

—¿Por qué? —los ojos encendidos en odio del chico dejaron a Jum momentáneamente petrificado. La sonrisa de Varis se desvaneció, dando paso a una evidente mueca de disgusto.

—Porque yo iré a la cabeza de mi ejército —continuó Jum preocupado por la actitud de su sobrino.

—Entiendo… —se limitó a decir Varis antes de darse la vuelta para salir airado del salón.

Dejó al conde solo con sus pensamientos y sus recuerdos; imágenes de una guerra pasada, de los amigos y familiares que había perdido en el campo de batalla, de los sueños e ilusiones mutilados por aquel desagradable acontecimiento. Otra vez se veía obligado a partir lejos de su hogar sin saber si regresaría, si vería a sus hijas crecer y darle nietos, sin la certeza de que todo saldría bien y que la paz volvería a los reinos.

En el vestíbulo, Varis se tropezó con su hermano Álcanon, que lo sujetó del brazo para obligarlo a parar junto a la puerta de entrada del castillo.

Varis lo miró enojado.

—¡Suéltame! —Se libró del agarre de su hermano con un movimiento brusco.

—He oído lo que has propuesto a nuestro tío. También he visto tu actitud ahí dentro —le reprochó Álcanon intentando bajar la voz, al tiempo que miraba en todas direcciones para comprobar que nadie les escuchaba—. ¿Es que te alegra que tengamos que librar una guerra?

—Es mi momento, la oportunidad que llevo tiempo esperando. —Varis se acercó más a su hermano—. Si destaco en esta guerra y alcanzo la gloria en la batalla, mi tío se plantearía la posibilidad de darme parte del condado.

—¡Estás loco! —Álcanon bajó la voz al comprobar que había gritado y que uno de los sirvientes que limpiaba el patio de armas los miraba con curiosidad—. Amira y sus hermanas son las legítimas herederas del condado.

—Pero eso puede cambiar. —Varis sonrió abiertamente.

—No, las leyes…

—Las leyes cambian cuando hay una guerra.

—Varis… —le advirtió Álcanon apretando los dientes—. No cometas ninguna estupidez, ¡te lo ordeno!

Álcanon pretendía imponer la autoridad que le confería ser el mayor, aunque en el fondo era consciente de que apelar a su primogenitura no le valdría de nada. Varis era testarudo y orgulloso, y su amor por el poder superaba cualquier resquicio de cordura que pudiera sobrevivir en él.

Durante demasiado tiempo lo había protegido, esforzándose por ocultar el carácter violento y arrogante de su hermano menor.

—Jamás volveré a acatar tus órdenes. —Varis pronunció las palabras con lentitud, imprimiendo autoridad a lo que decía—. Nunca actuaré como deseas, ni permaneceré bajo tu yugo por más tiempo. ¡Se acabó! A partir de ahora sigue tu camino, que yo he elegido el mío.

Y tras pronunciar aquellas palabras, Varis se alejó sin mirar atrás.

Álcanon dejó caer los hombros, abatido. Ya no podía hacer nada por él.

Prometió a su madre en el lecho de muerte que cuidaría de Varis y que lo protegería con su vida, pero su hermano pequeño era demasiado temerario.

Pidió perdón mentalmente a su madre por faltar a su palabra.

Una fuerte brisa sacudió su capa y Álcanon creyó oír una risa transportada por el viento. Se estremeció antes de volver a adoptar su habitual porte elegante. Sacudió la cabeza varias veces y decidió vigilar de lejos a Varis para evitar que cometiera una locura. Después de todo aún podía protegerlo, pero esta vez lo protegería de sí mismo.

***

El rey Magnus jugueteaba con una moneda, deslizándola entre los dedos, mientras miraba absorto las luces y sombras que el fuego proyectaba en la pared.

—Mi señor —el mago lo sacó de sus ensoñaciones. Magnus le dedicó una gélida mirada—. Vuestros planes avanzan en la dirección correcta.

—Lo sé —se limitó a responder mientras permanecía sentado en el

sillón del trono observando las llamas.

Magnus estaba cansado del frio del norte; detestaba aquel clima áspero y rudo que obligaba a los hombres a permanecer recluidos en sus salones, junto a un buen fuego, la mayor parte del año. Aún recordaba su juventud, cuando corría junto al río en aquellas placenteras tardes de verano, el agradable frescor de los chapuzones en el lago y el olor de la tierra fértil.

Aquellos días felices que pasó junto a su familia al sur del Reino del Oeste, antes de que la Guerra del Águila le arrebatara todo aquello.

Hacía muchos años ya de aquel suceso. Él era muy joven, pero recordaba ver partir a su padre y su hermano bajo la bandera púrpura y ocre del Reino del Oeste. «La Guerra del Águila» la llamaron porque los invasores provenientes de las islas más allá de la frontera del Reino del Norte llegaron en naves presididas por enormes estatuas de madera que representaban

feroces águilas en vuelo. Aquellos bárbaros pretendieron invadir Durian, pero fueron expulsados, no sin esfuerzo, por el ejército del oeste, que acudió en ayuda de su tío Herald, que por entonces era rey del norte.

Sin embargo, su padre y su hermano jamás regresaron, así que su tío lo acogió al quedar huérfano tras morir su madre poco después. Herald era un hombre frío y poco agraciado que no había contraído matrimonio, por lo que no tenía descendencia. Así, a su muerte, nombró a Magnus como sucesor. Se había encargado de enseñar a su sobrino cómo debía comportarse un rey, y para ello no dudo en pegar y maltratar al chico, creyendo que aquella actitud adoctrinaría correctamente al joven. Sin embargo, Magnus creció lleno de oído y frustración, consciente de que la vida le había castigado por algo que no había hecho. Cuando accedió al trono rompió toda alianza con el resto de reinos. Permaneció agazapado como un animal salvaje, esperando el momento para abalanzarse sobre su presa.

Y ese momento había llegado. Haría pagar a todos por su desdicha; deseaba hacer suyo lo que por derecho le pertenecía: sus tierras del oeste, el castillo que fue de su padre, los días felices que le arrebataron. Pretendía recuperarlo por la fuerza, una fuerza despiadada y brutal que había descargado contra sus vecinos del oeste, a los que consideraba responsables de su destino por no haberle dado lo que por derecho era suyo al morir su padre, dejándole padecer el frío y la crueldad en aquel gélido Reino del Norte. Pero además su

empresa era más grande, más ambiciosa. No se conformaría con las tierras de su padre, quería más. Conquistaría mucho más…

Nadie se acordó de aquel chiquillo desvalido que sufría las torturas de su tío día tras día; ninguno de sus parientes del oeste o del sur fueron a visitarlo para saber cómo se encontraba. Eran culpables, y lo pagarían con sus vidas y las de sus seres queridos.

—¿Ha regresado ya el emisario de la costa? —De pronto volvió al presente y se dirigió al mago, que permanecía sentado en una silla cerca del fuego.

—Aún no, pero pronto lo hará —el anciano miraba las llamas en una especie de estado de trance, vislumbrando el futuro en su oscura mente torturada.

—Las naves deberían estar ya lista para partir. —Magnus bajó la voz para dejar a Edmen obrar su magia.

El anciano era el último de los magos de Durian. La luz de la magia se fue apagando poco a poco, al tiempo que la era de los hombres se imponía.

La lectura estaba al alcance de todos y los libros pasaron a ser un bien común. Tanto hombres como mujeres se adiestraron en las artes mágicas y poco a poco la esencia de la magia fue desapareciendo, adulterándose hasta acabar erradicada de la tierra.

Edmen era el último resquicio de magia que existía en el continente.

Pero su don, antaño poderoso, se limitaba a algunos sencillos trucos para dominar los elementos, como prender fuego en sus dedos o congelar el agua. Aunque conservaba el más preciado de sus dones: podía anticiparse a los acontecimientos; en cierto modo ver el futuro. Pero ahora, viejo y cansado, sus visiones eran vagas e imprecisas la mayoría de las veces. No obstante, un poder latente en su interior permanecía inactivo, ajeno a los temibles planes del rey del norte, tratando de proteger a su portador sin que él mismo fuera consciente.

La esencia del poder de Edmen erradicaba en su capacidad para adaptarse a las circunstancias, y cuando comprendió que llegaba su fin buscó refugio en el Reino del Norte. Magnus lo acogió y protegió por puro interés puesto que, si sus dones no servían a su causa, él mismo se encargaría de erradicar de una vez por todas la poca magia que quedaba en Edmen.

El anciano no había destacado en su juventud precisamente por su carácter noble. Siempre había antepuesto sus propios intereses al lema sagrado de todo mago: ayudar al prójimo y salvaguardar la magia. Aunque hubo un tiempo en que su alma sanó y el amor lo hizo cambiar por completo. No obstante, aquel tiempo parecía ya muy lejano.

Por eso cuando, cansado, viejo y desgastado por la pérdida, llegó al reino de Magnus, le juró lealtad a cambio de poner fin a su vida. Edmen no podía darse muerte a sí mismo. No podía atentar contra la magia, por eso necesitaba de un hombre arriesgado y poco temeroso de las consecuencias que lo hiciera por él. Y Magnus era ese hombre.

—Las naves estás dispuestas y el mensajero ya ha alcanzado la costa con vuestras órdenes —el mago seguía absorto en sus visiones—. El jinete regresa al castillo para informaros de todo.

—Lo ves —dijo Magnus más tranquilo. Dibujó una media sonrisa al tiempo que se levantaba del sillón del trono—. Todo saldrá según mis planes.

—Pero majestad —protestó Edmen volviéndose hacia el rey—, bien sabéis que en mis visiones no he podido confirmar el éxito de la empresa.

No puedo ver el final de la guerra y creo que deberíamos ser prudentes.

El mago se sentía inquieto ante la imposibilidad de vislumbrar si saldrían victoriosos. Muchas veces le había aconsejado mesura, pero el rey había desoído sus consejos. Su magia fallaba a menudo, más desde que había decidido dejar de luchar. Edmen notaba cómo su don lo abandonaba poco a poco, aunque disimulaba este hecho delante del rey por miedo a perder su favor. Era un cobarde, lo sabía, pero necesitaba a aquel ser despiadado para poder alcanzar la paz eterna. Y Magnus lo había dejado muy claro: hasta que no lograse su objetivo, su pacto no se cumpliría. Hasta que no ganara la guerra, no le quitaría la vida.

—¡Ya está bien! —grito Magnus molesto—. No todo depende de tus poderes, viejo. Soy el rey y sé muy bien organizar un ejército y librar una batalla. Tú sólo debes mantenerme informado de lo que ocurre allí donde mis ojos no llegan.

—Está bien —convino el mago—. Pues en cuanto a vuestro ejercito….

Edmen volvió a entrar en trance y se encontró de pronto rodeado de soldados que vestían de negro. Avanzaban hacia el sur atravesando el Reino del Oeste, muy cerca de la costa. A su paso toda aldea, pueblo, ciudad o granja era saqueada; los campos que comenzaban a florecer ardían por doquier y la gente huía despavorida antes de que el ejército de cuervos negros los alcanzara.

Veía mujeres y niños llorar, hombres correr para socorrer a sus vecinos, para salvar sus bestias y las pertenencias que podían cargar. Un bosque ardía mientras las llamas consumían los brotes verdes de la primavera. Y

Edmen estaba allí de pie, en medio de todo. Sentía el calor del fuego en el rostro, oía los alaridos desesperados de la gente, olía el miedo. Una lágrima recorrió su rostro, pero se apresuró a secarla con la manga de su túnica antes de que Magnus se percatara.

—El ejército avanza hacia el sur, como ordenasteis —el mago se limitó a relatar con desgana—. No queda nada a su paso.

—Bien. —Magnus emitió una carcajada y se frotó las manos con nerviosismo—. ¿Y los ejércitos de los demás reinos?

—Lo siento majestad. —Edmen bajó la cabeza—. No puedo ver más que eso.

—Pues menuda magia la tuya —protestó el rey enfadado antes de salir del salón.

Pero Edmen no le había dicho al rey que veía con claridad el rostro de una joven muy hermosa que gritaba, llamando a alguien; aunque no podía oírla, sólo la veía entre la confusión. Entonces se giraba y lo miraba directamente, como si pudiera verlo.

Se sentía angustiado por aquella visión. Aquel rostro invadía sus sueños.

La despedida

Los días posteriores a la reunión fueron un hervidero de preparativos en el castillo Miravén, aunque se alargaron más de lo que el conde había previsto.

Jum estaba nervioso y recorría las estancias del castillo como un animalillo enjaulado.

—Cálmate querido —le dijo Esmeral cuando lo vio entrar por quinta vez en la biblioteca.

—No puedo. —El conde estaba de muy mal humor.

Amira agarró a su padre por el brazo para conducirlo hasta un sillón.

Sentía que una enorme tristeza se había adueñado de su corazón, enraizando profundamente, aunque lo ocultaba lo mejor que podía.

—Padre, no tengas prisa en marcharte. —Caron se sentó en el regazo del hombre y lo abrazó.

—No seas agorera, hija —le regañó Esmeral—. Tu padre es un buen soldado, no le pasará nada malo.

Amira estaba sorprendida con la actitud de su madre en los últimos días.

En esos momentos difíciles en que aguardaban la partida de sus seres queridos hacia un destino incierto, su madre se había mostrado fuerte y decidida. Jum se acercó a su esposa, la sujetó por la cintura y la besó con cariño.

—Te prometo que volveré a tu lado.

—Más te vale, porque pienso ir a la próxima Fiesta de la Primavera y tú debes acompañarme —bromeó Esmeral.

***

Ansol descabalgó y entró en el castillo reprimiendo un suspiro. Un de los empleados lo acompañó a la biblioteca.

—Ansol —exclamó Amira cuando lo vio entrar.

—Buenos días a todos —saludó el chico.

—Hoy hace un día espléndido, ¿por qué no salís a dar un paseo por el jardín? —insinuó Esmeral, dándole la oportunidad a su hija de estar a solas con su prometido.

Los jóvenes salieron agarrados de la mano mientras hablaban sobre los preparativos que se estaban llevando a cabo en el castillo. Se sentaron en un banco cerca de la fuente, bajo un naranjo cargado de azahares. Ansol rodeó a Amira con su brazo antes de besarla. De repente la chica comenzó a llorar, llevada por la horrible sensación de que podía perder a los que amaba.

Ansol la abrazó con fuerza, la besó otra vez y secó sus lágrimas.

—Te juro que volveré, y que nos casaremos nada más regresar.

—Mi padre también le ha prometido a mi madre que va a volver.

—Ambos lo haremos.

—No prometas algo que no sabes si podrás cumplir. —La joven comenzó a llorar de nuevo.

—Te aseguro que volveré, no te quepa duda.

Amira se abrazó a Ansol, acurrucándose en su pecho, como hacía siempre que necesitaba consuelo. El chico cerró los ojos tratando de grabar en su memoria aquel instante. Volvió a besarla para guardar también ese momento. Esperaba poder recurrir a esos recuerdos cuando estuviera lejos y se sintiera perdido.

—Mi padre me ha nombrado Primer Jefe de Armas —susurró Ansol al oído de la chica—. Partiré a su lado, al frente de nuestro ejército.

—Es un gran honor —reconoció Amira, pero notó una punzada dolorosa que la atravesaba. Sabía que aquello implicaba estar en primera línea de batalla.

***

Los días transcurrieron deprisa y al fin todo estaba listo para que los

ejércitos partieran hacia el oeste. Muy temprano comenzaron a llegar las primeras avanzadillas. Numerosos jinetes se reunieron en el campo de entrenamiento del castillo Miravén, a la espera de que el resto de soldados llegaran. Acudían desde los límites meridionales del reino para partir desde allí hacia la capital, ya que el condado de los Solsein se situaba en la linde norte de las tierras bajas. Juntos marcharían hacia Mulen como un único y poderoso brazo armado, bajo la bandera verde y roja del Reino del Sur. Los

ejércitos que se repartían por el reino habían recibido órdenes de congregarse en Mulen para marchar a las órdenes del rey Fredo. Al parecer, el unificado ejército del sur era el más numeroso de todos los reinos, y el rey Ulter esperaba con impaciencia la llegada de los sureños.

En el otro extremo del continente, el ejército de «cuervos negros del norte» avanzaba más despacio de lo que pretendían, así el que rey Ulter aún disponía de tiempo para organizar sus fuerzas y recibir ayuda del resto de reinos. Ya había enviado un ingente número de soldados a detener el avance del enemigo, y había conseguido retenerlos cerca de la costa; aunque Ulter era consciente de que las fuerzas del norte doblaban a las suyas en número.

Por eso esperaba con impaciencia la ayuda del sur y del este. Ulter se había mostrado esperanzado cuando el Reino del Sur le confirmó su ayuda, pero estaba preocupado por la falta de noticias del Reino del Este. El rey Petis aún no había contestado a su petición de auxilio.

Antes del mediodía, el ejército encabezado por Caste de Bris y su hijo Ansol apareció en una curva del camino. Amira observaba en silencio todo lo que sucedía desde primera hora de la mañana. Permanecía inmóvil, apoyada en la ventana de la biblioteca, mirando hacia afuera con aire distraído. Pero cuando vio aparecer a Ansol montando a Niebla la invadió el pánico. El blasón de su familia ondeaba entre los soldados.

Por la derecha, vio salir del patio de armas a su padre para recibirlos. Los últimos soldados llegaban a la explanada situada detrás del castillo, mientras los jefes de armas se saludaban con seriedad. Amira, su madre y sus hermanas corrieron hacia el campo trasero.

—Te dejo a cargo del castillo —le dijo el conde—. Deberás ayudar a tu madre, y estarán a tu cargo los hombres y mujeres que se quedan aquí para proteger nuestras tierras.

Jum Solsein había previsto que un importante número de soldados permanecieran en el condado para repeler posibles incidentes o saqueos.

Los demás nobles habían hecho lo mismo; no querían partir a la guerra sabiendo que dejaban sus tierras, su reino, sus familias y sus hogares desprotegidos.

—No te preocupes. Lo haré bien —aseguró la chica, que prácticamente había ascendido a jefe de armas de pronto.

—Lo sé —contestó su padre.

La besó en la frente y la chica sintió el tacto frío del guantelete de acero en su rostro. Jum abrazó a su esposa. La miró y, sin mediar palabra, ambos asintieron. A continuación, se acercó a Beatris y Caron para despedirse antes de montar en su caballo de un salto. El conde Solsein espoleó el enorme alazán para encabezar la marcha junto al conde de Bris.

Al pasar junto a Amira, Ansol le recordó que cumpliría la promesa que le había hecho. Dirigió a Niebla detrás a su padre mientras su prometida lo veía marchar.

Amira se quedó observando cómo ascendían por el camino que llevaba a la capital del reino. Pasó allí mucho tiempo, viendo marchar a los valientes hombres y mujeres que acudían a la guerra. Su madre tuvo que obligarla a entrar en el castillo. Aquella noche las puertas de la fortificación se cerraron y los centinelas se sucedieron en las guardias. Hacía muchos años que las puertas no se cerraban, pero todo sería distinto a partir de entonces.

***

Mientras los ejércitos del sur se dirigían hacia la batalla, al otro extremo del país el peligro tomaba forma. Veinte barcos bien provistos surcaban las olas muy lejos de la costa, para no ser detectados. Se dirigían hacia el sur, al puerto de Álcorin. No tardarían en alcanzar su destino y la vida de Amira cambiaría para siempre.

Nadie esperaba semejante artimaña y ello supondría un punto de inflexión en las apacibles vidas de los sureños, que no eran conocedores de la gran amenaza que se acercaba hacia ellos surcando los mares.

Unión de ejércitos

Ansol estaba absorto mientras repasaba su equipo. Deslizaba las manos tanteando la espada, el arco, las flechas y el resto de sus pertenencias, pero sin pensar realmente en lo que estaba haciendo. Comprobaba el estado de las plumas de las flechas y que la espada estuviera bien afilada, engrasaba sus botas y repasaba sus prendas de ropa por si hubiese olvidado algo.

Recordaba el largo camino que habían recorrido hasta llegar a Mulen, un avance demasiado lento para su gusto. La charla animada había acompañado todo el trayecto, pero los nervios y la incertidumbre pesaban sobre los hombres y mujeres que lo acompañaban y, pese a que todos se esforzaban por parecer tranquilos, la verdad es que el temor atenazaba sus corazones.

Al dejar atrás los florecientes campos de los condados de Bris y Solsein, el paisaje se había vuelto más monótono. Algunas granjas se divisaban dispersas y los campos de labor estaban ávidos de trabajo en esa época del año, por lo que pocos campesinos se pararon a conversar con ellos. Los bosques ganaban terreno mientras más al norte se dirigieran. El camino, ancho y bien compactado, zigzagueaba entre colinas y valles en un recorrido austero que proporcionaba comunicación a todas las granjas, casas, pueblos y aldeas que se extendían desde la costa a la capital del reino.

Ya no recordaba la incomodidad y el dolor que ocasionan los largos trayectos a caballo, así que cuando se aproximaron a la ciudad tuvo que esforzarse para no removerse en su silla antes de atravesar las puertas doradas de Mulen. Al desmontar necesitó de toda su entereza para no caer al suelo por culpa de unas piernas temblorosas. No habría estado bien que el primer jefe de armas de la casa de Bris hiciera el ridículo de aquella forma, así que apretó los dientes y mostró una débil sonrisa a Kurn, que se reía abiertamente de sus extraños andares.

Varios soldados con el uniforme de la capital los condujeron hacia el lado noreste de la ciudad, donde el rey Fredo había dispuesto un enorme

campamento en el que se aglutinaban ya la mayoría de los ejércitos del reino. Ansol se sorprendió al comprobar que la vista no alcanzaba la totalidad del contingente, pese a que estaba situado en una pequeña loma y el campo se extendía a sus pies. Allí abajo, multitud de tiendas se repartían por toda la explanada, numerosas hogueras crepitaban

por doquier y a cada paso se topaba con aguerridos soldados bien entrenados.

El contingente formado por los ejércitos de Bris, Solsein, Burt y Limonel, venidos de la zona costera del reino, fue acomodado en el extremo norte, cerca del límite del Bosque de la Luz.

Al día siguiente, con la llegada de los dos últimos contingentes provenientes de la frontera este, el rey Fredo convocó a los nobles y jefes de armas en el Salón del Trono, una amplia habitación alfombrada que contaba con numerosas ventanas ojivales, adornadas con vidrieras de colores. Todos se fueron sentando en silencio alrededor de la enorme mesa situada en mitad del salón, frente a los tronos reales.

El rey se acomodó en el sillón del trono, situado en la parte más elevada de la estancia, a la que se ascendía por dos amplios escalones alfombrados.

La reina Térnabi se situó junto a su esposo. Su esbelta figura, vestida de blanco, irradiaba confianza; sus ojos azules escrutaban el rostro de los presentes con serenidad. A su, lado la princesa Kiran se aferraba con fuerza a la mano de su madre. Aún era una niña, pero había heredado el porte seguro y autoritario de su padre. También poseía la dulzura que irradiaba su madre.

Fredo se afanaba en llegar a un acuerdo con el resto en la organización el grueso del ejército, ya que la opinión de los nobles y jefes de armas gozaba de gran importancia. Los nobles del Reino del Sur no pertenecían a las antiguas y emparentadas familias de otros tiempos; no corría sangre azul por sus venas, al igual que tampoco por las del rey. En la última guerra —la Gran Guerra, como la habían bautizado los ancianos— fueron nombrados condes aquellos soldados que habían mostrado su valor en la batalla, los que habían luchado con honor y defendido la igualdad y la justicia. No importaba a qué clase social hubieran pertenecido, ni las posesiones ni riquezas que ostentaran, lo único que se valoraba era su intachable comportamiento y su nobleza interior. Se distribuyeron las tierras en base a un pacto acordado, y se comprometieron a defenderlas y protegerlas, así como a impartir justicia en sus dominios, velando por la igualdad y la

libertad de todos los que en ellas habitaran. Mantendrían sus tierras mientras no faltaran a su juramento, y pasarían a sus herederos, que las conservarían siempre que continuaran gestionando sus dominios

de la misma forma y en base a los mismos principios.

Fredo fue nombrado rey por unanimidad, ya que su valía decantó la balanza en la batalla. Fue él quien, pese a su juventud y a los lazos de sangre que le unían a su primo, logró derribar a Magnus del caballo y consiguió la rendición del enemigo tras la caída en desgracia del temerario rey del norte. Sin embargo, Fredo intercedió por su primo y consiguió que le perdonaran la vida. No obstante, se le negó cualquier tipo de ayuda o alianza con los otros reinos y se le privó del derecho de solicitar auxilio.

Pero aquellos eran tiempos pasados que quedaban en el lejano recuerdo de la mayoría. Tiempos sobre los que se hablaba en las leyendas y que eran transmitidos junto con las historias sobre magia, en las que los árboles tenían vida y charlaban con los animales; cuando los magos protegían a la gente; tiempos de reyes tiranos y ávidos de poder, injustos y lascivos.

Tiempos que nadie quería recordar.

Fredo no supo entonces que aquella decisión tendría consecuencias descomunales en las vidas de todos los habitantes del reino. Durante muchos años Magnus se había mantenido alejado y, salvo una pequeña incursión en el Reino del Este varias décadas atrás, repelida a tiempo, no habían tenido noticias de él en años. Incluso algunos especularon con su muerte. Pero Magnus había dispuesto de muchos años para madurar su plan, y su sed de venganza era infinita.

—¡Eh! —Kurn golpeó con el puño el hombro de Ansol—. Te estoy llamando, pero pareces estar a leguas de aquí.

—Perdona —contestó el joven algo desconcertado. Había estado tan absorto en sus pensamientos que hacía rato que había dejado de oír los ruidos de su entorno.

—Supongo que no se te olvida nada, porque llevas horas repitiendo una y otra vez las mismas maniobras. —Kurn echó un vistazo por encima del hombro de su amigo y vio que sus cosas estaban bien empaquetadas.

—Sí, ya lo tengo todo listo. Creo que no olvido nada.

—Como sigas así lo que te vas a olvidar aquí es la cabeza —bromeó el soldado—. Anda vamos a sentarnos allí con tu padre, que van a servir la cena.

Se acercaron a una mesa situada cerca de la tienda del conde Solsein, que charlaba animadamente con Caste de Bris. Ansol los observó mientras se dirigía hacia ellos. Su padre y su futuro suegro eran de la misma edad, aunque el Conde Solsein parecía mayor debido a su imponente físico y su considerable altura. El Conde de Bris era más enjuto, pero muy ágil. Ambos reían y bromeaban. El joven se animó al saber que lucharía al lado de aquellos increíbles hombres.

—¡Muchacho! —saludó Jum cuando se acercó—. Disfrutemos de la última buena cena que vamos a tener en algún tiempo.

—Sí, porque luego las gachas y la carne seca que te dan de comer durante la campaña te hace desear volver a casa lo antes posible —dijo Caste riendo.

—Por eso lo hacen —convino Kurn mientras se servía un vaso de viso caliente especiado—, para que la guerra termine pronto y volvamos a nuestros hogares. Si nos tuvieran bien alimentados no querríamos irnos.

Todos rieron a carcajadas y el ambiente festivo de la reunión refrescó el ánimo del joven, que se sirvió vino antes de unirse al coro de voces que cantaban a voz en grito la famosa “Vuelvo al hogar”.

Cuando terminaron de cenar, Nostre, unos de los jefes de armas de los Limonel, adoptó un tono más serio.

—partimos mañana al alba.

—Nosotros iremos a la cabeza, tras el rey Fredo y el ejército de Demtre de Fragis —intervino Caste de Bris.

—Bueno, al menos llegaremos los primeros a la fiesta. —Nostre quiso bromear, pero nadie se rio.

—Divirtámonos esta noche —propuso Kurn tras un breve e incómodo silencio—. Bider, saca la guitarra y toca algo.

—¿Has traído tu guitarra? —Ansol se sorprendió. Desde luego era el último utensilio que se le hubiese ocurrido echar en su equipaje.

—Nunca está de más —contestó el joven pecoso de su izquierda antes de comenzar a tocar los primeros acordes de una animada canción que Kurn se atrevió a bailar.

Varios soldados se unieron a la improvisada fiesta, cantando y

bailando alrededor de la hoguera. Ansol los observaba, contento de que algo de alegría inundara el aire que respiraban. Miraba las llamas y pensaba en Amira. La imaginaba sentada en algún sillón del castillo entregada a la

lectura. No quería pensar que estuviera triste o preocupada; prefería creer que se encontraba apaciblemente esperando su regreso, aunque conocía muy bien a su prometida y aquello era del todo imposible.

Sintió un escalofrío y se frotó las manos. Las tenía frías y entumecidas.

Se percató de que la temperatura había descendido mucho. Se acercó al fuego con las manos extendidas para calentarlas cuando la música cesó a su espalda.

—Bueno —interrumpió su padre levantándose de la silla—, creo que debemos retirarnos a descansar. Mañana nos espera un largo viaje y tenemos que estar preparados.

—Tú lo has dicho —Jum palmeó la espalda de su amigo antes de retirarse en compañía de algunos de sus jefes de armas.

Ansol se dirigió al catre del fondo de la tienda que compartía con otros once hombres. Kurn se acostó en el de al lado.

—Va a ser una empresa importante, socio —dijo Kurn bostezando.

—Sí, quizás compongan una canción sobre nuestra gesta en el campo de batalla —bromeó Ansol—. Y algún día alguien la cantará en una fiesta.

—Anda, duérmete ya —añadió Kurn que, nada más girarse a la izquierda con el brazo bajo la almohada, comenzó a roncar.

Para sorpresa de Ansol, aquella noche se quedó dormido con rapidez. A la mañana siguiente se levantó antes de que saliera el sol. La actividad en el campo era frenética; todo el mundo corría de un lado a otro recogiendo sus enseres. Se vistió deprisa, se ciñó la cota de malla y se puso la sobre veste adornada con el blasón familiar.

Afuera tomó un rápido desayuno junto al resto de sus hombres antes de ir a buscar a Niebla, que lo esperaba impaciente al pie de un árbol.

—¿Estás listo?

El caballo relinchó, arrancando la hierba que crecía bajo sus patas. Sus

crines se agitaron mientras buscaba la mano de Ansol con el hocico.

—Vaya, parece que hoy te has levantado con ánimo. —Ansol acarició el flanco y las orejas de su corcel—. La verdad es que yo también me siento preparado.

Niebla relinchó de nuevo, como asintiendo al comentario de su jinete.

—Sí, amigo. Volveremos pronto a casa y traeremos con nosotros la victoria.

Ansol montó de un salto y agarró con fuerza las riendas. Miró a su alrededor con ánimo renovado. Una voz interior lo reconfortaba, susurrándole que se dirigiera a la batalla sin temor y sin dudas. La apatía desapareció y el deseo de una pronta victoria emergió en el corazón del chico. Volver junto a Amira era la única recompensa que pediría.

8

Sorpresa en Álcorin

El calor avanzaba conforme pasaban los días y el verano asomaba con fuerza a través de los jirones de nubes blancas que decoraban el cielo. La claridad del alba sorprendió a Amira en su cama. Las sábanas y la colcha se arremolinaban desordenadas a los pies del lecho, mientras la chica se debatía en un sueño inquieto. Jadeaba ligeramente mientras susurraba algo ininteligible. Un sudor frío empapaba su cuerpo. Abrió los ojos y dejó que se acostumbraran a la penumbra de la habitación. No conseguía recordar qué clase de sueño la tenía tan turbada. Parpadeó varias veces y se quedó tumbada mirando cómo los rayos del sol ganaban terreno, iluminando poco a poco la estancia.

Le dolía la cabeza y se encontraba embotada. Se incorporó y un escalofrío la sacudió cuando el camisón empapado en sudor se le pegó a la espalda. Una oleada de tristeza se apoderó de ella y comenzó a llorar. Se tapaba la cara con las manos para amortiguar el sonido de sus sollozos.

Continuó llorando hasta que le dolieron los ojos. Aquello había resultado fatal para su incipiente dolor de cabeza. Volvió a recostarse boca arriba mirando el techo y permaneció así un rato, intentando

ordenar sus ideas con la esperanza de que remitiera aquella maldita sensación de desasosiego.

La casa comenzó a despertar mientras los sonidos se agolpaban tras la puerta de su habitación. Decidió que era hora de levantarse y bajar a tomar algo para el dolor de cabeza. Se vistió con la mirada ausente y la mente en ninguna parte. Ni siquiera se peinó; se recogió el pelo en la nuca y se calzó unas zapatillas de piel de conejo para que sus pies entraran en calor. Aquel sudor la había dejado helada y sintió la necesidad de abrigarse pese al calor de finales de primavera. Bajó a la cocina y se dejó caer en una silla frente a un vaso de leche caliente.

—Pero mira que cara traes. —Miren la sacó de su ensimismamiento.

Echó una ojeada a la chica para poner los brazos en jarra—. ¿Qué te ocurre?

—No he dormido bien; me duele mucho la cabeza.

—No te preocupes que eso lo arreglo ahora mismo.

La cocinera le acercó una taza en la que colocó una buena cantidad de hojas de *albanís* antes de verter agua hirviendo. Le añadió dos generosas cucharadas de miel y removió la infusión antes de ofrecérsela.

—Hoy podrías tomarte un descanso. Deberías quedarte por aquí ociosa.

—La mujer la miró con cariño.

—No lo soportaría, Miren; necesito estar distraída. —Amira se removió incómoda en la silla.

—Pues entonces vete a Álcorin —propuso la cocinera—. Hoy es sábado y el mercado grande ofrece mucha distracción.

Amira se quedó pensativa. Bebió un sorbo de la infusión y sonrió a medias.

—Es una buena idea —dijo por fin mirando a la mujer—. Hace tiempo que quería ir a comprar algunas cosas para mi nueva casa. Además, Zina dijo que me acompañaría.

—Pues enviaremos un mensaje a Zina mientras desayunas.

Miren se levantó para salir al patio a buscar a Cristan, uno de los

empleados más jóvenes, al que mandó al pueblo a llevar el mensaje.

—He oído a Miren decir que vas a ir a Álcorin. —Gelen se sentó junto a Amira, que terminaba de beberse la infusión.

—Sí, iré con Zina a comprar algunas cosas —la voz de Amira recuperaba fuerza a media que su dolor de cabeza remitía.

—Si no os importa, me gustaría acompañaros. Quiero visitar a mi padre.

—¿Tu padre está en puerto? —Amira recordó que Gelen tenía pocas oportunidades de ver a su padre.

—Es posible que ya hayan atracado. En su última carta me dijo que podría visitarlo hasta el lunes, pero tengo tantas ganas de verlo que pensaba ir hoy mismo. Si aún no ha llegado, lo esperaré.

—Pues entonces prepárate para salir en una hora. —Amira se levantó de la silla mientras Gelen le daba las gracias.

—¡Ah no! —gritó la cocinera mientras la retenía por un brazo—.

¿Dónde crees que vas?

—A vestirme —respondió Amira confusa.

—No antes de haber desayunado como es debido.

Miren dispuso encima de la mesa un sinfín de alimentos para que la chica desayunara copiosamente. Amira hizo un gesto de conformidad con los hombros y volvió a ocupar su asiento mientras Gelen salía de la cocina

riendo. Cuando terminó su desayuno el dolor de cabeza había desaparecido, aunque le dolía el estómago por haber comido demasiado. Se puso un vestido de lino en color verde esmeralda, se calzó unos zapatos de piel y colgó de su cintura un pequeño bolso con monedas y la daga que le había regalado su padre en su quince cumpleaños. Siempre llevaba aquella arma con ella, a modo de amuleto.

Se dirigió al establo a buscar a Jimena. Enseguida apareció Gelen y montaron juntas a lomos de la yegua para salir al trote en dirección a Béstemer. Tuvieron que esperar algunos minutos a las afueras de pueblo, en el camino que conducía a la costa, hasta que Zina apareció

en su carreta.

—Buenos días —saludó.

—Gelen nos acompañará hasta Álcorin. Se quedará allí un par de días con su padre —la informó Amira.

—Pues entonces será mejor que subas conmigo —le propuso Zina—. El viaje es más cómodo en mi carreta.

—Eso es lo que tú crees —respondió Amira burlona—. Viajar a lomos de Jimena es lo más cómodo que hayas podido probar.

La yegua relinchó agitando las crines; a la chica incluso le pareció que reía.

Emprendieron el camino hacia la costa de muy buen humor. De cuando en cuando se paraban a charlar con alguno de sus vecinos, que volvía de Álcorin. El camino era un constante ir y venir de comerciantes y granjeros, que aprovechaban el mercado del sábado. Numerosos barcos atracaban ese día en el puerto de la ciudad venidos de los más lejanos rincones del mundo, trayendo en sus bodegas innumerables artículos y rarezas de otros continentes.

El sol se acercaba a su altura máxima cuando las chicas contemplaron la ciudad de Álcorin a sus pies. La loma por la que descendía el camino del sur dejaba ver un hermoso paisaje repleto de aguas verdes y turquesas. El bullicioso puerto, así como las doradas playas de arena, se extendían a la derecha. A la izquierda, la floreciente Álcorin crecía hasta la Cala de los Disturbios, llamada así en honor a una famosa revuelta.

Amira aspiró la brisa marina y cerró los ojos para saborear el momento.

Por primera vez en varias semanas había encontrado algo de paz. Cuando entraron en la ciudad la vorágine del mercado se hizo patente. Se

apresuraron a llevar a los caballos hasta un establo cercano. Gelen se despidió de ellas para dirigirse al puerto a buscar a su padre.

Zina agarró a su amiga del brazo para sumergirse en la inmensidad del abarrotado mercado del sábado. Infinidad de puestos y tiendas se repartían desde el centro de la ciudad hasta el puerto. El ruido era ensordecedor. Los comerciantes trataban de cerrar un trato con el

dueño de alguno de los puestos, regateaban y discutían a voz en grito mientras otros pregonaban las bondades de sus productos, intentando atraer la clientela.

Amira no podía evitar sentirse impresionada cada vez que visitaba aquel lugar. Multitud de adornos de madera delicadamente tallados se concentraban en los puestos de los hombres venidos de las islas del sur. Su tez oscura, y su extraña y colorida indumentaria, destacaba sobre los demás.

Además, traían consigo toda suerte de especias, algunas desconocidas en Durian, pero muy sabrosas por lo que había podido comprobar. Las gentes que provenían del continente oriental disponían de las mejores alfombras y telas.

Tras deambular a duras penas entre varios puestos, Amira decidió comprar algunos adornos y telas para vestir las paredes y ventanas de su futuro hogar. La chica estaba disfrutando del día. De pronto alguien la agarró del brazo y al volverse vio a Gelen.

—Mi padre aún no ha llegado, pero un pescador me ha dicho que está previsto que arribe esta tarde.

—Quédate con nosotras hasta entonces —le propuso Amira.

Las dos continuaron sorteando el bullicio del mercado un poco más.

Cuando se dieron cuenta de que el estómago bailaba estrepitosamente, buscaron a Zina entre la multitud. Al cabo de un rato la encontraron pagando a un hombre que le había vendido un saco de plumas de ganso.

Amira se sorprendió al comprobar la cantidad de cosas que había adquirido su amiga en tan poco tiempo.

—Práctica —le dijo Zina con una sonrisa, encogiéndose de hombros.

Dejaron sus cosas en una habitación aneja al establo para ir en busca de un lugar donde comer. Cerca del mercado, numerosas posadas se sucedían para abastecer las necesidades de todos los que visitaban la ciudad.

Tuvieron que recorrer varios establecimientos hasta encontrar uno donde hubiera una mesa libre.

—Estoy agotada —dijo Amira apoyando la espalda en el respaldo de la

silla—. No sé cómo puedes venir tan a menudo aquí Zina, esto es una locura.

—Querida amiga, estás demasiado acostumbrada a tus sesiones de entrenamiento y la caza en el bosque. Eres una ermitaña —bromeó la chica apurando su copa de vino.

—¿Vais a regresar ya? —preguntó Gelen nerviosa.

Amira comprendió que, si Zina y ella regresaban a Béstemer, Gelen se quedaría sola hasta que llegara su padre. Dedicó un gesto de complicidad a su mejor amiga, que asintió.

—Creo que nos quedaremos un rato más —contestó Amira. Gelen sonrió.

—Aún puedo hacer algunas compras —bromeó Zina.

—¡Nada de eso! —Amira se levantó de la silla—. Daremos un paseo por la playa.

Cuando llegaron a la orilla del mar, la joven se descalzó para disfrutar de la sensación de la arena mojada en sus pies. Pasearon hasta que la playa se vio interrumpida por un enorme acantilado, donde las olas rompían salvajemente. En la cima del acantilado, el faro de Álcorin se alzaba majestuoso. Se había construido muchos años atrás como Torre de Vigía, pero por suerte nunca había tenido que servir a ese fin, por lo que se había convertido en el faro de la ciudad. Por la noche, un enorme candil de aceite se encendía en su cúspide para avisar a los navegantes de que se acercaban a la costa.

Era media tarde cuando decidieron volver al puerto para comprobar si el padre de Gelen había llegado. Amira y Zina conversaban sobre la fiesta de solsticio de verano y no se habían dado cuenta de que Gelen se había detenido, escrutando el horizonte con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Amira.

—Creo que se acercan barcos —contestó la joven extrañada.

Amira y Zina miraron en la dirección que Gelen les indicaba; de pronto un miedo incontrolable aferró la garganta de Amira, que apenas podía respirar. Una veintena de barcos surcaban veloz las olas y en pocos minutos estuvieron tan cerca que creyó que desembarcarían allí mismo. Sus velas negras no presagiaban nada bueno. Se dirigían hacia el puerto de Álcorin.

Amira reaccionó de pronto y se tiró al suelo, calzándose apresuradamente.

—¡Vamos! —indicó a sus amigas —. Debemos regresar a la ciudad.

Salió corriendo hacia Álcorin mientras Zina y Gelen la seguían sin aliento. Se habían alejado demasiado, así que para cuando lograron alcanzar la ciudad la batalla ya se estaba librando.

Una nube de flechas sorprendió a los trabajadores del puerto cuando los barcos negros se acercaron a la costa. Los hombres que se afanaban en arreglar sus redes y aperos de pesca sucumbieron en primer lugar. La gente corría aterrorizada de un lado a otro, gritando y tropezando, intentando ponerse a salvo de las flechas que volaban sobre la ciudad. Los puestos más cercanos fueron abandonados por sus propietarios, desparramándose las mercancías en todas direcciones. Cuerpos inertes ocupaban la calle que unos momentos antes había soportado el trajín alegre del mercado.

Las jóvenes se detuvieron a contemplar el caos justo cuando la guardia de la ciudad adelantó para repeler el ataque. Las flechas viajaban ahora en ambos sentidos y los barcos de velas negras también sufrían bajas. Los alaridos de los heridos resonaron extrañamente amortiguados en los oídos de Amira, que contemplaba atónita la escena. Multitud de hombre y mujeres, tanto ciudadanos de Álcorin como visitantes, se unieron a la guardia para defender a la gente que corría despavorida en todas direcciones. El silbido de las fechas fue lo único que por un momento llegó a los oídos de la chica.

La gente corría para refugiarse en los portales y negocios abiertos; los vecinos abrían las puertas de sus casas a los visitantes para que pudieran escapar del ataque. El caos inicial pronto dio paso a la defensa de la ciudad, que se organizó más rápido de lo que Amira hubiera supuesto. La mayoría de los vecinos de Álcorin salieron a la calle armados, dispuestos a contener el ataque y repeler a los asaltantes. Nadie sabía de donde procedían aquellos hombres ni cuáles eran sus intenciones, pero la ciudad siempre estaba preparada para algo así. Al encontrarse tan al sur del reino, y debido a su floreciente puerto, Álcorin estaba continuamente sobre aviso ante posibles ataques o intentos de invasión provenientes de otros continentes. Estaba claro que la agresión siempre provendría del mar, así que los arcos y las flechas era algo que no escaseaba.

De repente Amira oyó un gemido antes de notar cómo algo se desplomaba a sus pies. Con los ojos muy abiertos miró el cuerpo que

yacía junto a ella y gritó presa del pánico. Se agachó para estrechar a Zina entre sus brazos. La chica respiraba con dificultad, y miraba asustada a su amiga.

La tumbó para examinarla y comprobó que tenía una flecha clavada en el costado derecho.

La joven miró con desesperación en todas direcciones, pero nadie parecía poder ayudarla. Se fijó entonces en Gelen, petrificada por el miedo a su lado. Entonces Amira reaccionó. No supo cómo, pero su mente se aclaró de pronto y comenzó a dar órdenes.

—Gelen —gritó, y la chica la miró asustada—. Ayúdame a cargar con ella; conozco a alguien que puede curarla. —Zina reprimió un grito de dolor mientras se tanteaba el vientre. —No te preocupes —le dijo con lágrimas en los ojos—, te pondrás bien.

Cargaron con la chica a través de las calles y callejones de la ciudad, mientras la gente corría y gritaba a su alrededor. Pararon en dos ocasiones para descansar y orientarse entre tanta confusión, siempre avanzando hasta el lado noreste de Álcorin. De pronto Amira se detuvo frente a una puerta de madera pintada de azul que estaba entreabierta. La empujó con el pie y un hombre de avanzada edad se quedó mirándola en la penumbra de una habitación.

—Señor Bristene —comenzó Amira, pero su respiración agitada no le permitió continuar.

—¿Amira?

El anciano se acercó rápidamente al reconocerla. Observó a Zina muy serio.

—Tumbadla en aquel camastro —ordenó antes de salir de la habitación.

Amira y Gelen colocaron cuidadosamente a su amiga en el lecho. Zina permanecía con los ojos cerrados agitando la cabeza de un lado a otro, gimiendo de cuando en cuando por el dolor. Amira dejó escapar algunas lágrimas, que secó con furia al ver llegar al viejo.

—Debemos extraer la flecha lo antes posible. —El hombre examinó la herida con gesto preocupado—. Creo que no ha dañado ningún órgano, pero aún no estoy seguro.

El anciano miró a Amira antes de continuar.

—Podría perder la vida, pero si no la extraemos morirá de todas formas.

—Ayúdala, Bristene —le suplicó Amira con lágrimas en los ojos.

—Está bien, pero deberás echarme una mano.

Amira sintió en silencio y miró con temor a su amiga, que seguía gimiendo de dolor.

—¿En qué puedo ayudar yo? —preguntó Gelen.

—Pon a hervir más agua en la olla que está en la chimenea. —Bristene señaló la habitación contigua—. La vamos a necesitar.

Gelen corrió a por agua para ponerla en la olla. Amira observó al anciano mientras preparaba sobre una bandeja plateada un fino cuchillo, aguja e hilo. Sumergió una gasa en el agua hirviendo que había traído consigo de la otra estancia. Los vapores que emanaban de aquel cuenco inundaron la habitación de una fragancia agria y fuerte. Amira arrugó la nariz.

—Ahora debes sujetar a tu amiga con fuerza —le indicó Bristene—.

Sujétala por lo hombros e intenta que no se mueva.

Amira hizo lo que le pedía. Tuvo que sujetar con más fuerza a su amiga cuando el sanador esparció el agua caliente con aquel producto pestilente sobre la herida.

—No dejes que se mueva —le advirtió el hombre antes de proceder a partir el astil de la flecha.

Hizo una incisión con el cuchillo mientras Zina chillaba e intentaba deshacerse de la sujeción de Amira. De pronto su cuerpo se desplomó.

Amira miró con desesperación el rostro de su amiga e intentó llamarla, pero tenía la boca pastosa y no pudo emitir sonido alguno.

—No te preocupes —le dijo Bristene—. Sólo se ha desmayado.

Amira emitió un suspiro ahogado; fue cuando se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Soltó a Zina al comprobar que no se movía y permaneció a su lado, atenta por si recobraba la razón e intentaba moverse. El sanador extrajo la punta de la flecha con bastante pericia.

Luego volvió a verter aquel preparado en la herida, tras indicarle a Gelen que echara más agua caliente en el cuenco. De nuevo lavó la herida con el líquido maloliente y cogió la aguja enhebrada para suturarla. Colocó un trozo de lino limpio sobre los puntos y lo aseguró con una sustancia que parecía resina, para preservar la herida del aire y la suciedad.

—Ya está —concluyó el anciano mirando a Amira—. Tu amiga se repondrá en pocos días. Por suerte no ha dañado ningún órgano.

Amira suspiró y se dejó caer en el suelo, agotada por tanta tensión. Se cubrió la cara con las manos y dejó que las lágrimas escaparan libres.

—Ni tampoco a su bebé —continuó el anciano.

—¿Cómo has dicho? —Amira se enjugó las lágrimas, sorbiendo el agua que le escurría por la nariz.

—Tu amiga está embarazada. —Bristene sonrió—. Aún está de pocas semanas, pero un pequeño corazón late fuerte en su vientre.

Amira miró perpleja a Zina, tumbada en el camastro sin sentido.

Seguramente no era consciente de que una vida crecía en su interior, porque de ser así se lo habría contado.

—¿Estás seguro de que están bien… los dos? —inquirió Amira suplicante.

—Estoy seguro —contestó el hombre—. Ahora lo que necesita es reposo y muchos cuidados. Pronto podrá regresar a casa, pero no antes de estar convencido de que el viaje de vuelta no supondrá un peligro para ella.

—Gracias. —Amira abrazó al hombre. Lloraba de nuevo, pero ahora más aliviada.

—No tienes agradecerme nada —contestó el anciano mientras le daba suaves palmadas en la espalda—. Siempre estaré en deuda con tu padre y haría cualquier cosa por ti y tu familia.

Amira se apartó bruscamente cuando oyó un terrible grito en la calle.

Gelen la miraba horrorizada. El sanador abrió la puerta y miró al exterior.

—Muerte y tristeza se ciernen sobre Álcorin hoy… —dijo de manera

enigmática—. El faro debería ser encendido para pedir ayuda.

Entonces Gelen reaccionó a sus palabras.

—¡Eso es! —gritó mientras se acercaba a Amira—. El faro es la antigua Torre de Vigía. Si la ciudad corre peligro, se debe encender para pedir ayuda.

—¿Cómo? —Amira aún estaba aturdida.

—El faro se enciende de noche para avisar a los navegantes de que se acercan a la costa y evitar que encallen —continuó Gelen exaltada—. Pero si el faro se enciende a plena luz del día, pone sobre aviso a los puertos cercanos de que algo no va bien y que deben mandar ayuda. ¡Tenemos que subir al faro!

Amira alternó la mirada entre la chica y el anciano, que asentía.

—Está bien. Iremos al faro. Por favor Bristene, cuida bien de Zina.

—Desde luego. Tened cuidado.

Las jóvenes abandonaron la casa del sanador. En la calle la gente corría en todas direcciones, algunos para resguardarse del desastre, otros para acudir en ayuda de sus vecinos y familiares. Decidieron tomar los callejones más alejados del puerto para dirigirse al faro a través del camino que las había llevado hasta la ciudad esa misma mañana. Luego debían seguir hacia el oeste para poder llegar a lo alto del acantilado, desde donde podrían acceder al faro por una pequeña puerta en su base.

El faro estaba alejado de la ciudad, así que las chicas se vieron obligadas a correr tanto que pronto el aire pasaba a través de sus gargantas como cuchillos afilados. Amira tuvo que detenerse en varias ocasiones para esperar a Gelen. Cuando llegaron a la puerta Amira suplicó a los cielos que no estuviera cerrada con llave; con alivio comprobó que cedía al girar el pomo. La abrió de un empujón para precipitarse escaleras arriba. Los escalones eran estrechos y estaban muy gastados, por lo que tuvo que aferrarse en varias ocasiones a la pared para no resbalar. La escalera de caracol se interrumpía de cuando en cuando por un rellano donde se situaba una pequeña ventana.

Al fin llegaron a lo alto de la torre, un gran espacio circular cubierto por una cúpula de cristal. En el centro de la estancia un enorme candil, el más grande que Amira hubiera visto jamás, estaba lleno de

aceite. En el otro extremo de la habitación abovedada había una antorcha y carbón humeante.

Gelen se acercó con rapidez y avivó los rescoldos del fuego. Amira se acercó a la cúpula para contemplar horrorizada la batalla que se libraba abajo, cerca del puerto. Los barcos de velas negras habían atracado mientras un gentío fiero y valiente se apiñaba en el puerto y las playas aledañas, intentando repeler el ataque. Desde allí Amira pudo comprender que los ciudadanos de Álcorin no tenían ninguna posibilidad.

La joven sintió un agradable calor en la nuca y se volvió a tiempo de ver cómo Gelen prendía fuego al aceite. Una enorme llamarada iluminó la estancia y Amira tuvo que protegerse los ojos con la mano. Gelen se colocó a su lado, observando a través del cristal la dantesca escena. La tarde estaba muy avanzada así que pronto anochecería. Esperaba que el faro brillara lo suficiente en la claridad de la tarde como para que la señal de auxilio llegara a los puertos de Liponez, Monis y Gateca, los más próximos a Álcorin.

Pasó un rato antes de que Gelen se agitara nerviosa de un lado a otro.

Habían estado calladas desde que encendieron el faro, absortas en sus pensamientos. Amira miró hacia la costa oeste y comprendió el nerviosismo de su amiga.

—¡Ahí viene la ayuda! —grito Gelen entusiasmada.

Varios barcos de pescadores y navíos mercantes se aproximaban veloces desde el puerto de Monis. Detrás de ellos más barcos avanzaban desde Gateca, y pronto alcanzarían Álcorin para darles su merecido a los piratas.

—¡Mi padre! ¡Es mi padre! —gritó eufórica Gelen mirando hacia el este.

Desde Liponez se unían más barcos. Pronto las fuerzas amigas, más numerosas, fueron rodeando en el mar a los asesinos de negro. Desde tierra, los valientes alcoreños habían contenido a duras penas el feroz ataque y ahora, por mar, sus vecinos acudían para tumbar al enemigo. El faro había cumplido su función como torre vigía, y Amira y Gelen habían contribuido a la defensa del reino.

Gelen se apoyó contra el cristal sin perder de vista el barco de su padre.

Amira oyó un ruido y se volvió preocupada. Se acercó al rellano y escuchó pasos apresurados ascendiendo por la escalera de caracol. No le dio tiempo a reaccionar lo bastante rápido, así que de pronto se encontró cara a cara con un hombre alto vestido de negro. Sus cabellos rubios le caían desordenadamente sobre la espalda y unos ojos inyectados en sangre la observaron unos instantes, evaluando la situación. El hombre la miró con rabia y la empujó con fuerza para penetrar en la estancia.

La joven cayó al suelo, golpeándose la cabeza, mientras el hombre se abalanzaba sobre ella. Amira retrocedió asustada a rastras tratando de evitarlo, pero el soldado la agarró por un tobillo para tirar de ella. Amira gritó aterrorizada antes de que el soldado la golpeara en la cara.

Un agudo dolor la inundó mientras notaba un extraño sabor en la boca.

Volvió a golpearla con más fuerza y Amira escupió sangre. El hombre se levantó al tiempo que le daba una brutal patada en el estómago. La chica se revolcó de dolor, agarrándose el vientre mientras trataba de respirar. Se acurrucó, invadida por el miedo, y volvió a escupir sangre.

—Vosotras sois las que habéis dado la voz de alarma.

El hombre se acercó a Gelen. La chica gritó e intentó correr hacia la escalera, pero el soldado de negro le cortó el paso y levantó la mano, dispuesto a golpearla.

Amira vio el pánico reflejado en los ojos de su amiga. Entones, sin saber siquiera lo que estaba haciendo, ajena al terrible dolor que sentía, buscó a tientas la daga que su padre le había regalado, y que siempre llevaba consigo. Se incorporó de un salto, como si hubiera abandonado su cuerpo y la mente viajara libremente tan veloz y liviana como el aire, y se abalanzó sobre el hombre. Éste, que intuyó movimiento a su espalda, se giró justo en el instante en que Amira clavaba con furia la daga en su cuerpo. La chica lo miró a los ojos y vio cómo la vida se le escaba. Cuando el hombre se desplomó a sus pies, volvió en sí. Comprobó con estupor que su daga estaba clavada a la altura del corazón del hombre, y que su mano estaba manchada de sangre.

Sintió un fuerte mareo antes de caer al suelo desplomada. Con la mirada perdida, notó que Gelen se acercaba arrastrándose y se acurrucaba junto a ella, llorando desconsoladamente. Amira, con los

ojos muy abiertos, no dejaba de mirar el cuerpo sin vida del hombre. Le había arrebatado la vida; había matado a otro ser humano; había matado…

Su cabeza comenzó a dar vueltas y se sintió tan mareada que tuvo que apartarse de Gelen para vomitar. No podía creer lo que acababa de hacer. El hombre las hubiera matado; sólo se había defendido. Pero lo que había hecho la aterrorizaba.

Volvió a sentirse mareada y se tumbó en el suelo. Quería abandonarse allí mismo. La desesperación la invadió y se sintió muy desdichada. De pronto, sin saber cómo, se incorporó con los músculos en tensión, aguzando el oído. Se escuchaban pasos en las escaleras, y esta vez eran numerosos.

Se levantó rápidamente, actuando por instinto. Escondió a Gelen detrás de unas cajas, recuperó su daga del cuerpo sin vida de aquel monstruo, y esperó frente a la escalera. Varios hombres vestidos con vivos colores irrumpieron en la estancia y Amira se relajó un tanto, aunque no dejó de empuñar la daga.

—¿Estáis bien? —preguntó el mayor de ellos—. Hemos visto a ese hombre entrar en el faro y le hemos seguido.

Amira recuperó la compostura poco a poco. Bajó el arma y acudió junto a Gelen.

—Hemos venido a encender el fuego para pedir ayuda —comenzó diciendo—. Nos atacó y tuvimos que defendernos.

—Habéis hecho bien —le dijo el anciano asintiendo—. Esos hombres de negro no han mostrado piedad en el puerto. Si no lo hubieras matado, ahora sería tu cuerpo el que yacería ahí.

—Estás sangrando —gritó un chico joven mientras se acercaba para sostenerla, pues estaba a punto de desmayarse—. Te llevaremos con un sanador.

Amira se dejó ayudar y pronto estuvieron en Álcorin. El ambiente había cambiado diametralmente. Ahora la gente se saludaba aliviada, congratulándose por la victoria. Los que estaban sanos evacuaban a los heridos a las casas de los sanadores, que pronto estuvieron desbordados de trabajo. Otros retiraban los cadáveres de los que había caído luchando. La joven caminaba, casi en volandas, en dirección a la casa de Bristene cuando unos soldados de la guardia se cruzaron en su camino.

Custodiaban a un hombre de aspecto fiero. Le faltaba un ojo que no se molestaba en ocultar, mostrando al mundo el espacio vacío que había dejado su pérdida. Enormes cicatrices desfiguraban su rostro. Vestía completamente de negro y esbozaba una irónica sonrisa.

Amira le indicó a sus acompañantes que se detuvieran. El alcalde, un hombre bajito y gordo, tenía que alzar la cabeza para mirar a la cara al hombre que la guardia había detenido.

—¿De dónde vienes? —le exigió saber.

El hombre, que al parecer era el cabecilla de aquel grupo de bárbaros desalmados que habían llegado por mar, descargando contra inocentes su furia, miró al alcalde con asco antes de romper a reír a carcajadas.

—Aún no sabéis lo que os espera —escupió con desprecio—. ¿Creéis que habéis derrotado a mi señor? Nosotros no somos nada comparado con lo que os espera.

—Trataremos a cualquiera que desee perturbar nuestras vidas de la misma manera que os hemos tratado a vosotros, maldito pirata —dijo el alcalde orgulloso.

El hombre desfigurado miró con desprecio al alcalde con su único ojo, escupió a sus pies y volvió a reírse.

—¿Piratas? —bramó desairado—. ¡No somos piratas, estúpido! Mil barcos llegaran del norte antes de lo que creéis, y nada ni nadie impedirá que invada vuestras costas y asole vuestras asquerosas vidas.

El alcalde retrocedió un paso al escucharlo, atónito por lo que acababa de comprender. Aquellos bárbaros no procedían de ninguno de los continentes situados más allá del océano, como en un principio había supuesto.

—Magnus... —El alcalde palideció.

El jefe de armas del norte rio de manera estrepitosa, visiblemente satisfecho. Amira sintió que el dolor crecía, pero su mente hilaba más rápido que nunca. Algo dentro de ella había despertado y lo veía todo con claridad. En ese instante, sin poder evitarlo, una impenetrable oscuridad le nubló la vista. Lucho por seguir despierta, pero se desmayó. Notó que la dejaban sobre un cómodo lecho mientras el agotamiento se apoderaba de ella, venciéndola.

Llegada al campo de batalla

Tardaron tres días en alcanzar el lugar donde se libraba la batalla. Durante el trayecto, el ejército del sur traspasó la frontera con el reino vecino para dirigirse hacia la costa, en dirección noroeste. A lo largo del camino atravesaron numerosos pueblos y ciudades que apenas acogían un puñado de gente, normalmente ancianos y niños, ya que la mayoría de hombres y mujeres del Reino del Oeste se habían unido a filas para defender su tierra, su hogar y sus familias.

La numerosa comitiva venida del sur se fue volviendo más silenciosa a medida que se acercaba al punto de reunión con el rey Ulter. Los soldados empezaban a sentirse inquietos. Ansol aferraba con tanta fuerza la empuñadura de su espada que los dedos comenzaron a hormiguearle.

Cuando la cabeza del ejército sureño se detuvo, el chico no dejaba de otear el horizonte. Vio a Fredo y Ulter saludarse de forma amigable en el extremo más alejado del enorme campamento que se extendía ante él, un lugar repleto de tiendas, camastros y hogueras que acogía miles de soldados. Al fondo, cerca de un pequeño bosque de abetos, se alzaba la carpa donde los heridos eran atendidos por los sanadores y sus ayudantes. Ansol se sintió abrumado al contemplar aquel bullicio.

El combate se desarrollaba no muy lejos; podía distinguir el ruido del acero entonando la melodía de la batalla, los gritos ahogados de los soldados de ambos bandos, incluso el silbido de las flechas.

Ulter indicó a los soldados del sur que acamparan en el lado este, y volvió a reunirse con sus jefes de armas antes de incorporarse a la lucha. El rey del oeste era un hombre bajito y nervioso, rodeado de un halo de autoridad que no admitía oposición. Su armadura dorada, con el escudo familiar en tonos grises y negros adornando la pechera, brillaba mientras se dirigía hacia la costa a lomos de su caballo. Ansol desmontó con los hombres reunidos bajo el blasón de Bris y le entregó Niebla a uno de los empleados que los acompañaban. Observó los numerosos blasones y banderas que ondeaban por doquier, haciendo patente la presencia de sus

soldados en el campo. Pero comprobó, con cierta tristeza, que ninguno procedía de las tierras del Reino del Este.

—¿Nervioso? —la voz de Kurn sonó a su espalda.

—Más bien inquieto. ¿Cuándo entraremos en combate?

—Al parecer los jefes de armas van a reunirse enseguida para decidir nuestra organización, en atención a las instrucciones que ha dejado el rey Ulter.

—¿Instrucciones? —Ansol miró a su amigo muy sorprendido.

—El flanco izquierdo está más controlado, al encontrarse la playa en ese lado, pero es necesario reforzar el derecho. Y pese a todas las bajas de los hombres del norte, que al parecer son muy numerosas, el ejército de Magnus se restablece rápidamente, aportando continuamente nuevas vidas al sacrificio de la batalla.

Kurn gesticulaba con ambas manos mientras intentaba describir la situación.

—¿Y cómo te has enterado de todo eso? —preguntó Ansol con curiosidad—. Nadie más que el rey ha acudido al encuentro de Ulter.

—Puedo advertir las palabras en los labios del que las pronuncia, sin necesidad de oírlas. —Kurn extendía las palmas de las manos hacia arriba mientras se encogía de hombros.

Ansol observó a su amigo con cierta admiración. Después enarcó las cejas para mirarlo con desaprobación.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que quiera mantener una conversación privada cuando estés cerca.

Kurn rió mientras daba un puñetazo a su amigo en el hombro.

—Lo que no entiendo es cómo el ejército del norte continúa enviando a sus hombres a la muerte de esa manera; es una misión suicida. —Ansol dejó la mirada colgada en el horizonte, donde la costa se abría paso.

—A mí también me ha parecido raro —susurró Kurn mirando en la misma dirección—. Según he entendido, las bajas del norte son más del doble que las del oeste, pero el rey Ulter aún no ha podido dar fin a la guerra porque siguen llegando más y más soldados vestidos de negro. En los últimos días, el único cometido del ejército de Ulter ha sido cercenar la vida de los enemigos que intentan adelantarse por el flanco derecho, enemigos que además apenas presentan oposición y mueren casi sin batallar.

—Es muy extraño —convino Ansol—. Entonces supongo que nos destinarán a reforzar las fuerzas que combaten en ese lado.

—Probablemente… Pero ahora deberías acercarte a la carpa real. Tu padre te llama.

Ansol miró en la dirección que le indicaba su amigo y vio a su padre de pie en la entrada de una de las carpas, haciéndole señas. Se dirigió hacia él caminando entre una multitud bien organizada. Todos se afanaban en acondicionar el terreno para acampar, así que pronto todo estuvo listo, con las hogueras encendidas para preparar la comida, las espadas afiladas, los carcaj repletos de flechas y los caballos provistos de testera y petral, listos para el combate. Se respiraba un aire enrarecido, mezcla de pánico y determinación. Cuando Ansol llegó hasta su padre éste le puso una mano sobre el hombro, lo miró a los ojos y le habló en voz baja.

—Quiero que me acompañes a la reunión. Eres el primero de mis jefes de armas y deseo que tomes parte en las decisiones que se van a adoptar.

—Estaré a la altura —prometió el joven mientras se erguía un poco más.

—Lo sé, hijo.

El Conde de Bris le palmeó el hombro antes de cederle el paso al interior de la carpa. El rey Fredo estaba sentado cerca del Conde Solsein, discutiendo algún asunto. Los demás nobles se distribuían irregularmente en la mesa, mezclados con los jefes de armas. Caste de Bris y Ansol ocuparon sendos asientos junto a Jum Solsein.

—El rey Ulter nos pide que reforcemos sus tropas en el flanco derecho

—comenzó Fredo, y todos guardaron silencio de repente—. Al parecer es en ese lado donde se reagrupa más rápidamente el ejército de Magnus.

Ansol ya sabía aquello gracias a la secreta habilidad de su amigo, pero algunos se lanzaron a protestar atropelladamente.

—¡Señores! —atajó contundente el rey—. Venimos a ofrecer nuestra ayuda al Reino del Oeste, no a imponer nuestra opinión sobre sus tácticas de combate. Haremos lo que Ulter nos pide.

—¿Y dónde está Magnus? —La voz de Varis se escuchó por encima del barullo.

Todos callaron. Hasta entonces Ansol no se había preguntado dónde

estaría el rey del norte, o desde donde organizaba sus tropas antes de lanzarlas a una muerte segura de manera tan despiadada.

—Magnus no se encuentra cerca —resumió el rey algo molesto—.

Creemos que sigue en el norte.

Aquello confundió a los presentes, que no podían creer que Magnus permaneciera al margen del cuerpo a cuerpo en una guerra que él había provocado. Tras un breve instante de incredulidad, Fredo comenzó a disponer el orden y disposición de la infantería y la caballería, los turnos en los que los nobles y sus ejércitos se reemplazarían unos a otros, así como la distribución del grueso de los soldados. Ansol marcharía en el primer reemplazo, junto al rey, su padre, Jum Solsein y Limonel.

Se sentía asustado y preparado al mismo tiempo. Le costaba un poco respirar cuando abandonó la carpa tras la reunión. Se dirigió hacia su tienda para aclarar un poco las ideas y descansar un poco, si es que eso era posible, antes de partir esa misma tarde al campo de batalla. Tras una frugal comida, los hombres y mujeres del sur se unirían a la guerra.

Pero Ansol no dejaba de preguntarse porqué Magnus seguía en el norte, seguro tras los muros de su castillo mientras enviaba a la muerte a muchos hombres, demasiados. No le tenía por un cobarde, así que su motivo debía ser más oscuro y retorcido que cualquier cosa que se le pudiera ocurrir.

—¡Eh! —Kurn lo llamó desde la entrada—. Tienes que comer algo, dentro de poco partimos.

Ansol abandonó sus pensamientos y salió de la tienda para unirse al resto de soldados, pero se llevó consigo un extraño presentimiento que aún no era capaz de descifrar. De pronto pensó en Amira, en su sonriente rostro y su enigmática mirada, y un nudo se apretó en su pecho. Lanzó un suspiro ahogado antes de dejarse llevar por la inercia de los acontecimientos.

Mientras masticaba con pocas ganas un trozo de carne asada, se preparó mentalmente para entrar en combate.

***

Magnus se impacientaba. Sentado de medio lado en su sillón, notaba cómo la irritación lo embestía mientras miraba de soslayo a Edmen. El anciano estaba en trance, con los ojos en blanco. Su respiración entrecortada hacía que el cuerpo se sacudiera en leves espasmos.

El rey del norte había esperado recibir noticias esa misma mañana, pero Calis no había enviado ningún mensaje. Algo había fallado y necesitaba la

visión del mago para poder estar al tanto de todo. Al fin Edmen dejó de temblar y se incorporó en su silla. Se volvió hacia el rey con el rostro sombrío.

—¡Habla de una vez, viejo! —La voz de Magnus resonó en el salón como un trueno en una tormenta.

—Lo siento mi señor, pero no tengo buenas noticias.

El rey se levantó con brusquedad y en apenas unas zancadas se situó frente al mago. Lo agarró de la túnica, apretando los dientes mientras hablaba.

—¿Qué a ocurrido?

La ira que se vislumbraba en los ojos del rey del norte hizo temblar a Edmen, que temió por su vida.

—Mi señor… —Intentaba elegir bien las palabras—, mi visión ha mostrado a Calis apresado por los alcoreños. Nuestros barcos han sido reducidos a cenizas y la mayoría de los hombres han sucumbido. En este enfrentamiento, el sur ha resultado victorioso.

El mago hizo una pausa para dar tiempo al rey a asimilar la situación.

Magnus rugió frustrado y lanzó a Edmen sobre la silla; el anciano casi cae al suelo. El rey comenzó a caminar de un lado a otro del salón, resoplando y maldiciendo.

—¡Continúa! —le dijo al mago aún más furioso.

—Barcos provenientes de los puertos cercanos acudieron a auxiliar a Álcorin y superaron en número a nuestros soldados.

Magnus se detuvo, sorprendido.

—¿Cómo ha sido eso posible?

—Alguien encendió la Torre Vigía para pedir auxilio, alertando a los puertos vecinos del ataque, que acudieron rápidamente en su ayuda. Ha sido pura suerte.

El anciano se acomodó en la silla, evitando mirar al rey. Su visión le había mostrado el rostro de la joven que había encendió el fuego, pero no deseaba compartir ese detalle con su señor. No sabía muy bien porqué, pero una voz interior le imploraba que se guardase la información sobre aquella muchacha.

—Está bien —dijo Magnus tras un interminable silencio—, partiré hacia la costa. Es hora de tomar partido—. Se dirigía a la puerta para salir del salón cuando se volvió hacia el mago—. Prepárate, vienes conmigo.

Salió de la habitación dando órdenes a sus sirvientes a voz en grito.

Edmen cerró los ojos y lanzó un largo suspiró.

10

Encuentro en el bosque

Amira fue recobrando la consciencia poco a poco. Comenzó a percibir lejanos los sonidos que la rodeaban: el crepitar del fuego en la chimenea, el borboteo del agua hirviendo en el caldero, la voz de Bristene conversando con alguien. Intentó moverse, pero un agudo dolor la detuvo. Abrió los ojos con dificultad. Estaba tumbada boca arriba en un mullido lecho cerca de una ventana que daba a la calle, ya que podía escuchar el bullicio de la ciudad. Apretó los dientes mientras trataba de incorporarse.

—¡Quieta! —Bristene acudió rápidamente a su lado—. Si haces un movimiento brusco te dolerá el costado durante un buen rato, espera que te ayude.

El sanador la cogió del brazo para tirar de ella con suavidad, al tiempo que acomodaba un almohadón a su espalda. Amira reprimió un grito.

—Tienes una costilla dañada —le informó Bristene—. No está rota, pero creo que sí astillada. Además, la paliza que te propinó aquel bárbaro te provocará molestias durante algunos días.

—Y será mejor que no te mires al espejo —dijo Zina a su izquierda.

Amira se volvió hacia su amiga y sonrió. La chica estaba sentada en un sillón junto a la chimenea.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Creo que mejor que tú —respondió Zina—. Me levantaría para abrazarte, pero mi sanador no me deja moverme de este asiento a no ser que sea para ir a la cama.

Amira y Zina se sonrieron antes de mirar al sanador, que removía distraídamente la sopa que hervía en el fuego.

—Me alegro de que los dos estéis bien —le dijo Amira a su amiga al ver cómo se acariciaba el vientre de forma distraída—. ¿Dónde está Gelen?

—Partió esta mañana temprano de vuelta a Béstemer. Creímos que sería conveniente que fuera a decirles a mi marido y a tu madre que nos encontramos a salvo. Seguro que se preocuparon mucho al ver que no regresamos anoche.

Amira intentó acomodarse, pero volvió a sentir una punzada de dolor.

Abrió la boca en un gesto de desesperación y comprobó que también le dolía la mandíbula. Se llevó la mano a la cara y notó el rostro hinchado.

—Tienes unos buenos moratones —le dijo Zina preocupada.

—Estoy bien, no te preocupes.

Amira les contó a Zina y Bristene lo ocurrido en la Torre de Vigía. El sanador se enteró que el jefe de armas del norte, al que llamaban Calis, continuaba en prisión a la espera de ser juzgado. El alcalde de Álcorin se había reunido esa misma mañana con los de las ciudades cercanas para organizarse a fin de impedir otro posible ataque.

—Entonces, es cierto —dijo Amira apenada —. Magnus está detrás de esto.

—Eso me temo —contestó Bristene.

Amira se quedó callada, perdida en sus pensamientos. Poco a poco una idea tomó forma en su cabeza y trató de levantarse de la cama. Sintió otra punzada de dolor en el costado, pero la ignoró. Comenzó a vestirse, aún perdida en sus pensamientos.

—¿Dónde crees que vas? —le reprochó Bristene.

—Debo volver a casa. Tengo que ir a la capital a pedir ayuda a la reina Térnabi.

La idea que había estado madurando tomó forma cuando las palabras salieron de su boca. Miró a Zina y al sanador con determinación.

—Si Magnus llega con más barcos, tal y como ese jefe de armas dijo, no podremos repelar otra agresión.

Amira recordó que el hombre sin ojo había amenazado al alcalde con la llegada por mar de un ejército, tan numeroso que acabaría con todo hombre o mujer que pretendiera interponerse en su camino. Y el Reino del Sur no disponía en ese momento de suficientes recursos como para defenderse de semejante ataque. La mayoría de los soldados habían partido hacia el oeste para combatir en la guerra; nadie había previsto que una gran amenaza pudiera abrirse paso a través de las olas. No habían contado con aquella posibilidad, y ahora el Reino del Sur no disponía de soldados suficientes para librar una

batalla en sus propias tierras. Si Magnus se propusiera invadir el reino, estarían en clara desventaja.

Amira sospechaba que ese había sido el plan de Magnus desde el principio, y por desgracia habían caído en la trampa.

—Prepararé a Jimena —dijo el anciano.

Antes de marcharse, el sanador ajustó aún más el vendaje que había colocado en el torso de la joven y la ayudo a montar en el caballo. Le entregó una pequeña bolsa con algunas hierbas que le servirían para aliviar sus dolores. La chica le dio las gracias por todo y se alejó hacia el camino que la llevaría de vuelta a Miravén.

Al principio cabalgó al paso, ya que la costilla dañada se resentía con el movimiento. Pero a medida que se acostumbraba al dolor, instó a Jimena a que cabalgara cada vez más rápido. Apretaba los dientes de vez en cuando para aliviar las punzadas, totalmente decidida a llegar cuanto antes a casa.

Al cabo de un rato, que se le antojó eterno, pudo distinguir a lo lejos el pueblo de Béstemer.

Pronto vio la silueta del castillo recortada en el horizonte junto al impetuoso río, delante de la gran montaña. Se sorprendió admirando la belleza de su hogar. Cuando alcanzaba la puerta de entrada vio aparecer a su madre, que corrió hacia ella para ayudarla a desmontar. Las puertas se atrancaron a su espalda. En la muralla, caminando por el adarve, los soldados hacían su ronda. Amira se entristeció al comprender lo mucho que habían cambiado sus vidas, ahora llenas de temor y peligro.

La vieja Nibena, cuyo marido había sido un reputado sanador, la esperaba en su habitación para ayudarla con el baño y curar sus heridas.

Tras la cena, Amira le indicó a su madre que debían hablar.

—Debo ir a Mulen mañana mismo —comenzó la chica sin preámbulos.

Esmeral permaneció en silencio, sopesando las palabras de su hija.

—Si es cierto lo que nos has contado durante la cena… —La condesa hizo una breve pausa—, debes pedir ayuda a la capital para que envíen soldados aquí, por si Magnus se atreviese a arribar en nuestras costas con una fuerza más numerosa.

Amira miró a su madre desconcertada. Estaba segura de que su progenitora pondría el grito en el cielo al conocer sus intenciones y que discutirían durante toda la noche, así que aquello la pilló por sorpresa.

Esmeral miró muy seria a su hija antes de continuar.

—Debemos estar preparados. El rey del norte es despiadado y cruel, así que no me extrañaría que pronto lo viésemos llegar a nuestras playas con mil barcos a sus órdenes.

—Eso me temo. —Amira sintió que una oleada de nerviosismo se apoderaba de ella—. Mañana por la mañana partiré hacia Mulen y pediré audiencia a la reina.

—Está bien —convino Esmeral mientras se levantaba—. Lo dispondré todo para tu viaje. Ahora vete a descansar.

A la mañana siguiente Amira se levantó bastante recuperada. La mandíbula no le dolía y la costilla parecía molestarle menos. Las hierbas que le había dado Bristene hacían efecto. Se puso unos pantalones de algodón, una camisa de lino bajo una sobre camisa verde oliva que le llegaba hasta las rodillas, y se calzó las botas altas. Preparó algo de equipaje impulsada por una extraña sensación de previsión. Colocó en el zurrón su arco y el carcaj lleno de flechas, la espada que Ansol le había regalado, algunas monedas y la daga de su padre. Recordó entonces el incidente en la Torre de Vigía, pero esta vez no sintió remordimientos por lo que hizo.

Se recogió el pelo, anudándolo en una trenza que le caía a la espalda, y bajó a la cocina. Miren le había preparado provisiones para el viaje. Era bien sabido por todos que la cocinera solía exagerar en cuanto a comida se trataba, así que había preparado un enorme zurrón lleno de carne, pan, frutos secos, algo de fruta y varios pasteles que ella misma había horneado esa misma mañana. También dispuso un pellejo de agua fresca.

—Miren —se quejó Amira—, que sólo voy a estar fuera un par de días.

—Lo que abunda no hace daño a nadie, y menos si se trata de comida

—rio la mujer.

La chica se despidió de su madre y sus hermanas antes de montar a Jimena. Esmeral contempló con desasosiego cómo su hija trotaba por el camino que llevaba hasta Mulen. Se quedó de pie a la puerta del

castillo, notando un terrible desasosiego invadiendo su corazón.

***

La primera jornada transcurrió tranquila. Los campos de labor se extendían hasta donde la vista alcanzaba, interrumpidos a menudo por bosques y riachuelos. Evitó internarse en los núcleos de población que iba encontrando a su paso, para no retrasar la marcha. A medio día se refugió del calor en un pequeño bosque. Cuando desmontó sintió el cuerpo entumecido y le costó dar los primeros pasos. Dejó a Jimena pastando cerca

y se sentó con cuidado sobre una roca al pie de un árbol, sujetándose el costado con la mano para evitar el dolor. Comió algo de pan y carne, y descansó un rato a la sombra. Su mente se afanaba en la idea de cómo defenderse de Magnus si se atreviera a invadir el Reino del Sur.

Cuando decidió que el calor era más soportable, reemprendió el camino.

Mulen se encontraba a un par de jornadas, así que pronto debería decidir dónde pasar la noche. Durante el viaje había charlado con algún comerciante que se dirigía a Álcorin desde el norte del reino, así como con algunos campesinos, y todos coincidieron en que lo mejor que podía hacer era desviarse unos kilómetros hacia el este y hacer noche en la posada de un pequeño pueblo llamado Ventrias. Era la parada más conveniente, pero eso la haría perder media jornada así que, tras sopesarlo durante un breve instante, decidió continuar hacia Mulen y hacer noche en el Bosque de Móntrago, ya que el camino que seguía lo atravesaba y no se retrasaría más de lo necesario.

El sol se ponía en el horizonte cuando Amira se adentró en la espesura.

Eligió un pequeño claro, no muy lejos del camino, por el que discurría un arroyo. Desensilló a Jimena y colocó sus cosas junto a un enorme tocón.

Adecentó un rincón para que le sirviera de cama y colocó una manta sobre el suelo; encendió un pequeño fuego. Pronto la noche se adueñó de la tierra y una oscuridad impenetrable inundó el claro del bosque donde se disponía a acostarse. La chica procuró que Jimena se situara

cerca de la escasa luz que procuraba el fuego y cuando se recostó sobre el improvisado lecho, se aseguró de tener a mano su daga y la espada que Ansol le había regalado.

De pronto abrió los ojos sobresaltada; ni siquiera se había dado cuenta de que se había dormido. Estaba tensa y nerviosa. El fuego casi se había extinguido, pero podía ver que Jimena estaba inquieta. Se incorporó al volver a escuchar un ruido cerca y se puso en pie mientras intentaba distinguir algo en la oscuridad, aferrando con fuerza la daga.

En el reino se había instaurado la paz hacía muchos años. Era seguro para hombres y mujeres circular por el territorio sin necesidad de protección, porque los caminos, los pueblos, las ciudades y los bosques eran a menudo patrullados por soldados. Pero desde el inicio de la guerra, con la partida de la mayoría de las fuerzas armadas, la seguridad era algo que estaba en entredicho. La gente con la que había conversado ese día le había advertido de que era peligroso acampar sola en el bosque, pero Amira había

preferido arriesgarse sin ser consciente en realidad de lo que suponía. Ahora un nudo en la garganta no la dejaba respirar.

Escuchó el ruido más cerca. Corrió hasta las brasas y lanzó tierra con el pie sobre ellas. El carbón siseó, dejando el claro completamente a oscuras.

El haz de luz de la luna menguante aportó algo de claridad cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero para entonces ya era tarde.

No pudo ver de dónde salió, pero el hombre cayó sobre ella como una roca que se despeña de una ladera. Amira quedó tendida de espaldas mientras el peso de su atacante le aplastaba el pecho, impidiéndole emitir sonido alguno. Un agudo dolor le recordó la lesión de su costilla. La daga se le escapó de la mano en el choque. La buscaba desesperadamente mientras se debatía, intentando zafarse de aquella mole humana. Jimena relinchó asustada antes de huir hacia la profundidad del bosque.

—¡Vaya, vaya, vaya! —rio el atacante—. ¿Pero qué tenemos aquí? Si es una damisela en apuros.

Cuando se acostumbró a la penumbra, Amira pudo distinguir a un hombre entrado en años, bastante gordo, con el pelo canoso al que le faltaban algunos dientes. Se había sentado sobre la chica y sujetaba sus manos con fuerza mientras la miraba de manera burlona.

—Eres una bonita presa —continuó riéndose—. Seguro que llevas contigo un buen puñado de monedas, ¿verdad?

La chica se quedó inmóvil unos segundos, muy asustada. Intentó liberar su mano derecha para empujar al hombre y escapar, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

—Y si no tienes nada de valor —continuó el agresor—, al menos podré divertirme contigo.

Amira comprobó con horror la mirada lasciva del hombre y una oleada de pánico la invadió; el muy animal pretendía violarla. Entonces se agitó desesperada bajo el peso de aquel cuerpo enorme y por fin pudo gritar.

Gritó presa del miedo mientras su voz resonaba por todo el bosque. Le dolía la costilla y el pecho, pero su determinación consiguió mover a su atacante hacia un lado, al tiempo que pataleaba con furia. El saqueador parecía turbado, así que la chica aprovechó la confusión para librarse al fin de él.

En décimas de segundo logró ponerse en pie mientras desenvainaba la espada, colocándose en posición de defensa. Ya había matado a un hombre

para proteger su vida, así que no le preocupaba tener que volver a hacerlo.

Apretó los dientes y esperó a que su atacante se le acercara.

El hombre asía un cuchillo en su mano derecha, mirándola con desprecio. Dio un paso al frente y la joven agarró con fuerza su espada, dispuesta a hundirla en el corpulento cuerpo de aquel desalmado. De pronto el hombre se detuvo y, abriendo mucho los ojos, miró incrédulo a la chica.

Un hilo de sangre brotó de sus labios cuando se miró el pecho, al tiempo que dejaba caer el cuchillo. Amira enarcó las cejas al comprobar que la punta de una flecha asomaba en el pecho de aquel monstruo, que se desplomó inerte a sus pies.

Observó un instante el cadáver del asaltante y se volvió nerviosa, mirando en todas direcciones para descubrir al arquero que se ocultaba en la oscuridad. Blandía la espada amenazante, esperando a su próximo atacante, cuando oyó un ruido a su izquierda. Enseguida se relajó al ver aparecer a Jimena desde detrás de un árbol. Volvió a

sujetar la espada cuando distinguió junto a la yegua a un joven alto y delgado que sujetaba un arco.

El chico se detuvo a una distancia prudente, mirando a Amira sin decir nada. La joven pudo darse cuenta de que el extraño no sujetaba el arma de forma amenazadora. Entonces Jimena relinchó mientras golpeaba el brazo del chico con el hocico. Él le acarició el lomo antes de empujarla hacia Amira, que se sentía desconcertada ya que Jimena nunca se acercaba a los desconocidos.

—¿Has disparado tú la flecha? —le preguntó señalando el cuerpo sin vida del agresor.

—Sí —se limitó a contestar.

El chico permanecía quieto, mirándola con serenidad. Amira sopesó la situación y finalmente bajó la espada. Aquel desconocido le había salvado la vida y no parecía tener interés en agredirla. Se acercó unos pasos y pudo comprobar que era bastante alto. Su rostro reflejaba una quietud que le dio confianza.

—Me llamo Amira. Gracias por tu ayuda.

El chico permaneció callado. Parecía intentar decidir si hablar con ella o dar media vuelta para alejarse del claro. Inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos brillaron en la oscuridad.

—Mi nombre es Erac.

Amira se sintió extrañamente calmada al escuchar su voz. Envainó la espada y recogió su daga del suelo. Observó el cuerpo sin vida del saqueador antes de volver a mirarlo.

—De nuevo, gracias por tu ayuda.

—Simplemente estaba cerca —dijo Erac encogiéndose de hombros—.

Oí un grito y vine a comprobar qué ocurría. No es habitual oír gritar a una mujer por aquí.

Amira lo observaba con interés. Hablaba como si pasara bastante tiempo en aquel bosque, y sin duda debía conocerlo bien si había sido capaz de recorrerlo en la oscuridad.

Erac comenzó a sentirse incómodo ante la atenta mirada de la chica. Se acercó al cadáver, lo cogió por los tobillos y lo arrastró hasta la

linde del claro para ocultarlo bajo la maleza.

—Esta tarde lo vi acompañado de otro hombre —explicó Erac—.

Deberíamos alejarnos de aquí.

Sus miradas se encontraron a poca distancia. Amira asintió sin decir palabra. El joven carraspeó para romper la conexión visual que mantenían y se acercó a las pertenencias de la joven para cargar con la mayoría de las cosas. Amira colocó la silla sobre Jimena, recogió lo que quedaba y apretó el paso para seguir al muchacho hacia el bosque.

El chico se movía con agilidad entre los troncos de los árboles, aunque en un par de ocasiones tuvo que detenerse para esperar a Amira, que encontraba dificultad para avanzar por el bosque en aquella impenetrable oscuridad. Un rato después llegaron a otro claro. Una pequeña cabaña construida con troncos y ramas dejaba escapar un hilo de humo por un hueco en el tejado. Erac se detuvo en la puerta.

—Puedes dejar a la yegua suelta. Allí hay un arroyo y la hierba crece por todas partes, no le faltará de nada.

Tras decir aquello entró, sin mirarla siquiera. Amira dudó un instante antes de desensillar a Jimena y seguirlo al interior de la cabaña. La vivienda comprendía una única habitación, que era al mismo tiempo salón, dormitorio y cocina. Un camastro al fondo hacía las veces de cama. En el centro de la habitación crepitaba un generoso fuego que caldeaba la estancia, donde una olla ennegrecida calentaba agua. Numerosas estanterías repartidas por las paredes albergaban utensilios de cocina y algunos alimentos. Al fondo, en un tablero colgado de la pared, se distribuían

algunas armas. Cerca de la chimenea una vieja mesa de madera y dos sillas completaban la residencia del joven.

—Puedes dormir allí —le dijo señalando el camastro.

Entonces se giró, dispuesto a abandonar la habitación para dejarla a solas.

—¿Tú dónde estarás? —Amira no pudo evitar que su tono de voz reflejara angustia. Aún estaba asustada por lo sucedido.

—Junto a la puerta.

Los jóvenes se quedaron inmóviles, observándose a la luz de las llamas sin saber bien qué decirse.

—Gracias por acogerme en tu casa —dijo finalmente Amira—. Vives aquí, ¿verdad?

Enseguida se arrepintió de haber preguntado, ya que no pretendía ofenderlo con su curiosidad.

—A veces —respondió Erac, y si se sintió molesto no lo demostró—.

Viajo mucho, así que algunas temporadas paro aquí.

Amira no quería quedarse sola. Aún le temblaba el pulso y sabía que la excitación por lo ocurrido le impediría dormir.

—¿Te apetece un poco de vino especiado? Creo que llevo en mi zurrón

—se le ocurrió de pronto.

Rebuscó entre sus cosas hasta dar con un odre de vino que Miren le había preparado. Erac la miró pensativo antes de acercarse, coger el recipiente y dirigirse hacia la chimenea.

—Podemos calentarlo un poco —propuso el chico.

Amira se sentó en una de las sillas y lo observó mientras preparaba dos vasos con vino caliente antes de acomodarse frente a ella. Ahora que lo miraba a la luz descubrió a un joven un poco mayor que ella, delgado pero fuerte, ágil y escurridizo. Su pelo castaño enmarcaba un rostro fino lleno de pecas. Sus cejas, abundantemente pobladas, cobijaban unos astutos ojos, negros como la noche, que brillaban al mirarlos.

Erac sujetaba el vaso con las dos manos, escudriñando a su acompañante. Finalmente sonrió a Amira, que apuraba las últimas gotas del dulce elixir.

—¿Te encuentras mejor?

—La verdad es que aún sigo nerviosa.

—Los bosques y caminos no son seguros. Los soldados no patrullan tan a menudo como antes y algunos indeseables han aprovechado para asaltar a los viajeros.

—Hemos mandado a nuestros soldados a proteger a otros —dijo Amira

con tristeza.

Erac la miró con curiosidad. Entonces la chica le contó lo sucedido en Álcorin el día anterior. El joven volvió a llenar su vaso y ella bebió mientras hablaba. Le contó a Erac sus sospechas acerca de los oscuros planes de Magnus y porqué se dirigía a Mulen. Al cabo de un rato comenzó a sentirse embriagada y notó cómo el cansancio aflojaba sus brazos y piernas. El chico sonrió.

—Creo que es hora de ir a dormir. Ahora que estás más relajada podrás descansar.

Amira lo miró somnolienta antes de levantarse de la silla, no sin dificultad. Erac se puso en pie para tratar de ayudarla, pero ella le indicó con un gesto que se encontraba bien.

—Mañana te acompañé —dijo el chico mientras se dirigía hacia la puerta. Ella se volvió sorprendida y entronó los ojos extrañada—. De todas formas, iba a viajar hacia el norte. Me dirijo al Bosque Encantado, así que podemos hacer juntos el camino hasta Mulen.

Amira se dejó caer sobre el camastro sin apartar la vista de él.

—¿Vas al Bosque Encantado? ¿Por qué? —exclamó asombrada—. Ese bosque es el hogar de toda clase de criaturas mágicas, por no mencionar los demonios y fantasmas que por él deambulan; nadie en su sano juicio se adentraría en él.

—Yo sí —se limitó a contestar.

Erac salió de la cabaña y cerró la puerta tras de sí. Amira se tumbó con la mirada fija en el techo de paja, sintiendo cómo la habitación daba vueltas.

Cerró los ojos, atenta al ruido que hacía el chico en el exterior. Notó que se había apostado junto a la puerta y eso hizo que se sintiera a salvo. Se quedó dormida invadida por una extraña sensación.

Planes ocultos

Caía la noche y el sudor empapaba la vestimenta de Ansol bajo la armadura. Había entrado en combate poco después del mediodía y su cuerpo acusaba ya el cansancio. El joven se afanaba en defender el paso de la costa, donde se centraba el combate desde hacía varios días. El ejército de Magnus había avanzado como una riada destructiva hasta aquel enclave, donde el del oeste había conseguido contener las fuerzas enemigas a duras penas.

Ansol aún se sentía confuso por la manera de atacar de aquel desorganizado ejército, que enviaba hombres sin descanso hacia una muerte segura. La mayoría de los que había herido, mutilado o matado eran muy jóvenes, algunos demasiado para ser soldados. Y casi todos ellos apenas sabían manejar la espada o cualquier otra arma. Embestían contra los ejércitos del sur y el oeste como animales asustados, no como soldados formados y entrenados.

Pero por cada hombre del que había conseguido zafarse, aparecían otros dos que se lanzaban contra las fuerzas bien organizadas y entrenadas del sur. Aquella batalla era una locura que Ansol se esforzaba en comprender.

De pronto, al girarse hacia la izquierda para ensartar con su espada a un hombre de mediana edad que le atacaba con un hacha, un chico se le echó encima por sorpresa, hiriéndole en el brazo derecho con una daga.

Instintivamente se defendió del ataque y clavó la hoja de su acero en el pecho del muchacho. El joven lo miró sorprendido sin comprender lo que ocurría, mientras Ansol veía cómo la vida se le escapaba poco a poco, sujetando entre sus pequeñas manos la hoja de la espada del soldado del sur.

Aquel breve instante hizo que el mundo diera vueltas tan deprisa que el jefe de armas de Bris creyó que la tierra desaparecía bajo sus pies. De pronto oyó un zumbido. Enseguida comprendió que era la Cuerna de la Noche la que provocaba aquel sonido. Era la señal de que la batalla se aplazaba hasta el amanecer del día siguiente, según marcaban las normas de combate que unánimemente se seguían y respetaban por todos los ejércitos.

El muchacho que yacía a sus pies no pudo llegar a escucharla. Si aquella cuerna hubiera sonado tan sólo unos minutos antes, aún estaría con vida.

—Amigo. —La mano de Kurn se posó sobre su hombro—. Ya hemos terminado por hoy, volvamos al campamento.

Ansol permanecía inmóvil mirando el cuerpo del muchacho, casi un niño. Miró a su alrededor y comprobó la oleada de muerte y destrucción que se extendía en aquel paso costero, regado por la sangre de demasiados inocentes. Ahora que el sonido ensordecedor de la batalla había cesado, podían escucharse con nitidez los gemidos y alaridos de dolor de los numerosos heridos. Cada bando se afanaba en socorrer a los suyos, aunque por suerte el ejército del sur había sufrido escasas bajas.

—¡Eh!, ¿qué te pasa? —Kurn miró preocupado a su amigo, que parecía petrificado.

—Vamos —contestó Ansol muy serio, y caminó decidido hacia la carpa donde los jefes de armas y el rey continuaban con la organización de las fuerzas.

—¡Te han herido! —Kurn descubrió la sangre que corría por el brazo del chico—. Es un buen tajo, deberías ir a que te cure un sanador.

—Primero tengo que hablar con mi padre y el rey. —Ansol caminaba por inercia, ausente.

Kurn se detuvo en seco para sujetar a su amigo por el brazo sano.

—Primero debes ir a curar esa herida.

Su voz calmada pero autoritaria acabó sacando a Ansol de su estado hipnótico. Lo miró antes de asentir de mala gana. Kurn lo condujo al final del campamento, cerca de la linde de un sendero que se adentraba en el bosque, y lo ayudó a entrar en la carpa destinada a los heridos y enfermos.

No tardaron mucho en darle algunos puntos en la herida y vendarle el brazo para protegerlo de una infección. Ansol no dejaba de observar la labor de aquellos hombres y mujeres que corrían de un camastro a otro socorriendo a los heridos, pensando en el elevado número de bajas que había sufrido el ejército del norte.

—Hemos perdido dieciséis hombres —dijo Kurn, apartándolo de sus pensamientos.

—¿Dieciséis? ¿Alguno de los nuestros?

De pronto Ansol sintió miedo de que alguno de los suyos hubiera caído en el campo de batalla. Entonces pensó en su padre mientras una sombra

asoló a su rostro. Había luchado no muy lejos de él, pero no recordaba haberlo visto después de que sonara la cuerna.

—No te preocupes, el conde está bien. Él fue quien me pidió que fuera a buscarte porque debía reunirse con urgencia con el rey Fredo —lo calmó Kurn.

El cuerpo de Ansol descargó algo de tensión.

—¿Y de qué ejercito son las bajas?

—La mayoría de los Limonel. —La pausa de Kurn no auguraba nada bueno. Ansol sintió de nuevo tensión en la nuca—. Pero hemos perdido a Delgia.

Ansol recordó a aquella mujer bien entrenada. Su habilidad con el cuchillo la convertía en una soldado muy peligrosa en el cuerpo a cuerpo.

El chico hizo amago de volver a preguntar, pero Kurn se adelantó.

—Ha sucumbido por una flecha. Había muy pocos arqueros en el ejército del norte, así que ha sido pura mala suerte. Yo me encargué de los escasos arqueros enemigos y pronto no quedó ninguno, pero antes se cobraron algunas vidas.

Ambos permanecieron en silencio un rato, mirando cómo el sanador terminaba de colocar la venda en el brazo de Ansol. Cuando terminó se dirigieron hacia la carpa principal.

—¿De qué quieres hablar con el rey? —preguntó Kurn con curiosidad.

—Hay algo que no está claro en la forma de atacar del ejército del norte.

—No te entiendo.

—Esos hombres apenas tiene formación táctica, ni manejo en el uso de las armas, y la mayoría son demasiado jóvenes para pertenecer al ejército.

—Sí, parecen más un puñado de campesinos que soldados bien entrenados —convino Kurn.

—¡Exacto! —exclamó Ansol nervioso—. Nos atacan con miedo, no con determinación.

—Umm, pero no nos tienen miedo a nosotros… —concluyó Kurn pensativo.

—Temen algo más que a la batalla. Casi parece que se sacrificaran con resignación, como si ese fuera realmente el papel que deben desempeñar.

Kurn se detuvo frente a la entrada de la carpa, donde el rey y la mayoría de nobles y jefes de armas continuaban reunidos. Miró a su amigo con gesto iluminado, al tiempo que Ansol asentía.

Dentro, el rey apoyaba las manos en la mesa mientras escuchaba el parte del día que le daba unos de los jefes de armas. Jum Solsein tenía los ojos entornados observando un extenso pliego de papeles mientras el conde de Bris daba órdenes a uno de sus hombres para que dieran sepultura a la soldado caída. El resto de jefes y nobles se repartían por la sala comentando diversos asuntos, todos con semblante serio.

En ese instante Caste de Bris miró a su hijo y sonrió aliviado al comprobar que la herida no era de importancia.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó el conde Solsein sin apartar la vista de los pergaminos.

—Muy bien —contestó el joven, al tiempo que se erguía instintivamente al sentirse observado por multitud de ojos.

—Me alegra saberlo —dijo el rey Fredo sonriendo—. Tenéis un valeroso soldado aquí, Conde de Bris.

—Un valeroso jefe de armas —corrigió con orgullo el padre del chico.

—Majestad… —Ansol dudaba de cómo abordar el tema que le había llevado allí.

El Conde Solsein apartó la vista de los documentos que lo tenía tan absorto para mirarlo con curiosidad. El rey Fredo también prestaba toda su atención al chico, mientras su padre mantenía la boca entreabierta en ese típico gesto de sorpresa.

Ansol sentía cómo cada vez más miradas se centraban su él y notó que las palmas de las manos le sudaban. ¿Y si se equivocaba en su conclusión?

Aquello lo aterraba, pero más miedo le daba estar en lo cierto, así que se aclaró la garganta y disimuló como pudo su nerviosismo.

—Majestad, desearía compartir una idea que me ronda la cabeza desde hace algunos días.

—Habla entonces —lo invitó el rey.

—Por más que lo pienso, no logro encontrar sentido a la forma de atacar de los soldados del norte —comenzó, y comprobó que el rey asentía—.

Además, la mayoría son chicos jóvenes y mal entrenados. Atacan sin organización, de manera temeraria, y eso me ha hecho pensar en algo...

—Vaya —la voz sibilante de Varis se abrió paso desde el lado izquierdo.

Sus astutos ojos brillaban envueltos en una bruma de locura e intriga que desconcertó a los presentes—. Resulta que el hijo pródigo además piensa.

—¡Los insultos están fuera de lugar, Varis! —Jum Solsein se levantó de su asiento mirando con dureza a su sobrino.

Varis actuó con condescendencia, disimulando su desencanto con una sonrisa amarga.

—Perdonad si ha sonado desafiante —dijo con fingido arrepentimiento—. Sólo digo que después de haber luchado con determinación esta tarde, aun así, le ha dado tiempo de llegar a alguna extraña conclusión. Eres un soldado envidiable.

El brillo fiero en la mirada de Varis insufló aún más confianza en Ansol, consiguiendo el efecto contrario a lo que pretendía el viperino sobrino del conde Solsein.

—No pretendo despertar la envidia de nadie, Varis. Pero si hubieras combatido esta tarde junto a nosotros, comprenderías a dónde llevan mis palabras.

Ansol miró muy serio al molesto sobrino, que apretó los dientes al sentirse humillado. Pocos de los congregados en la gran carpa recordaban haber visto a Varis blandir la espada en el campo de batalla ese día. Sólo Álcanon, situado muy cerca de él, sabía que su

hermano pequeño escurría el bulto del combate cuando la situación se lo permitía. Pero su habilidad para el despiste, y su desmedida arrogancia, hacían pasar por alto aquella circunstancia a casi todos.

—Continúa Ansol —le pidió Fredo, y con un gesto casi imperceptible indicó a Varis que cerrara la boca.

—Esos hombres atacan nuestros ejércitos sin un objetivo claro, dispuestos a morir. Es como si se sacrificaran, asumiendo con resignación su papel.

—¿A dónde quieres llegar? —el rey miraba inquisitivo al joven como si temiera escuchar la respuesta.

—Creo… —Ansol dudo un momento—. Creo que es sólo una distracción.

La estancia permaneció en silencio unos instantes. Los allí reunidos se miraban sin atreverse a hablar, sopesando la revelación del joven. De pronto una risita histriónica llenó el aire. De nuevo Varis dudaba de las capacidades del chico. Álcanon lanzó una severa mirada a su hermano y éste retrocedió, amparándose en la penumbra de la carpa para situarse cerca de la lona que hacía de pared.

—Pensadlo bien —continuó Ansol ignorando el ataque del envidioso sobrino—. Los soldados del norte no dejan de embestir por el paso de la costa desde hace días, obligándonos a concentrar todas nuestras fuerzas en ese punto.

—El chico tiene razón —acordó Gurnial, uno de los jefes de armas de Numinos—. ¿No sería más lógico que si no puedes acceder por ese punto busques otro flanco desde el que atacar?

—Es cierto —convino otro soldado—. Si en ese paso tienen cortado el avance, todo ejercito buscaría otro modo de traspasar las líneas enemigas.

—Y sin embargo continúan llegando hombres por ese punto, condenados a una muerte segura —dijo el rey pensativo.

—¿Cuál será el verdadero objetivo de Magnus? —preguntó en voz baja Jum Solsein más para sí mismo—. Todos creíamos que pretendía alcanzar la capital del Reino del Oeste para invadirlo, pero sin embargo malgasta sus fuerzas en este punto, ¿por qué?

—¿Tú que crees, hijo? —inquirió el Conde de Bris.

Ansol miró al suelo intentando ordenar sus ideas. Verdaderamente no sabía qué contestar. Estaba confundido y, si bien intuía que Magnus tramaba algo más de lo que a simple vista se podía ver, no comprendía cuál era su verdadero objetivo. Levantó la vista y se cruzó con los preocupados ojos del rey.

—No lo sé —reconoció—. Pero creo que es una maniobra de distracción. Nos tiene aquí entretenidos en esta absurda batalla mientras él se organiza para acometer otra empresa, de eso estoy seguro.

—Voy a reunirme con el rey Ulter para ponerle al tanto de este asunto, a ver cuál es su opinión. Muy bien hecho Ansol de Bris, has sido de gran ayuda tanto dentro como fuera del campo de batalla.

Fredo abandonó la carpa acompañado de un puñado de nobles y jefes de armas. El Conde de Bris golpeó con cariño el hombro de su hijo cuando pasó a su lado, mientras el Conde Solsein le felicitaba con una sonrisa pintada en los labios. Al fondo de la estancia, arropado por la oscuridad, a todos les pasó inadvertida la mirada llena de odio que Varis dedicaba al joven. Apretaba tanto los puños que las uñas se le clavaron en la palma de la mano. Ignorando el dolor que su ira le provocaba, Varis cayó en ese instante en una espiral de locura que le hizo perder la noción de sí mismo.

***

Lejos de allí, en una oscura y fría habitación del castillo de Magnus, Edmen recogía sus escasas pertenencias. Su atormentada alma estaba cansada de la oleada de remordimientos y mala conciencia que lo perseguía desde que pusiera un pie en aquel maldito lugar. Se dejó caer con desgana sobre el incómodo lecho, suspirando. Su viejo corazón acusaba el peso de sus errores, que no eran pocos. En realidad, Edmen no era tan viejo como aparentaba, si bien hacía muchos, muchísimos años, que había acontecido el día de su nacimiento. Pero la magia que manaba de su ser le había proporcionado el don de una larga vida, aunque él lo percibía más como un tormento que como un don.

Su mente viajó casi sin quererlo hacia tiempos mejores, en los que su joven cuerpo recorría los campos y bosques de los cuatro reinos ayudando con su magia a quien lo necesitara. Sólo dos personas en

todo el continente atesoraban ya el raro don de la magia, y fue una casualidad toparse con aquella hermosa mujer en el Bosque Encantado: su adorada Diana. Cuánto la añoraba...

Diana era el ser más maravilloso que hubiese conocido. Su don para curar las enfermedades de los hombres no tenía comparación con cualquier otro. Él podía contemplar el futuro, podía observar a personas que se encontraban a miles de kilómetros, incluso controlar los elementos. Pero Diana podía hacer cosas increíbles: ayudar de verdad a la gente con sólo tocarlas. Además, podía comunicarse con los animales y el resto de seres mágicos que por aquel entonces aún poblaban los bosques.

Por qué no había podido prever el destino de su amada era algo que aún lo atormentaba. No fue capaz de anticiparse a lo que le ocurriría y se sentía muy culpable por ello. Su magia no le había servido de nada en el momento más desgraciado de su vida, y la había perdido para siempre. Una lágrima corrió veloz por su mejilla.

Tras perder al amor de su vida en aquel páramo inundado, la desesperación se apoderó de su alma, invadiéndolo por completo la oscuridad. Aún no comprendía muy bien cómo acabó ofreciendo sus servicios a aquel despiadado rey. Deseaba terminar con su vida, pero él no podía llevar a cabo semejante tarea, así que se lanzó en brazos del peligro y de una muerte segura. Pero Magnus supo ver el potencial de sus

capacidades, condenándolo a una existencia de servidumbre antes de cumplir con su parte del trato: dar muerte al último de los magos de Durian.

Poco a poco se disipó la oscuridad de su visión, sustituida por una radiante luz que iluminó la poca voluntad que le quedaba. Veía claramente la cara de aquella chica; sus enormes ojos verdes lo observaban como si estuvieran cara a cara. Se preguntó quién sería y qué papel desempeñaría en su futuro, pero sabía que no tardaría en descubrirlo.

Oyó unos pasos tras la puerta y se incorporó rápidamente. Un hombre de semblante serio entró en la habitación.

—El rey desea que estés listo al amanecer.

Y sin esperar respuesta alguna le dio la espalda para salir del dormitorio.

—Sí —susurró Edmen con voz cansada—. Pronto acabará todo.

Se recostó en el lecho, esperando a que las primeras luces del alba penetraran por el pequeño ventanuco de la habitación.

12

Una ayuda inesperada

Al alba Amira despertó sobresaltada. Recordó de pronto dónde se encontraba y se incorporó lo más rápido que pudo. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Los vasos de vino especiado de la noche anterior la habían dejado atontada. Las imágenes del incidente en el bosque la asaltaron de repente: el hombre que la atacó y que se proponía violarla, cuando Erac apareció para ayudarla y cómo había acabado durmiendo en la cama de aquel chico, con el que apenas había intercambiado unas pocas palabras. Se sintió aturdida por todo lo sucedido.

Se dirigió tambaleante hacia la puerta. Al abrirla se cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol que se colaban a través de las copas de los árboles. Parpadeó hasta que se acostumbró a la claridad de la mañana.

Descubrió que aquel lugar era muy hermoso. La hierba cubría todo el claro, con multitud de flores que crecían entre las briznas. Escuchó el leve murmullo del arroyo y el canto de los pájaros. Los frondosos árboles se mecían suavemente al son de una leve brisa. Amira cerró los ojos aspirando el aroma de las flores, el frescor del rocío y el olor a madera. Sonrió satisfecha hasta que notó una sombra frente a ella. Al abrir los ojos se topó con la curiosa mirada de Erac, y bajó la cabeza algo avergonzada.

—Buenos días. —La voz del chico sonaba amable, aunque su semblante permanecía serio. Aquel joven era un enigma que Amira deseaba desentrañar.

—Buenos días —contestó ella evitando su mirada.

—Ya está todo preparado para nuestro viaje —le dijo mientras la sobrepasaba para entrar en la cabaña.

Amira miró hacia el extremo sur del claro y comprobó que Jimena estaba ensillada, con todas sus pertenencias debidamente colocadas. Junto a la yegua, un bonito caballo negro de sedosas crines mordisqueaba distraído la hierba.

—Deberíamos desayunar antes; nos aguarda una larga jornada. —Amira hablaba mientras observaba al joven, que se afanaba en avivar los rescoldos

del fuego que sucumbían en la chimenea.

—Tostaré pan. Creo que tengo algo de fruta en conserva en alguno de esos tarros.

La joven se acercó a la estantería que el chico señalaba para buscar entre los tarros y los odres. Encontró uno que contenía mermelada de manzana y lo colocó sobre la mesa.

—Nos hace falta agua —indicó Erac señalando hacia el arroyo, mientras le tendía una pequeña olla.

Amira asintió y salió de la choza. Cuando llegó al arroyo se arrodilló en la orilla y, después de llenar el recipiente, aprovechó para asearse un poco.

Se miró en el reflejo que proyectaba el agua antes de humedecerse el pelo para peinarlo con los dedos y recomponer la trenza que caía salvaje sobre su espalda.

Mientras tanto, Erac se movía veloz de un lado a otro buscando entre los distintos estantes de la cabaña. Pronto la mesa estuvo dispuesta para el desayuno. Los jóvenes dieron buena cuenta del pan caliente, la mermelada de manzana, los frutos secos y la infusión de hierbas que el chico había preparado. Ambos comieron en silencio, observándose de cuando en cuando.

Amira comenzó a sentirse mejor tras apurar la infusión, ya que el dolor de cabeza iba remitiendo. Aún se resentía de la costilla astillada, y el pecho le molestaba al inspirar profundo, pero al menos continuaba con vida después del incidente de la noche anterior.

El chico se levantó con rapidez tras engullir el último trozo de pan para verter agua en las ascuas. Una humareda inundó la habitación, lo que provocó que Amira saliera de la cabaña para dirigirse hasta donde Jimena pastaba. Sintió una nueva punzada en el costado cuando, tras poner el pie en el estribo, se estiró para montar en su yegua. Notó que Erac la observaba extrañado. El chico se acercó a ella tras asegurarse de dejar bien cerrada la puerta.

—¿Estás herida? —Era verdadera preocupación lo que se adivinaba en sus palabras—. Anoche di por hecho que te encontrabas bien, pero lo cierto es que no te pregunté.

Amira sonrió para sí y disimuló.

—No te preocupes, la herida no me la hice ayer, aunque debo confesar que desde el ataque de anoche me duele más. Al parecer tengo una

costilla

astillada desde el incidente de Álcorin.

—¿Y decidiste hacer el camino hasta Mulen a pesar de todo? —Erac no ocultó cierta admiración.

Amira asintió. El joven sujetó las riendas de su caballo mientras lo acariciaba con delicadeza, sin dejar de mirarla. Finalmente agachó la cabeza buscando el estribo y subió a su montura con agilidad. Inició la marcha sin mediar palabra. Condujo a la joven a través de la espesura evitando el lugar donde la noche anterior había ocultado el cadáver del ladrón. Pronto dejaron atrás el bosque para ascender una pequeña loma que los llevaría al camino que conducía a Mulen.

La joven adelantó a Jimena para colocarse junto él, dispuesta a compartir la jornada con su extraño acompañante. Lo miró fijamente durante un rato, preguntándose si aquel joven que tanto se había arriesgado por ella tendría alguna oscura intención. Su cabello caía de forma alborotada sobre un bronceado rostro. Algunos mechones rebeldes tapaban de vez en cuando los oscuros y profundos ojos del muchacho. Una delgada cicatriz atravesaba por completo su frente y su aguileña nariz parecía levemente torcida.

Sus facciones, en apariencia rudas, escondían un semblante honesto y tranquilo. Era un joven delgado pero atlético, seguramente curtido en mil lugares, acostumbrado a dormir al raso. Parecía salvaje, pero sus maneras eran contenidas.

Erac permanecía con la mirada fija en el horizonte, haciendo verdaderos esfuerzos por ignorarla. Al cabo de un rato se sintió muy incómodo y le dirigió una colérica mirada de advertencia. Amira se sonrojó al notar que el chico se sentía intimidado con su escrutinio, así que decidió dejar de observarlo. Estaba claro que no acostumbraba a tratar con gente, y mucho menos a tener compañía, por lo que permanecer tanto tiempo con ella debía suponer un verdadero esfuerzo para él. Pero aquello la hizo dudar aún más.

Había dicho que se dirigía al Bosque Encantado, que constituía el límite de los cuatro reinos. Era lo único que tenían en común, ya que el bosque se adentraba en cada uno de ellos. Aunque nadie se aventuraba en aquel lugar por temor a lo que en él se escondía, pese a que hacía muchos años que la gente no se había topado con los extraños seres que, se suponía, habitaban en su interior.

Erac podría haber realizado el camino solo, desviándose hacia el este

por el sendero que ascendía la Montaña Verde, situada a las espaldas de la

capital del reino, sin pasar siquiera por Mulen. Aquello no le pareció racional.

—Así que… —comenzó diciendo insegura. Erac la miró con desgana—, te diriges al Bosque Encantado.

—Sí.

—¿Qué hay allí que pueda interesarte? —Amira intentó disimular una viva curiosidad por el hecho de que se adentrara por decisión propia en el bosque embrujado.

—Es un lugar como otro cualquiera —se limitó a contestar el chico mientras se encogía de hombros, mirando de soslayo a la joven.

—¿Como otro cualquiera? —Amira estalló—. Cuentan que en ese bosque habitan seres mágicos y peligrosos que no dudarían en convertir en piedra a un hombre con solo mirarlo, o en comerse sus entrañas mientras aún está vivo. ¿Y qué me dices de las hadas? Te embrujan con su canto para despedazarte en segundos. ¡Oh! y los elfos… ¡esos sí que son peligrosos!

Amira gesticulaba y se removía en su montura presa de un pánico sincero, tratando de convencer al chico de no sobrepasar los límites del bosque. Erac la miraba con expresión burlona, y no evitó una sonrisa cuando Amira comenzó a advertirle del peligro que corría si llegaban a atraparlo las brujas. Se miraron un instante antes de que el chico estallara en carcajadas. La joven estaba desconcertada. No esperaba que fuese capaz de sonreír, y menos aún de reír a carcajadas. Enseguida la sorpresa dio paso al enfado.

—¿De qué te ríes? ¿Te parece divertido?

—¿De verdad crees en todas esas historias de viejas? —Erac la miraba divertido.

—¿Y qué tienen de malo esas historias? —contestó malhumorada—. Mi madre siempre cuenta historias sobre el Bosque Encantado, y no creo que se las invente.

—Seguro que cuenta esas historias sentada junto a la chimenea en un día frío y tormentoso, cuando los árboles entonan su canto al viento mientras intentan arañar el cielo con sus huesudas ramas desnudas.

Amira notó que Erac seguía riéndose de ella. Se aferró a las riendas mientras adelantaba a Jimena con la vista clavada en el sendero, dándole la espalda al muchacho.

—Vamos —trató de disculparse él—. No te enfades.

Y continuó riendo. Amira lo miró de reojo fingiendo seguir enfadada, pero la verdad es que la refrescante risa del chico la hizo sonreír. Reprimió una carcajada al comprobar que Erac continuaba burlándose de su ingenuidad y se estiró en su silla. Al cabo de un rato el hocico negro de la montura de su acompañante se abrió paso a su lado y notó la mirada burlona del chico a su izquierda. Ella se esforzaba por parecer ofendida.

—Es un lugar como otro cualquiera —volvió a decir el joven, pero esta vez su voz sonó cálida y sincera.

Amira lo observó en silencio, sopesando las siguientes palabras que iba a pronunciar. No quería parecerle una tonta que cree en cuentos de bujas y en princesas hechizadas. Hacía tiempo que había dejado de ser una niña y solía mirar la realidad de frente. Pero el Bosque Encantado seguía pareciéndole un lugar oscuro y peligroso, donde antaño habitaron toda clase de seres mágicos. Había quienes aseguraban que, si te adentrabas lo suficiente y aun así seguías con vida, podías contemplar las hadas revoloteando entre las hojas de los árboles, o a los gnomos excavando túneles entre las raíces del viejo bosque. Contaban también que el Bosque Encantado había sido el lugar del continente donde se había iniciado la vida. Contaban tantas cosas…

—Está bien, tú sabrás —se limitó a decirle—. Pero deberías tener cuidado.

El chico advirtió su preocupación por él y se sintió incómodo. Sabía muy bien dónde se metía. Conocía demasiado bien el bosque, pero se guardó aquello para sí.

El resto de la mañana transcurrió con rapidez. Apenas cruzaron unas cuantas frases forzadas cuando pararon para descansar. Amira se apartó del lugar donde Erac daba de beber a los caballos y se sentó en lo alto de una pequeña loma. Desde allí observó cómo su acompañante acariciaba con dulzura a su montura mientras le susurraba algo al oído. Le dio la espalda para mirar hacia el sur, hacia el hogar que se le antojaba tan lejano. Pensó en su madre y sus hermanas, y una punzada de dolor la atravesó al pensar en Ansol y en su padre, en

todos aquellos amigos y conocidos que a esa hora estaría arriesgando su vida en el campo de batalla.

De pronto oyó una voz a su espalda y se secó las lágrimas que habían comenzado a brotar sin darse cuenta. Se esforzó por esconder la pena que la ahogaba para que Erac no fuera consciente de lo frágil que se sentía. Quería

que el chico la percibiera como una mujer segura e independiente, que era capaz de afrontar su futuro, por muy incierto y oscuro que ahora mismo le pareciera. Siempre se había sentido dispuesta a todo, y había llegado el momento de demostrarlo.

—¿No me oyes? —le dijo Erac acercándose más—. Es hora de reemprender el camino.

—Sí. —Amira miró un instante más hacia el sur—. Vámonos.

La chica volvió a quejarse en silencio de su costilla cuando subió a lomos de Jimena. Erac la miró preocupado.

—No pasa nada, cuando lleguemos a Mulen haré que me visite un sanador.

Erac desvió la mirada, contrariado.

—Tú sabrás lo que haces —dijo en tono hosco.

No comprendía por qué se preocupaba por aquella chiquilla bien educada, remilgada y que no sabía nada en realidad. Él había crecido en los bosques, en los valles y en los páramos. No necesitaba leer libros para conocer lugares, él los visitaba de verdad. No necesitaba aprender los nombres de las plantas, las flores y los animales; el los conocía porque había crecido a su lado, había aprendido de ellos.

Aquella niña algodonada y envuelta en seda sólo sabía de normas, cortesía y buenas maneras, estiradas y rancias. Y sin embargo se sentía conectado a ella. Se sintió incómodo y quiso responderle con un poco más de indiferencia, pero notó que algo no iba bien cuando la miró. Había estado llorando. No volvieron a cruzar una palabra el resto del trayecto, aunque de vez en cuando se miraban de reojo.

Al acercarse a la capital del reino, multitud de senderos y caminos confluyeron desde todas direcciones y pronto el tráfico de personas que se dirigía hacia Mulen aumentó considerablemente. La mayoría eran campesinos y granjeros que volvían a sus casas, situadas cerca de

la muralla exterior de la ciudad, tras un duro día de trabajo. Algunos comerciantes llegaban con sus carros rebosantes de mercancías con la esperanza de hacer buen negocio en la capital. Amira conversó con algunos de ellos mientras Erac se limitaba a escuchar.

Estaba atardeciendo cuando el camino giró a la derecha y comenzó a descender ligeramente. Amira y Erac detuvieron sus caballos para contemplar la enorme ciudad iluminada por las últimas luces de la tarde.

Mulen estaba situada a los pies de una montaña, que la flanqueaba por el norte. Al este nacía el caudaloso río Beste, que atravesaba las tierras de los Solsein mucho más abajo, y que emergía de las entrañas de la Montaña Verde, llamada así en honor a la frondosidad de los bosques de pinos que se repartían por toda la cadena montañosa. Numerosos senderos y caminos se abrían paso desde allí, conduciendo a los viajeros al borde más alejado del reino, donde el Bosque Encantado comenzaba; o bien los llevaba hacia los Reinos del Este y del Oeste por el sin fin de ramificaciones del camino principal.

La ciudad coronaba un fértil valle, salpicado de granjas, casas y castillos que se repartían entre los floridos campos de cereales, frutales, viñedos y huertos. También había abundante pasto para los numerosos rebaños que balaban y mugía en todas direcciones. En la parte alta de la ciudad, el palacio real se erguía imponente como un enorme vigía de piedra. Un sin fin de torreones de tejados afilados adornaban la fachada, donde las banderas del reino ondeaban al viento. Cristaleras de colores adornaban las paredes exteriores, aportando colores a la piedra gris.

El bullicio se hacía más sonoro a medida que se acercaban a las murallas. Dentro de ellas, multitud de edificios y casas se disponían de manera ordenada entre las calles y callejuelas de la poblada Mulen. Tras cruzar la puerta sur de acceso, Amira dirigió a Jimena entre la gente por la calle principal.

La muralla que rodeaba la ciudad disponía de dos puertas de acceso, una al sur y otra al noroeste, que se cerraban por la noche en contadas ocasiones. Esas dos puertas se conectaban a través de la principal calle adoquinada, que atravesaba la urbe de punta a punta. En esa calle se disponían la mayoría de gremios: el de joyeros, comerciantes, carpinteros, arquitectos, constructores o ganaderos. También las mejores posadas y restaurantes ofrecían a los visitantes las ventajas de sus establecimientos. Y

en la calle paralela, el mercado más abundante de todo el reino estaba a punto de cerrar sus puertas por ese día.

Cuando dejaron atrás el sonoro trasiego del alma de la ciudad, callejearon un rato por los populosos barrios acomodados, donde las recargadas fachadas intentaban distinguir a sus dueños a base de fingida originalidad. Los vestidos de las damas y las túnicas de los señores competían en colores, en un baile de vaporosa seda, gasa, terciopelo y

algodón. Los tocados en las cabezas de ellas eran a veces demasiado extravagantes, y los sombreros pomposos en exceso.

Amira se alegró de no verse obligada a vivir en la capital, ceñida a la moda y las apariencias. De pronto se volvió para mirar a Erac, pues dudó por un momento de que aún estuviera siguiéndola, y comprobó el disgusto en la cara del muchacho, que contemplaba la escena entre escandalizado y divertido. Sus miradas se cruzaron cuando él señalaba disimuladamente a una joven que caminaba a su lado, haciendo un gesto exagerado. Amira tuvo que esforzarse por reprimir una carcajada cuando miró el horrible y llamativo abalorio que se había colgado del cuello. Sacudió la cabeza sonriendo al chico y le indicó que girara a la izquierda. Pronto estuvieron frente a las puertas del palacio. Una amplia plaza, ajardinada en los extremos, se extendía a la entrada del edificio real, rodeado por un grueso muro defensivo custodiado por la Guardia Real.

El palacio estaba construido en cuatro plantas, convirtiéndolo en el edificio más alto de toda Mulen, incluso de todo el reino. En la planta baja se disponían las instalaciones de la guardia real, la armería, las caballerizas, las cocinas, la lavandería, una enorme despensa y las habitaciones del personal del castillo.

La primera planta se distribuía en grandes salones destinados al desarrollo de la actividad política y social. Así, en el Salón del Trono se atendían las peticiones ciudadanas y se recibían las visitas oficiales. En el Salón de la reina, Térnabi desarrollaba la mayoría de su amplia agenda, y en el Despacho del Rey el monarca se reunía a menudo con sus consejeros y los jefes de su guardia. Estaban también el Salón de los Banquetes y el Salón de Baile, donde se celebraban las mejores fiestas de todo el reino.

En la segunda planta se disponían los aposentos reales, rodeados de grandes terrazas, así como la Biblioteca Real, la mayor de todo el reino, donde se guardaban y atesoraban millones de los libros,

tratados, estudios y novelas. Los aposentos de la reina estaban situados en el ala este, y los del rey en el extremo oeste, aunque todo el mundo sabía que los reyes dormían juntos en una habitación entre ambas alas. No había sido costumbre en la realeza del Reino del Sur que los reyes compartieran la misma habitación, salvo en contadas ocasiones. Pero los reyes Fredo y Térnabi habían roto con aquella costumbre y disfrutaban de una vida marital plena, igual a la del resto de matrimonios. Ambos habían contraído nupcias muy enamorados y

no habían querido desarrollar sus vidas por separado, pese a que de ese modo trasgredían algunos límites impuestos por la tradición más radical.

En la tercera planta se encontraban las habitaciones de invitados. Y la última planta, coronada por cuatro torreones, estaba destinada a los archivos reales y a los tesoros del reino, custodiados en todo momento por la guardia de élite.

Fuera del edificio numerosos jardines se repartían alrededor de la base del castillo, con un amplio campo de entrenamiento que se extendía hacia el noroeste, junto a los muros interiores.

Amira desmontó en el extremo norte de la plaza, cerca de la puerta que daba entrada al castillo, y esperó a que Erac descabalgase. Hubo un incómodo silencio que a la chica le apreció eterno.

—Bueno… —logró decir al fin.

—Aquí se separan nuestros caminos —terminó la frase Erac.

—Supongo.

Amira creyó que el chico iba a decirle algo más, pero sólo la miró un instante antes de comenzar a descender la calle.

—Si vas al sur, no olvides ir a visitarme —le dijo Amira sin saber por qué.

—Descuida —se limitó a decir el muchacho antes de desaparecer por un callejón sin mirar atrás.

Amira se quedó quieta, mirando hacia el callejón. No sabía muy bien si esperaba volver a ver aparecer a Erac de entre las sombras, pero de pronto se sintió más sola. Entonces se giró hacia la entrada del castillo y, tras presentarse al jefe de la guardia, fue conducida a un salón del piso superior.

Se sentó en un sillón situado frente a una chimenea, que chisporroteaba alegre. Le dolía todo el cuerpo por la falta de costumbre de pasar toda una jornada a caballo.

Se atusó al pelo en un intento de recomponer su aspecto antes de que la condujeran a presencia de la reina, y se levantó para sacudir el polvo de la ropa. De pronto se sintió inadecuada para presentarse ante Térnabi, pero no había previsto aquel encuentro con calma, porque de ser así habría llevado consigo alguno de sus vestidos.

Paseó su mirada por la habitación. Descubrió una gran cantidad de libros dispuestos en numerosas estanterías. Al fondo, una mesa y dos sillas

custodiaban un montón de legajos y papeles escasamente ordenados. Una pluma tirada sobre la mesa había dejado un pequeño charco de tinta.

Amira se puso de pie cuando escuchó abrirse la puerta, dispuesta a seguir a la doncella a la Sala de la Reina, donde Térnabi seguramente aún se encontraría ajetreada en sus tareas diarias. Su asombro fue mayúsculo cuando vio entrar en la habitación a la mismísima reina. Sus largos cabellos dorados se agitaban sobre sus hombros, emitiendo destellos como pequeñas gotas de rocío a la luz de las velas que iluminaban la estancia. Sus ojos azules competían en belleza con la diadema real que ceñía su frente, adornada por un sin fin de diamantes que brillaban como las estrellas en una noche sin luna. La sencilla túnica turquesa que vestía se arrastraba por el suelo de madera.

—Querida Amira. —La reina la sujetó con cariño por los brazos mientras la miraba con la intensidad de sus ojos azules.

La reina Térnabi era una mujer hermosa, hija de uno de los nobles más queridos en el reino. Aún era joven, muy hermosa por descontado, y amaba a su esposo y su hija por encima de todas las cosas. Pero pese a su aparente fragilidad y delicadeza, era una mujer fuerte, inteligente hasta el extremo y muy capaz de gobernar un reino.

—Majestad —logró decir Amira—. Creí que…

—Me ha parecido mejor recibirte en el calor de mi hogar que en la sobriedad de la corte —se explicó la reina.

—Os lo agradezco —dijo la joven haciendo una reverencia.

—Sé que has hecho un largo camino. Pero ven, siéntate y come algo.

Amira descubrió la bandeja con carne asada y fruta que le tendía la doncella. Ambas se sentaron frente al fuego.

—Majestad —comenzó Amira ignorando a propósito su ruidoso estómago, que le pedía a gritos que probase aquella aromática carne—. He venido para advertiros de un peligro.

Térnabi la observaba con atención mientras Amira relataba lo sucedido en Álcorin. Luego la chica evitó la mirada de la reina para concentrarse en las llamas de la chimenea, sopesando lo que iba a decir a continuación.

—Amira —dijo Térnabi con cariño—, ¿seguro que es eso todo lo que has venido a contarme? Porque tengo mensajeros reales en todos los confines del reino y ya sabía de lo acontecido en Álcorin. He enviado soldados a los puertos del sur para defender nuestras costas, por si algo así

volviera a repetirse. Pero no es sólo eso lo que querías compartir conmigo,

¿verdad? Algo te inquieta, lo noto en tu esquiva mirada. Y además no habrías recorrido un camino tan largo para contarme algo que yo ya sabía.

—Majestad —Amira dudó un instante, pero disipó sus dudas al contemplar los sinceros ojos de la reina—, tengo una terrible sensación. No sé cómo explicarlo, pero creo que Magnus trama algo más de lo que percibimos a simple vista.

Térnabi dejó de sonreír y ladeó la cabeza.

—La mayoría de nuestros soldados han marchado al oeste para combatir en la guerra que allí se libra, pero… —Amira trataba de elegir bien las palabras—, ¿y si es sólo una treta? Me refiero a que Magnus puede tenerlos entretenidos allí mientras ataca desde otro frente, un lugar poco protegido ya que nuestros soldados y caballeros están lejos.

Amira resopló frustrada. Tenía la sensación de que no había logrado explicar bien la idea que le rondaba la cabeza desde hacía días.

—Entiendo —contestó la reina tras una pausa.

—¿De verdad?

—No te apures, Amira. He comprendido que te preocupa el hecho de que las verdaderas intenciones de Magnus no sean invadir el Reino del Oeste, sino conquistar nuestro reino.

Amira miraba a la reina perpleja. Térnabi había logrado poner las palabras exactas a sus elucubraciones de los últimos días. Pero ahora la reina parecía preocupada e inquieta.

—Ya había pensado en ello —logró reconocer—. Pero creí que mi imaginación había ido más allá de mí deber y acallé las voces de mi conciencia, muy a mi pesar. Ahora que tú también compartes mi temor, creo que debo tomármelo en serio.

La reina se levantó del sillón y se colocó frente al fuego, muy cerca de las llamas. Térnabi reflexionó en silencio largo rato mientras Amira se atrevía probar la carne que se enfriaba en la bandeja.

—Creo que es hora de actuar —dijo la reina mientras apretaba los puños—. Enviaré más soldados al sur para defender las costas.

Térnabi se dejó caer abatida sobre el sillón. La joven la miró extrañada.

—Majestad, ¿qué os inquieta?

—Eres una chica lista Amira, y poco temerosa de decir la verdad. Por eso siempre me ha gustado tu compañía. —La reina le sonrió—.

Deberíamos pedir ayuda urgente a Petis. Nuestras fuerzas se ven seriamente menguadas desde que el grueso de nuestros ejércitos partió hacia el oeste, y es de vital importancia la ayuda que el Reino del Este pueda brindarnos.

Además, no deseo ver el resto de mi reino desprotegido si envío los soldados que nos quedan hacia las costas. Ya ha aumentado la inseguridad y los pillajes en los caminos y bosques desde que la guardia no patrulla con regularidad, y creo que la situación empeoraría si concentramos todos nuestros soldados en el sur.

La reina recapacitó un instante. Se mordió nerviosa el labio inferior y se aclaró la garganta antes de continuar.

—Aun no entiendo por qué Petis no se ha pronunciado. Los tres reinos siempre han permanecido unidos y me preocupa la falta de respuesta

de nuestros vecinos en este asunto. —La reina parecía realizar esa conclusión para sí misma. Miró a Amira a los ojos mientras su semblante adoptaba un matiz más solemne—. También deberíamos avisar al rey y a nuestros soldados de los posibles planes de Magnus.

Amira sonrió ilusionada. A lo mejor la reina hacía volver a muchos de ellos ahora que una amenaza parecía cernirse sobre el Reino del Sur; tal vez pudiera volver a encontrarse con Ansol y su padre pronto.

—Pues hagámoslo —dijo animada—. Podéis enviar mensajeros reales.

—No serviría de nada —cortó la reina.

—¿Por qué?

Térnabi suspiró con la cabeza gacha. De pronto parecía que todo el peso del reino caía sobre sus hombros. Amira se arrodilló frente a la reina para mirarla a los ojos, mientras le sujetaba las manos.

—Hace días que ningún mensajero regresa de la frontera. —La voz de la reina estaba cargada de pesar—. No tenemos noticias de nuestra gente desde hace casi una semana. Temo que Magnus esté interceptando a nuestros mensajeros antes de que lleguen a su destino; puede que los retenga, o que los mate, porque ninguno regresa. Me atormenta no saber cómo lo consigue, porque trazamos rutas diferentes cada vez. Ya no sé qué hacer.

Amira comprendió por qué no había recibido noticias de su padre o de Ansol desde hacía días. El correo no llegaba a traspasar la frontera oeste y sus familiares estaban incomunicados. La desesperación de la reina caló hondo en ella.

—Yo iré. Avisaré al rey Petis de las intenciones de Magnus y le exigiré que cumpla el pacto para que envíe soldados a defender nuestro reino. Y

luego me dirigiré hacia el oeste, para poner sobre aviso a nuestros hombres de lo que está sucediendo.

Térnabi la miró desolada y se dispuso a replicar, pero Amira le hizo un gesto con la mano.

—Si, como sospecháis, Magnus está al tanto de todos nuestros movimientos, enviar emisarios reales no serviría de nada. Pero no va a sospechar nada de una simple chica que viaja a visitar a unos parientes.

—Amira hablaba mientras concentraba su atención en las llamas que bailaban en la chimenea. Su mente iba y venía a gran velocidad, acariciando una idea—. Además, conozco un lugar por donde atravesar la frontera sin ser vista —mintió.

—¿Y cuál es ese lugar? —La reina la observaba con gran interés.

Amira reflexionó antes de responder. Reunió el valor suficiente y se volvió hacia la reina.

—El Bosque Encantado.

13

Falta de noticias

Las reuniones se habían sucedido en los últimos días. Ansol se sentía cada vez más ansioso, aunque su rutina lo mantenía alejado de las decisiones que se estaban tomando en la carpa del rey Ulter. Pese a que su padre había pretendido inmiscuirlo en la ardua tarea de la política, el chico prefería continuar con sus turnos en el campo de batalla, seguro de que así sería más útil en aquella guerra.

Los nobles de distintos rangos, así como los reyes Ulter y Fredo, se reunía a menudo para decidir cuál sería la mejor manera de afrontar las especulaciones y temores que habían ido tomando forma desde que Ansol descubriera a todos la gran verdad que parecía esconderse tras los planes de Magnus.

Tumbado en su camastro, repasaba mentalmente los acontecimientos del día. Había combatido esa mañana en el primer turno de relevo, cuando la cuerna que daba comienzo a la batalla había sonado. Una guerra era algo lamentable, un acto despreciable en el que los hombres se arrebataban las vidas unos a otros, pero que no carecía de ciertas normas de honor que todos debían cumplir, incluso Magnus.

Así, un representante de cada bando se reunía cada día con el contrincante para hacer valer las reglas de la guerra, tan ampliamente aceptadas. Por ello, cuando la cuerna se hacía sonar al atardece, la batalla finalizaba hasta que los primeros rayos del siguiente día dieran paso a una nueva lucha, a la que precedía los acordes de la cuerna. La noche era la tregua que todos los hombres y mujeres esperaban con anhelo desde que el sol nacía en el horizonte, iluminando un campo de batalla sembrado de sangre y devastación.

Ansol ya se había acostumbrado al hedor de la sangre, de la mutilación y la muerte después de tantos días de batalla. Pero aun así ese olor le repugnaba cada vez que se acercaba al lugar donde se libraba la lucha. Le habían herido en varias ocasiones, por suerte nada grave como para retenerlo en cama. Tenía muchas magulladuras, así como algunos

moratones, y habían tenido que echarle puntos en varias ocasiones, pero seguía con vida.

Repasaba sus tácticas de ataque y defensa intentando mejorar o cambiar aquellas que no le habían dado resultado, o que incluso habían terminado en herida o contusión. Qué distintos eran sus entrenamientos en casa. La guerra suponía mucho más de lo que

nunca hubiera imaginado.

Había muchos hombres fieros en el ejército del norte, pero la mayoría sin entrenamiento ni conocimiento sobre tácticas de combate. En los días que llevaban luchando, muchos de los hombres y mujeres de los ejércitos aliados habían caído o se encontraban gravemente heridos, pero sus bajas seguían siendo menos numerosas que las del norte. Aquel pensamiento entristeció a Ansol, que seguía sin entender por qué Magnus lanzaba a la muerte a sus hombres de manera tan obstinada. Su falta de aprecio por la vida de los demás le hacía estremecerse; demostraba una crueldad insólita.

Trató de apartar de sus pensamientos el horror de la guerra por un momento para pensar en Amira. No pudo evitar sonreír al recordar los almendrados ojos verdes de su prometida, que solían mirarlo entre burlona y descarada. Y sus dulces y turgentes labios. Añoraba sus besos, tenerla entre sus brazos, acariciarla. De pronto recordó que el solsticio de verano tendría lugar en pocos días y si todo hubiera sido diferente, en pocos días estaría casado con ella. Si todo hubiera sido diferente…

—Ahí estás. —Kurn entró en la tienda buscándolo con la mirada.

Ansol se incorporó y se quedó sentado en el camastro observando cómo se acercaba su amigo, que se sentó a su lado.

—Así que te escondías de mí —bromeó Kurn mientras le revolvía el pelo.

—Sí, es cierto. Debo reconocerlo —contestó Ansol divertido—. Pero por más que me lo intento, no lo consigo.

Se rieron a carcajadas. Pero pronto cesaron las bromas y se miraron con semblante serio.

—¿Pensando en Amira?

—Pensar en ella me aparta de todo esto un poco, y me levanta el ánimo.

—A mí me ocurre lo mismo —convino Kurn pensativo—. Pero debo confesarte que estoy muy preocupado.

Ansol frunció el ceño.

—Quiero decir que me viene bien pensar en mi esposa —trató de

explicarse el soldado—. Pero me preocupa no haber recibido noticias de ella desde hace más de una semana.

De pronto Ansol repasó mentalmente cuándo había sido la última vez que había recibido noticias de Amira o de su madre, y se sorprendió al descubrir que Kurn tenía razón. Había estado tan absorto en la vorágine de la guerra, y en los oscuros planes de Magnus, que los días habían transcurrido más rápido de lo que suponía.

—Deberíamos ir a la carpa real, necesito hablar con mi padre.

Kurn siguió a Ansol a través del campo donde los soldados del sur acampaban, sorteando numerosas tiendas y hogueras hasta llegar a la carpa del rey Fredo. Entraron en silencio y se dirigieron a un lado mientras Ansol buscaba a su padre entre los nobles que se encontraban allí. La mayoría de ellos se reunía en torno al rey, que se inclinaba sobre un enorme mapa extendido en la mesa, discutiendo las tácticas a poner en práctica al día siguiente.

Se seguía reforzando el paso junto al bosque para evitar que los soldados del norte penetraran al abrigo de la maleza y consiguieran rodear el campamento, aunque el ejército de Magnus nunca había intentado tal maniobra. Continuaban atacando por el mismo desfiladero día tras día. En alguna ocasión se habían atrevido a adentrarse por la playa situada al oeste, pero la arena no ofrecía ningún refugio y fueron abatidos rápidamente por los arqueros.

Jum Solsein estaba un tanto apartado del resto, repasando legajos y documentos como de costumbre. El conde se encargaba de la organización y aprovisionamiento de las tropas cuando no estaba luchando; apenas dormía. Su rostro mostraba una gran cantidad de arrugas que antes no estaban allí; sus ojos estaban enmarcados por enormes ojeras y había perdido mucho peso, pero aun así era un hombre imponente. Levantó la vista de sus papeles un momento para saludarlo con la mano antes de volver a sus quehaceres.

Caste de Bris se encontraba junto al rey, señalando con uno de sus cuchillos algún punto del mapa mientras discutía acaloradamente con Normol, otro de los nobles. Ansol sopesó si debía interrumpir a su padre en ese instante o esperar a que la discusión se suavizara. Notó que Kurn se ponía tenso a su lado.

—Vaya. —Varis sonó tan cerca que sobresaltó al chico—. No te asustes hijo pródigo. ¿A qué has venido ahora? ¿Alguna otra conjura que se te ha ocurrido en los últimos días?

Ansol lo miró con desgana. De pronto se adelantó un paso para sujetar la mano de Kurn, que pretendía empujar a Varis para apartarlo de ellos.

—¿Aquí estás? —preguntó Ansol con ironía—. Claro, supongo que no íbamos a encontrarte en el campo de batalla.

Los ojos de Varis brillaron con furia a la luz de las antorchas que iluminaban el interior de la carpa. Hizo una mueca de disgusto y entornó los ojos, midiendo a su adversario.

—Te recuerdo que me hirieron en la batalla —su tono de voz lo delató.

—Hace varios días de eso. ¿Es que tus heridas tardan en sanar más que las de ninguno de nosotros? —se burló Ansol.

Varis torció el gesto, visiblemente ofendido. Caminaba altivo alrededor de Ansol y de Kurn, como un animal preparándose para atacar una presa a la que cree inferior e indefensa.

—¿Me acusas de algo? ¿Acaso me estás llamando cobarde? —escupió.

—No soy yo quien debe valorar tus actos, Varis. Pero hacen falta hombres valientes ahí fuera —contestó Ansol, intentando relajar el ambiente tenso que se respiraba.

—Entonces eso excluye al sobrino del conde Solsein —añadió Kurn muy serio.

Varis fijó entonces su mirada en el soldado y, por un instante, Ansol creyó ver un ápice de locura en el destello de sus ojos. El chico se interpuso entre ambos, colocando una mano sobre el pecho de su amigo.

—Vamos, somos soldados del sur; luchamos juntos.

Kurn se relajó al oír las sensatas palabras de Ansol y desvió la mirada hacia el otro extremo de la carpa, dando por terminada la discusión. Varis, sin embargo, continuaba con la vista clavada en Kurn, lleno de odio y resentimiento. Seguía ofendido por la insinuación que había hecho el soldado.

—Varis —la advertencia del conde Solsein resonó en la estancia.

Su sobrino se volvió hacia su tío y se apartó de los jóvenes,

ocultándose de nuevo en la oscuridad que proporcionaba el fondo de la carpa.

—Te juro que ese hombre me pone los pelos de punta —acertó a decir Kurn cuando Varis hubo desaparecido.

—Ten cuidado con él —le aconsejó Ansol—. No es de fiar, y temo que sea capaz de cualquier cosa.

—¿Tú crees? —se burló Kurn—. Aunque debemos guardas nuestras espaldas de ese ejemplar.

—Ansol. —El Conde de Bris se acercó a los jóvenes. La llamada de atención de Jum Solsein a su sobrino había dado por terminada la discusión que Caste mantenía, advirtiendo en ese momento la presencia de su hijo en la carpa.

—Padre, hemos venido a preguntarte algo.

—Dime.

—¿Desde cuándo no tienes noticias de madre?

Caste de Bris se colocó el dedo índice sobre los labios, indicando a su hijo que bajara la voz mientras miraba en todas direcciones. Lo agarró por el brazo y tiró de él hacia la entrada de la tienda. Kurn les siguió afuera.

El conde se apartó unos metros de la carpa real, buscando un pequeño claro libre de tiendas y hogueras para asegurarse de que nadie escuchaba la conversación, y les habló susurrando.

—Hace algo más de una semana que no recibimos noticias de nuestro reino. No sabemos si nuestro correo llega a su destino, ni tampoco porqué ninguna carta nos ha llegado desde entonces. Incluso los mensajeros reales han dejado de llegar.

Ansol miró asombrado a su padre. Kurn movía el cabeza, pesaroso.

—Pero… —Ansol no podía creer lo que escuchaba.

—Sí, hijo —El conde sabía lo que iba a preguntar—, hemos cambiado la ruta en varias ocasiones, hemos planificado distintas estrategias y hemos enviado soldados para custodiar al mensajero, pero nada.

Los tres hombres se sumieron en un incómodo silencio.

—Os pido que no digáis nada —advirtió el conde—. No queremos que nuestros soldados se preocupen en exceso.

—Pero no podréis mantenerlo oculto mucho más —dijo Kurn—. Yo intuía que algo ocurría al llevar tanto tiempo sin recibir noticias de mi esposa, y seguro que a muchos de los soldados les ocurre lo mismo.

—Lo sé, lo sé —el conde sacudía la cabeza nervioso—. Y daremos las explicaciones oportunas, el problema es que aún no las tenemos. Hemos enviado algunas partidas a distintos puntos de la frontera, a ver qué noticias nos traen, pero hasta entonces no digáis ni una palabra. No podemos

prescindir de muchos hombres aquí, así que no podemos enviar más soldados para averiguar qué está ocurriendo.

Ansol miraba a su padre preocupado. El conde conocía aquella expresión en el rostro de su hijo, así que se irguió y lo miró, esperando su pregunta.

—¿Estamos aislados?

—Eso parece —contestó Caste de Bris.

El chico pensó en Amira, en su madre y sus hermanos. Trataba de encontrar alguna idea que aportara algo en aquella situación, pero estaba bloqueado. De repente oyó hablar a Kurn y sintió un nudo en el estómago.

—Yo podría ir a averiguar qué ocurre, señor.

El conde lo miró sopesando el ofrecimiento. Conocía bien a Kurn, lo estimaba como a un hijo. Conocía su valía y de repente le pareció que aquel hombre podría llevar a cabo la empresa con mejores resultados que cualquier otro.

—Lo consultaré con el rey y esta misma noche te daré una respuesta.

—Iré con él, padre. —Ansol miraba a Kurn con determinación.

—No Ansol, creo que esta vez debo ir solo. Un hombre pasará más inadvertido; además tu valía con la espada te hace imprescindible en el campo de batalla.

—Y no puedo prescindir de mi principal jefe de armas —continuó el conde.

Ansol pudo ver en los ojos de su amigo que la decisión estaba tomada. Y

su padre le imploraba, bajo aquella aparente calma, que se quedara a su lado.

—Está bien —convino finalmente—. Pero ten mucho cuidado. No sabemos de qué es capaz Magnus.

Kurn asintió mientras ponía la mano sobre el hombro de Ansol. El Conde de Bris volvió a la carpa real para discutir el tema con el rey mientras los jóvenes se dirigían a su tienda. Kurn comenzó a reunir algunas de sus pertenencias, hizo acopio de víveres y afiló la hoja de su espada, preparado para el caso de que el rey Fredo diera el visto bueno a la empresa.

Poco tiempo después Caste de Bris entró en la tienda que los chicos compartían con otros diez soldados, haciéndoles un ademán para que salieran.

—El rey y algunos de los nobles están de acuerdo con tu idea. Creen que es buena opción tratar de obtener más información, así que puedes partir cuando quieras. Pero es importante que permanezca en el más estricto secreto, no deseamos alarmar a nuestras tropas.

—Entonces esta misma noche, cuando todos duerman, partiré —dijo Kurn decidido.

—Ten mucho cuidado, muchacho —le dijo el conde mientras estrechaba su mano.

—Lo tendré, señor.

Caste de Bris volvió a sus quehaceres tras dedicarle una mirada a su hijo.

Ansol y Kurn se dirigieron a la mesa situada junto a la hoguera para disfrutar de una última cena juntos. Conversaron sin mencionar la inminente partida de Kurn, y se fueron pronto a dormir. Cuando se hubieron tumbado en sus camastros, Ansol se volvió hacia su amigo.

—Vuelve pronto, y vuelve entero.

—Lo hare —le prometió Kurn.

***

Edmen esperaba en el salón del trono. Una de sus visiones le había mostrado una partida de soldados enviada por el ejército del sur a la frontera, a fin de averiguar por qué motivo su correo no llegaba a destino.

Durante la última semana muchos emisarios habían tratado de alcanzar la frontera entre los Reinos del Oeste y del Sur, en un intento por averiguar a qué se debía la falta de noticias. Y la causa era Edmen.

El mago tenía el don de la profecía y Magnus lo había aprovechado para adelantarse al enemigo. Había conseguido infiltrar a sus soldados a lo largo de la frontera entre ambos reinos, desde la costa hasta el límite del Bosque Encantado, así podía controlar toda la información que los sureños pretendían hacer llegar a su reino. Esa información no le había aportado gran cosa, salvo saber lo mucho que los hombres y mujeres que luchaban en aquella inútil guerra echaban de menos sus hogares, o la lista de soldados caídos en combate.

Magnus sabía que aquello pondría muy nerviosos a sus enemigos, que emplearían hombres y esfuerzos en averiguar qué estaba ocurriendo. Y

mientras tanto los mantenía ocupados, entretenidos en otros quehaceres.

Edmen se dejó caer cansado sobre el sillón que había colocado frente a la chimenea. Aún no había entrado en calor así que se acercó aún más a las llamas. Aquel maldito invierno perpetuo hacía mella en sus cansados huesos, y en el fondo estaba deseando partir hacia el nuevo destino.

—Ten cuidado —le advirtió una voz a su espalda—, si te acercas más acabarás ardiendo en llamas.

El rey lo observaba con hastío desde el trono. Edmen comprobó que la preocupación por él era fingida. El mago gruñó por lo bajo y se removió malhumorado en el sillón. Volvió a clavar la mirada en el fuego que crepitaba delante.

—¿Estás listo? —Magnus volvía a dirigirse a él de mala gana.

—Siempre lo estoy —se limitó a decir a regañadientes.

—¡Pues muévete! —le ordenó severo.

Magnus lo observó un instante antes de volverse hacia la puerta. La capa negra del rey barría el suelo del salón mientras caminaba, y

Edmen escuchó sus pasos perderse escaleras abajo. El mago sentía que el final estaba cerca, pero no podía dejar de pensar en aquella muchacha y en sus profundos ojos verdes, aquellos ojos que velaban sus sueños.

Edmen se levantó del sillón para extender las palmas de las manos hacia la chimenea, en un último intento por que entraran en calor. Cerró los ojos antes de mover la cabeza a los lados, derrotado, y se resignó a seguir a Magnus fuera.

Se dirigían hacia el único puerto que poseía el reino, situado en la costa norte. El verano casi había llegado así que era la única época del año en que las aguas no estaban congeladas. Era el momento de surcar las olas hacia su destino, era el momento de partir hacia el sur.

“Al menos, allí no hará frío” , pensó mientras subía a lomos de su caballo. El rey gritó la orden con voz ronca y autoritaria, y un millar de soldados uniformados de negro comenzaron su avance hacia el norte, en dirección al puerto de Fingerta, dispuestos a embarcar en los centenares de barcos que esperaban la llegada del rey para partir hacia el sur.

Edmen se arrebujó bajo la gruesa capa de piel, resignándose al frío.

Dirigió su caballo detrás del rey y se dejó llevar por los acontecimientos.

Pero no dejaba de pensar en la muchacha.

La emisaria de la reina

Amira despertó en una amplia habitación, sobre una cama con doseles. Las primeras luces de un nuevo día se filtraban por la ventana. La joven se frotó los ojos con fuerza. Aún tumbada, observó la estancia con interés.

La noche anterior, tras su charla con la reina, una doncella la condujo al tercer piso para acomodarla en una de las habitaciones de invitados. Amira se había recostado sobre la cama, afanada en calcular cuál sería la mejor ruta para llegar al Reino del Este, pero se distrajo preguntándose dónde estaría Erac. Se hubiera sentido más tranquila si supiera que podía contar con su ayuda en aquel trayecto, sobre todo tras asumir que tal vez debiera atravesar el Bosque Encantado para llegar al Reino del Oeste. Pero no sabía a ciencia cierta si lograría dar con el chico, ni tampoco estaba segura de que él quisiera acompañarla.

Se obligó a salir de la cama. Tras recorrer un largo pasillo, donde las puertas de distintas estancias se sucedían a ambos lados, descendió por una amplia escalera hasta el piso inferior. En el rellano se detuvo un instante, sin saber muy bien hacia dónde dirigirse.

De pronto oyó abrirse una puerta a su izquierda, por donde apareció la reina.

—Buenos días —saludó Térnabi—. ¿Estás lista para emprender el viaje?

—Sí, majestad.

—Pero antes, ¿me acompañarás en el desayuno? —La reina, con el brazo extendido, le indicó que entrara en la sala.

Amira nunca había estado en la Sala de la Reina, así que se quedó maravillada. Un gran ventanal iluminaba la habitación. En el centro se hallaba una mesa de madera con gruesas patas torneadas, sobre la que se disponían, en un desorden controlado, gran cantidad de documentos y pergaminos. En el otro extremo, una librería atesoraba un sinfín de ejemplares encuadernados en piel.

La reina se dirigió hacia una mesa colocada cerca de la librería para tomar asiento frente al ventanal. Las vistas de las que se disfrutaba desde

allí eran inmejorables. Amira se sentó junto a Térnabi. Ambas desayunaron en absoluto silencio, admirando el jardín y la ciudad que se extendía más allá.

La reina se levantó de pronto, sobresaltando a la chica. Se acercó a la mesa del centro de la estancia para coger uno de los documentos.

—Quiero que entregues este mensaje a Petis —le dijo mientras le tendía el documento —. Es una carta exigiendo al rey que cumpla con el pacto y nos envíe ayuda lo antes posible

Amira se apresuró a guardar el documento en su alforja.

—Pero ¿qué ocurrirá si el rey desoye nuestra petición? —se atrevió a preguntar.

La reina sopesó la respuesta antes de volver a tomar asiento junto a la chica.

—No te preocupes por eso —le dijo mientras le apretaba las manos en un gesto cariñoso—. Tú encárgate de volver sana y salva. No me pasa inadvertido que vas a emprender un camino lleno de peligro, así que procura regresar lo antes posible. Yo me haré cargo del resto.

El tono de voz de la reina era más amargo que de costumbre, pero igual de inflexible. Amira la miró a los ojos un instante más; finalmente se levantó.

—Procuraré regresar cuanto antes con alguna noticia —le prometió tras dedicarle una reverencia.

La reina se recostó en la silla y suspiró cansada. El sueño era reacio a acompañarla en las últimas semanas; además las pocas horas de descanso que encontraba de noche estaban cargadas de pesar y tristeza. Se incorporó con desgana para dirigirse a su mesa de trabajo, dispuesta a retomar la agenda del día.

Cuando la joven salió de la Sala de la Reina, un sirviente le tendió un morral con provisiones y la acompañó a la puerta de la muralla, donde Jimena la estaba esperando. Amira cabalgó por la plaza que daba acceso al palacio hasta incorporarse a la calle principal de la ciudad.

Aún le dolían el cuerpo tras las dos últimas jornadas a caballo, pero hizo caso omiso a su incomodidad y soltó un suspiro al pensar en el largo viaje que le esperaba. La costilla ya no le molestaba; entonces recordó las hiervas que el sanador de la reina le había dado la noche

anterior, al parecer muy efectivas.

Cuando llegó al centro de Mulen, hervidero de comercios, gremios y gentío, el sonido proveniente de todas direcciones asustó a Jimena. La chica la acarició entre las orejas antes de dirigirla entre la multitud. Era temprano aún, pero la ciudad bullía de vida. El mercado había abierto sus puertas, así que la gente se agolpaba para acceder a él. Numerosos granjeros y comerciantes discutían a voz en grito por el orden de la fila que se había formado, mientras los tenderetes repartidos por doquier vociferaban sus virtudes a los cuatro vientos.

Amira se dejó inundar por la vivacidad de la ciudad y callejeó un rato entre los barrios nobles, el barrio de los estudiantes —pues Mulen disponía de las mejores escuelas del reino—, el de pescadores, joyeros y constructores, hasta que fue a parar a uno de los barrios exteriores, donde se acomodaban multitud de granjeros y ganaderos que cada mañana salían de Mulen rumbo al valle.

De pronto se le ocurrió una idea y se encaminó hacia una de las posadas de aquel barrio. Un hombre gordo y somnoliento se afanaba en limpiar la barra con un trapo bastante sucio. De la cocina salió una chica joven que la recibió con una sonrisa. Apenas unos pocos hombres se apiñaban en una mesa, bebiendo vino y jugando a las cartas.

—¿Qué desea? —le preguntó la chica.

—Estoy buscando a un amigo —dijo Amira—. Es alto, delgado, con la nariz algo torcida, pecas y una cicatriz en la frente. Tiene el pelo castaño y los ojos oscuros.

La chica se quedó pensativa un momento, mirando el techo en un gesto que indicaba que estaba intentando recordar. Finalmente miró al hombre que limpiaba la barra y este negó con la cabeza.

—Lo siento —contestó la joven—. No le hemos visto.

Amira salió de aquel barrio y se dirigió a otra zona de la ciudad, buscó una posada y repitió la pregunta. Continuó así durante varias horas, recorriendo las diferentes posadas y tabernas de Mulen, pero nadie había visto a Erac. Al cabo de numerosos intentos, desistió en su búsqueda y recorrió la calle principal hasta la puerta noreste, para dirigirse hacia la Montaña Verde.

Había decidido que la mejor ruta para llegar a Colanis, la capital del Reino del Este, era la que atravesaba la montaña por el sendero que

ascendía junto al río. Había calculado que tardaría tres jornadas en alcanzar

su destino. Aquel camino era más corto, aunque se desviaba hacia los Páramos del Gentene, una zona bastante árida, calurosa de día y terriblemente fría de noche, pero ganaría una jornada de viaje por esa ruta.

Cuando salió de la ciudad dirigió a Jimena por el sendero de la derecha y descendió un trecho hasta situarse cerca de la corriente del río. El alboroto de las espumosas aguas alegró el ánimo de la chica, que se percató entonces de lo asustada que estaba. Se irguió en su montura mientras sacudía la cabeza en un gesto de disgusto.

—No temas, Amira —se dijo en voz alta—. Sigue tu camino y atempera los nervios.

La mañana trascurrió tranquila. La joven se cruzó en varias ocasiones con algún viajero que provenía de las tierras más alejadas del reino, e incluso se topó con algunos habitantes del Reino del Este, que no entendían por qué el rey Petis no había decidido participar en la guerra. La gente del este se sentía un poco avergonzada por la conducta de su rey, pero todos coincidían en que no era propio de él actuar de aquella manera.

A la hora de comer decidió parar a descansar junto a un enorme roble que crecía cenca del camino, aunque tendría que reiniciar la marcha pronto si quería llegar a un pueblo llamado Fertin antes de que anocheciera. No volvería a cometer la torpeza de dormir sola en el bosque.

Mientras comía observaba el paisaje. Oía la corriente furiosa del río, aunque desde su posición no lo veía. Cerca del roble había un grupo de árboles en una pequeña pendiente, tras el cual la loma ascendía. Más lejos, grandes extensiones de pinos subían y bajaban a lo largo de toda la montaña. En un prado, a cierta distancia, pastaban algunas vacas. Sus cencerros resonaban por todo el valle.

De pronto escuchó un ruido a su espalda y se giró asustada. Descubrió a Jimena mordisqueando la hierba cerca de ella y se relajó. Entonces la yegua levantó la cabeza para estirar las orejas. Amira se incorporó, aferrando con fuerza la empuñadura de su espada con la mano derecha, mientras que con la izquierda buscaba instintivamente su daga. Escuchaba con atención, observando a Jimena de vez en cuando, a la espera de advertir cualquier indicio de peligro. Al final el

animal pareció perder interés en aquello que había llamado su atención y volvió a agachar la cabeza en busca de más hierba.

Amira, no obstante, no bajó la guardia y caminó unos pasos hacia la yegua. Cuando llegó junto al animal relajó la mano que aferraba la espada y soltó el aire que había estado reteniendo.

—Parece que no has aprendido nada. —Una voz burlona sonó a su espalda, junto al roble.

Amira se giró con la espada en la mano. Cuando se encontró frente al intruso, la chica abrió la boca en una mueca de asombro y, tras dar una patada al suelo furiosa, se dirigió hacia el roble malhumorada. Apoyado en el tronco del árbol, con los brazos cruzados en el pecho, Erac la miraba divertido.

—¿Pero es que te ha propuesto matarme de un susto? —le preguntó Amira enfadada cuando llegó junto a él.

—Podría haberte atacado por la espalda sin que te hubieses dado cuenta de que me acercaba —le dijo Erac sonriendo.

Amira se ofendió y lo miró con rabia contenida. Estaba dando a entender que era una niña desvalida cuando ella se creía capaz de defenderse en cualquier situación. Pero de pronto recordó el incidente en el bosque el día que lo conoció y su enfado disminuyó. Entonces comprendió que se alegraba de ver al muchacho.

—Te he buscado por la ciudad —le dijo.

Erac se apartó del árbol con los ojos muy abiertos. Era evidente que aquella confesión le había pillado desprevenido. Había dado por hecho que Amira volvería al sur tras su encuentro con la reina y que no volvería a verla más. Pasó la noche al abrigo del bosque que crecía cerca de la loma que había a la derecha del roble, pero aquella mañana había deambulado de un lado al otro del sendero sin alejarse de aquel lugar, sin saber muy bien porqué. De pronto se puso nervioso.

—¿Me estabas buscando?

—Bueno… —Amira no sabía muy bien qué contestar. La verdad era que se alegraba de verlo, pero sabía que Erac era muy reservado y temía que si le pedía ayuda se negara a acompañarla.

—¿Qué haces tan al norte? ¿No ibas a volver a casa? —pregunto

extrañado.

—Los planes han cambiado.

Ambos se miraron. Los oscuros ojos de Erac brillaban con los rayos del sol que se filtraban entre las hojas del roble, reflejando las distintas

tonalidades de su pelo castaño. Amira le sonrió antes de dirigirse al morral que había dejado junto al árbol. Se sentó y le indicó que se acercara para compartir con él la comida. Erac estaba tan intrigado que aceptó de buena gana.

—Tras mi entrevista con la reina, mi rumbo ha dado un giro inesperado.

Ahora me dirijo a Colanis para entregar al rey Petis un mensaje de Térnabi.

Le exige que cumpla el pacto y acuda en ayuda de sus vecinos y aliados, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Erac la miraba con vivo interés.

—Bueno, tengo ciertas sospechas.

—¿Acerca de qué?

Amira dudo un instante, en el que desvió la vista al suelo. Al levantarla descubrió su reflejo en los ojos del muchacho y decidió confiar en él sin reservas.

—Creo que Magnus tiene otros planes para nuestro reino. Sospecho que pretende invadirnos por la costa y que la guerra que ha iniciado en el oeste es solo una manera de mantener ocupados a nuestros soldados lejos de casa.

El incidente de Álcorin fue solo una forma de averiguar hasta donde llegan nuestras defensas, de medirnos.

Erac parecía muy sorprendido. Pellizcaba un trozo de pan mientras masticaba su ración de pastel de carne.

—Y ahora mismo el Reino del Sur no cuenta con el ejército necesario para defender sus tierras —resumió Erac—. Menuda maniobra bien calculada.

Los jóvenes se sumieron en sus pensamientos un rato y comieron en

silencio.

—¿Y por qué no envía la reina un mensaje al rey para que regrese? —se le ocurrió de pronto a Erac.

—Ya lo ha intentado. Pero hace una semana que no existe comunicación con nuestro ejército al otro lado de la frontera. La reina desconoce el motivo, pero ningún mensaje logra alcanzar su destino. Además, los mensajeros jamás regresan.

Erac se levantó mientras engullía un trozo de pan y por su gesto parecía que iba a volver a hacerle una pregunta, pero Amira se adelantó.

—La reina ha cambiado la ruta muchas veces, siempre con el mismo resultado. Estoy segura de que Magnus está detrás de todo, pero ¿cómo

logra adelantarse a la ruta marcada por la reina, que además permanece en el más estricto secreto? La única respuesta que se me ocurre es que tenga apostados soldados a lo largo de la frontera.

—No se —dijo Erac contrariado—. Eso supondría invertir demasiados hombres cuando los necesita para la guerra. ¿Sabes lo larga que es la línea de la frontera?

—Es lo único que se me ocurre —bufó Amira molesta—. Si tú tienes otra idea, estoy deseando escucharla.

Erac torció el gesto ante el irónico comentario de la joven. Era cierto que no había recibido entrenamiento militar, ni conocía nada sobre tácticas de guerra, pero el sentido común y la lógica lo habían guiado siempre de manera acertada.

Amira comenzó a recoger sus cosas, dispuesta a reemprender el camino.

El chico la miró contrariado.

—Te acompañaré hasta Colanis.

La joven sonrió. Se alegraba de no haber tenido que pedirle ayuda abiertamente, porque temía que se negara. Erac le devolvió la sonrisa y se agachó para ayudarla a recoger. Entonces la chica se puso tensa. Él se percató de su cambio de actitud y se incorporó para mirarla a los ojos.

—Hay algo más —confesó ella—. Tras pedir ayuda al rey Petis, le he dicho a la reina que cruzaría la frontera del oeste para avisar al rey Fredo, para que puedan volver a casa y encargarse de la defensa de nuestro reino.

—Pero ¿cómo pretendes hacerlo? Has dicho que la frontera está custodiada. —Erac la atravesaba con la mirada.

Entonces el chico comprendió lo que Amira trataba de decirle. Terminó de recoger para colocar la bolsa de la joven a lomos de Jimena. Sin decir una palabra, se adentró en el bosque cercano ante la atónita mirada de la chica. Por un momento Amira creyó que se había marchado enfadado, retirando su ofrecimiento de acompañarla. Se acercó a Jimena dispuesta a alejarse de allí con de frustración cuando la montura de Erac apareció por la loma. El chico esperó a que ella montara. Entonces Amira volvió a encontrarse con la mirada de Erac, una mirada seria pero cálida.

—Pretendes atravesar el Bosque Encantado ¿verdad? —preguntó al fin.

—Eso creo —titubeó ella.

Reinó un breve silencio en el cual la chica creyó descubrir un extraño brillo en los ojos de Erac.

—Pues entonces tendré que acompañarte. Nadie como yo conoce ese bosque.

Y sin decir nada más espoleó su caballo para tomar el sendero en dirección a Colanis, la capital del Reino del Este. Amira soltó una carcajada y se encaminó más animada hacia el reino vecino.

El campo de batalla

Hacía varios días que Kurn se había marchado hacia la frontera y el carácter de Ansol se había agriado desde entonces. A su preocupación por Amira se unía el peligro real al que se enfrentaba su mejor amigo. Se reprochaba haberlo dejado ir sólo en aquella misión, pero su lugar estaba allí, en el campo de batalla, dirigiendo las tropas de su padre.

La guerra se había convertido en una rutina y, por desgracia, quitarle la vida a un hombre había dejado de abatirlo. Simplemente se dedicaba a desempeñar su tarea con diligencia, lo que lo convirtió en el soldado más fiero y certero de las fuerzas del sur. El enfrentamiento a campo abierto era una locura, ya que las pérdidas personales en ambos bandos eran elevadas.

Pero él no había dispuesto las cosas, sino que había sido Magnus, con su despiadada falta de respeto por la vida, el que había provocado aquella situación.

Los soldados del norte seguían sucumbiendo ante las espadas, las flechas, las dagas o cualquier arma que blandieran los ejércitos del sur y del oeste. Pero aun así parecía que las fuerzas de Magnus no menguaban. El joven se preguntaba cuántas más vidas inocentes debían destrozarse para que los deseos del rey del norte, fueran los que fuesen, se dieran por satisfechos.

Ansol se había deshecho del yelmo cuando un soldado del norte de avanzada edad le había golpeado con su hacha. El metal se había hundido en un costado y le sangraba un poco la sien. Blandía con pericia su espada y los golpes de corte que propinaba solían cercenar la vida del rival que osara enfrentarse a él. Su peto, bastante magullado, aún resistía los intentos del contrincante por acabar con su vida.

En el flanco izquierdo la caballería, organizada en divisiones, se lanzaba hacia el enemigo de manera feroz. El ejército del norte no disponía de muchos ni buenos arqueros, así que el peso de la batalla se decidía en la lucha cuerpo a cuerpo, donde Ansol se encontraba cómodo.

Aquel día el joven había reemplazado en el turno de tarde a uno de los soldados que compartía la tienda con él, y que se encontraba en la enfermería gravemente herido. Se había hecho pasar por aquel soldado para luchar todo el día, sucediendo un turno con otro. Sabía que si su padre se enteraba se lo habría impedido, pero en ese instante

era lo que menos le preocupaba. Avanzaba a duras penas entre los cuerpos caídos cerca de la playa. La sangre que bañaba el lugar se había convertido en un charco viscoso y maloliente que a veces hacía caer a los soldados al suelo. Ansol giraba de un lado a otro blandiendo su espada en limpias y certeras estocadas, propinando tajos y mandobles a una velocidad casi inaudita. Ya no escuchaba los sonidos que se desarrollaban a su alrededor. Había acallado los gritos y las voces, afanando en seguir con vida en aquel campo de muerte.

De pronto una mano se posó en su hombro. El joven se volvió furioso contra su atacante, un hombre de pelo gris que lo mirada asustado, y que levantó las manos en un gesto de sumisión. Ansol jadeaba mientras mantenía la espada sobre su cabeza, sujeta con ambas manos. Poco a poco su visión se despejó y comenzó a percatarse de los sonidos que lo envolvían. Pronto descubrió un rostro familiar en aquel hombre que lo miraba asustado. Bajó lentamente la espada para mirar a su alrededor, aún jadeante.

—Señor —el soldado continuaba con las manos levantadas, temeroso de que Ansol pudiera descargar su espada contra él—, la batalla ha terminado por hoy.

El joven asintió antes de dejar escapar un leve suspiro.

—Lo siento Hubine, no he escuchado la cuerna —se disculpó.

Tras darle unas palmadas en el hombro, se dirigió al campamento.

Volvió un instante la vista atrás para observar cómo los sanadores habían acudido ya a evacuar a los heridos. Se dirigió directamente a la hoguera que ardía siempre a la entrada de su tienda, esperando a que uno de los sirvientes le ofreciera un caldero con agua caliente. Ansol se apartó a un lado para lavarse, frotándose con fuerza para intentar librarse de toda la sangre seca que le cubría el cuerpo. Se despojó del uniforme a duras penas y solicitó más agua.

Entró en la tienda y se dirigió a su camastro. Miró brevemente hacia el sitio vacío de Kurn antes de dejarse caer agotado.

—Vaya, aquí estás.

Una voz familiar vibraba en la oscuridad. Ansol levantó la vista sabiendo con quién iba a encontrarse.

—Varis, ¿qué quieres? Estoy cansado y me gustaría que te marcharas

—dijo el chico visiblemente molesto.

—¿Dónde está tu querido amigo? —Varis ignoró la petición del joven.

—¿Y cuál es tu interés en las actividades de Kurn? Que yo sepa no es que os demostréis demasiada simpatía.

Los ojos de Varis brillaron en la penumbra de la tienda, y a Ansol le recordaron los traicioneros ojos de una serpiente.

—No seas condescendiente conmigo —Varis alzó la voz molesto—. Me he enterado de que has combatido en turno doble. No creo que al Conde de Bris le alegre saberlo.

Ansol se incorporó para enfrentarse a él. El chico era varios centímetros más alto que el sobrino de Jum Solsein, y más corpulento. A su lado Varis parecía un animalillo indefenso, de no ser por el brillo de su inteligente y enloquecida mirada.

—No me amenaces —le advirtió sin disimular su furia.

—¡Oh! Disculpa, ¿ha sonado a amenaza? No lo pretendía. —Varis sonrió maliciosamente.

—Deberías acercarte de vez en cuando al campo de batalla en vez de dedicarte a espiar y conspirar contra los tuyos. Los hombres valerosos son aquellos que cumplen con sus obligaciones.

Varis enfureció y se adelantó un paso, dispuesto a golpearlo, pero Ansol se irguió aún más y el astuto sobrino supo frenarse. Se esforzó por calmarse para volver a sonreír con ironía.

—Precisamente por eso me pregunto qué tarea tan importante tiene alejado a Kurn de sus obligaciones en el campo de batalla. Un soldado valeroso como él jamás se alejaría de la acción —las palabras de Varis sonaron melosas.

—Las obligaciones de Kurn pasan por obedecer a su rey, así que si tienes alguna curiosidad sobre su paradero deberías hablar con Fredo —dijo Ansol dando por terminado el asunto.

El chico volvió a sentarse sobre su camastro para quitarse las botas, ignorando a propósito a Varis. Notó cómo se dirigía hacia la puerta de la tienda. Ansol movió el cabeza desalentado mientras pensaba en la feroz

personalidad del sobrino de su suegro. Sabía que aquel hombre traería problemas.

—Hijo.

Ansol levantó la vista y descubrió al conde de Bris de pie frente a él.

—Hola, padre.

—Me he enterado de tu imprudencia. —Caste de Bris reprendía a su hijo en voz baja, pero su tono era duro y autoritario—. ¿En qué estabas pensando? ¡No pienso permitir que arriesgues tu vida de esa manera!

—Pero padre, he hecho lo que debía. —Ansol trató de justificarse, pero sabía que su conducta merecía aquella reprimenda.

—Has desobedecido una orden directa —continuó el conde—, y además has suplantado a otro soldado.

Ansol bajó la mirada, preocupado. Hasta ese momento no se había dado cuenta de las consecuencias de sus actos. Hacerse pasar por otro soldado conllevaba duras penas.

—Lo siento. Sólo pretendo ayudar —dijo sinceramente.

Caste de Bris suspiró antes de tomar asiento junto a su hijo. Sus ojos parecían cansados, su rostro más viejo y su cabello estaba encaneciéndose muy rápido. Ansol lamentó haber puesto a su padre en una situación comprometida.

—No importa, hijo —contestó tras un breve instante, y su voz sonaba agotada—. El rey ha sabido de tu conducta, pero ha mirado hacia otro lado para no tener que aplicarte castigo alguno. Fredo lo ha interpretado como un afán por servir a tu rey, mezclado con la imprudencia que proporcionada la juventud.

El conde sonrió. Ansol se relajó al saber que no habría castigo. Entonces miró muy serio a su padre al comprender cómo había llegado a oídos del rey su falta.

—Varis…

—Sí, le contó al rey lo que habías hecho —confirmó el conde.

—¡Ese estúpido!

—Jum Solsein lo ha reprendido delante de todos y le ha recordado que, pese a que tu conducta no está exenta de reproche, la suya tampoco. Te ha acusado sin que tú estuvieses delante para defenderte, y ese comportamiento demuestra su carácter cobarde y mezquino.

—¿Y cómo se ha tomado Varis que su tío lo avergüence delante de todos? —Ansol sonreía imaginando la situación.

—Pues no muy bien, ya sabes lo soberbio que es ese chico. Por un instante creí que iba a lanzarse contra su tío, espada en mano. Pero, como siempre, se retira con una mueca de falso arrepentimiento.

—Ese hombre es peligroso, padre.

—Lo sé —convino Caste de Bris.

Padre e hijo se sumieron en un inquietante silencio. Ansol sabía que Varis daría problemas, por eso decidió tenerlo vigilado por si su atrevimiento y arrogancia llegaba más lejos de lo debido.

—¿Tenéis noticias de Kurn? —preguntó preocupado.

El conde negó con la cabeza.

—A estas horas ya debería haber llegado a la frontera con nuestro reino.

Creo que, en un par de días, si todo sale bien, podríamos saber algo.

—Seguro que así será.

El conde asintió forzando una sonrisa. Se levantó y, tras ordenarle que comiera algo antes de irse a descansar, abandonó la tienda. Ansol se dejó caer sobre el camastro agotado, así que poco después tuvo que obligarse a levantarse para hacer lo que su padre le había recomendado. Comió a duras penas un cuenco de guiso y se retiró a su lecho, donde se quedó dormido apenas se hubo tumbado.

***

Edmen salió del trance un poco mareado. Recordó dónde se encontraba cuando las voces resonaron fuerte en su cabeza. Multitud de soldados se concentraban frente una enorme hoguera, bebiendo vino en abundancia. Las risas eran escasas pese a embriaguez de los soldados, porque a nadie le pasaba inadvertido el lugar al que se dirigían.

Había tenido otra visión y, pese a que le asqueaba tener que cumplir las órdenes de Magnus, de no hacerlo las consecuencias serían terribles para él.

Se levantó despacio del lugar que había escogido frente al reconfortante fuego para dirigirse a la carpa real, donde el rey descansaba en solitario.

Se aclaró la garganta antes de entrar y trató de disimular que la tarea que iba a realizar ya no le satisfacía. Se acercó a su señor, que descansaba

sentado junto al fuego haciendo girar de manera distraída el añillo que tenía en su mano izquierda.

—Edmen, ¿qué se te ofrece? —Magnus lo saludó sin interés alguno, casi molesto por su presencia.

—Majestad, he descubierto una nueva partida cerca del límite suroeste.

Son soldados del oeste, dos en concreto.

El mago le proporcionó todos los detalles mientras Magnus sonreía. Se acercó a las llamas y lo observó impaciente.

—¿A qué esperas? —le espetó.

—Disculpad —trató de justificarse Edmen—. El frío anquilosa mis entumecidos miembros.

—¿También tu lealtad? —preguntó con fiereza el rey tras lanzarle una mirada cargada de odio.

—No, majestad —se apresuró a contestar el mago—. Mi lealtad es inquebrantable.

Se situó junto al rey evitando su mirada. Alzó las manos hacia las llamas y éstas crepitaron con violencia antes de ascender hasta el techo de la carpa.

Entonces Edmen pudo ver a cuatro hombres sentados alrededor de un fuego en la espesura de un bosque. Eran soldados del norte apostados en los límites de los reinos del oeste y del sur, que custodiaban la frontera.

Magnus no podía ver lo que el mago veía, así que permaneció quieto

esperando su señal. Edmen levantó la vista y asintió con la cabeza. Magnus se dirigió a sus hombres para darles una orden. Edmen esperaba a que el rey diera instrucciones a sus soldados cuando descubrió algo insólito: una rama en un árbol que se movía levemente. Miró nervioso al rey, pero se relajó cuando comprendió que él no podía verlo.

Entonces el mago sintió un fuego interior que luchaba por salir, así que tomó una decisión. No podía seguir acallando las voces de su conciencia, si bien aquello podría costarle la vida, pero valía la pena intentarlo. Estaba cansado de la guerra y del poder que aquel rey tirano ejercía sobre él.

Miró con más detenimiento hacia el árbol y lo vio, pero no dijo nada.

***

Kurn se agazapó detrás de un matorral. Por suerte aquel bosque era frondoso y la vegetación crecía salvaje por doquier. Eso le había impedido

avanzar más deprisa, pero le permitía ocultarse con facilidad. Había sido rastreador, así que sabía bien cómo desaparecer.

Volvió a oír las voces. Provenían de la derecha, a pocos metros de donde se encontraba. El último día se había topado con más soldados del norte de los que se hubiera imaginado, y ahora que se acercaba al límite donde la frontera de los Reinos del Sur y del Oeste se encontraba, el número de soldados era mayor.

Tras meditar bien su siguiente paso, avanzó un poco más en dirección a las voces. Se escondió tras el tronco de un nogal para otear a través de las ramas. Miró hacia arriba y comenzó a trepar al árbol. Cuando se hubo situado en una rama sólida que le proporcionaba una buena visión, se limitó a escuchar la conversación de los soldados.

Un grupo de cuatro hombres se apiñaban alrededor de una pequeña hoguera. Uno de ellos extendía las manos hacia las llamas para entrar en calor mientras otro se arrebujaba en la capa, acercándose más al fuego. Los otros dos bebían vino y reían a carcajadas.

—Hace días que no hay movimiento por aquí —decía uno de ellos.

—Se habrán cansado de esperar el correo —rio otro.

—No te alegres por eso —le respondió con asueto el que se frotaba los

brazos bajo la capa.

—¿Por qué? —preguntó el primero arrugando la nariz.

—Porque si nuestro trabajo aquí se acaba, nos enviarán a combatir en la guerra —dijo el que tenía las manos frente al fuego.

Los cuatro hombres permanecieron en silencio, mirándose los unos a los otros. Ninguno de ellos quería sucumbir en aquella carnicería. Preferían la tarea que les había llevado hasta aquel bosque.

De pronto las llamas chispearon y comenzaron a danzar violentamente de un lado a otro. Los hombres que estaban más cerca del fuego retrocedieron asustados y cayeron al suelo. Los cuatro miraban la hoguera, aterrorizados pero expectantes. Poco a poco las llamas se alzaron hasta el cielo y Kurn tuvo que aferrarse al árbol para no caer. Era imposible que aquella pequeña hoguera pudiera provocar semejantes llamas.

En el centro de aquel renovado fuego fue tomando forma una silueta.

Kurn no salía de su asombro y se encaramó una rama más arriba, para poder ver mejor lo que sucedía. Poco a poco, de entre las llamas, la figura de un hombre apareció ante ellos de manera tan nítida que parecía estar allí. El

soldado del sur abrió la boca atónito cuando comprendió que aquel ser que parecía surgir de las llamas era Magnus.

Los cuatro soldados se incorporaron rápidamente para situarse erguidos delante de su señor.

—Un grupo de dos hombres acampan en el extremo este del bosque —la voz de Magnus sonaba lejana pero atronadora—. Visten de negro, con el uniforme de nuestras tropas, para intentar pasar desapercibidos. Ahora mismo descansan a poca distancia de vuestra posición. Id y acabad con ellos.

Tras dar la orden a sus soldados, las llamas menguaron tan rápido como habían ascendido hasta el cielo, llevándose consigo la figura del rey del norte. Kurn permaneció quieto mientras veía pasar debajo de él a los soldados del norte en dirección a donde uno de los equipos de rastreo enviados por el rey Ulter había parado a descansar.

Sopesó la posibilidad de ir a su encuentro y avisarles, pero sabía que no llegaría a tiempo. Bajó del árbol para seguir los pasos de los

soldados del norte a cierta distancia. A lo lejos, entre los matorrales, vio una hoguera.

Esperó detrás de los soldados enemigos, apostado al abrigo de la oscuridad de la noche. Notó el nerviosismo de los norteños, que se hacían señas.

Entonces Kurn descubrió que los soldados del oeste no estaban junto al fuego, y aquello despistó a sus atacantes.

Oyó un leve silbido antes de que un grito ahogado precediera a la muerte de uno de los soldados del norte. Los del oeste habían escuchado las voces de los norteños y se habían preparado para un ataque.

Kurn vio que uno de los soldados enemigos había descubierto a uno de los aliados escondido tras un tocón y reptaba por el suelo en su dirección, con un cuchillo en la mano. Entonces vio caer a otro de los soldados del norte atravesado por una flecha. Se percató de que el soldado del oeste, escondido tras el tocón, no se había dado cuenta del peligro que corría.

Kurn se acercó un poco más para lanzar su daga, hiriendo mortalmente al norteño que se agazapa en el suelo. Había salido del abrigo de las sombras y el soldado del norte que aún quedaba con vida lo miró con enojo antes de lanzarse sobre él. Ambos forcejearon antes de caer al suelo. De pronto Kurn notó algo caliente que le empapaba el peto a la altura del pecho. Miró a su oponente y descubrió una mueca de dolor en su petrificado rostro antes de que cayese inerte sobre él.

Sin tener tiempo de quitarse de encima el cuerpo del soldado muerto, los dos soldados del oeste se situaron a su lado con las puntas de sus espadas apuntándole el pecho y la garganta.

—¡Soy soldado del sur! —dijo levantando las manos.

Tras un breve momento de indecisión, los soldados aliados apartaron sus armas mientras uno de ellos le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

—Gracias por tu ayuda —le dijo señalando hacia el hombre que había matado con su daga.

—A vosotros por la vuestra —respondió Kurn.

—¿Te apetece descansar con nosotros? Tres son mejor que dos en este

bosque, por lo que se ve.

—Os lo agradezco —dijo Kurn nervioso—, pero debo volver inmediatamente al campo de batalla.

Los del oeste asintieron, creyendo que Kurn era un soldado que provenía del sur para incorporarse a sus filas con algo de retraso. Se dirigió al lugar donde había dejado escondido su caballo y lo espoleó para que galopara veloz. Decidió no contar a aquellos hombres lo que había descubierto, ya que en el fondo ni él mismo era capaz de creerlo.

Debía regresar lo antes posible al campamento para contar al rey lo que había descubierto. Ahora comprendía por qué los intentos por cruzar la frontera para llevar noticias a su reino habían resultado en vano. Magnus, dotado de un extraño y oscuro poder, interceptaba a los soldados del sur y los mataba antes de que lograsen alcanzar su destino. Y seguro que lo mismo ocurría con los emisarios enviados por la reina.

Kurn no era capaz de imaginar de qué extraño poder se servía Magnus.

Fustigó su caballo con urgencia mientras un nudo en el estómago le impedía respirar. Debía llegar cuanto antes.

16

Camino del Reino del Este

Habían pasado la noche en una hostería del pueblo de Fertin, una pequeña localidad situada junto al río que descendía del lado este de la Montaña Verde. Se había construido cerca de una cascada natural, que aportaba la energía suficiente a sus molinos para moler el grano que se cultivaba en el valle, por lo que de día era bastante populosa. Hasta allí acudían numerosos granjeros que, tras el pago de un generoso canon, se marchaban con sus carretas repletas de sacos de harina después de haber transformado su grano.

Un frondoso bosque flanqueaba el pueblo por el norte mientras el único camino que conducía hasta allí era vigilado por un par de soldados, apostados a la entrada de la bifurcación, que se encargaban tanto de vigilar el paso de transeúntes y carretas como de intervenir en las posibles reyertas o discusiones sobre el canon a pagar o la cantidad de grano entregada.

Amira y Erac llegaron al pueblo al atardecer y se dirigieron directamente al establecimiento para alquilar dos habitaciones. Se sentaron en una de las mesas del salón de la posada para degustar el caldo y la carne de cordero que la mujer del mesonero les ofreció. Charlaron brevemente tras la cena, pues Erac no era un gran conversador, antes de retirarse a descansar.

Tumbada sobre el incómodo jergón de paja, Amira pensaba en su próximo encuentro con el rey Petis y se puso nerviosa.

Al alba, unos suaves golpes en la puerta de la habitación la sobresaltaron. Se vistió deprisa para reunirse con Erac en el pasillo. Apenas había amanecido cuando recorrían el camino que atravesaba la montaña, en dirección al reino vecino.

Durante toda la mañana el paisaje consistió en bosques y más bosques de pinos y coníferas, salpicados de vez en cuando por algunas zonas rocosas.

El camino zigzagueaba a través de la espesura, ascendiendo suavemente hacia la cima de la cordillera. Tras el almuerzo, que lo hicieron a lomos de sus caballos para no retrasarse, alcanzaron la parte más alta de la Montaña Verde. Amira se arrebujaba en su capa de lana, pues a aquella altura el frío

seco atravesaba su ropa como cuchillos afilados. La chica se reconfortó pensando en los cálidos días de verano de los que, a buen seguro,

estarían disfrutando a esas horas en su hogar.

Para su sorpresa, la jornada estuvo aderezada con mucha conversación, aunque casi siempre era ella la que hablaba. Erac se mostraba interesado en lo que decía y le hacía preguntas con frecuencia. Así, el chico pudo conocer muchos datos sobre la infancia de Amira, su familia, las tierras del condado, el castillo de Miravén, sobre su secreto entrenamiento militar a cargo de Ansol, y sobre Ansol. Sobre todo de Ansol, pues Amira no dejaba de hablar de él. Al cabo de un rato notó que se mostraba hastiado de oír hablar tanto de su prometido, e intentó indagar en la vida del muchacho, aunque sacó poca cosa.

Lo único que había logrado saber sobre Erac es que había nacido en algún lugar del Reino del Sur y que deambulaba de un lado a otro de los tres reinos, vendiendo la mercancía que extraía del Bosque Encantado. Ni siquiera quiso desvelarle cuál era esa mercancía. Simplemente se limitó a divagar con algunas imprecisiones que dejaron a la chica boquiabierta. Pero fue cuando le preguntó por su familia cuando Erac se mostró cerrado, reflejándose en su rostro trazas de amargura y tristeza, así que desistió en su empeño para no herir innecesariamente a su extraño amigo.

Aun así, Amira notaba que la amistad entre ambos iba creciendo. Erac ya no parecía tan retraído, e incluso a menudo bromeaba o se reía a carcajadas.

A media tarde el camino comenzó a descender, conforme los frondosos bosques daban paso a abundantes claros abiertos, y a un mayor número de zonas rocosas.

—En un par de horas habremos dejado atrás la Montaña Verde —la informó Erac sin dejar de otear el horizonte.

—La verdad es que tengo la sensación de que hace menos frío —dijo la chica esperanzada mientras se frotaba el brazo derecho para darse calor.

—Mañana no vas a tener frío, eso te lo aseguro —se rio Erac.

—¿De verdad es tan caluroso el Páramo del Gentene?

—He recorrido los tres reinos a lo largo y ancho, y te aseguro que nunca he pasado tanto calor como en los páramos —contestó Erac muy serio—.

Además, estamos en verano.

—En el sur sufrimos a menudo largos y tediosos días de calor en esta época del año —se quejó Amira—. Creo que sabré aguantar.

—Ya lo veremos —contestó el chico encogiéndose de hombros—. De todas formas, creo que lo mejor sería comenzar a avanzar antes de que amanezca para detenernos a mediodía, descansar resguardados del calor hasta bien entrada la tarde y continuar el camino hasta el anochecer.

—Como quieras —convino Amira.

El camino se hizo cada vez más abrupto, descendiendo bruscamente en algunas zonas. Rayaba el atardecer cuando se hizo menos empinado y el paisaje cambió de maneta radical. El frondoso bosque quedó atrás de pronto para dar paso a una inmensidad de campos de hierba corta, salpicado por doquier por dólmenes de piedras y pequeñas colinas de rocas. Parecía un embravecido mar dorado que ondeaba silencioso con la última brisa de la tarde. Amira se maravilló ante semejante extensión de llanura, que parecía no tener fin. De pronto se angustió al comprender que no volverían a pasar cerca de ningún pueblo o aldea hasta la jornada siguiente.

—Erac, ¿dónde vamos a pasar la noche?

—No te preocupes, hoy dormiremos bajo techo.

El joven miró a Amira con una sonrisa pintada en los labios antes de espolear a su caballo, y le indicó con un gesto que lo siguiera. Galopó tras el muchacho mientras los últimos rayos del sol abandonaban la árida tierra para dar paso a la noche. El camino giró hacia la derecha en una curva y Amira descubrió a lo lejos la silueta de una pequeña granja, que se recortaba contra el cielo rojizo de la tarde. El balar de las ovejas que dormitaban en un corral cercano interrumpió el silencio. El humo que salía por la chimenea era señal inequívoca de que había gente en su interior.

—Es la última casa situada dentro de los límites del Reino del Sur.

Tardaremos un día y medio en volver a ver otra edificación —explicó Erac mientras espoleaba de nuevo su caballo.

Amira golpeó con los talones a Jimena para poder alcanzar al chico. Al llegar a la granja, Erac desmontó de un salto y golpeó con fuerza la puerta.

Se oyeron pasos y voces en el interior. La puerta se abrió para dar paso a un hombre joven, que sonrió cuando descubrió al joven frente a él.

—Anice, ven aquí, es Erac —gritó el hombre al interior de la vivienda.

El granjero tenía el pelo rubio muy corto. Su piel tostada demostraba que pasaba muchas horas bajo el sol y el calor propios de aquellas tierras. Era corpulento, algo más bajo que Erac, y también mayor que él. Entonces una mujer bajita y rechoncha asomó por la puerta con un niño pequeño a su

lado. Tenía el pelo recogido con un pañuelo que le tapaba casi toda la cabeza, aunque los rizos de su abundante cabellera le caían en cascada por los hombros y la espalda. El niño, que no tendría más de diez años, revoloteaba alrededor de sus padres y de Erac, saludando al recién llegado con cariño.

—Erac —la mujer lo saludó con un fuerte abrazo—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó el hombre.

—Voy de camino a Colanis. Pensé que a lo mejor podría pasar la noche en casa de unos amigos —insinuó Erac mientras cogía en brazos al pequeño.

—Por supuesto —respondió la mujer, que en ese momento se percató de la presencia de Amira. La observó con curiosidad y una sonrisa en los labios.

—¡Oh! Perdón —se disculpó Erac—. Ella es Amira, viajamos juntos a Colanis.

—Buenas noches —saludó Amira con amabilidad.

—Pasad dentro —los invitó la mujer.

La estancia donde se encontraban era amplia, con una chimenea situada en el centro que aportaba calidez a toda la habitación. A un lado, cerca de la chimenea, una mesa estaba dispuesta para la cena. Al otro lado estaba la cocina. A la derecha, unas estrechas escaleras de madera ascendían al piso superior, donde se encontraban los dormitorios.

En un rincón, bajo una ventana, un perro dormitaba acurrucado en una vieja alfombra. Apenas levantó la vista, sin mostrar interés alguno en los recién llegados. El niño corrió al lado del can y se sentó en el suelo para acariciarlo.

La mujer se apresuró en poner dos platos más en la mesa.

—Aún no habíamos empezado a cenar —dijo risueña.

—Sentaos, por favor —les pidió el hombre.

Anice sirvió un cuenco de sopa a cada uno y puso en el centro de la mesa una enorme bandeja con carne de conejo. Amira intentaba descubrir a qué hierba pertenecía el penetrante aroma del guiso, que olía delicioso. El hombre sirvió una copa de vino a sus invitados y regañó al niño para que ocupase su sitio en la mesa.

—Mi nombre es Derneti —se presentó el hombre mirando a la chica cuando todos estuvieron sentados a la mesa—. Ella es mi mujer, Anice. Y

este de aquí es nuestro hijo, Kilen.

El hombre revolvió divertido la oscura y rizada melena del niño.

—Así que eres amiga de Erac —se interesó la mujer, mirando de soslayo al chico.

Amira notó cómo se ruborizaba. Esbozó una sonrisa, incapaz de responder a la pregunta. En realidad, no sabía muy bien cómo describir la relación que la unía a Erac. Quería creer que era amistad, pero la verdad es que no sabría decir si él pensaba lo mismo. De pronto descubrió a Erac asintiendo, así que la chica no disimuló una sonrisa de satisfacción.

—Amira se dirige a la capital del Reino del Este y he accedido a acompañarla —relató distraído mientras terminaba su sopa—. Nos conocimos por casualidad en un bosque al sur del reino, y como nuestros caminos iban en la misma dirección, hemos decidido recorrerlo juntos. Los caminos y senderos son ahora más peligrosos, y es mejor tener compañía.

Erac miró a la chica y le guiñó un ojo.

—Entonces gozas de buena compañía —le dijo Derneti a Amira con sorna.

—¿Por qué dices eso? —Erac frunció el ceño molesto.

—Porque no eres precisamente una compañía distraída y habladora, Erac

—contestó el hombre.

Tras un breve silencio, ambos estallaron en carcajadas. Amira contempló a Erac mientras reía divertido. Derneti y él se enzarzaron entonces en una sarta de bromas que duró toda la cena. Por primera vez lo veía relajado, disfrutando de la compañía de otro semejante.

—Erac —interrumpió de pronto Anice—, ¿cómo se encuentra Diana?

El chico ahogó la risa cuando escuchó aquel nombre y miró a Amira muy serio. Desvió la mirada, visiblemente incómodo, mientras jugueteaba nervioso con su tenedor.

—Hace varias semanas que no se de ella —contestó evitando mirar a la joven.

Anice alternó su mirada entre Erac y Amira, sin comprender muy bien el cambio de humor del chico, así que decidió no incomodarlo más y cambió de conversación.

Tras la cena Anice les procuró mantas para que prepararan un improvisado lecho cerca del fuego. Los dueños de la casa se retiraron a la planta superior con su hijo, dejando a los chicos a solas. Amira se acostó sobre las mantas a un lado de la chimenea mientras Erac se acomodaba en el otro extremo. El silencio reinó en la habitación. Entonces Amira lo rompió, esperando que el chico no se hubiese dormido aún.

—Erac.

—¿Sí? —La voz del muchacho sonaba adormecida.

—¿Quién es Diana?

De nuevo el silencio lo cubrió todo, interrumpido de cuando en cuando por el crepitar de las llamas. Amira cerró los ojos mientras se mordía el labio inferior. Seguramente lo había ofendido con su morbosa curiosidad, así que deseó que Erac se hubiese quedado dormido y no hubiera escuchado su pregunta.

—Es mi madre —contestó finalmente el chico.

Amira guardó silencio, sin saber qué decir. Al cabo de unos minutos oyó su respiración acompasada y supo que se había dormido.

La chica se despertó al notar que alguien la movía con suavidad. La habitación estaba sumida en una oscuridad casi absoluta.

—Debemos irnos ya —le dijo Erac en voz baja.

—¿No nos despedimos? —preguntó ella mientras se incorporaba frotándose los ojos.

—Aún es muy temprano y no quiero molestarlos. Nos queda una dura jornada de viaje. Pararemos a descansar a mediodía, así que debemos avanzar ahora para recuperar ese tiempo.

Amira se levantó, recogió rápidamente sus cosas, dobló las mantas que le habían servido de cama y siguió a Erac fuera. Cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido, y parpadeó varias veces en medio de la noche sin luna que se extendía fuera, tratando de encontrar a Erac.

—Estoy aquí —oyó decir al chico a su izquierda.

Escuchó el sonido de los cascos de los caballos dirigirse hacia ella y esperó hasta que pudo ver a Erac en la penumbra. Montaron y cabalgaron muy cerca el uno del otro, mientras Erac hablaba para que Amira supiera hacia dónde dirigirse en medio de la oscuridad.

—Conocí a Derneti y Anice hace varios años. Vivían una dura situación tras la muerte de todos los miembros de su familia por culpa de una grave

enfermedad contagiosa. Estaban prometidos y se casaron apresuradamente para que Anice no se viera obligada a contraer matrimonio con un viejo hacendado, que la pretendía desde niña. Se escaparon del pueblo donde vivían cuando supieron del interés del viejo en obligarla a yacer con él, y se ocultaron en el bosque. Mi madre los encontró tras varios días sin comer y los ayudó.

—¿Los encontró en el Bosque Encantado? —A Amira se le izaron los bellos de la nuca.

—Sí —contestó Erac—. Pero el bosque no es como te lo imaginas, te lo aseguro.

—¿De verdad te adentras en el bosque?

—Pues claro, es solo un bosque —respondió frustrado—. No deberías creer en las absurdas historias que se cuentan sobre él. O al menos no todas las historias.

La respuesta de Erac conmocionó a la chica. ¿Qué había querido decir con « *al menos no todas las historias*»? En el fondo le aterraba la idea de tener que adentrarse en aquel bosque. Durante toda su vida había escuchado las historias y leyendas que se contaban sobre ese lugar, y siempre le habían puesto los pelos de punta.

Cuando amaneció la temperatura comenzó a ascender con rapidez y poco tiempo después el calor era sofocante. Amira no podía creerlo: aún no era mediodía, pero ya sudaba como nunca en su vida. Se deshizo de la capa que la había protegido del frío de la mañana, se había quitado el jubón, remangado la camisa y desabrochado los primeros botones, pero aun así seguía teniendo mucho calor. Erac insistía en que bebiera agua a menudo.

El paisaje se le antojó monótono, consistente en una inacabable extensión de tierra cubierta de hierba seca, donde abundaban las rocas. El aire había abandonado aquel lugar y ni siquiera una pequeña brisa aliviaba el ardor que manaba de la tierra.

El sol caía sobre ellos despiadadamente cuando llegaron a una colina rocosa. Erac desmontó ante la atenta mirada de Amira. Descendió un poco la pendiente para internarse en el corazón de la tierra. La chica, aún montada sobre Jimena, miraba en su dirección con curiosidad. Entonces el chico volvió a aparecer y le indicó que lo siguiera. En la base de colina, una pequeña gruta los resguardaría del tedioso calor del día, tal y como Erac había dicho. No era muy grande, pero lo suficiente espaciosa como para que

entraran en ella los dos chicos y sus monturas. Amira se tiró al suelo jadeando y se tumbó boca arriba.

—Te dije que haría calor —le dijo el chico divertido.

Amira ni siquiera se ofendió por el tono burlón de su voz. Se limitó a esperar que su cuerpo expulsara el infierno que guardaba bajo la piel. Se quedó dormida un instante para despertar sobresaltada. Se incorporó buscando a Erac, que se había sentado de espaldas a ella, a la entrada de la cueva. Cogió el zurrón con la comida y se sentó a su lado para observar el aburrido paisaje que se extendía ante ellos.

—Esta noche tendremos que dormir al raso.

—¿No encontraremos ningún pueblo en el camino?

—Mañana atravesaremos varios pueblos y aldeas, pero esta noche tendremos que conformarnos con dormir al abrigo de un grupo de árboles que están a unas horas de aquí. Llegaremos al anochecer.

Amira se alegró entonces de estar en compañía de Erac. No estaba segura de haber sido capaz de realizar el camino sin su ayuda.

Tal y como su amigo había previsto, con las primeras sombras de la noche alcanzaron el pequeño grupo de árboles que les serviría de refugio.

Se acomodaron junto a un grueso tronco y acordaron dormir muy cerca el uno del otro, para evitar correr peligros innecesarios. Amira bufó por lo bajo cuando Erac le explicó que no podrían encender fuego, para evitar atraer a los posibles bandidos que se encontraran en los alrededores. La chica se acurrucó con la espalda apoyada en el tronco del árbol y se tapó con la capa para intentar dormir. El joven se sentó a su lado, alerta a los ruidos de la noche y sin intención de cerrar los ojos.

Pronto Amira comenzó a tiritar por el intenso frío. No podía creer que unas horas antes hubiera deseado renunciar a su viaje a causa del calor. Los dientes le castañeaban tanto que, en el silencio de la noche, el sonido retumbaba por todo el páramo. Erac se acercó un poco más, dudando de su decisión. La chica lo miró un instante antes de apoyar la cabeza en el tronco, para tratar de controlar el temblor. Finalmente, el muchacho se armó de valor y le pasó el brazo por los hombros, atrayéndola hacia él para acurrucarla en su pecho. Abrazada a Erac, Amira comenzó a entrar en calor y pronto se quedó dormida.

La verdad

Ansol se despertó sobresaltado. Miró a su alrededor, intentando recordar dónde se encontraba. Entonces escuchó los ronquidos de los compañeros, que dormitaban a su alrededor, y abrió los puños. Estaba empapado en un sudor frío y jadeaba. El corazón aún latía con fuerza y podía oír claramente su acelerado ritmo retumbando en la cabeza. Se tumbó de nuevo con los ojos fijos en el techo de la tienda, atento a los sonidos que se desarrollaban a su alrededor.

Habían vuelto a aparecer las pesadillas, pero ahora el escenario había cambiado. Soñaba con las playas de Álcorin, con su arena blanca, la suave brisa oceánica revolviendo los ondulados cabellos de Amira, que corría alegre a su lado. De pronto una nube negra tapaba el sol y unos gritos desesperados le hacían girarse hacia el horizonte marino, que se perdía en la lejanía. Cuando se volvía, Amira ya no estaba; había desaparecido.

Entonces notaba la sangre a sus pies y escuchaba el acero de las espadas en una batalla cercana. Corría por la playa buscando a su prometida, pero no la encontraba.

Poco a poco, la luz de los primeros rayos del sol fue tiñendo de color la oscuridad y desterrando la noche. Ansol permaneció sumido en sus pensamientos mientras el resto de soldados comenzaban a abandonar sus lechos. El chico continuaba pensando en Amira y en el grave peligro que corría. No sabía bien dónde ni cuándo acontecería, pero sabía que algún tipo de mal se cernía sobre ella. Su desesperación aumentó al comprender que no sabía si estaría bien en ese mismo instante.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras la rabia y la impotencia se adueñaban de su estado de ánimo. Deseaba salir corriendo, atravesar la frontera y cabalgar sin descanso hasta el sur, comprobar que se encontraba bien y estrecharla entre sus brazos. Deseaba estar a su lado, no volver a marcharse y permanecer junto a ella hasta el día de su muerte. Pero no podía.

—¿Aún estás aquí?

Ansol se sobresaltó al escuchar una voz tan cerca y se incorporó de golpe. Sorbió la nariz y disimuló con esfuerzo la desesperación que se había apoderado de su alma. Al contemplar aquel rostro familiar, sonrió por primera vez en varios días. Se precipitó sobre el hombre para abrazó con fuerza.

—Kurn —balbució, conteniendo de nuevo las lágrimas.

—¡Eh! —le dijo su amigo palmeándole la espalda—. Será mejor que me sueltes si no quieres que los demás piensen que entre nosotros se ha forjado algo más que una amistad.

El tono bromista de Kurn arrancó una carcajada sincera a su amigo y el ánimo de Ansol resurgió de repente.

—Me alegro de volver a verte.

—Yo también, amigo —contestó Kurn con sinceridad.

—¿Qué tal ha ido tu viaje?

Ambos soldados se sentaron sobre el lecho de Ansol y esperaron a que el resto de hombres abandonaran la tienda. Kurn bajó un instante la mirada mientras sacudía la cabeza con incredulidad. Al levantar de nuevo la vista se topó con los interrogantes ojos de su amigo, así que le costó trabajo encontrar las palabras adecuadas.

—Lo que he podido averiguar escapa a mi entendimiento —logró decir al fin.

—No te comprendo —Ansol frunció el ceño.

—Alcance el límite sureste de la frontera hace tres días y me dediqué a investigar un poco por los alrededores. Hace dos noches me topé con un grupo de soldados del norte que acampaban muy cerca del límite del bosque, y averigüé algo...

Kurn volvió a sumirse en el silencio ante la atenta mirada de su amigo.

El soldado intentaba explicar lo que había presenciado, pero temía que Ansol no lo creyese. Trataba de encontrar las palabras adecuadas, pero no lo lograba, así que decidió contar los acontecimientos tal y como lo había vivido. Ansol permanecía callado, observando a su amigo con inquietud.

—La verdad es que ni yo mismo lo creo —dijo Kurn negando con la cabeza.

—No he dudado nunca de ti, y no voy a hacerlo ahora —le contestó Ansol con sinceridad.

—Aquellos soldados estaban acampados junto a una pequeña hoguera

que de pronto comenzó a crepitar, alzando las llamas al cielo, haciéndose cada vez más grande. La cuestión es que el fuego aumentó de pronto, sin explicación, y justo en medio… apareció Magnus.

Ansol se incorporó de un salto, con los ojos muy abiertos.

—¡Aquella pequeña hoguera se convirtió en una inmensa llamarada de fuego de la que surgió la figura del rey del norte! —gritó Kurn mientras caminaba de un lado a otro de la estancia, muy nervioso—. Entonces Magnus habló. Le dio órdenes a sus hombres para que acabaran con un grupo de soldados del oeste que acampaban cerca, ¡ni siquiera yo me había percatado de la presencia de esos soldados! Entonces la figura desapareció y las llamas menguaron. Pude ver y oír al rey Magnus en esas llamas, encarnado en el fuego que crepitaba en la hoguera.

Kurn agitaba nervioso las manos mientras hablaba. Miraba a Ansol con inquietud, tratando de sopesar el efecto que aquella historia había causado en su amigo. El joven lo observó inmóvil largo tiempo, procesando lo que el soldado acababa de relatar.

—Entonces es así cómo Magnus intercepta nuestras patrullas, como controla la frontera.

Kurn no salía de su asombro. Ansol había creído su historia sin más; ni él mismo era capaz de creer aun lo que había presenciado dos noches atrás.

Continuaba asombrado y aterrado al mismo tiempo.

—De verdad, Ansol, si alguien me hubiera contado a mí esta historia te aseguro que no le daría crédito. Si no fuera porque estaba allí, creería que es mentira.

Ansol permanecía en silencio, asintiendo a sus propios pensamientos.

Kurn conocía bien aquella expresión en el rostro de su amigo, así que se relajó y esperó a que tomara una decisión.

—Creo que Magnus se sirve de algún tipo de magia para poder controlar la frontera.

—¿Magia? —Kurn pareció encontrar sentido a todo de repente

—¡Claro! Eso lo explica todo. Por eso pudo aparecerse en las llamas, por eso su figura, y no él mismo, apareció ante sus hombres para

darles instrucciones.

—Gracias a la magia puede saber de las partidas que enviamos hacia el sur, conocer la ruta que toman de nuestros emisarios para interceptarlos

antes de que alcancen la frontera.

Permanecieron en silencio valorando aquella revelación. Si era cierto, la situación era más peligrosa de lo que hubiesen imaginado.

—Pero hace muchos años que desapareció el último mago. —Kurn rompió el silencio—. La magia se extinguió de la tierra y en ninguno de los cuatro reinos se ha vuelto a tener noticias de la desaparecida estirpe mágica.

—Es cierto —convino Ansol—. Pero que no hayamos tenido noticias de la existencia de magos en tantos años no significa que su estirpe haya desaparecido. Siempre he oído contar que los magos vivían cientos de años, ya que la magia que corre por sus venas los dota de poderes extraordinarios.

—Desde luego la magia es la explicación más lógica para lo que vi, aunque parezca descabellada y casi imposible.

—¿Has hablado ya con el rey?

—No. He preferido venir a contártelo antes a ti, porque no sabía muy bien cómo explicar lo que vi. Tenía miedo de que me tildaran de loco, o de mentiroso.

—Pues entonces vamos a contárselo —dijo Ansol apoyando una mano sobre el hombro de su amigo—. Yo te creo.

Salieron a toda prisa de la tienda para dirigirse a la carpa real. Era muy temprano y la cuerna que daba comienzo a la batalla de ese día aún no había sonado. Caminaban entre los soldados que se preparaban para entrar en combate, que se colocaban con premura los petos y las armaduras, afilaban las hojas de sus espadas o las puntas de sus lanzas, y cargaban los carcaj de flechas.

Cuando accedieron a la carpa comprobaron con asombro que tanto el rey como los nobles ya se afanaban en sus tareas. Ansol se preguntó si alguna vez dormían.

Ultimaban los detalles de las tácticas a emplear en el combate,

distribuían las fuerzas en las diferentes compañías, disponían el lugar donde atender a los nuevos heridos y daban órdenes para dar respetuosa sepultura a las bajas del día anterior. La mayoría se incorporaría a la batalla en unas horas, otros muchos se disponían a salir de la carpa para dirigir a sus tropas cuando los jóvenes llegaron. El rey se levantó de su silla sorprendido cuando vio aparecer a Kurn. De pronto las voces cesaron y una multitud de ojos los observaron. La mayoría estaban asombrados de que Kurn hubiera regresado sano y salvo. Fue el Conde de Bris el que rompió el silencio.

—Muchacho, me alegro de verte —dijo acercándose al soldado con los brazos abiertos.

—Nos alegramos de tu regreso —se apresuró a decir el rey Fredo.

—¿Traes noticias, chico? —preguntó a bocajarro el Conde Guinter, visiblemente ansioso.

El rey amonestó al conde con la mirada antes de acercarse a Kurn con interés.

—Antes de nada, deberíamos ofrecerle a nuestro soldado algo de beber y de comer —dijo Fredo con amabilidad.

—Gracias, señor, pero no es necesario —contestó Kurn.

—Majestad, creo que debería escuchar lo que mi amigo tiene que contar

—atajó Ansol nervioso.

Kurn relató su viaje con todo lujo de detalle. Los rostros presentes pasaron del asombro a la duda en un instante, y de la duda al miedo más rápido aún. Cuando el soldado terminó de hablar, un silencio sepulcral invadió la carpa. Se miraban los unos a los otros sin saber qué decir, pero lo que parecía seguro es que nadie dudaba de las palabras de Kurn.

El soldado soltó el aire que había estado conteniendo, temeroso de que se burlaran de su historia. Se alegraba de que nadie dudara de su palabra, pero pronto su alegría se tornó preocupación cuando comprendió que el miedo se había apoderado de los presentes.

—Muchacho. —Hubo, uno de los jefes de armas, tuvo que aclararse la garganta antes de hablar—. ¿Estás seguro de lo que has contado?

—Por supuesto —contestó Kurn ofendido.

—Entiéndenos. No dudamos de tu palabra —continuó el Conde Zinetan—. Es que si lo que dices es cierto, corremos un peligro mayor del que imaginábamos.

De pronto un murmullo generalizado invadió la carpa real. Los nobles comentaban entre sí lo que sucedía, mientras el pánico se extendía entre ellos.

—¡Silencio! —clamó el Conde Jum Solsein mientras se levantaba de su asiento.

—Señor, ¿quiere esto decir que puede tratarse de magia? —la voz de Ansol resonó en el renovado silencio.

El rey miró al chico apesadumbrado. El Conde de Bris lo observó con cautela y entonces Ansol pudo comprobar que el pánico también invadía el

rostro de su padre. El rey se volvió a su asiento para dejarse caer sobre él.

Apoyó los codos en la mesa y se frotó la cara con las manos en un inequívoco gesto de desesperación. Alzó la mirada y recorrió con ella a todos los congregados en la carpa, hasta detenerse en Ansol.

—Así es —se limitó a contestar, y el murmullo incontrolado volvió a brotar.

—¿Magia? —la voz burlona de Varis acalló en seco el murmullo.

El extravagante joven apareció de entre las sombras, como tenía por costumbre. Ansol lo observó mientras se acercaba a la mesa y se situaba en el centro de la estancia. Todos tenían la mirada clavada en él, mientras Varis disfrutaba de aquella improvisada atención. Entonces Ansol notó la fría mirada de su futuro suegro, que observaba con rencor a su sobrino.

—¿Estás seguro de lo que has contado? —Varis miraba a Kurn con desdén—. Quiero decir, ¿seguro que viste aparecer a Magnus de las llamas de una hoguera? Dices que era de noche y puede que te confundas. Tal vez hubieses bebido más vino de la cuenta.

Ansol notó cómo Kurn se ponía tenso a su lado. Lo vio apretar con fuerza su puño derecho e hizo ademán de dar un paso hacia él. El

joven lo agarró del brazo, indicándole con un gesto que no sucumbiera tan fácilmente a las provocaciones de aquel hombre sin escrúpulos. Varis sonreía con un extraño brillo de triunfo en la mirada. Entonces el conde Solsein se acercó a su sobrino y, dándole un empujón en la espalda, lo apartó de los jóvenes.

—La magia existe —se limitó a sentenciar el conde. Su voz sonó fuerte y profunda, para que todos pudieran oírle—. Todos los aquí presentes sabemos de la existencia de seres mágicos en el Bosque Encantado, y esos seres sólo pueden continuar existiendo si la estirpe de magos aún no ha desaparecido.

Los nobles y el rey asintieron con la cabeza, mirándose unos a otros en un gesto de aprobación. Ansol y Kurn no podían creer lo que oían, su asombro era tal que el Conde Solsein no pudo reprimir una risa. Varis también se mostraba tremendamente sorprendido. Sin que nadie lo advirtiera, volvió a buscar amparo en las sombras, desapareciendo igual de rápido que había aparecido.

—Vosotros sois demasiado jóvenes para conocer la historia completa

—dijo el conde—, pero es hora de que sepáis la verdad.

—Yo voy a reunirme con Ulter para ponerle al día de todo —dijo Fredo mientras se dirigía hacia la salida de la carpa, acompañado de un buen número de nobles.

El resto comenzó a dispersarse entre murmullos, pues la cuerna que acaba de resonar daba comienzo a la batalla que se libraría ese día. Pronto la carpa quedó vacía; sólo Jum Solsein y Caste de Bris se quedaron, dispuestos a desvelar a los jóvenes algo que sólo unos pocos conocían.

Aunque no sólo ellos permanecieron en la carpa, ya que una sombra se cobijaba mezquina al abrigo de la oscuridad, pasando desapercibido.

—Veréis —comenzó Jum—, hace muchos años la magia manaba por todos los rincones de los cuatro reinos. Hombres, magos y criaturas mágicas convivían en armonía. La estirpe de magos era poderosa, pues los dones de que disfrutaban les proporcionaban el poder de sanar los cuerpos y las mentes, controlar los elementos, trasladarse de un lugar a otro de manera inmediata, comunicarse con los animales, así como con las criaturas mágicas. Sus posibilidades eran infinitas, y eso despertó el recelo y la envidia de algunos hombres.

»Algunos líderes se aliaron, llevados por la codicia y las ansias de poder, para perseguir a los magos y tratar de hacerse con sus dones. Pero les pertenecían sólo a ellos, no podían cederlos, venderlos o transferirlos a ningún hombre. Así que, guiados por esa abominable sed, acabaron con la estirpe de magos en pocos años. Ellos ni siquiera se defendieron, pues su misión principal era velar por el bienestar de los hombres, no hacerles daño.

El Conde Solsein bajó la mirada; se sentía en parte avergonzado por la codicia que llevó a la humanidad a acabar con aquella magnífica estirpe.

—Pero ¿qué pasó con los seres mágicos? —preguntó Ansol con curiosidad.

—Los magos y las criaturas mágicas estaban conectadas por redes invisibles que los hombres no comprendían, así que cuando aniquilamos a los magos, también desaparecieron los otros.

Los cuatro permanecieron en silencio. Kurn se negaba a creer lo que le contaban. Ansol, sin embargo, procesaba rápidamente lo que escuchaba mientras miles de preguntas se amontonaban en su cabeza.

—Entonces, si los magos fueron exterminados —dijo al fin—, ¿cómo es posible que Magnus esté utilizando magia?

El Conde de Bris tomó la palabra.

—Los magos que sobrevivieron a la masacre se internaron en el Bosque Encantado y permanecieron ocultos muchos años, a la espera de que los hombres desistieran de su empeño en controlar un poder que no les pertenecía. Allí se refugiaban también los seres mágicos, que quedaron bajo su protección. Por eso el Bosque Encantado es tan inaccesible, porque la magia protege ese lugar y a los que en él moran.

»Por suerte, hombres más cabales y honorables sucedieron a los cegados líderes del pasado, y se acordó no volver a molestar a los últimos representantes de una estirpe en extinción y a los seres que moraban en el bosque. Para ello, se propagaron toda clase de historias, leyendas y cuentos, que han ido pasando de generación en generación, con el único fin de atemorizar a los hombres para que no tuvieran la intención de adentrarse en el Bosque Encantado más de lo debido.

—Sólo algunos conocemos la verdadera historia de la ambición de nuestros antepasados, que casi provocó el final de una estirpe, algo

que nos llena de vergüenza y remordimiento —reconoció el Conde Solsein.

—Por lo que sabemos, sólo dos magos continuaban habitando Durian.

Pero hace unos años supimos de la muerte de uno de ellos, algo trágico y accidentado según se contó —prosiguió el Conde de Bris—. Y el único mago superviviente desapareció de la faz de la tierra; nadie lo ha visto en décadas. Pero sabíamos que continuaba con vida porque en el corazón del Bosque Encantado aún moran seres mágicos. Los pocos hombres que se han atrevido a adentrarse en lo más profundo del bosque han regresado contando historias sobre hadas, gnomos y elfos. Si el último de los magos hubiese muerto, esos seres se habrían extinguido con él. Por eso conocíamos de su existencia, pero nadie sabía dónde estaba escondido.

—Y ahora sabemos que está con Magnus —dijo Kurn furioso.

—Así es, y eso no es bueno —aseguró Jum Solsein.

***

Al fin alcanzaron la costa norte del reino. Edmen se alegraba de haber llegado a su destino, pero se lamentaba del dolor en sus articulaciones, causado por el intenso frío. Lo que el mago no imaginaba era que aquejaría más sus dolencias cuando la brisa marina y la humedad hicieran mella en él.

Magnus daba las últimas órdenes a sus comandantes mientras todo se disponía para la inminente partida. Los soldados comenzaron a embarcar de manera ordenada. Pese al gran ingente reunido allí, un silencio sepulcral se extendía por la árida estepa azotada por los vientos helados del norte.

Edmen observaba la escena al abrigo de su gruesa capa de piel y de una hoguera bien servida. En el puerto, un centenar de barcos flotaban sobre las embravecidas aguas. La madera que el rey había elegido para construir semejante flota era de un tono oscuro, a juego con el negro ropaje del uniforme de los soldados. Las velas, ahora plegadas, también eran negras.

Cuando miles de soldados se hubieron acomodado en las bodegas y las cubiertas, Magnus dio la orden para que las velas fueran liberadas.

Inmediatamente se agitaron por el fuerte viento y se irguieron orgullosas en el tormentoso cielo gris.

—Vamos —dijo Magnus volviéndose hacia Edmen—. Tú zarparás conmigo.

El rey se giró sin esperar respuesta y su capa negra de piel de oso bailó unos segundos al son del viento huracanado que se había levantado de pronto. Edmen se limitó a obedecer, aunque con cierta desgana, y se consoló pensando en la posibilidad de disfrutar muy pronto del calor de los días soleados de verano en el Reino del Sur.

Magnus se acomodó en un lujoso sillón colocado en cubierta, que había hecho traer desde el castillo, y ordenó al mago que tomara asiento a su lado.

Edmen esperó pacientemente a que las embarcaciones comenzaran su avance, lento al principio y veloz en cuanto los fieros vientos empujaron los fantasmales barcos por las embravecidas aguas del mar del norte. El trayecto trascurriría por mar abierto, cuanto más alejados de las costas mejor para evitar ser avistados, hasta que alcanzaran el extremo este del Reino del Sur, donde los barcos se acercarían a tierra para desembarcar en las playas de Álcorin.

Cuando el rumbo estuvo fijado y la costa quedó tan lejos que no podía avistarse tierra desde ninguna parte, haciéndose aún más inmenso el océano que se abría ante ellos, Edmen abandonó la cubierta para bajar a buscar algo de calor en la bodega del barco, donde le habían dispuesto un jergón de paja.

El mago se tumbó algo mareado. Se golpeó la cabeza con la pared en uno de los violentos vaivenes provocados por las enormes olas. Suspiró

derrotado.

«¿Hasta cuándo?» Se preguntó malhumorado. Y cerró los ojos en busca de algo de paz.

Entonces vio de nuevo a aquella chiquilla. Sus ondulados cabellos castaños se enredaban en los cabellos oscuros de un chico joven. Sus verdes ojos almendrados miraban con interés un rostro borroso que le resultaba extrañamente familiar.

Edmen se concentró en la chica, que despertaba poco a poco de un profundo sueño. *«Sálvame»* pensó angustiado. Y de pronto vio cómo la joven abría los ojos de par en par, buscando la voz que resonaba en su cabeza.

El mago se incorporó de golpe y el mareo le hizo vomitar. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se quedó sentado sobre su jergón, asombrado.

—¿Me ha escuchado? —se preguntó en un susurro.

La capital del reino

Aún no había amanecido cuando Amira comenzaba a despertarse de un profundo sueño. Acurrucada en el pecho de Erac, había logrado pasar aquella gélida noche más cómoda de lo que hubiera imaginado. Abría los ojos de vez en cuando, a la espera de que las primeras luces del alba iluminaran el paisaje mientras observaba en la penumbra el rostro de su amigo, que había sucumbido al cansancio y dormía plácidamente.

Cerró los ojos de nuevo, reacia a abandonar el sueño, cuando de pronto escuchó una voz que le suplicaba. *«Sálvame».* Sonaba lejana y parecía angustiada. Amira se sobresaltó y abrió los ojos asustada. Miró a su alrededor, temerosa de descubrir a alguien cerca, dispuesto a atacarles; pero no había nadie en aquel lugar excepto ellos. Se lo habría imaginado. Volvió a recostarse en el pecho de Erac, segura de que aquella voz era producto de su mente abotargada.

Antes de que pudiera volver a dormirse Erac se movió despacio, tratando de estirarse. Los primeros destellos de la mañana asomaban tímidamente en el horizonte.

Amira se incorporó para apoyar la cabeza sobre el hombro de su amigo, aún cobijada por sus brazos y el calor de su cuerpo. Él la miró adormilado y le sonrió.

—¿Has dormido bien? —le pregunto bostezando.

—Mejor de lo que creía. Pensé que pasaría la noche tiritando, muerta de frío, pero no ha sido tan horrible como pensaba.

La chica se apartó para masajearse el cuello engarrotado. Jimena y Eraldo, el caballo de Erac, se acercaron en cuanto se levantaron. Sacó el zurrón de la comida y dieron cuenta de un desayuno frío.

—En media jornada, más o menos, el paisaje cambiará —explicaba Erac mientras masticaba un pastelito—. Pronto veremos vegetación, y hacia final de la tarde alcanzaremos un bosque. Atravesaremos dos pueblos en el camino; en uno de ellos podemos pasar la noche. Además, te alegrará saber

que a partir de ahora las temperaturas no serán tan insoportables, ni de día ni de noche.

—¿Cuánto nos queda para llegar a Colanis?

—Mañana por la mañana atravesaremos sus puertas —dijo Erac con una sonrisa.

Amira se puso nerviosa de pronto. Se dirigió a Jimena y hurgó entre sus pertenencias hasta que encontró la carta que la reina Térnabi le había entregado.

—No te preocupes —le dijo el chico leyendo sus pensamientos—.

Seguro que Petis no desoye una petición directa de tu reina.

—Eso espero. —Amira suspiró.

Tras terminar el desayuno reemprendieron el camino, más animados.

Amira se sentía feliz al comprobar que Erac se abría a la estrecha amistad que se estaba forjando entre ambos. Ahora conversaba abiertamente sobre gran variedad de temas, y de vez en cuando contaba alguna anécdota de su infancia.

Amira pudo saber que Erac fue criado sólo por su madre. Nunca hablaba sobre su padre, pero era más bien porque no llegó a conocerlo. Contaba historias increíbles sobre lugares maravillosos, aunque de vez en cuando notaba cómo Erac media las palabras u ocultaba detalles. Pero a ella no le importaba; estaba tan contenta con el cambio de su amigo que aparentaba no darse cuenta.

Así transcurrió la mayor parte de la jornada y, casi sin darse cuenta, la joven se vio rodeada de campos de labor donde maduraba el grano, de huertos cargados de frutas y verduras, y de pequeños bosques que salpicaban el paisaje. Por primera vez en varias jornadas se cruzaban con otros viajeros.

Granjas y cabañas se repartían por doquier mientras el trasiego de personas por el camino que recorrían aumentaba a medida que se acercaban al corazón del reino. Al atardecer divisó a lo lejos las altas copas de un frondoso bosque. El camino que seguían se adentraba en él y la oscuridad lo engullía al final. Por suerte un pequeño pueblo se erguía a la izquierda, justo antes de que el bosque se extendiera hacia el norte. Los chicos recorrieron la calle principal de la localidad en busca de una posada donde pasar la noche.

Entraron en una construcción cuya fachada había sido pintada en blanco recientemente, por lo que resaltaba sobre el resto de edificaciones. El salón ocupaba toda la planta baja; al fondo una escalera conducía a los huéspedes al piso superior, donde se repartían

las habitaciones. Algunos viajeros se agolpaban cerca de la chimenea encendida, degustando el menú que había preparado la dueña del establecimiento.

Erac y Amira se dirigieron al mostrador para alquilar dos habitaciones y se dispusieron a cenar. Antes habían acomodado los caballos en el establo que estaba situado detrás del edificio. Se sentaron en una mesa apartada, junto a una ventana que daba a la calle. Las luces del pueblo se fueron encendiendo poco a poco, a medida que la noche invadía la localidad.

La joven engullía su plato de carne asada mientras observaba por la ventana las calles vacías del pueblo e imaginó a las familias reunidas en torno a una mesa, y volvió a pensar en su hogar. Inmediatamente su mente voló hasta Ansol. Intentó imaginarlo sentado en torno a una mesa, disfrutando de la cena junto a su padre y a Kurn; pero lejos de tranquilizarle la idea, se sintió angustiada al comprender que esa estampa tan idílica no se estaría produciendo.

—Parece que estuvieras muy lejos —dijo Erac, que sobresaltó a Amira.

—Disculpa, sólo estoy cansada.

—Pues esta noche vas a poder disfrutar de las ventajas de dormir sobre un lecho.

Erac sonrió mientras se recostaba en su silla, mirando a la chica.

Comprendió que el ánimo de la muchacha se había ensombrecido, así que decidió que era hora de retirarse a descansar. Amira se recostó sobre su cama con la mirada fija en el techo; pero, al contrario de lo que creyó, se quedó dormida enseguida. A la mañana siguiente se desperezó mientras observaba la habitación iluminada. Cuando miró hacia la ventana se levantó de un salto. Se calzó las botas con prisa mientras su enfado crecía.

—¡No me lo puedo creer! —exclamaba en voz alta mientras abría la puerta.

Recorrió el pueblo hecha una furia, pero no localizó a Erac en ninguna parte. Entonces supo dónde debía buscar y se dirigió al bosque. El joven se entretenía practicando con su arco entre los primeros troncos de la arboleda.

—¡Pero te has vuelto loco! —El enfado de Amira había crecido con cada paso que había recorrido.

—¿Qué?

—Es muy tarde —gritó enfadada—. Ya deberíamos estar en Colanis, exigiendo al rey Petis que dé cumplimiento al pacto. Debo entregar la carta de Térnabi.

De pronto la chica, que había estado caminando de un lado a otro del claro, se detuvo para mirar a su amigo con disgusto. Sabía bien que no la habría dejado dormir tanto si no tenía un buen motivo. Cruzó los brazos debajo del pecho y lo miró con severidad, esperando una respuesta. Erac apoyó el arco sobre un tronco caído y le sonrió.

—Estabas muy cansada, casi al borde del agotamiento, así que pensé que no hacía daño a nadie si te dejaba dormir un poco más. Colanis está sólo a unas horas de aquí, al otro lado del bosque, así que a mediodía estarás en presencia del rey.

—Deberías haberme despertado —refunfuñó.

—Llegarás a tiempo, y de verdad que te hacía falta descansar después de tantos días de viaje.

Amira calló, sopesando el razonamiento.

—Está bien, pero pongámonos en camino ya.

Dio media vuelta para dirigirse al establo de la posada. Erac se unió a ella enseguida portando sus pertenencias y pronto recorrían el camino que se internaba en el bosque.

La luz se filtraba a duras penas entre las ramas de los espesos árboles, iluminando el camino de cuando en cuando. La tierra había dado paso al verdor de la hierba que crecía por doquier, salpicada por pequeñas flores silvestres. Amira aspiraba el olor a madera, hojas tiernas y tierra húmeda, y notó cómo Erac suspiraba mientras observaba la profundidad del bosque.

Sabía que se había criado cerca de un bosque frondoso como aquel, aunque nunca dijo dónde.

Los cascos de los caballos resonaban en el silencio. La joven se puso nerviosa por la solemnidad que había adquirido el viaje y se removió en su montura, mirando de reojo al joven.

—No te acompañaré a la entrevista con el rey. —Erac pronunció las palabras con la mirada perdida en el infinito, sin pestañear ni mirarla.

—Pero… —Amira dudó un momento—. ¿Vas a marcharte?

El chico se giró hacia ella con gesto conciliador.

—No voy a dejarte sola, es sólo que no estoy acostumbrado a la corte ni a los palacios, y mucho menos a los reyes. Te esperaré en la ciudad.

Amira comprendió los motivos de su amigo, que sudaba con sólo pensar que tuviera que comportarse ante el rey conforme a unas normas de protocolo que desconocía por completo. Entonces retomaron su habitual conversación y cabalgaron absortos el uno en el otro hasta bien entrada la mañana. Se cruzaron con comerciantes y granjeros en numerosas ocasiones, pero no se entretuvieron con nadie.

Hacia mediodía la luz que se filtraba a través de la cada vez más escasa bóveda arbórea hirió los ojos de la chica, acostumbrada ya a la penumbra del bosque. Se cubrió con el dorso de una mano y miró al frente para descubrir que el camino se ensanchaba a medida que los árboles cedían paso al valle que se extendía hasta la capital del reino.

El camino descendía a partir de ese punto hacia una imponente ciudad se alzaba a lo lejos, envuelta en haces dorados y plateados. Muros dobles de piedra blanca la rodeaban, coronada por un castillo donde ondeaban coloridas banderas en sus torreones. El sonido del gentío se percibía desde allí, y comprendió que el bullicio de Colanis sería considerable. Numerosas casas y granjas se esparcían por el valle, fuera del abrigo de las murallas. La gente invadía los campos afanada en sus tareas diarias y el camino se volvió más bullicioso. Amira continuaba admirando la escena, con la mirada fija en el edificio real. Palpó su zurrón para apretar el legajo que le había entregado la reina.

Pronto franquearon las enormes puertas que daban paso a la ciudad por el lado sur, y se encaminaron hacia el castillo. El mercado que se extendía por las principales calles rebosaba de vida, pero apenas le prestaron atención. Los adoquines hacían resonar los cascos de los caballos y la chica se concentró en ello para no caer de su silla. Se sentía nerviosa y mareada, pero decidida a todo. Cuando llegaron a las puertas del castillo Erac se le acercó para coger las riendas de Jimena.

—Te esperaré allí —le dijo señalando una posada—. No importa el tiempo que tardes, ahí me encontrarás.

Apretó con cariño el brazo de la joven para mostrarle su apoyo incondicional.

—Volveré pronto —le prometió Amira.

—No tengo prisa.

La chica trataba de disimular la angustia que se había apoderado de ella.

De pronto era consciente de la importancia del viaje y que de ella dependía el futuro de su reino y las vidas de sus seres queridos. Si no lograba convencer al rey, no enviaría ayuda y todos en el sur estarían en peligro.

Tragó saliva antes de exhalar con fuerza el aire. Se frotó un instante las manos y tras despedirse de Erac, se encaminó hacia el castillo. El chico la observó hasta que la vio desaparecer tras las puertas del edificio real, custodiadas por dos guardias de élite.

Amira caminaba detrás de un hombre bajito que la recibió a la entrada.

La chica le indicó que debía ver al rey Petis, ya que portaba un mensaje de la reina Térnabi que debía entregar en persona. El hombre, de barriga prominente y lujosamente ataviado con el uniforme de gala de la guardia real, la condujo por las escaleras exteriores, que daban paso al edificio principal y, tras recorrer a toda prisa un amplio recibidor, la condujo por un pasillo interior que daba a otras escaleras, más estrechas, que ascendían al piso superior. Varios guardias se apostaban cerca de los diferentes pasillos que se abrían en los extremos este y oeste de la estancia, así como al pie de la escalera principal.

Su guía se detuvo de pronto ante una puerta alta y estrecha, guardada por dos soldados bien armados que permanecían inmóviles.

—Debes esperar aquí —le indicó el hombrecillo antes de dejarla a solas en la antesala del Salón del Trono.

Amira escuchó voces en el interior, pero no pudo oír lo que decían.

Distinguió claramente el estridente tono de voz de su guía, que parecía afanarse en hacer entrar en razón a su interlocutor. Oyó una voz grave y severa que respondía a sus argumentaciones. Tras un breve silencio, el hombrecillo asomó por la puerta y le indicó que pasara.

La joven penetró en una amplia estancia de techos altos abovedados, adornada con arcos de medio punto y vidrieras de colores. Una alfombra roja cubría el suelo de piedra desde la puerta hasta las

escaleras que conducían al estrado, donde estaban situados los tronos reales. En uno de ellos descansaba la figura imponente de un hombre de mediana edad. Sus ojos marrones parecían tristes, y la barba, que escondía parte de su rostro, comenzaba a blanquearse. Su pelo castaño, largo y bien cuidado, también acusaba el paso de los años. Una corona de oro ceñida a su frente brillaba con los destellos de los rubíes que la adornaban.

La chica recorrió nerviosa el trecho que la separaba del rey, que permanecía impávido sentado en el trono, mirándola con desinterés. Se detuvo en el primer escalón e hizo una reverencia.

—Majestad, vengo del Reino del Sur. Mi nombre es Amira Solsein.

—Conozco a vuestro padre —la cortó el rey con descortesía mientras le indicaba con un gesto que continuara hablando.

—Os traigo un mensaje de la reina Térnabi —dijo la chica mientras rebuscaba en su zurrón.

El hombrecillo se acercó a ella y, tras tomar de su mano el pergamino, ascendió los dos escalones para entregárselo al rey. Mientras lo leía, Amira advirtió una creciente angustia en el rostro del soberano. El mensaje lo había contrariado y se levantó enfurecido.

—¿Cómo osa la reina Térnabi exigirme nada? —La furia del rey retumbó en el enorme salón—. ¡Soy el soberano del Reino del Este y nadie me da órdenes!

Amira se estremeció ante semejante reacción y buscó con la mirada al hombrecillo, que se acercó al rey para coger el documento de la reina Térnabi para leerlo.

—Majestad —dijo en tono conciliador—. La reina del sur no os está exigiendo nada. Más bien os pide ayuda, señor.

El rey, que paseaba enfadado por el estrado con las manos a la espalda, se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada. El hombre pareció menguar ante la severa mirada de su soberano. Petis se dirigió de nuevo al trono y se dejó caer en él. Se acariciaba la barba mientras sopesaba sus siguientes palabras, con la mirada clavada en el ventanal que estaba a su derecha.

Amira notó que el peso que recaía sobre los hombros del monarca era mayor de lo que dejaba ver, y creyó vislumbrar unas lágrimas asomando en sus apagados ojos marrones. Petis suspiró antes de

erguirse sobre el respaldar del trono y mirar a la chica con amargura.

—Siento no poder atender la petición de tu reina —dijo sin más antes de indicarle con un gesto de la mano que se marchara.

Amira desesperó. Se quedó inmóvil mientras notaba cómo el corazón se le aceleraba y le costaba respirar. Miró alternativamente al hombrecillo, que se había situado junto a ella, y al rey, sin creer lo que acababa de suceder.

—Pero… Majestad —acertó a decir al fin, dispuesta a suplicar si fuera necesario.

—Ya he dado respuesta a la petición de tu reina —espetó el rey con severidad—. Ahora marchaos.

Amira se sorprendió al ver un sincero gesto de disculpa y arrepentimiento en la mirada de Petis. Aquello la confundió. Entornó los ojos mientras observaba el rostro del monarca, y éste, en actitud vencida, se levantó del trono para abandonar el salón por una pequeña puerta lateral. La chica sabía que aquella actitud no era propia de un rey tan válido como Petis. La cabeza le daba vueltas mientras las dudas la aporreaban.

—Debería marcharse, mi señora.

Oyó la voz del hombre que estaba su lado y, agachando la cabeza, se limitó a seguirlo. La condujo por el mismo camino que habían recorrido poco antes, evitando cruzar la mirada con ella. Trataba de disimular la vergüenza que provocaba la reacción de su soberano. La acompañó hasta la entrada custodiada por los guardias de élite y la despidió con una disculpa antes de cerrar las puertas.

La chica se quedó de pie mirando los torreones del castillo, donde ondeaba el estandarte del Reino del Este, tratando de asimilar que había fracasado en la misión que la reina Térnabi le había encomendado. Las lágrimas surcaron sus mejillas y bañaron el suelo adoquinado a sus pies.

Una sombra se proyectó silenciosa a su espalda.

—¿Qué ha sucedido? Has regresado muy pronto. —La voz de Erac mostraba preocupación.

El chico había estado esperando a su amiga apostado muy cerca, inquieto y nervioso. Amira se abrazó a él derrotada. El joven trató de

consolarla acariciándole el cabello mientras la apretaba contra su pecho. La dejó llorar hasta que las lágrimas dejaron de brotar.

—Vamos —dijo tirando de ella—, come algo y me cuentas qué ha pasado.

Se sentaron en una mesa apartada de la posada que había al final de la calle y Erac pidió caldo y carne de venado. La joven se negaba a comer y mantenía la cabeza baja para evitar encontrarse con los ojos de su amigo.

Finalmente accedió a comer y, cuando su desconsuelo menguó, pudo recuperar el habla.

—El rey Petis ha rechazado enviar ayuda al Reino del Sur. Se ha negado a cumplir el pacto —dijo malhumorada.

—Es lo que me imaginé cuando te vi regresar tan pronto.

Los jóvenes permanecieron callados. Amira desató el lazo que recogía su cabello y comenzó a peinarlo con los dedos, sumida en sus pensamientos.

Erac, inclinado sobre la mesa, apoyaba la cabeza sobre la mano derecha con la mirada perdida en ninguna parte. Algunos mechones de su pelo castaño le caían sobre los ojos, tapándole la cicatriz que le surcaba la frente. La chica volvió a recomponer su trenza y se cruzó con los ojos oscuros del muchacho, perdiéndose en la profunda mirada de su amigo. Entonces Erac se levantó de la silla.

—Debemos ir al encuentro del ejército del sur y avisar al rey Fredo de todo —dijo decidido.

La chica lo observó un momento. Luego sonrió y, con el ánimo renovado, abandonó su silla.

—Debemos ponerlos al corriente de los planes de Magnus, porque estoy segura de que trama invadir el Reino del Sur ahora que está indefenso

—añadió cuando alcanzó a su amigo, que ya se dirigía calle abajo en dirección al establo para buscar los caballos.

—Y debe saber también que Petis se ha negado a brindarle ayuda, para que lo tenga en cuenta para futuras alianzas —masculló Erac enfadado.

—Entonces… —reflexionó Amira un instante, parándose en seco—,

¿debemos atravesar el Bosque Encantado?

Un escalofrío le recorrió la espalda, erizándole el vello. Erac la miró divertido.

—¿Estás asustada? —rio a carcajadas.

La chica lo atravesó con la mirada y continuó su camino a paso ligero, dejándolo atrás. Lo cierto es que, pese a que había contemplado aquella posibilidad, en el fondo había albergado la esperanza de no tener que adentrarse en aquel lugar encantado.

—No te preocupes —le dijo con cariño Erac mientras la cogía de la mano para que se detuviera—. No correremos peligro en el bosque, confía en mí.

Amira se relajó sabiendo que efectivamente podía confiar en él.

Continuaron su camino, aunque ahora se dirigían hacia la frontera noroeste del reino, hacia el Bosque Encantado.

Barcos negros

Ansol blandía la espada con soltura, pese al cansancio que acusaba.

Atacaba y se defendía al tiempo con una perfección exquisita, fruto del entrenamiento que había recibido durante años. En alguna ocasión su padre intentó convencerlo de que dejara pasar un turno para que descansara, pero el joven se había negado. Kurn se situó cerca de él en la lucha desde que volvió de su misión en la frontera. Notaba que su amigo estaba preocupado y temía que pudiera restarle aptitudes en la batalla.

Ansol saltó a la izquierda justo cuando una espada pasó rozando su oreja y, girando sobre su cuerpo, clavó la suya en el pecho de un soldado del norte. Momentáneamente se quedó sólo. Sujetaba con fuerza la empuñadura de su espada mientras miraba en todas direcciones, esperando el siguiente ataque.

Entonces vio a Kurn tratando de zafarse de un soldado enemigo que blandía una pesada hacha. Era un hombre corpulento, de poblado bigote rubio, y con una prominente barriga. El joven hizo amago de dirigirse hacia ellos para ayudarlo, pero se detuvo cuando vio caer de rodillas al soldado del norte que, perplejo, se sujetaba el cuello mientras la sangre manaba entre sus dedos. Cerca de ellos, Miana, una de las mejores soldado de su ejército, asestaba certeras cuchilladas a todo hombre del norte que se cruzara en su camino. La joven era rápida manejando los cuchillos y las dagas.

Ansol continuaba observando la dantesca escena que se extendía en la playa, entre la explanada y el bosque. Multitud de cuerpos inertes empapados en sangre, hombres y mujeres mutilados, heridos que eran socorridos a toda prisa, y sangre, mucha sangre bañando la dorada arena de la costa del Reino del Oeste. Pero lo peor de todo era el hedor; el olor de la muerte, la aniquilación y la desesperación; de la locura de Magnus.

Caía la tarde cuando los últimos rayos de sol acariciaban con desconsuelo las brillantes aguas del océano, que bailaban con desgana al son de las olas que se acercaban tímidamente a la orilla. Ansol se disponía a

entrar de nuevo en combate para acudir a defender a uno de los soldados del Conde Fenester, que se defendía a duras penas de las fuertes embestidas de dos soldados del norte, cuando el rumor de las espumosas aguas rompiendo en la arena inundó los oídos del joven,

que se volvió hacia la playa como empujado por una mano invisible. A lo lejos creyó divisar un pequeño punto que avanzaba veloz en alta mar. Entornó los ojos, intrigado, y continuó absorto en el horizonte, donde el océano era el dueño indiscutible.

Pero el destello había desaparecido.

Se giró, dispuesto a entablar combate, cuando de nuevo percibió una sombra negra que surcaba los mares. Clavó una vez más la vista en el horizonte en busca de lo que, ahora sí, estaba seguro haber visto.

—¡Ansol!

La urgencia en la voz de Kurn lo sacó de su distracción justo en el momento en que un soldado del norte se disponía a ensartarlo por la espalda. Saltó hacia un lado, aún sorprendido, y cargó contra el muchacho que lo había atacado. El enemigo era casi un niño y carecía de entrenamiento militar, así que en una sola estocada acabó con su vida, atravesándole el pecho con su espada. El norteño cayó al suelo al tiempo que la cuerna que daba por finalizada la batalla de ese día resonaba por toda la playa.

—¿Pero qué te pasa? ¿Se puede saber qué hacías ahí parado, dando la espalda al combate?

Ansol parecía aturdido y nervioso. Kurn lo observó con el ceño fruncido.

Conocía bien a su amigo y sabía que algo debía haber llamado poderosamente su atención como para lograr distraerlo tanto. El joven se giró de nuevo hacia el mar, para otear un instante el horizonte.

—He visto algo...

—¿Qué? —quiso saber Kurn.

—Surcaba las aguas a una velocidad inaudita.

Ambos se volvieron para observar cómo la marea comenzaba a subir, mientras el sol se apagaba poco a poco.

—Yo no veo nada.

—Te juro que lo he visto, yo… No estoy muy seguro —dudó Ansol—, pero creo que he visto un barco de velas negras avanzar a toda prisa.

—¿De verdad? —Kurn oteaba nervioso el horizonte.

—Lo he visto apenas un segundo, al girarme. Incluso me pareció verlo en dos ocasiones. Pero luego desapareció. No sé, a lo mejor lo he imaginado —claudicó Ansol.

—Deberías comunicárselo al rey y a los nobles. A lo mejor no es nada, pero sería peor si no lo cuentas y al final resulta ser cierto.

—No quiero preocuparlos.

—Iré contigo —le dijo Kurn tirándole del brazo.

Cuando llegaron a la entrada de la carpa real, Ansol se detuvo en seco.

Miraba preocupado la tela roja que conformaba la carpa mientras sentía un nudo en el estómago. El murmullo de numerosas voces se oía en su interior.

Kurn lo empujó después de cruzar una breve mirada. Algunos ojos curiosos cayeron sobre él en cuanto accedió. Su padre, como siempre, acudió a recibirle con los brazos abiertos.

—Hola, hijo. ¿En qué puedo ayudarte?

—Padre, yo…

Ansol comenzaba a creer que aquello había sido un terrible error.

—Viene a compartir algo con el rey —se apresuró a decir Kurn.

Varios de los nobles, entre ellos el conde Solsein, miraron el muchacho con interés. Caste de Bris se volvió hacia el rey al tiempo que apoyaba una mano en el hombro de su hijo. Fredo, que había permanecido ajeno a todo, continuaba conversando con uno de los jefes de armas mientras trazaba líneas sobre un mapa dispuesto sobre la mesa. Levantó la vista al percatarse del aplastante silencio que había invadido la estancia, y se topó con la indecisa mirada de Ansol de Bris. Fredo torció el gesto y la curiosidad dio paso a sus palabras.

—¿Qué ocurre, muchacho?

Ansol volvió a dudar.

—No temas, hijo —le susurró su padre al oído—. Estoy a tu lado.

El Conde de Bris continuó con la mano apoyada sobre el hombro del joven, para insuflarle confianza.

—Majestad —comenzó con un hilo de voz. Carraspeó para aclararse la garganta—. Vengo a contaros lo que he visto en la playa.

Algunas voces susurraron a su espalda. Entonces Ansol notó cómo la confianza en sí mismo resurgía y avanzó un paso hacia el rey, que lo miraba con curiosidad.

—Señor, esta tarde, antes de que sonara la cuerna, he visto surcar veloz un barco de velas negras.

Un coro de voces indignadas, otras asustadas, inundó la carpa tras sus palabras. El rey procuraba hacer guardar silencio, pero los hombres habían empezado a discutir desordenadamente sobre el asunto, y la algarabía dio paso a la más absoluta desobediencia. Jum Solsein, con su habitual autoridad, se impuso sobre el alboroto y consiguió poner orden. Al fin el rey tomó la palabra.

—¿Quieres decir que has visto un barco surcando los mares? Ansol, eso no es nada extraño.

Una risita ahogada se escuchó al fondo de la carpa. Ansol sabía perfectamente de quién procedía la burla.

—No, majestad. Quiero decir que era un barco de velas negras surcando aguas profundas a toda velocidad… en dirección sur.

Ansol había destapado la caja de los truenos, y éstos resonaron con estrépito en la acomodada carpa real.

—Explícate —exigió el rey furioso, tratando de hacerse oír por encima de las voces.

—Majestad, me temo que el rey Magnus se dirija a estas horas hacia nuestro reino, navegando lejos de la costa para apartarse de la vista de cualquiera que pueda dar fe de sus intenciones.

El alboroto volvió a prorrumpir en cascada dentro de la carpa.

—Yo creo que es posible —clamó el Conde Festerne, un hombre bajito y poco agraciado, pero grande en tácticas de combate.

Jum Solsein se levantó de la silla para situarse al lado de su futuro yerno.

—¿Qué crees que pretende? —le preguntó, y todos callaron, temerosos de la respuesta.

Ansol observó a los congregados, hombres valientes y honorables, y sintió un profundo respeto por todos ellos. Se irguió un poco más antes de contestar.

—Creo que pretende invadir el Reino del Sur.

Los hombres comenzaron a gritar de nuevo. El conde Solsein alzó una mano pidiendo silencio, visiblemente enojado. Con un gesto le pidió a Ansol que continuara hablando.

—Siempre he pensado que esta guerra no tiene ningún sentido; tantas vidas sesgadas inútilmente, soldados sin entrenamiento militar resignados a

morir a manos del enemigo. Y por más soldados del norte que matemos, más llegan a reemplazarlos. A este paso el Reino del Norte pronto se quedará sin varones.

—Y quedó claro que Magnus trama algo más cuando Kurn nos confirmó que controla la frontera sirviéndose de… bueno, métodos no convencionales —continuó el Conde de Bris.

—¿Qué te propones al venir a contarnos esto, muchacho? —El rey Fredo tomó la palabra muy contrariado.

Ansol miró al rey. En realidad, no sabía muy bien que era lo que pretendía al compartir sus temores. Buscó con la mirada al Conde Solsein, que le sonrió.

—Majestad, creo que deberíamos regresar a nuestro reino —dijo convencido.

Fredo se puso en pie enojado y, apoyándose con los puños en la mesa, se inclinó hacia el joven.

—¿Pretendes que falte a mi palabra? —gritó fuera de sí—. ¿Quieres que retire mi apoyo al rey Ulter y dejemos su reino a merced de las huestes del norte? ¿Acaso pretendes que sea recordado como un cobarde?

Los ojos de Fredo ardían. Lo que había propuesto Ansol suponía para el monarca un enorme insulto. El Conde de Bris se adelantó para encararse con el rey.

—Nadie ha dicho tal cosa, majestad.

El rey reaccionó al comprender que su ataque contra el joven había estado fuera de lugar. Dejó de apretar los puños contra la mesa y volvió a tomar asiento, aún tenso.

—No pretendo que faltéis a vuestra palabra, señor. Y en ningún momento os he contemplado como un cobarde. —La voz de Ansol sonó firme—. Sólo propongo que parte de nuestras fuerzas regresen al sur, por si Magnus ha pensado en invadirnos. Hemos partido hacia aquí con casi la totalidad de nuestros ejércitos y en nuestro reino escasean ahora los soldados.

Fredo reflexionó mientras se apoyaba los brazos en el sillón donde estaba sentado, sin dejar de observar al joven.

—Todos sabemos que Magnus es capaz de cualquier cosa. Debéis escuchar a mi hijo —suplicó el Conde de Bris.

La incertidumbre flotaba en el ambiente de la carpa real. Todos aguardaban la decisión del monarca. La expectación era tal que parecía que todos contenían el aliento.

—Majestad, si me lo permitís me gustaría preguntar algo al joven Ansol.

— La irritante voz de Varis surgió de la nada.

Álcanon trataba de impedir el avance de su hermano hacia el centro de la carpa, pero Varis se deshizo de él con un brusco ademán. El Conde Solsein miró a sus sobrinos y pensó en lo diferentes que eran aquellos hermanos.

Álcanon era un soldado valiente, bien entrenado y honrado. Mientras que varis era mezquino, arrogante, temerario y un pésimo soldado. Se acercó a Álcanon para decirle algo al oído mientras observaba a Varis por encima del hombro.

—Puedes preguntar lo que desees —contestó el rey mirando con curiosidad a Varis, que se había encarado con Ansol.

—Dices que viste avanzar un barco de velas negras hacia el sur, navegando por aguas profundas —comenzó Varis.

—Así es —contestó Ansol algo nervioso. Sabía que iba a aprovechar aquella oportunidad para tratar de hacerle quedar en ridículo.

—Entonces… —Varis sonrió triunfante antes de proseguir—, ¿cómo es

posible que vieras ese barco navegando tan lejos de la costa? ¿Acaso gozas de vista sobrehumana? Porque nadie, que yo sepa, tiene la capacidad de ver un barco a semejante distancia.

El silencio que se hizo tras aquellas palabras ahogaba a Ansol, que comenzó a sudar. Notaba la boca seca y pastosa. Tragó saliva para poder hablar. Varis continuaba mirándolo con una triunfal sonrisa dibujada en los labios.

—Es cierto —dijo finalmente el rey poniéndose en pie—. ¿Cómo has podido ver un barco desde tan lejos?

—Yo… —Ansol dudó tan solo un instante, justo lo necesario para que Varis se le echara encima con su mordaz audacia.

—Es imposible que hayas podido ver ese barco del que hablas

—sentenció seguro de sí mismo—. Así que, ¿por qué no te inventas otra excusa si lo que realmente deseas es huir de esta guerra? Si quieres volver a casa, sólo tienes que solicitar una dispensa al rey y podrás marcharte con el rabo entre las piernas en cuanto lo desees.

Ansol no pudo contenerse por más tiempo y estalló al oír cómo insinuaba que era un cobarde. Le dio un puñetazo a Varis en la cara, tirándolo al suelo. Kurn se lanzó sobre su amigo para detenerlo antes de que se lanzara sobre Varis para terminar lo que había empezado. El sobrino de Jum Solsein, asustado y sorprendido, se arrastraba por el suelo para escapar de la furia del joven, hasta que tropezó con los pies de su hermano, que lo miraba desde arriba avergonzado. Varis se frotaba la mandíbula mientras un hilo de sangre manaba de su labio inferior.

—¡Es suficiente! —sentenció el rey enojado.

—Majestad, pido disculpas. —Ansol se esforzaba por contener su rabia mientras miraba de soslayo a Varis—. Pero he dicho la verdad. Es cierto que es muy difícil avistar un barco desde tan lejos, pero juro que lo he visto.

—No sé lo que has creído ver, Ansol. Pero lo cierto es que no ha sido un barco. Además, ¿qué haría un único barco tratando de invadir un reino?

—dijo el rey para zanjar el asunto.

—Señor —intervino Jum Solsein—. No pretendo quitar la razón a mi

sobrino y, ciertamente, es difícil avistar un barco a semejante distancia.

—Varis se levantó del suelo con una sonrisa triunfante—. Pero, por desgracia, mi sobrino sólo pretende provocar a Ansol de Bris, y ciertamente lo ha conseguido. —Miró malhumorado a ambos jóvenes—. No dudo de la palabra de mi futuro yerno, y si él dice que ha visto un barco de velas negras dirigirse hacia el sur, yo creo en su palabra. Además, teniendo en cuenta que se trata de Magnus, os pido que tengáis en cuenta lo que Ansol ha propuesto.

Los presentes se mostraron muy sorprendidos por las palabras del conde Solsein. Incluso Varis se negaba a creer que su tío lo hubiese humillado de semejante forma. Álcanon sujetó con fuerza el brazo de su hermano, que pretendía tomar de nuevo la palabra, y tuvo que resignarse a aguardar callado la decisión del rey.

Fredo se levantó de su sillón y miró largo y tendido al conde Solsein.

Después posó la mirada en Ansol.

—He oído las opiniones que aquí se han expuesto, y valoro cada una de ellas —dijo con voz autoritaria—. Pero creo que sería un error abandonar nuestro puesto en el campo de batalla. No podemos eludir nuestras obligaciones ni la promesa que le hice al rey Ulter; no podemos incumplir el pacto. Nuestro reino está a salvo, es aquí donde mora el peligro.

Ansol se sintió por un momento mareado y agachó la cabeza. Jum Solsein aguantaba la mirada del rey. Aunque acataría su decisión sin reservas, sabía que Fredo se equivocaba.

***

Edmen había vivido toda su vida al abrigo de las montañas, los bosques, las praderas y los valles. Había recorrido los confines de los cuatro reinos, pero el mar… El mar era diferente.

Nunca se había embarcado en una empresa que le llevase a surcar las peligrosas aguas, furiosas e indómitas, del océano profundo. Y había descubierto que jamás hubiese podido ser marinero.

Desde que comenzara el viaje por mar, el mago se había sentido indispuesto y mareado. A menudo vomitaba y había perdido por completo el apetito. Magnus solía burlarse de él y se reía a carcajadas cuando lo veía salir corriendo a causa de las náuseas. Odiaba a aquel

rey sin alma. Cada día se sentía más arrepentido de haber accedido a ayudarlo, pero ahora ya no había vuelta atrás, o tal vez sí… Quizás podría remediar parte del daño que había causado.

Había sellado un oscuro pacto con Magnus el día que se presentó ante las puertas de su castillo. Edmen estaba cansado de vagar por el mundo sólo. Deseaba morir, como lo habían hecho el resto de sus semejantes, una estirpe en extinción de la que él era el último superviviente. Pero los magos no podían atentar contra ninguna vida, ni siquiera la suya propia, así que no podía darse muerte. Necesitaba que alguien afrontara esa tarea por él, y ningún hombre se hubiese atrevido a arrebatarle la vida a un mago y asumir las consecuencias. Ningún hombre excepto Magnus.

Edmen lo sabía y por eso fue en su busca para ofrecerle un trato: él le ayudaría a conseguir su sueño de conquistar el Reino del Sur y a cambio Magnus acabaría con su vida. Y por supuesto el rey del norte había aceptado. Pero ahora el mago dudaba de su decisión. Era cierto que añoraba el día en que descansaría por fin junto a los suyos, pero el precio que debía pagar por ello estaba resultando demasiado elevado.

Sólo encontraba consuelo en sus sueños. Por eso el mago permanecía acostado en su jergón tanto tiempo como podía. En los últimos días veía cada vez con más frecuencia a aquella hermosa chica de ojos verdes

almendrados, a la que acompañaba un joven serio de mirada inteligente.

Ahora podía distinguir también los rasgos y facciones del chico, y no dejaba de pensar que le resultaban familiares. Sus ojos oscuros eran inquietos y vivaces, se notaba que había visto mucho mundo. Sus cabellos, lisos y castaños, tapaban una cicatriz que le surcaba la frente. Y aquella nariz prominente le resultaba sumamente familiar.

—Mago.

Un soldado lo despertó sin miramientos para indicarle que subiera a cubierta. Edmen se colocó la capa sobre los hombros y se resignó a acudir a la llamada de su rey. Ascendió con dificultad los peldaños que lo conducían a cubierta, arrastrando los pies hasta el trono de Magnus.

—Pronto pasaremos frente a la costa donde mi ejército se enfrenta al enemigo, y me pregunto qué estará ocurriendo allí —le dijo el rey.

Magnus oteaba las aguas intentando descubrir a lo lejos algún indicio de la batalla que, a buen seguro, se estaría librando en esos momentos. Pero el barco surcaba el mar demasiado lejos de la costa como para poder ver algo.

Edmen se volvió para mirar en la misma dirección que lo hacía Magnus.

—¿Y bien? —el rey sonó tosco e impaciente.

Edmen reaccionó. El monarca lo había hecho llamar para que le dijese lo que veía.

—¡Oh! Bueno, señor —el mago dudó un instante—. Efectivamente la guerra se libra allí mismo, sin ninguna novedad.

Escondió un poco la cabeza entre los hombros, a la espera de escuchar la furiosa voz del rey. Pero, para su asombro, Magnus se limitó a asentir sin dejar de mirar hacia una costa que no divisaba desde ningún punto.

Edmen regresó a su lecho muy aliviado. No cabía duda de que Magnus confiaba en él, porque de no ser así habría notado que le mentía. El mago no había visto la costa en sus visiones, ni la batalla que allí se libraba. Ni siquiera se había esforzado en buscar una imagen de aquella escena. Estaba cansado de obedecer las órdenes de un rey tirano y decidió dejar de actuar en su beneficio. Lo peor que podía pasarle era que no cumpliese su parte del trato y lo dejase vivir, y ahora aquella posibilidad no le disgustaba. Así que no tomaría partido.

Volvió a sumirse en un inquieto sueño, con la esperanza de encontrar de nuevo a la chica y su acompañante. Pero el rostro que apareció frente a él era el de un joven de pelo castaño claro y penetrantes ojos azules. Lo

observaba desde una playa de arenas doradas. Empuñaba una espada ensangrentada, de espaldas a la batalla que se desarrollaba detrás de él.

Secuestrada

Bien avanzada la tarde, Amira y Erac se desviaron del sendero que recorrían para buscar refugio en un pueblo cercano, situado junto a un caudaloso río. La chica aguardó sentada bajo un frondoso nogal para contemplar cómo las apagadas luces del atardecer acariciaban el valle, anunciando la llegada de la noche. Las primeras luces de los faroles comenzaron a parpadear un poco más abajo, en el pueblo que se extendía a su derecha. Las chimeneas resoplaban silenciosas mientras los sonidos se amortiguaban, resguardados en el corazón de los hogares. No pudo evitar sonreír al contemplar semejante belleza.

Erac, que se había adelantado con los caballos para buscar una posada donde pasar la noche, regresaba a pie por el polvoriento camino.

—¿Aquí estás todavía? —le dijo cuando llegó junto a ella y tomó asiento a su lado.

—Es bonito —se limitó a decir Amira, ahogando un suspiro.

La silueta de los dos jóvenes se recortaba en el horizonte. Erac apoyaba la espalda en el tronco del árbol mientras Amira, con las rodillas flexionadas, sujetaba con fuerzas sus piernas contra el pecho, apoyando la barbilla sobre ellas. Sentía los ojos humedecidos por la tristeza, así que se alegró de que la creciente oscuridad resultase ser una aliada inesperada.

Volvía a sentir añoranza por sus seres queridos.

—Háblame del Bosque Encantado —dijo de pronto para romper el silencio.

Erac se incorporó, un poco incómodo por la pregunta.

—Bueno…

La joven se volvió hacia él y sus ojos se encontraron en la penumbra.

Erac advirtió la tristeza mal disimulada que se reflejaba en su rostro.

—No es un lugar maldito ni peligroso, ni son ciertas la mayoría de las historias que se cuentan. —Erac no sabía muy bien cómo abordar el tema así que carraspeó repetidamente.

—¿De verdad has estado en el bosque tantas veces? —La tristeza de Amira dio paso a la más absoluta curiosidad.

—Sí, muchas —dijo en tono enigmático antes de sonreír.

—No te rías de mí —se quejó la chica.

—Es cierto, lo he atravesado algunas veces, y he permanecido en lo más profundo durante temporadas enteras, cada vez que voy a visitar…

Erac se incorporó contrariado. Miró asustado a la chica, que lo contemplaba perpleja.

—Cuándo, ¿qué? —insistió con curiosidad.

El chico comprobó que su amiga no había comprendido sus últimas palabras y se relajó. Enseguida continuó hablando.

—Cada vez que he ido a buscar plantas.

—¡Así que es eso! —Amira se levantó y se puso de rodillas frente a él, sonriendo con picardía—. Son plantas medicinales lo que vas a buscar allí, plantas que seguro son muy raras. ¡Es eso lo que vendes en tus viajes por los tres reinos!

Rio triunfante, segura de que había desvelado el secreto de su amigo.

Erac suspiró aliviado. Esbozó una sonrisa cómplice, que le dio a entender que esa era la verdad, pero se sintió mal al saber que le estaba mintiendo.

Siempre había mantenido en secreto la verdadera razón de sus viajes al Bosque Encantado; mentir a la gente no le había supuesto ningún problema, hasta entonces. En el fondo sabía que tarde o temprano tendría que contarle la verdad a Amira, más ahora que se dirigían hacia allí; pero aún no estaba preparado para hacerlo, ni ella preparada para escuchar la verdad.

A la mañana siguiente reemprendieron el camino muy temprano. Amira conversaba animadamente mientras Erac la escuchaba sin pronunciar palabra, más bien sumido en sus pensamientos. Había pasado la noche en blanco intentando encontrar las palabras adecuadas para contarle la verdad, pero no las había hallado. Y no le quedaba demasiado tiempo, ya que la linde del Bosque Encantado se encontraba muy cerca; seguramente a media tarde alcanzarían las primeras arboledas.

A medio día se detuvieron para descansar. Jimena y Eraldo

mordisqueaban la hierba que crecía cerca de ellos, Amira se colocó de espaldas al camino y Erac se sentó en el tocón de un árbol, sin apartar la vista del sendero que se adentraba en un bosque cercano. Habían escogido

un promontorio elevado, cubierto por espesa hierba, justo al lado de un pequeño bosque de encinas y robles.

—Pasaremos la noche en el Bosque Encantado, ¿verdad? —Amira formuló la pregunta un poco angustiada.

Erac ya se había cansado de su absurdo miedo y sus infundados temores.

—Ya te he dicho que en el Bosque Encantado no correrás peligro —le dijo irritado.

La chica lo miró dolida y permanecieron en silencio mientras comían.

De repente se dio cuenta de que Erac, inusualmente tenso, no apartaba la vista del bosque. Miró a Jimena y notó una expresión de alerta en los ojos se su yegua, que miraba en la misma dirección que Erac con las orejas muy estiradas. Cuando volvió a mirar a su amigo vio que agarraba con fuerza la empuñadura de su espada.

Reaccionó enseguida y con extremo sigilo se acercó a sus pertenencias para sacar el arco de una de las bolsas. Se colgó el carcaj a la espalda antes de volver junto a Erac. Él la miró un breve instante y asintió. Se levantaron despacio y se acercaron al árbol más cercano. Entonces escucharon las voces.

De árbol en árbol, aguzando la vista, y sobre todo el oído, Erac se adentró en la espesura. Amira le seguía de cerca, pendiente de la retaguardia para evitar un ataque sorpresa. No sabían muy bien de dónde provenía la conversación que habían escuchado, así que siguieron avanzando mientras trataban de encontrar la dirección correcta. Penetraron en el corazón del bosque, ahora más poblado y abrupto, por lo que el avance se hizo más difícil. Al cabo de un tiempo, que a Amira le pareció eterno, Erac le hizo una señal con la mano para indicarle un pequeño claro que había en el extremo sur del bosque.

La chica avanzó a gatas por el suelo para situarse detrás de unos matorrales. Erac la siguió. A través de las hojas descubrieron una pequeña cabaña situada al abrigo de un dolmen de piedra. Dos soldados vestidos de negro custodiaban la entrada de la choza,

construida con ramas y hojas.

Estaban sentados sobre una enorme piedra plana, discutiendo acaloradamente mientras se propinaban empujones. Entonces aparecieron otros dos soldados desde detrás del dolmen.

Erac cargó su arco con una flecha mientras Amira acariciaba nerviosa las plumas de una de las suyas.

—¿Es que queréis que nos descubran? —Unos de los recién llegados regañaba a los que estaban sentados.

—¿Y quién va a venir?

—Llevamos aquí varias semanas. Empiezo a estar aburrido —se quejó uno de los que permanecían sentados.

—Además, esa muchacha es una gritona insoportable, ¡matémosla de una vez! —espetó su compañero al tiempo que escupía a un lado.

—¿Vas a atreverte a desobedecer las órdenes del rey Magnus? —lo desafió el primero.

El soldado que estaba sentado se estremeció y negó con fuerza—.

Entonces deja de decir tonterías. Te toca hacer la ronda, por insensato.

El soldado se levantó avergonzado y se limitó a cumplir las órdenes de su superior, desapareciendo tras el dolmen. Amira y Erac se miraron. El chico le indicó con gestos que se alejaran, así que se arrastraron por el suelo para evitar ser vistos.

—Magnus… —susurró Amira nerviosa.

—Está claro que custodian a alguien.

—Al parecer es una mujer. Erac, tenemos que ayudarla.

—Es peligroso. No sabemos cuántos son.

—Solo hemos visto cuatro —se atrevió a decir Amira.

—Puede que haya más soldados haciendo la ronda por el bosque.

Tenemos que estar seguros antes de atacar.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo?

—Vuelve a los matorrales y controla a los que se han quedado en el claro. Yo iré a echar un vistazo.

Amira asintió y se volvió para adentrarse de nuevo en el bosque.

Entonces un rayo de preocupación la aguijoneó. Se giró hacia Erac y lo sujetó por el brazo. Lo abrazó un instante y le susurró al oído.

—Ten cuidado.

El chico se quedó sorprendido. Ella sabía que su amigo no estaba acostumbrado a aquellas muestras de afecto, así que desapareció en dirección sur sin mirar atrás. Erac se recompuso enseguida y olfateó el aire antes de dirigirse hacia un viejo tronco retorcido, por el que trepó.

Amira se situó de nuevo detrás del matorral para vigilar a los tres soldados que permanecían junto a la puerta de la pequeña cabaña. Hablaban en voz baja después de la reprimenda del superior, así que no podía oír lo

que decían. De pronto uno de ellos se dirigió hacia la choza y abrió la desvencijada puerta para mirar dentro. Se arrastró hacia su derecha para ver qué había en el interior, pero el soldado del norte volvió a cerrar la puerta sin que pudiese averiguar a quién custodiaban. Al cabo de un tiempo escuchó ruido a su espalda. Se volvió con la daga en la mano. Erac apareció de pronto y se situó muy cerca para susurrarle al oído. Amira aspiró el olor a musgo y hierba fresca que desprendía su amigo.

—Sólo hay cuatro soldados. El que falta está más al sur, siguiendo las pistas falsas que he dejado.

—¿Pistas falsas?

—Se dirigía hacia aquí en su ronda, así que he tenido que distraerle para que no te descubriera. Cree que está persiguiendo un jabalí. —Erac sonrió burlón.

—¿Y qué hacemos?

—Esperaremos a que estén todos —dijo Erac con decisión—. Así podremos sorprenderlos al mismo tiempo y, con suerte, abatirlos sin problemas.

Al cabo de un rato a Amira le hormigueaba una pierna y comenzaba a

desesperarse. Erac permanecía atento a cualquier movimiento de los soldados del norte, y se estiró levemente cuando vio aparecer al cuarto. La chica se puso tensa al instante y agarró con fuerza el arco.

Los soldados se reunieron junto al fuego, cerca de la puerta de la cabaña.

De cuando en cuando el oficial superior dirigía la mirada hacia la pequeña construcción. Entonces un silbido surcó el claro y, sin darse cuenta de donde procedía, una flecha se clavó en el pecho de su compañero, hiriéndolo mortalmente. El soldado situado a su derecha también cayó abatido. Unos segundos de confusión precedieron a la reacción de los dos soldados que aún permanecían en pie. Se escondieron detrás de una enorme roca y empuñaron las espadas.

—El arco ya no nos sirve —dijo Erac en un susurro furioso—.

Tendremos que rodear el claro para enfrentarnos a ellos.

Amira asintió apretando los dientes y, tras tirar su arco, desenvainó la espada dispuesta a entrar en combate por primera vez en su vida. Bordearon el claro por el lado oeste, al abrigo del bosque, y pronto estuvieron frente a la roca que servía de refugio a los norteños.

Erac emitió un sonido gutural, que heló la sangre de los soldados, antes de lanzarse sobre ellos. Detrás de él, una ágil Amira atacó desde el otro flanco. El sonido del acero contra acero inundó el bosque. La espada más ligera y liviana que empuñaba la chica le proporcionó una rápida ventaja sobre su contrincante, que pronto se vio acorralado. Se movía con agilidad, adelantándose a los movimientos de su oponente. No pensaba, no sentía; se limitaba a dejarse arrastrar por su instinto guerrero, aquel que había heredado de su padre. Tras asestarle varios cortes, acabó con su vida clavándole la hoja de su arma en el pecho.

Amira se quedó quieta un instante, mirando cómo la sangre manaba de la herida abierta en el torso de su contrincante. Le horrorizaba arrebatarle la vida a un semejante, pero sabía que debía hacerlo. De pronto volvió a la realidad y escuchó el entrechocar de las espadas de Erac y el oficial superior del ejército del norte. Se apartó para situarse a una distancia prudente. El chico se defendía a duras penas de los brutales golpes de su oponente, que era más alto y fuerte. Amira ahogó un grito al ver peligrar la vida de su amigo. El soldado del norte lo había acorralado contra la pared del dolmen.

Miró desesperada en todas direcciones. Soltó la espada y corrió a través del claro, saltando por encima de los matorrales. Recogió su

arco del suelo, en plena carrera colocó una flecha y disparó. El soldado escupió sangre antes de mirar atónito a Erac. Se desplomó al instante a los pies del desconcertado joven, que miró a su amiga con alivio. Amira tiró el arco al suelo para correr hacia él y abrazarlo.

—Gracias —balbució el joven.

—Te lo debía —le dijo ella, en clara referencia al día en que se conocieron.

Tras un momento para recuperarse, avanzaron hasta la cabaña. Erac se detuvo frente a la puerta y apoyó el oído. Negó con la cabeza mientras miraba a su amiga, así que la abrió despacio y miraron dentro.

La pequeña estancia estaba apenas iluminada por los escasos rayos de luz que se filtraban entre los troncos y ramas que constituían las paredes.

Erac entró con precaución.

De pronto se oyó un golpe seco, seguido de un gemido de dolor. Amira desenfundó su daga y se situó delante de la puerta para tapar la salida.

Cuando los ojos de la joven se acostumbraron a la penumbra vio a Erac

tirado en el suelo, agarrándose la nuca. Delante de él una joven de cabello negro largo y rizado blandía un tronco a modo de garrote.

Los ojos azules de la chica se cruzaron con los de Amira y las dos bajaron sus armas. Amira ahogo una exclamación. Pese al deplorable estado en que se encontraba, reconoció enseguida el delicado contorno de su silueta, las dulces formas de su rostro, y el brillo inteligente de su mirada.

—Alteza —dijo confusa.

—¿Sabes quién es? —le preguntó Erac tirado aún en el suelo. Se frotaba el chichón que le estaba saliendo en la parte posterior de la cabeza.

La rehén soltó el tronco antes de erguirse con orgullo. Se atusó cabello, negro como el azabache, y se sacudió el andrajoso vestido que llevaba.

—Mi nombre es Jenis, soy la hija del rey Petis.

Erac no salía de su asombro. Se incorporó y se limitó a observar a las dos jóvenes, que se saludaban con cordialidad.

—Amira. —La princesa Jenis la saludó con cariño—. Me alegro de que me hayas reconocido, pese a que hace varios años que no nos hemos visto.

—Alteza, hemos pasado muchas tardes jugando en los jardines del palacio de Mulen como para no recordaros.

Jenis era unos años mayor que Amira, pero de niñas habían compartido juegos en los días en que las celebraciones de la Fiesta de la Primavera reunían en el castillo de Mulen a la nobleza de los tres reinos aliados.

—¿Podría explicarnos su alteza que hace aquí? —escupió Erac de forma tosca.

—Te aseguro que no es por voluntad propia. —Jenis lo miró con desaire—. Unos días antes de partir al Reino del Sur para acudir a la Fiesta de la Primavera, unos hombres me abordaron cuando volvía de mi paseo a caballo y me han tenido retenida desde entonces.

—¿Qué querían? —quiso saber Amira.

—Por lo que he podido sacar de sus conversaciones, han estado utilizándome para controlar a mi padre. Un día entraron dos de ellos y me cortaron un mechón de cabello para hacérselo llegar. Antes lo regaron con mi sangre —explicó mientras les mostraba una herida profunda en la palma de una de sus manos.

Amira caminó unos pasos por la estrecha estancia. Erac la observaba con curiosidad.

—Por eso el rey Petis no ha enviado soldados a la guerra. Y por eso no accedió a la solicitud de la reina Térnabi. Temía por la vida de su hija.

—¿Qué guerra? —La princesa Jenis estaba sorprendida.

—¿No sabes que una guerra se libra ahora mismo en el Reino del Oeste?

—Erac sonó brusco de nuevo.

—He estado muy ocupada aquí encerrada, ¿sabes? —le respondió

Jenis con descaro.

—Habrá tiempo de explicarlo todo —dijo Amira nerviosa—. Ahora debemos regresar al castillo de vuestro padre y decirle que estáis a salvo.

Los tres jóvenes galoparon de regreso al corazón del Reino de Este. Jenis se encontraba muy débil, así que Erac se ofreció a llevarla a lomos de su montura. Con las primeras luces del atardecer, la silueta de Colanis se recortó majestuosa contra el cielo rojizo.

Cuando entraron en la ciudad el bullicio de las calles atestadas de gente reconfortó el ánimo de la princesa. Se alegraba de regresar a su hogar, al que había añorado cada segundo. Cuando llegaron a la puerta de acceso al edifico real, la guardia de élite que franqueaba la puerta se quedó anonadada al ver a su princesa. Mientras los jóvenes descabalgaban en el patio de armas del castillo, la noticia corrió como la pólvora por el edificio.

De pronto la imponente figura del rey Petis apareció en lo alto de la escalera. Detrás de él, la reina Hinea corría a abrazar a su hija.

—Padre, Amira y su amigo me han encontrado en un bosque cerca de la frontera. Me retenían allí para obligarte a que no tomaras partido en la guerra —explicó la princesa de forma atropellada—. Debes ayudar al rey Fredo y al rey Ulter.

Tras pronunciar aquellas palabras, la princesa cayó al suelo presa de la debilidad. Dos guardias la ayudaron a entrar en palacio mientras su madre la conducía a sus aposentos. El rey Petis mandó llamar al sanador real e hizo que llevaran a Erac y Amira al Salón del Trono.

El chico estaba fuera de lugar. Observaba con asombro los tapices y las alfombras que adornaban la estancia mientras Amira lo miraba divertida. El rey entró en el salón y recorrió a toda prisa el espacio que lo separaba de los jóvenes. La joven se sorprendió al ver que, en vez de sentarse en el trono, se colocó frente a ellos de pie. Hizo una reverencia mientras Erac trataba de imitarla con torpeza.

—Enviaré sin demora parte de mis tropas al Reino del Sur —dijo Petis sin más preámbulos—. Siento mucho no haberos ofrecido mi ayuda antes.

—No os preocupéis, majestad. Entiendo que os encontrabais en una difícil situación, así que nada hay que reprocharos —le dijo Amira con sinceridad.

—Mañana mismo un ingente de cuatro mil soldados avanzarán lo más rápido posible hacia Mulen, para ofrecer nuestra ayuda a la reina Térnabi.

Estarán a sus órdenes mientras el Reino del Sur los necesite.

—Gracias, majestad.

—Podéis descansar en las habitaciones que se os están preparando, y mañana partiréis con mis soldados de regreso al sur.

Amira miró a Erac. El chico intuyó cuál era el pensamiento de la joven y asintió.

—Os lo agradezco, majestad. Pero Erac y yo tomaremos otro rumbo.

—No entiendo. —El rey los miraba confundido.

—Nos dirigimos al Bosque Encantado. Tenemos intención de atravesarlo para alcanzar a nuestras tropas en el oeste y avisarles de los posibles planes de Magnus.

Petis se mostró sorprendido, pero no dijo nada al respecto.

—Está bien, pues entonces os destinaré dos de mis mejores hombres para que os acompañen.

—Os lo agradecemos, señor… majestad —se corrigió Erac nervioso—.

Pero para atravesar el Bosque y despistar a los soldados del norte, que a buen seguro se encontrarán apostados en la frontera oeste, mejor vamos solos.

El rey los observó en silencio un instante. Tenía las manos detrás de la espalda mientras se inclinaba hacia delante y atrás. Amira miró de reojo a su amigo y se preguntó por qué había rechazado la compañía de valiosos soldados, pero no dijo nada.

—Muy bien, como gustéis —dijo finalmente el rey. Se dirigió hacia el estrado para salir por la puerta lateral. Antes de subir los escalones se volvió hacia ellos—. Gracias por salvar a mi hija.

Emboscada

Ansol se levantó inquieto. Los sueños habían regresado, perturbando de nuevo sus noches. Aquellos extraños ojos lo observaban desde tan lejos y tan cerca al mismo tiempo… El rostro de un hombre al que no había visto jamás.

Abandonó perezoso su lecho al alba, se apresuró a anudar a su cinto la funda de la espada y se dispuso a dar cuenta de su desayuno. Kurn tomó asiento junto a él en la mesa y pronto se dirigían con paso solemne al campo de batalla. Un teniente, que estaba acompañado de otros tres soldados, los llamó desde la entrada de una de las carpas. Ansol reconoció a uno de los hombres de confianza del conde Solsein conforme se acercaban.

—Ansol, Kurn —saludó el teniente—. Tenemos una misión para vosotros.

Los dos amigos se miraron extrañados antes de acceder a la carpa detrás del hombre. La estancia militar, bien iluminada, contaba con un pequeño camastro situado al fondo junto a una pequeña hoguera. Frente a la entrada, una mesa atestada de pergaminos y documentos no dejaban a la vista ni un solo centímetro de la madera con la que estaba construida. Sentado en un sillón, el Conde Solsein se afanaba en poner algo de orden en aquel montón.

Levantó la vista cuando entraron.

—Me alegro de veros. —El tono forzado de su voz intranquilizó a Erac.

—¿Qué necesitáis, señor? —quiso saber Kurn, temeroso de lo enviaran de nuevo a la frontera.

Jum Solsein se recostó sobre el respaldo del sillón y se quedó un instante observando a los dos amigos. Asintió levemente antes de levantarse.

—He estado estudiando durante días las tácticas de ataque y defensa de las huestes enemigas, y creo haber descubierto algo.

Ansol descubrió un extraño brillo en la mirada de su futuro suegro.

—No os entiendo.

—Si no me equivoco, van a cambiar de táctica y a tratar de atacarnos desde otro flanco, para pillarnos por sorpresa —reveló el conde.

Kurn y Ansol se miraron.

—¿Se lo habéis dicho al rey?

—No —se sinceró Jum—. No estoy seguro de estar en lo cierto, así que no deseo causarle problemas en estos momentos. Voy a organizar una partida de reconocimiento al sur, en dirección a la frontera, y quiero que forméis parte de ella.

Los jóvenes se miraron de nuevo.

—Contad con nosotros —contestó Ansol, seguro de que hablaba también por su amigo

—Partimos enseguida. Nos encontraremos a las afueras del campamento, cerca del camino.

En apenas media hora se reunieron con un pequeño grupo de hombres que esperaban en el margen del camino que conducía hacia el sur. El fragor de la batalla les llegaba lejano. Ansol tuvo la momentánea sensación de que todo había sido mal sueño y que jamás se había iniciado una guerra.

Cuando se reunieron con el resto, el joven comprobó con decepción que Varis estaba entre ellos y se esforzó por disimular la repulsión que sentía por aquel hombre. Su hermano Álcanon los saludó con cortesía mientras el conde Solsein les daba la bienvenida. El teniente del conde les agradeció su ayuda y les presentó a los otros cuatro soldados que los acompañaban, todos del ejército de los Solsein.

Dirigieron sus caballos bordeando el camino principal, que conducía hacia el sureste. Apenas cruzaron unas palabras, aunque Ansol agradeció aquella solemnidad para no tener que escuchar la estridente voz de Varis.

Hacia medio día, sin pararse siquiera a descansar, se encaminaron más el este, en dirección a los límites del Bosque Encantado. Penetraron en una amplia arboleda y el silencio atenazó los corazones de todos.

El ambiente enrarecido aguzó los sentidos de los soldados del sur, que se agruparon más cerca los unos de los otros, atentos a cualquier sonido. Algo no marchaba bien y Ansol pudo notarlo antes de que ocurriese.

De pronto, al alcanzar el pequeño claro de la arboleda, unos gritos sofocados los sobresaltaron. Un considerable grupo de enemigos surgieron de entre los árboles y matorrales. Niebla, el caballo de Ansol, relinchó asustado antes de girar varias veces sobre sí mismo. El joven trataba de calmarlo, sin éxito. Tiraba de las riendas con una mano mientras con la otra desenfundaba la espada para enfrentarse al soldado más cercano. Temeroso

de que pudieran herir de muerte a Niebla, desmontó y le dio una fuerte palmada en su cuarto trasero, haciendo que el caballo corriera desbocado fuera del bosque.

Ya a pie, sujetaba con fuerza su espada atento al movimiento de los norteños, que los tenían rodeados. El enemigo los superaba en número. Se deshizo del primer contrincante y corrió hacia el centro del claro para situarse cerca de Kurn. A lo lejos vio al conde Solsein, aún a lomos de su caballo, defendiéndose del ataque de dos soldados de negro.

Buscó con la mirada al resto de sus hombres y comprobó que el teniente del conde y los otros cuatro soldados del sur atacaban y se defendían a cierta distancia de su señor. En el otro extremo del claro vio a Álcanon solo, haciendo frente al grueso del ejército enemigo, que trataba de penetrar en el claro por ese lado. Muy a su pesar, se descubrió buscando a Varis, pero no lo localizó.

Hizo una seña a Kurn y trataron de alcanzar a Álcanon para socorrerlo.

Entonces Ansol vio una capa turquesa enredada en los matorrales. Miró desesperado, buscando a Varis, y el alma se le cayó a los pies cuando se percató de que se escondía detrás de unos árboles, mientras su hermano intentaba ponerlo a salvo.

Sus miradas se cruzaron un instante y el sentimiento de reproche de Ansol hizo reaccionar a Varis, que desenfundó su espada antes de salir corriendo en dirección a su tío. Entonces cuatro soldados de negro les cortaron el paso. Lucharon en un feroz combate cuerpo a cuerpo y, pese a que les doblaban en número, consiguieron cercenar la vida de sus enemigos en un santiamén. Justo en el momento en que Ansol se hubo zafado del último de los contrincantes, pudo ver con desesperación que su suegro caía mortalmente herido de su caballo. El conde había librado combate en el extremo más alejado, en medio de la arboleda, y había sido rodeado por varios soldados enemigos que se ocultaban en la oscuridad del bosque.

—¡No! —gritó Ansol.

Kurn se giró hacia él cuando se dio cuenta de que pretendía correr hacia el conde. Pero Varis, que se encontraba más cerca, acudió enseguida al lado de su tío. Entonces Kurn llamó la atención de Ansol y fueron a ayudar a Álcanon, que apenas podía contener el avance del ejército del norte. Los tres defendían el paso del claro mientras Jum Solsein yacía en el suelo.

Ansol atisbaba de reojo el lugar donde había caído del caballo, esperando verlo emerger de la espesura.

El teniente del conde Solsein y sus soldados se unieron a ellos y pronto la superioridad militar de los soldados del sur consiguió dar por terminada la escaramuza, que se saldó con la vida del enemigo. La pequeña avanzadilla sureña comenzó a reagruparse exhausta en el centro del claro.

Algunos de ellos sangraban debido a las heridas que había recibido, por fortuna de poca importancia.

Ansol permanecía agachado junto a un árbol. Los demás se acercaron para descubrir con tristeza que Álcanon había caído. El joven cerraba los párpados de sus ojos sin vida cuando Varis se les unió. Todos lo miraron apenados, pero se sorprendieron al no distinguir la más mínima señal de tristeza en su rostro. Observaba impávido el cuerpo inerte de su hermano, ensangrentado y mutilado, y no mostró el más mínimo sentimiento.

Ansol se levantó con urgencia para ir en busca de su suegro, pero Varis lo agarró del brazo.

—Es inútil —le dijo sin atisbo de emoción—. Mi tío ha caído. Yo mismo lo he visto morir. Lo siento.

Ansol apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos. Y entonces estalló.

—¡Tú! —le dijo a Varis fuera de sí, mientras se zafaba de la mano que lo sujetaba—. ¡Tú eres el culpable de la muerte de tu hermano!

Varis, asustado, retrocedió unos pasos.

—Te vi escondido —continuó acusándolo Ansol—. Tu hermano trataba de protegerte, aún a riesgo de poner en peligro su vida. Tú eres el culpable.

Todos esperaban la explicación de Varis, que no se llegó a pronunciar.

Los gritos de los soldados del norte resonaron de nuevo en el claro. Un nuevo contingente se acercaba hasta ellos.

—Debemos regresar —dijo el teniente—. Avisaremos al rey Fredo de que mi señor tenía razón y que el ejército de Magnus trata de acorralarnos.

La voz del teniente sonó cargada de pena cuando habló del conde Solsein. Los soldados del sur, con Varis a la cabeza, abandonaron apresuradamente el bosque para regresar lo antes posible a su campamento.

Ansol permaneció de pie mirando hacia el lugar donde había visto caer a su suegro, tentado de ir a su encuentro y recuperar su cuerpo. Se lo debía a Amira.

—No puedes ir a buscarlo —le dijo Kurn con calma—. Lo sabes,

¿verdad?

El joven se resignó a la verdad y corrió junto a su amigo para abandonar la arboleda. Niebla lo esperaba cerca del camino. Cabalgaron incansables de vuelta al campamento y en pocas horas se reunían con Fredo para relatarle lo sucedido. El rey decidió reorganizar el ejército y apostó centinelas en todos los rincones del campamento antes de ir a reunirse con Ulter.

Ansol se dejó caer sobre su camastro, agotado. Una enorme pena le atenazaba el corazón. No dejaba de revivir una y otra vez el momento en que vio caer a su suegro. No había podido acudir en su ayuda, y sin embargo se sentía responsable.

—¿Te encuentras bien? —La voz de su padre lo sobresaltó.

—No.

—También era mi amigo.

Se fundieron en un abrazo y, por primera vez desde que aquella pesadilla comenzó, Ansol lloró amargamente. Kurn entró en la tienda.

—Lo siento Ansol, pero deberías salir.

El tono de voz de su amigo despertó la curiosidad del joven. En el exterior, junto al fuego donde se preparaba la cena, Varis había

congregado a un buen número de soldados que sostenían incrédulos una copa de vino, esperando a que el hombre terminara de hablar.

—…así que podéis brindar por el nuevo conde Solsein —decía Varis jactancioso mientras alzaba su copa.

—¿Cómo has dicho? —La voz de Ansol resonó por todo el campamento.

—Vaya, Ansol, ¿vienes a brindar por el nuevo dueño de las tierras de los Solsein?

—Tú no eres dueño de nada.

—Eso no es cierto. —Varis sonreía—. Mi tío, que en paz descanse, en su último aliento me ha nombrado su único heredero.

Ansol no podía creer lo que oía. Su exasperación lo lanzó contra aquel cobarde y lo sujetó con furia por la pechera. Los soldados que se encontraban allí los miraban asombrados.

—Amira es la legítima heredera del condado de los Solsein —le recordó Ansol apretando los dientes.

—¿Vas a contradecir la última voluntad de mi tío? —lo retó Varis triunfante.

Ansol, fuera de sí, apretó el puño izquierdo dispuesto a borrarle aquella sonrisa burlona de la cara de una vez por todas.

—Eso se decidirá en el Consejo de Nobles, cuando regresemos a casa tras la guerra —intervino el Conde de Bris antes de que su hijo se perdiera en la espiral de locura a la que Varis lo había arrastrado a sabiendas.

La sonrisa triunfal del viperino sobrino de Jum Solsein desapareció de su rostro, ahora ensombrecido. Ansol, que se percató del miedo que reflejaba el semblante de aquel hombre mezquino y mentiroso, aflojó su puño para soltarlo y lo empujó.

—Eso… eso no será necesario. —Varis balbucía mientras trataba de buscar una salida—. Partiré de inmediato a mis nuevas tierras para comenzar a encargarme de ellas y cuando se celebre ese Consejo de Nobles, deberé ser convocado como miembro de pleno derecho.

Ansol aprovechó la inusual inseguridad que mostró Varis y sonrió con

sorna.

—Pero si abandonas la guerra ahora, llevándote contigo al ejército de los Solsein, el rey Fredo se sentirá traicionado y no te concederá su bendición como nuevo noble, así que no podrás tomar posesión del condado de tu tío.

Varis se mostró turbado. Miró a Ansol antes de alejarse malhumorado hacia su tienda.

—Debo ir a comunicar al rey lo sucedido —susurró el conde de Bris—.

Me temo que Varis va a darnos más de un quebradero de cabeza.

***

Una silueta merodeaba por el bosque, amparada por la oscuridad de aquella noche sin luna. Buscaba entre los árboles y matorrales. Sus formas redondeadas hacían intuir que se trataba de una mujer. Parecía joven, a juzgar por la agilidad con la que se movía, pero sin embargo algunos cabellos plateados brillaban bajo los azulados destellos de las estrellas que cubrían el firmamento.

Varias decenas de cuerpos sin vida se repartían por el claro del bosque, así como entre los matorrales. Se agachó curiosa junto a uno de ellos y lo

examinó con cuidado. Una grave herida cortaba su torso en diagonal. Había sangrado profusamente hasta quedar al borde de la muerte.

La mujer posó sus manos sobre el pecho del hombre y un fulgor dorado iluminó su hermoso rostro. Sonrió satisfecha al notar su débil respiración.

—Al fin te he encontrado —dijo con voz dulce y melodiosa.

Comenzó a tejer una camilla con ramas y hojas. Le llevó gran parte de la noche. Cuando hubo terminado colocó con mucho cuidado el debilitado cuerpo del hombre sobre ella. La vida se le escapaba un poco con cada respiración, así que debía darse prisa. Sujetó con fuerza el otro extremo de la camilla y, arrastrándola, desapareció en la espesura en dirección este, hacia los límites del Bosque Encantado.

***

Aquella noche sin luna el mar permanecía extrañamente en calma. El ánimo de Magnus había empeorado —aún más si cabe— ahora que el avance de sus barcos se había visto interrumpido por el inesperado contratiempo. Mandó llamar a Edmen que, como de costumbre, parecía preferir las entrañas de la embarcación al aire puro y refrescante que se respiraba en cubierta. Magnus se había acostumbrado a que el mago permaneciera oculto en la bodega la mayor parte del tiempo y, como de todos modos no podía ir a ningún otro sitio, prefería perderlo de vista.

—¿Me llamabais, mi señor? —dijo cuando se postró frente al rey, que observaba cejudo el oscuro horizonte con la mirada perdida.

—Deseo saber cómo transcurren las cosas en tierra —pidió sin apartar la mirada de su desenfocado objetivo.

—Precisamente acabo de tener un sueño. —Cerró los ojos e hizo una pausa teatral, para comprobar si Magnus se percataba de su mentira—.

Según mi visión, todo marcha según vuestros planes.

Edmen sabía que Amira y Erac llegaron al Reino del Oeste, que habían rescatado a la princesa Jines y que Petis accedió a enviar ayuda al Reino del Sur. Pero ocultó la información.

El rey del norte se puso en pie y caminó hasta la borda, pasando junto al mago. Apoyó las manos en la baranda de madera oscura y aspiró la brisa

con un grave gesto de desaprobación. Se giró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces, ¿por qué mis barcos no avanzan? —grito furioso.

Edmen se encogió un poco. Había creído que ocultarse en la bodega lo había protegido. Pero lo cierto era que Magnus sabía que no podía escapar de allí y de nuevo estaba poniendo a prueba su lealtad.

—Majestad, no controlo los elementos —volvió a mentir.

Estaba tentando demasiado su suerte, lo sabía. Magnus no era precisamente una mente obtusa. El rey ladeó la cabeza mientras entornaba los ojos. El mago sintió un escalofrío recorrer su espalda, pero lo disimuló y aparentó indiferencia.

—¿Entonces cómo es que controlas el fuego?

Edmen se quedó de piedra, pero se recompuso rápidamente, pues sabía que su vida, y la de muchos otros, dependían de su habilidad para salir de aquel atolladero. Entonces pensó en la chica de pelo ondulado y ojos verdes almendrados, y en su amigo de angulosa nariz e inteligente mirada. Debía ayudarlos, y aquel pensamiento le insufló valor. Se irguió un poco para enfrentar la severa mirada del rey.

—Majestad, ese es un hechizo de primer nivel —se excusó—. Cualquier mago, incluso recién iniciado, conocería semejante truco.

Bufó ofendido algunas palabras desairadas a continuación. Se mostró molesto con la acusación del rey y éste, desconcertado, terminó por claudicar antes de pedirle que se retirara.

Volvió a toda prisa a su rincón con el corazón en un puño. Estaba cansado y había perdido mucho peso en los últimos días. Miró a su alrededor, para comprobar que nadie le observaba, al tiempo que lanzaba un suspiro de alivio. Abrió la palma de su mano derecha y un fulgor dorado iluminó un instante todo a su alrededor. Cerró rápidamente la mano y se concentró de nuevo en el conjuro que llevaba días invocando para que el viento cesara y el mar permaneciera en calma, retrasando el avance de los barcos del norte.

Aquello estaba desgastando sus fuerzas de manera preocupante, pero Edmen se sentía bien. Pensó en Amira y Erac acercándose al límite del Bosque Encantado y frunció el ceño preocupado.

"¿Por qué se dirigen allí? Si se adentran en el Bosque no podré seguirlos, no puedo ir más allá de sus límites." Pensó angustiado.

El Bosque Encantado

Aquella mañana la silueta de dos jinetes sorprendió el perezoso avance de las primeras luces del alba. Amira y Erac avanzaban a buen ritmo por el camino que conducía hacia el Bosque Encantado. Habían abandonado Colanis en plena noche, evitando miradas indiscretas. Amira se había sorprendido cuando el chico entró en su habitación en plena madrugada para proseguir su viaje. No se opuso a sus planes, pero estaba bastante incómoda con el repentino secretismo de su amigo.

Cuando la luz del día bañaba el prado por el que cabalgaban, la joven se volvió hacia él. No habían cruzado ni una palabra desde que abandonaron la ciudad.

—¿Por qué te has negado a que nos acompañen los soldados del rey?

Erac se removió incómodo en su silla. Había estado buscando las palabras adecuadas para contestar aquella pregunta, pues sabía que su amiga acabaría por formularla, pero no estaba muy seguro de cómo contestar.

—Siempre me he adentrado sólo en el bosque, así que me sentiría incómodo con compañía —dijo evasivo.

—Pero yo voy contigo, no estás sólo.

Tras meditarlo un momento, decidió que lo mejor era hablar abiertamente con ella. Confiaba en ella y, después de todo, acabaría por descubrir su secreto ahora que se dirigían hacia el corazón del Bosque Encantado. Suspiró nervioso y la miró a los ojos. Se perdió por un momento en la profundidad esmeralda de aquella mirada y comenzó a hablar sin miedo.

—Ese bosque ha sido mi hogar durante muchos años. Mi madre me crio allí.

Amira hizo un gesto de sorpresa, pero no dijo nada y esperó a que continuase hablando. El chico era muy celoso de su vida privada, así que era mejor no interrumpirlo en aquel ataque de sinceridad.

—He crecido corriendo entre sus árboles, encaramado a sus ramas, conociendo a sus habitantes y aprendiendo de él. Por eso sé que no correrás peligro: lo conozco y no nos hará daño.

Después clavó la mirada en el camino mientras la chica, perpleja, no dejaba de repetir para sí las últimas palabras de su amigo.

Varias horas después el camino se desvió hacia el suroeste, para evitar los dominios de la leyenda. El camino que unía los tres reinos aliados nunca penetraba en el Bosque Encantado. Su trazado discurría bordeando el mismo, aunque para llegar del Reino del Este al del Oeste el camino más corto fuera atravesándolo.

El primer grupo de árboles era de un extraño tono verdoso, y sus hojas brillaban en mil destellos cuando atrapaban los rayos del sol. Amira se sorprendió admirando la singularidad de aquel pequeño bosque. Entonces notó que su amigo se había detenido.

—Debemos abandonar el camino, ya que se aleja del bosque. Ningún sendero se adentra en él.

Amira observó estupefacta cómo desmontaba y desataba sus cosas para cargárselas a la espalda.

—¿Pero qué haces?

—Pues continuar a pie —dijo con calma, como si fuera de lo más evidente.

—¿Te has vuelto loco? Tardaremos días, ¡no! semanas en llegar al otro lado.

Los aspavientos histéricos de la chica divirtieron a Erac, que soltó una carcajada.

—Tranquila, se cómo atravesarlo por el tramo más corto. En dos jornadas estaremos en el Reino del Oeste. Vamos, coge sólo lo imprescindible y deja el resto de tus pertenencias a lomos de Jimena.

—¿Y qué pasará con nuestros caballos?

—Eraldo conoce bien el camino y guiará a Jimena. Cuando atravesemos el bosque, nos estarán esperando.

No muy convencida, se colgó la capa, cogió el zurrón de las provisiones y guardó en un lateral una muda de ropa. Cuando se disponía a cargar con su arco y su espada Erac la detuvo.

—No podemos entrar en el Bosque armados, no lo permite.

La chica se sorprendió con aquella revelación. No le pasó

desapercibido que su amigo hablaba de él como si tuviera vida propia, así que instintivamente dirigió una mirada cargada de recelo hacia la frondosidad que se abría ante ella.

—Tranquila, estarás segura. Confía en mí.

Amira se cruzó con los oscuros ojos de Erac, que la miraba con ternura, y terminó por ceder. Dejó sus armas a lomos de Jimena y observó cómo desaparecía en una curva del camino, precedida del caballo de su amigo.

Entonces se internaron en el Bosque. Las primeras arboledas dispersas dieron paso a una oscuridad verdosa. La espesura del bosque se acentuaba a cada paso y pronto el paisaje cambió, inundado por robustos y gigantescos árboles de troncos nudosos que parecían observarla con ojos ocultos.

En un punto indeterminado, notó una leve sacudida que le recorrió el cuerpo. La chica se paró en seco, observando a su alrededor sin saber a qué se debía aquella extraña sensación. Retomó el paso para caminar muy cerca de Erac, mientras observaba asustada a su alrededor. Pese a que su amigo le había asegurado que no correría peligro, y confiaba en Erac más de lo que estaba dispuesta a admitir, las historias y leyendas que había escuchado desde que era una niña habían hecho mella en su imaginación y creía ver extraños ojos observándola detrás de cada hoja, de cada arbusto y de cada roca. Erac se giraba de cuando en cuando para dedicarle una cálida sonrisa cargada de confianza y seguridad, que ella agradecía.

A medio día se detuvieron para descansar. Erac se sentó sobre una piedra y bebió agua de su pellejo. Amira se sentó muy cerca con inquietud. Al cabo de un rato observó el lugar con detenimiento. Se habían parado en un pequeño claro, cerca de un arroyo de aguas cristalinas, cuyo suave susurro adormecía los sentidos. Grandes árboles de hoja perenne se extendían hasta donde la vista podía alcanzar, trazando invisibles caminos entre sus troncos.

Aquellos árboles, de especie desconocida para la chica, poseían una belleza inusual.

El chico se recostó boca arriba sobre la mullida hierba a los pies de Amira. Puso los bazos bajo la cabeza y cerró los ojos sin perder la sonrisa.

La chica lo observó tan relajado que por un momento creyó ver a otra persona.

Cuando Erac comenzó a roncar se acercó al arroyo y observó un instante su reflejo bailando sobre la corriente. Se arrodilló y metió las manos en el

agua. En ese instante una sensación de paz la invadió por completo, mientras algo en su mente saltaba como un resorte, disipando por completo su miedo y su recelo por aquel lugar. Con ojos renovados, Amira de incorporó para mirar de nuevo el Bosque y descubrió un lugar luminoso. Se acercó a un tronco para acariciar su rugosa piel. Le pareció escuchar una leve risa que el viento arrastró entre los arbustos, y sintió que aquel árbol le daba las gracias por sus atenciones.

Sonrió encantada y alzó la mirada hacia las copas de los árboles, que cubrían el cielo como una cúpula que emitía destellos verdosos. Los rayos del sol se colaban juguetones entre sus hojas. Amira descubrió que la luminosidad que bañaba el Bosque se debía a los destellos multicolores que desprendían sus hojas, revestidas de una especie de diminutos brillantes que captaban la luz.

Caminó absorta entre los troncos que se expandían en todas direcciones.

Le pareció que las ramas y las hojas se volvían para mirarla cuando pasaba junto a ellas. Escuchó deliciosas melodías, sin saber de dónde provenían.

Amira descubría un mundo nuevo, guiada por una visión más nítida de la realidad, y sonrió maravillada ante semejante belleza. Dejo escapar una sonora carcajada que retumbó en el silencio, provocando que multitud de aves alzaran el vuelo y danzaran a su alrededor, mientras ella giraba sobre sí misma con los brazos extendidos, intentando abarcar todas aquellas sensaciones maravillosas.

—Aquí estás. —La voz de Erac la sobresaltó—. Me asusté al no verte cuando desperté.

La chica le sonrió antes de lanzarse sobre él para abrazarlo. Luego lo besó con suavidad en la mejilla. Él se quedó petrificado mientras se sonrojaba sin poder evitarlo. Amira rio a carcajadas y fue a sentarse junto a un árbol.

—Erac, este lugar es maravilloso. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan libre, tan feliz.

—¿Te encuentras bien? —Erac la miraba extrañado.

—¡El Bosque me ha hablado, me ha cantado, me ha susurrado al oído!

Erac abrió mucho los ojos y quiso decir algo que no llegó a pronunciar.

Luego miró a su alrededor y escuchó el murmullo del Bosque.

—Le gustas.

—Lo sé, me lo ha dicho. —La chica sonrió encantada.

Suspiró aliviado. Había temido la reacción de su amiga cuando penetraran en los dominios del Bosque, así como la de Él. Pero el Bosque Encantado había ahondado en el corazón de Amira y había descubierto su pureza, aceptándola sin reparos. Ahora Amira podía contemplarlo tal como era, sin engaños ni trucos. Había descubierto que aquel lugar mágico y maravilloso era diferente a cualquier otro.

—Debemos continuar —dijo el chico tras consultar la hora en la posición de las flores blancas de un arbusto cercano, que giraban con el sol a medida que hacía su recorrido por un cielo que apenas podían distinguir entre las hojas.—. Aún nos queda mucho camino.

Reemprendieron la marcha charlando animadamente sobre los distintos tipos de árboles y animales que se iban encontrando, especies únicas sólo se podían encontrar allí. Amira cayó rendida ante la belleza de los que habitaban en el bosque.

Líquenes de luminosos colores verdes y amarillos pendían de las ramas de algunos árboles, bailando al son de la brisa cargada de sonidos que surcaba el bosque. Flores de tonos imposibles crecían tanto entre la hierba como sobre los troncos rugosos de los árboles; algunas incluso se abrían y cerraban sin cesar, cambiando a menudo de color. Setas de todos los tamaños se repartían en las zonas sombrías.

Descubrieron infinidad de pequeños animales y aves que la chica jamás había visto. Algunos pájaros estaban dotados de un voluminoso plumaje multicolor y cantaban armoniosas melodías que acompasaban con el rumor del bosque, ese rumor suave y delicado que invadía los sentidos.

Al caer la tarde la chica acusó el cansancio por primera vez en todo el día, así que le pidió a Erac que hicieran una parada. Se sentaron junto a un enorme tronco de un inusual tono esmeralda. Sus hojas, de color rojo y verde oscuro, estaban salpicadas de minúsculas flores ámbar que desprendían un delicioso aroma.

—¿Dónde vamos a pasar la noche?

—Todavía debemos caminar un poco más. Encontraremos un amplio claro donde podemos descansar.

Amira notó cierta nostalgia en sus palabras. El chico sonrió de mala gana y se levantó visiblemente incómodo. Caminó unos pasos para situarse de espaldas a su amiga, pero de pronto se volvió tenso hacia la izquierda.

—Quédate aquí un momento.

—¿Ocurre algo?

—No es nada, pero no te muevas —contestó evasivo antes de marcharse a paso ligero.

Se quedó sentada, admirando un grupo de mariposas de enormes alas que sobrevolaba el lugar desprendiendo polvo luminoso. Extendió la mano para atrapar aquel destello en suspensión, pero un gruñido, proveniente de detrás del árbol, la puso en alerta. Se incorporó de golpe y buscó instintivamente su daga. Se maldijo en silencio por haber dejado sus armas a lomos de Jimena.

Caminó despacio, atenta a cualquier movimiento, en dirección contraria al lugar de donde provenía el ruido. Sabía muy bien que no se trataba de Erac.

Sonó de nuevo, esta vez más cerca, y echó a correr. Pero el gruñido se acercaba demasiado deprisa. Giró la cabeza sin dejar de correr, para tratar de descubrir a su perseguidor. Entonces tropezó con la raíz aérea de un árbol y quedó tendida boca abajo sobre la hierba.

Jadeaba exhausta mientras trataba de incorporarse cuando una voz la sobresaltó:

—No te asustes, no es peligroso.

La melodiosa voz sonaba burlona. Amira se volvió hacia el extraño que le tendía la mano con una amplia sonrisa, y ahogo un grito. Aquel ser, de rostro cerúleo y sonriente, tenía una altura inusual. Sus orejas puntiagudas se movían con voluntad propia, captando los sonidos que venían de todas direcciones. Su cabello, largo y sedoso, era del miso tono que las hojas de los árboles. Unos enormes ojos de color ámbar la miraban con diversión.

Hizo una leve reverencia antes de volver a ofrecerle la mano para ayudarla a levantarse. Amira receló un instante, pero hipnotizada por la cambiante tonalidad ambarina de sus ojos almendrados, finalmente la aceptó.

—¿Has venido con Erac, verdad? —quiso saber el extraño sin dejar de sonreír.

La joven asintió, dudando de si se había sumido en un profundo sueño y todo aquello no estaba sucediendo en realidad.

—Soy Amira —balbució—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Nímife. Soy un elfo del bosque.

—¡Te dije que no te acercaras!

Una gutural y atronadora voz resonó a la espalda del elfo. Nímife entornó los ojos en un claro gesto de disgusto y se volvió al tiempo que una silueta enorme se les acercaba. Amira retrocedió varios pasos. El recién llegado ser poseía los rasgos de un hombre de cintura para arriba, pero sus piernas eran esbeltas y peludas patas acabadas en pezuñas. Una larga cola acompasaba sus pasos.

—Viene con Erac —le dijo Nímife molesto.

—¿Estás seguro?

—Así es. —La voz del chico sonó cerca de ellos.

—Lo ves —apuntó Nímife sonriente—. Te dije que era su amiga.

Erac se situó al lado de la chica y, agarrándola por la cintura, la rodeó con el brazo en un gesto protector.

—Amira, te presento a Nímife y Seguindo. —Erac los señaló con la cabeza—. Son… amigos míos.

La chica lo miró perpleja.

—Lo hemos visto crecer —añadió Nímife con su habitual voz cantarina.

Se acercó a Erac para alborotarle el pelo en un gesto cariñoso. El chico sonrió.

—Discúlpame si he resultado brusco —susurró Seguindo mientras

escarbaba la hierba con una de sus pezuñas—. Es que no estamos acostumbrados a los extraños por aquí.

—¿Yo, extraña? —preguntó Amira sorprendida.

Erac estalló en carcajadas. Nímife y Seguindo se aguantaron la risa.

—Nos dirigimos hacia el claro —les aclaró Erac.

—Lo suponíamos.

—Creo que te llevarás una sorpresa —dijo Nímife enigmático.

El chico miró al elfo con expresión interrogante y él asintió sin ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Debemos marcharnos ya. —Erac se puso nervioso y tiró de su amiga más fuerte de lo que pretendía.

Amira se volvió confusa hacia los seres del bosque y trató de despedirse.

Nímife y Seguindo la saludaron desde lejos. Erac tiraba de ella con fuerza.

Corrieron hasta detenerse frente a un espeso muro de líquenes y enredaderas. El muchacho respiró profundamente con los ojos cerrados.

Amira lo observaba sin entender nada.

De pronto un leve sonido, semejante a diminutas campañillas, fue ascendiendo en intensidad hasta que pudieron escuchar el rumor de infinidad de risas a su alrededor. Erac abrió los ojos sonriendo mientras Amira buscaba en todas direcciones el origen de semejante risas burlonas, que resonaban cada vez más cerca.

—Pido vuestro favor para pasar. —Erac pronunció las palabras de forma solemne.

De repente una silueta diminuta tomó forma delante de ellos. Poco a poco se hizo más nítida y la chica descubrió asombrada una pequeñísima figura femenina suspendida frente a ella. Sus enormes alas se desplegaron en un baile sensual y armonioso, mientras los destellos multicolores que desprendía hacían difícil distinguir sus rasgos con claridad. Su delgado cuerpo estaba cubierto por minúsculos pétalos. Parecía sonreír, pero su sonrisa era pícara y descarada.

Las risas resonaron de nuevo y la pequeña figura deslizó una de sus manos, dibujando una extraña forma en el aire. De repente el muro vegetal que les había cortado el paso se apartó hacia los lados, a modo de cortina, dejando ver tras de sí un enorme claro soleado.

En el extremo norte, una espléndida cascada caía sobre un lago, formando un hermoso arcoíris luminoso. La hierba alfombraba todo el lugar. Justo en el centro se distinguía una vivienda circular de dos plantas con techo de paja. El humo que salía por la chimenea ascendía hasta el cielo anaranjado del atardecer.

Detrás de la casa, un único y majestuoso árbol de inmensas ramas adornaba el claro con tonos rojizos y esmeralda. Infinidad de flores rosas y blancas adornaban sus hojas y su tronco, aportando un aroma exquisito.

Una suave brisa sacudió los sentidos de Amira, que se maravilló con la hermosura de aquel lugar.

—Gracias —oyó que decía Erac a las hadas guardianas antes de que la cortina de líquenes ocultara la abertura por donde habían pasado.

Amira observó a su amigo, que observaba la casa con los ojos bañados en lágrimas contenidas.

—Este es mi hogar —confesó él—. Crecí en este bosque, rodeado de todos los seres mágicos que has conocido. Mi madre se refugió aquí tras ser exiliada del Reino del Este por orden del rey Majin. La reina esperaba su primer hijo cuando enfermó a causa de una rara dolencia, que le contagió el

rey tras uno de sus viajes a otro continente. Pese a que la reina sobrevivió, su primogénito murió. El rey no lo soportó y culpó injustamente a mi madre. Por eso se ocultó en el bosque, huyendo de la ira de Majin. Aquí todos la cuidaron y protegieron.

—¿El rey Majin? —preguntó Amira incrédula—. Pero si murió en su vejez mucho antes de que yo naciera. Era el abuelo del rey Petis.

—Como te he dicho, tengo muchas cosas que contarte, pero lo haré poco a poco. No soy muy común, así que procuro ocultar mi origen a los demás por miedo a que quieran hacerme daño.

—No te entiendo.

—Pertenezco a una estirpe casi extinguida, Amira. Mi madre es maga,

y creo que mi padre también lo era, aunque nunca me habla de él. Mi madre y yo somos los últimos de nuestra especie.

—¿Qué?

Amira, presa de un repentino sentimiento de irrealidad, se arrodilló para apoyar una mano en el suelo. Erac se colocó a su lado para sujetarla por el hombro, pero ella le hizo una señal para que la soltara. El chico se sintió herido y de pronto un profundo y oscuro miedo atenazó su corazón. Había sido sincero con ella, le había contado su secreto, expuesto su alma; y ella lo rechazaba. No podía creerlo.

Erac se volvió de espaldas y apretó los ojos, intentando en vano retener unas lágrimas. Se sentía como un niño asustado, perdido y sólo. De pronto notó el calor de su amiga. Amira lo abrazaba y apretaba contra su pecho.

Erac se giró y se fundieron en un abrazo.

—Después de todo lo que he visto, de todo lo que me has mostrado,

¿cómo no iba a creerte? —le confesó la chica.

Se dirigieron a la casa. Erac abrió la puerta ansioso y buscó con la mirada en la sala circular que hacía de salón y cocina. Al fondo, unas estrechas escaleras ascendían al piso superior. En la chimenea hervía una olorosa sopa de verduras. Amplias alacena y multitud de estanterías, repletas de tarros, hierbas y cuencos adornaban las paredes.

Un ruido sacudió la planta superior y los jóvenes se miraron. Erac comenzó a ascender cauteloso los primeros peldaños, seguido muy de cerca por Amira. De pronto la puerta se abrió de par en par y una silueta femenina se recortó contra las luces del exterior. Su cuerpo atlético mostraba una mujer joven, de cabellos oscuros y rizados. Sus ojos oscuros eran idénticos

a los de Erac; una amplia sonrisa adornaba sus pecosas mejillas. El chico dejó escapar un suspiro y corrió a abrazarla.

—Madre.

La mujer se acercó a él con los brazos abiertos y lo besó repetidamente en la frente, mientras lo estrecha con fuerza. Ambos reían, como lo hacen los familiares que se reencuentran tras un largo período sin verse. Amira contemplaba la escena conmovida.

—¿Diana? ¿Eres tú?

Una voz proveniente del piso superior la sorprendió. Amira, que permanecía al pie de la escalera oculta tras una columna de madera para no interrumpir el reencuentro de Erac con su madre, comenzó a subir los peldaños entre extrañada y sorprendida.

Erac se giró, dispuesto a acompañarla, pero su madre lo sujetó del brazo y le indicó que se quedara con ella.

—¿Diana? —volvió a preguntar la débil voz.

Amira se detuvo un instante, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho. Ascendió corriendo el resto de la escalera para buscar con desesperación en el piso superior. En la habitación del fondo descubrió una figura descansando sobre un mullido lecho. El hombre miró asombrado a la joven que acababa de entrar. Ambos se observaron un instante. Finalmente le tendió la mano a la joven, sonriendo.

—¡Amira!

La chica se lanzó a sus brazos. La estrechó con cariño mientras ella lloraba desconsolada, escondiendo el rostro en su pecho. El hombre le acariciaba el cabello, dejando deslizar por su mejilla lágrimas de alegría.

Amira levantó la mirada y contempló ensimismada en envejecido rostro de aquel al que tanto había echado de menos.

—Padre.

Un enemigo inesperado

El rey Fredo montó en cólera cuando se enteró de la osadía de Varis. Nadie imponía las leyes a su antojo en su reino, los derechos de sucesión eran claros al respecto. Amira era la legítima heredera del conde Solsein y Varis no podría reclamar título alguno si no disponía de un documento que lo acreditara. Su arrogancia era desmedida.

Lo más importante era que nadie daba crédito a las aseveraciones del joven. Ni el rey ni el resto de nobles creyeron jamás que el conde Solsein hubiera dejado su condado a alguien distinto a su hija, menos aún si se trataba de Varis. Ansol dio por terminado el asunto cuando su padre le comunicó la decisión del rey. No obstante, el conde de Bris le advirtió que tuviese cuidado con el sobrino del fallecido conde, pues conociendo su carácter iracundo y vengativo, estaba seguro de que trataría de desquitarse.

Los días siguientes transcurrieron igual que el resto, sucediéndose los turnos de combate tras el sonido de la cuerna. Ansol estaba inquieto, convencido de que las fuerzas del norte empezaban a acusar el cansancio de la batalla y la innegable superioridad de los ejércitos aliados.

En el último día, algunos soldados del norte habían salido corriendo despavoridos del campo de batalla antes de entablar combate. Pese al esfuerzo de los jefes de armas, cada vez más soldados abandonaban el enfrentamiento para correr a esconderse en los bosques cercanos, ante la atónita mirada de los soldados del oeste y del sur.

Ansol combatía aquella tarde cerca de la playa. A esas alturas ya no cuestionaba los actos cometidos en la contienda; se limitaba a defender el Reino del Oeste del ataque enloquecido de Magnus. Poco a poco los soldados del norte comenzaban a retroceder, al tiempo que los ejércitos aliados conseguían replegar con más facilidad las fuerzas enemigas.

Bajo el peto, el sudor recorría la espalda de Ansol, que amagaba y hundía la hoja de su espada en la carne del enemigo sin fijar la vista en los rostros demudados que lo observaban un breve instante antes de caer inertes a sus pies. Acababa de amputarle el brazo derecho a un fornido soldado de

armadura negra, pero no se atrevió a darle el golpe de gracia. Se apoyó jadeante en su espada y paró un instante para contemplar la escena que se desarrollaba a su alrededor.

Como siempre, Kurn combatía muy cerca de él, atento y vigilante. A lo lejos reconoció el envejecido rostro de su padre, que se enfrentaba a dos jóvenes soldados del norte, soldados que apenas tuvieron oportunidad ante la pericia y la experiencia del conde de Bris. Varios de sus conocidos y amigos luchaban a su alrededor, inmersos en la crueldad de la batalla.

—Por favor, señor…

Ansol se giró a su izquierda, sorprendido. Al bajar la vista comprobó que el soldado al que acababa de amputar un brazo yacía moribundo a sus pies sobre un charco de sangre. Torció el gesto al encontrarse con los ojos de aquel hombre y se le formó un nudo en la garganta.

—Se lo ruego —continuó el soldado—, deme muerte señor, se lo suplico.

Ansol contempló atónito aquel rostro sucio preñado de tristeza. Sus cabellos, en su día rubios como los rayos del sol, se habían teñido de un oscuro mugriento. Sus ojos verdes, tristes y apagados, imploraban piedad.

Su cuerpo, tendido boca arriba, mostraba un joven corpulento de unos treinta años. Del muñón que le quedaba por brazo continuaba manando la sangre profusamente.

El joven comprendió que no salvaría la vida por muchos sanadores que corrieran en su ayuda. Vio cómo manaban lágrimas de sus ojos implorantes.

Ansol asintió con la cabeza y, aferrando con fuerza la empuñadura, alzó su espada.

—Perdóname —le dijo con sinceridad justo antes de hundir la punta de la espada en el corazón del hombre, que se había visto empujado a sucumbir en una guerra injusta y temeraria.

Se quedó inmóvil contemplando el cuerpo inerte. Y de pronto todo a su alrededor desapareció: no escuchaba los gritos, ni el sonido metálico del entrechocar de las espadas, ni voces agonizantes, ni el susurro del viento.

Sólo estaban él y aquel cuerpo sin vida a sus pies.

Entonces escuchó lejana una voz familiar que lo devolvió de golpe a la realidad. No era consciente de cuánto tiempo había permanecido

ajeno al mundo que lo rodeaba.

—¡Ansol!

El joven se giró aturdido, justo a tiempo de ver a Kurn correr hacia él.

Aún desorientado miró a su alrededor, pero para su desgracia no reaccionó a tiempo al peligro del que intentaba prevenirle su amigo.

Varis lo golpeó con fuerza por la espalda y lo hizo caer sobre un charco de sangre. Ansol retrocedió arrastrándose, observando con pavor cómo Varis sujetaba con fuerza la espada de Jum Solsein sobre su cabeza, dispuesto a asestar un golpe certero y mortal. La mirada enloquecida del sobrino del conde Solsein atenazó el corazón del joven, que temió realmente por su vida. Una mueca, mezcla de locura y decisión, iluminaba el rostro de aquel inesperado contrincante, cuya triunfal y exagerada sonrisa le hacía parece más aterrador aún.

Ansol rodó por el suelo hacia un lado en el preciso instante en que Varis asestaba la estocada. Aprovechando la escasa ventaja que le había dado aquel movimiento instintivo, se levantó tropezando para buscar su espada.

Justo cuando Varis salía corriendo en pos del joven, éste logró recoger el arma del suelo.

Amagó hacia un lado, con la esperanza de que su contrincante, en plena carrera, intentara atacarlo por ese flanco. Pero en mitad de la maniobra giró hacia el lado contrario, apartándose del camino de un sorprendido Varis. El truco le dio unos cruciales segundos al joven, que consiguió aferrar con seguridad su arma para situarse en una buena posición de ataque. Ambos hombres se encontraron cara a cara, espada en mano, dispuestos al enfrentamiento.

Varis continuaba sonriendo. El brillo en sus ojos corroboraba las sospechas de Ansol: el sobrino del conde Solsein había perdido el juicio del todo. Se comportaba más como un animal despiadado que como un hombre de honor. El sobrino del conde Solsein era impredecible, y eso puso nervioso a Ansol. Sabía que su rival no tenía nada que perder y que su único objetivo sería acabar con su vida.

—Varis —gritó Kurn cuando llegó junto a ellos—. ¿Es que te has vuelto loco?

El aludido no respondió. Mantenía la mirada fija en su contrincante sin perder la sonrisa. Kurn se acercó un poco más.

—No te metas —le advirtió Ansol, sosteniendo la mirada de Varis.

—¡Se está librando una batalla, por todos los dioses! Sois soldados del mismo bando. —Kurn desesperaba por momentos.

Varis permanecía quieto, saboreando en su enferma mente el momento en que daría muerte a su enemigo. El poco juicio que le quedaba se había nublado por completo y estaba ajeno a la batalla, a la guerra en sí. Sólo quería ver a Ansol muerto. El joven comprendió que su oponente no era dueño de sí mismo, así que decidió acabar con aquella amenaza de una vez por todas.

—Varis —dijo despacio—, si deseas mi muerte ven a cobrártela. Pero te advierto que no será fácil.

Ansol permanecía tenso, aferrando con fuerza su espada. Kurn, atónito, miraba alternativamente a ambos. Algunos de los soldados que combatían cerca se volvieron en su dirección, atentos a lo que ocurría.

De pronto el enemigo, que se había percatado de que algo no iba bien en las líneas del sur, intentó aprovechar la confusión. Pero Kurn se dispuso a encararse con cualquiera que quisiera hacer daño a su amigo. Varios de los soldados que se encontraban próximos acercaron posiciones para proteger el lugar donde Ansol y Varis iban a enfrentarse de un momento a otro.

De pronto Varis emitió un grito gutural antes de cargar contra el joven, con tal furia que Ansol tuvo que retroceder varios pasos. Adelantó la espada a fin de parar el brutal ataque y sintió una punzada de dolor en la muñeca izquierda. Sin tiempo para evaluar su lesión, asestó una rápida estocada a la altura del cuello de Varis. Éste se apartó trastrabillando y, al acercarse la mano, comprobó que manaba sangre de su hombro derecho. Apretó los dientes, más enojado aún, y cargó contra Ansol de manera tan irracional que el joven fue capaz de librarse de todos sus intentos por darle muerte.

Pensaba deprisa mientras se encontraba inmerso en aquella contienda tan absurda, intentando decidir si terminaba de una vez con Varis o solo lo dejaba herido para que el rey pudiera juzgarlo. Entonces el sobrino del conde amagó hacia un lado, imitando la estrategia tantas veces utilizada por él, pero dirigió su espada hacia el lado contrario, asestándole un grave tajo en el costado.

Ansol, muy sorprendido, se descubrió una fea herida que sangraba bastante. Sopesó la situación unos segundos. Estaba claro que su

oponente lo había estado observando, tomando nota de todos sus movimientos, calculando su estrategia. Estaba claro lo que debía hacer.

Varis lo esperaba espada en mano y esa sonrisa enfermiza en los labios.

Ansol tomó la decisión y se abalanzó sobre Varis fuera de sí, gritando

enfurecido. Había sucumbido a la ira y perdía el control. Entonces Varis, satisfecho de haber provocado la reacción que esperaba en el chico, emitió una carcajada triunfal antes de disponerse a asestar la estocada final. Ambos se acercaban y alejaban en una danza siniestra, mientras el sonido de las espadas ensordecía a los presentes. Varis, seguro de haber conducido a Ansol a su terreno, realizó un giro rápido, dispuesto a hundir su hoja en el pecho del chico.

Pero Ansol, que había intuido la táctica, reaccionó a tiempo y se agachó en el último segundo para evitar la estocada. Entonces propinó un buen tajo en la pierna descubierta de Varis, provocando que el hombre no tuviera más remedio que arrodillarse, sumido en un profundo dolor. En ese instante Ansol se levantó y le propinó un fuerte puñetazo en la cara, haciendo que Varis cayera de espaldas con la nariz rota.

Jadeante, Ansol se acercó a Varis y de una patada envió su espada a varios metros. Se quedó mirándolo con desprecio.

—Creíste que me habías arrastrado a tu locura —le dijo escupiendo las palabras. Varis se retorcía en el suelo de dolor, gimoteando patéticamente—. Pero después de haber estado tanto tiempo observándome, no has aprendido nada de mí.

La cuerna resonó en la playa con sus últimas palabras, y el eco de aquel sonido quedó suspendido en el aire unos segundos. Ansol levantó la vista del suelo para contemplar los numerosos rostros que los observaban, algunos incrédulos, otros sorprendidos. Kurn se acercó con evidente alivio.

El conde de Bris y algunos jefes de armas se apresuraron a reunirse con ellos.

—Varis —sentenció el conde con solemnidad—, serás conducido ante el rey y castigado por tus actos.

Varios soldados cogieron en volandas al sobrino del conde Solsein,

que aullaba de dolor, para conducirlo a la carpa real, sin esperar siquiera a que los sanadores limpiaran y curaran sus heridas.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó preocupado el conde de Bris mientras observaba la herida de su costado.

—Sí, padre —respondió el chico ahogando a duras penas una dolorosa punzada.

—Kurn, lleva a Ansol a la carpa de los sanadores y quédate con él. Yo iré a hablar con el rey para consensuar un castigo adecuado para ese

estúpido.

Ansol se recostó en un camastro vacío cuando un sanador acudió a su lado. Su túnica blanca, signo de distinción de los sanadores, apenas conservaba ya ese color. El hombre le indicó a Kurn que terminara de despojarle del peto y rasgó la camisa con un afilado cuchillo. Observó un instante la herida abierta y vertió un poco de agua humeante sobre ella.

Ansol se encogió y gritó. Se sentía mareado. Kurn le ayudó a beber un brebaje que el sanador puso en una copa, y poco después cayó sumido en un profundo sueño.

Las luces de la hoguera que ardía fuera se proyectaban en el techo de la tienda, haciendo que las sombras corrieran de un lado al otro como si acompasaran una melodía. El sonido de las voces de varios hombres terminó por despertarlo del todo. Parpadeó varias veces, algo desorientado, y entonces recordó al sanador y aquel brebaje asqueroso que le había hecho terminarse.

Miró a su alrededor y descubrió que se encontraba en su tienda. Trató de levantarse, pero un agudo dolor lo obligó a recostarse de nuevo. Se llevó la mano al costado y tanteó la gravedad de su herida. Le dolía bastante. La venda que le habían puesto cubría una buena extensión de su torso. Aquella herida era la peor que había padecido desde que comenzara la guerra. Su muñeca derecha también estaba vendada, pero en esa zona apenas sentía dolor. El sanador había hecho bien su trabajo.

—¡Vaya! Pero si estás despierto. —La voz de Kurn inundó la tienda.

Ansol trató de sonreír cuando lo vio entrar, pero un fuerte dolor de cabeza se lo impidió. Se llevó las manos a la sien.

—Parece que el brebaje del sanador era fuerte. Que yo sepa, ni siquiera el vino logra dejarte así —bromeó Kurn.

El chico resopló molesto. Notaba la boca reseca y le costaba trabajo pronunciar las palabras.

—¿Qué ha pasado con Varis?

—El rey lo ha recluido en una tienda individual, custodiada por dos soldados. Van a enjuiciarlo cuando regresemos al sur y, por lo que parece, no va a salir bien parado.

Kurn se había sentado en una silla cerca de su amigo, revisando la venda mientras hablaba.

—Estoy bien —le dijo Ansol cerrando los ojos. Aún se sentía débil y cansado.

—Te han tenido que coser bastante —dijo Kurn preocupado—. El sanador que te atendió es de los mejores que he visto, cualquier otro te hubiera perdido. Hemos estado bastante nerviosos por aquí estos días, no sabíamos cuándo ibas a volver con nosotros.

—¿Estos días?

—Has estado durmiendo casi dos días. Tu padre y yo hemos estado a tu lado todo el tiempo que nos ha sido posible. El conde estaba muy preocupado.

En ese instante una figura se recortó en la entrada. Era el sanador.

—Veo que mi paciente se recupera deprisa.

—Voy a ir a buscar a tu padre para decirle que ya te has despertado.

Kurn dejó solos al chico y al sanador para que el anciano pudiera procurar sus expertos cuidados. Destapó con cuidado la herida del costado mientras el chico ahogaba un gemido. Untó con cuidado una olorosa cataplasma y volvió a colocar la venda en su lugar.

—Bien, parece que cura rápido. Pronto podrás levantarte, aunque me temo que no podrás combatir en unos días. ¿Te duele la cabeza?

El joven asintió, incapaz de hablar.

—Tómate este remedio junto con la cena que van a servirte ahora. En pocas horas te sentirás mejor.

El sanador colocó un pequeño frasco con un líquido violeta sobre su mesita y salió de la tienda. Pronto apareció Kurn con un cuenco de sopa en la mano. Le ayudo a incorporarse para que pudiera comer. Vertió el frasco del sanador en el caldo y Ansol comió despacio mientras su amigo le ponía al día de los últimos acontecimientos.

***

Tras varios días de brebajes y cataplasmas, Ansol decidió salir de la tienda. Se dirigió a ver a su padre, pues Kurn estaba en el campo de batalla.

Ya no se oían desde el campamento los gritos ni los sonidos provenientes de la costa, ya que los soldados del norte estaban muy mermados y las fuerzas amigas los hacían retroceder cada vez más. Los jefes de armas apostaban a que pronto lograrían acabar con ellos o, al menos, devolverlos a las tierras

del norte. Lo raro era que nadie había visto a Magnus durante las largas semanas en que se venía librando la guerra, y eso seguía extrañando al chico.

Deambuló absorto en sus pensamientos hasta que se topó con una pequeña tienda custodiada por un soldado; debía de ser la improvisada prisión de Varis. Se acercó al hombre armado situado en la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, señor —respondió el centinela.

—Me gustaría hablar con el prisionero.

El soldado dudó un instante y miró a su alrededor inseguro.

—No está permitido que nadie le visite, señor —contestó nervioso.

Ansol recapacitó un instante mientras observaba el rostro intranquilo de su interlocutor. De pronto recordó algo que Kurn le había comentado.

—¿Dónde está el otro guardia? —inquirió en tono acusatorio.

El guardia, visiblemente nervioso, se movió hacia su derecha tapando

la entrada de la tienda. Carraspeó un poco para aclararse la voz.

—¿El otro guardia? No sé a qué se refiere.

Ansol se puso tenso. Se adelantó un paso para tratar de acceder al interior de la tienda. El guardia quiso impedirlo, pero el joven se le encaró.

El hombre se apartó con la cabeza gacha.

Un candelabro con dos velas iluminaba el oscuro recinto. Ansol parpadeó varias veces para acostumbrarse a la penumbra. Al cabo de un instante descubrió un rayo de luz que penetraba por el lado opuesto, donde la tela roja con la que estaba construida la tienda había sido rasgada, colándose a través de aquella abertura los calurosos rayos del sol de verano.

Miró en todas direcciones, esperando encontrarse con la astuta y enloquecida mirada de Varis pero, para su sorpresa, lo que descubrió fue un cuerpo inerte boca abajo en el suelo. Se apresuró a darle la vuelta y comprendió lo que sucedía.

Salió furioso de la tienda y agarró de la pechera al asustado guardia.

—¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con él?

El guardia abrió mucho los ojos, sin saber qué responder.

—Yo… No lo sé, señor —acertó a decir.

—¿Cómo que no lo sabes?

Los gritos de Ansol hicieron acudir a varios soldados. Uno de ellos se apresuró en llamar al rey y al conde de Bris. Cuando los nobles y el rey

Fredo llegaron, Ansol aún sacudía con violencia al guardia.

—¿Qué ocurre? —gritó indignado el rey.

El joven se volvió hacia los numerosos rostros que lo observaban y vio a su padre haciéndole señas para que soltara al hombre.

—Varis no ésta —escupió enojado mientras soltaba por fin al guardia, al que dio un fuerte empujón.

—¿Cómo que no está? —exigió saber Fredo.

El Caste de Bris entró en la tienda y cuando salió su rostro cerúleo dejaba claro lo que sucedía.

—El otro guardia yace muerto dentro —continuó Ansol—. Éste de aquí estaba en la puerta.

El hombre temblaba de miedo a los pies de Ansol. Levantó la cabeza para mirar al rey, y el tono severo y autoritario de su rostro le hizo derrumbarse.

—¡Lo siento, mi señor! —dijo implorante mientras se ponía de rodillas—. Varis nos prometió riquezas y tierras si le ayudábamos a morir.

Dijo que, si le proporcionábamos una daga con la que poder acabar con su vida, nos dejaría todo su oro. Yo al principio me negué, pero Guston tiene cinco hijos, su mujer ha muerto, y….

El guardia sollozaba, arrepentido por lo que había hecho.

—¿Dónde está Varis?

—No lo sé, señor. Guston entró en la tienda para asegurarse de que le cedía todas sus propiedades antes de darse muerte, y me ordenó que vigilara la entrada.

—Pero Varis lo ha matado con la daga que le ha proporcionado, y ha escapado —añadió el conde de Bris, resumiendo lo que con toda probabilidad había sucedido.

El rey Fredo montó el cólera y comenzó a dar órdenes a los soldados que se encontraban cerca para formar una partida de búsqueda. Varis no podría estar muy lejos, y las órdenes eran claras: atraparlo vivo o muerto.

El conde de Bris ordenó a Ansol que volviera a su tienda y asignó un soldado que lo acompañaría. No quería arriesgar la vida de su hijo ahora que Varis estaba libre. Pero Ansol sabía que el sobrino del conde estaría muy lejos, escondido en alguna gruta o en la profundidad de un bosque.

Aunque era consciente de que continuaba siendo un peligro.

Al día siguiente, agobiado por la presencia constante de su acompañante, decidió deshacerse de la carabina que le habían asignado y escapó de la tienda donde casi lo tenían retenido. Se

escabulló al abrigo de las primeras luces del alba y consiguió evadir a los centinelas apostados en el límite del campamento. Se dirigió al cercado donde los caballos eran atendidos y buscó infatigable hasta que logró encontrar a Niebla. El animal, que lo reconoció nada más verlo acercarse, relinchó sacudiendo la cabeza a modo de saludo. El chico se abrazó a su cuello y le acarició el lomo con cariño.

—¿Te apetece dar un paseo?

El caballo relinchó. Deseaba cabalgar a lomos de Niebla lejos de allí para pensar con tranquilidad. No tenía tiempo de acudir al establo a coger la silla de montar, así que se encaramó con cierta dificultad a lomos de su caballo, ya que la herida del costado aún no se había curado del todo, y salieron con cautela del bosque.

Cabalgaron por un polvoriento sendero que serpenteaba a través de verdes campos. Pronto Ansol comenzó a sentirse mejor, así que espoleó a Niebla más animado. Sin rumbo fijo, se dirigieron en dirección al horizonte por donde el sol despertaba de su letargo nocturno. El chico disfrutaba del azote del aire frío de la mañana en el rostro y sonrió por primera vez en varios días. De pronto un halo de tristeza atravesó el corazón del joven mientras su rostro se tensaba. Tiró de las crines del caballo para detenerlo.

Niebla coceó el sendero molesto.

Ansol descubrió el sotobosque donde días atrás la pequeña partida liderada por el conde Solsein había sufrido una emboscada. Recordó con cierto pesar el momento en que vio caer a su suegro del caballo, el instante en que lo perdió de vista para siempre. Condujo a Niebla hacia allí y penetró despacio, atento a cualquier sonido o movimiento. Se alegraba de haber llevado su espada con él. La desenfundó y se internó más al este, hacia el claro donde tuvo lugar la emboscada.

Con extremo sigilo, el chico se dirigió hacia el preciso lugar donde debería haber estado el cuerpo de su suegro. Sabía que no iba a encontrarlo allí, pues al día siguiente del incidente un grupo de soldados del sur regresó para recuperar los cuerpos de sus amigos y compañeros, aunque no lograron encontrar el de Jum Solsein. Las malas lenguas comentaban que los soldados del norte se lo habían llevado como trofeo, para poder demostrar a Magnus que habían abatido a uno de los nobles del sur.

Aquel pensamiento le revolvió el estómago. Descabalgó y se arrodilló en el lugar donde debía haber yacido su suegro. Tomó un puñado de

tierra y la apretó en la mano con rabia. Hundió la cabeza en el pecho y lloró. No podía dejar de culparse por no haberle ayudado. Qué le diría a Amira cuando volviera a tenerla frente a frente, cómo iba a explicarle que no hizo nada por salvar la vida de su padre.

De pronto Niebla relinchó nervioso. El chico se sobresaltó y se puso en pie de un salto. Se enjugó las lágrimas y agarró con fuerza la espada. Miró en todas direcciones, pero no oyó nada. Se volvió hacia su caballo y entonces supo que algo sucedía. Las orejas estiradas del animal eran indicio suficiente de que había percibido algo, así que se esforzó por distinguir los sonidos de su alrededor.

Entonces escuchó un rumor lejano, apenas audible. Parecían cascos de caballo. ¡Otra emboscada! Palmeó a Niebla para se le alejara lo más posible y se escondió tras unos matorrales espinosos. Aferraba con fuerza su espada mientras esperaba que el sonido se acercase.

***

El sombrío ánimo de Magnus lo había vuelto más violento.

Continuamente enfadado a causa del retraso de sus barcos, maldecía una y mil veces los inexistentes vientos de alta mar, pagando su rabia y frustración con el primer hombre que se cruzara en su camino.

Edmen permanecía cada vez más tiempo en la bodega del barco, escondido de la vista de todos. Apenas comía ni dormía, concentrado en un hechizo que lo debilitaba cada vez más.

Aquella mañana el cocinero de la embarcación, un hombre robusto y bajito bastante amable, se acercó hasta el camastro del mago para llevarle personalmente el desayuno. Edmen se sobresaltó cuando lo vio de pie frente a él.

—¿Qué deseas?

—Señor, he observado que desde hace varios días no probáis bocado.

—No tengo apetito —respondió Edmen malhumorado.

—Señor —el cocinero miró a su alrededor antes de bajar la voz—, será mejor que recupere usted fuerzas. Las va a necesitar.

Edmen se sorprendió con aquellas palabras y miró con los ojos muy abiertos aquel rostro rechoncho y colorado que le sonreía.

—Se que tiene usted una tarea importante que llevar a cabo para librarnos a todos de esta estúpida guerra, señor —continuó el hombre—.

Pero no logrará llevarla a cabo si muerte antes por inanición.

El cocinero dejó sobre la mesita la bandeja con el desayuno y se alejó sin añadir nada más.

El mago no salía de su asombro. Lo vio marcharse con aquel alegre vaivén mientras tarareaba en voz baja una melodía. Desvió asustado la mirada hacia su mano. Temía que en un descuido algún halo de luz se hubiera escapado entre sus dedos y hubiera descubierto el conjuro que estaba realizando desde hacía varios días. Pero nada hacía presagiar que alguien lo hubiera descubierto.

No obstante, aquel hombre tenía razón. Estaba descuidando en exceso su propio cuerpo. Si continuaba así pronto estaría tan debilitado que no podría mantener el conjuro, ni contener a Magnus de ninguna otra forma.

Suspiró cansado. Cerró los ojos y negó con la cabeza. Aquel truco había retrasado el avance del rey del Norte un tiempo, pero no podría detener los barcos mucho más. Debía intentar otra cosa para acabar de una vez por todas con los planes de Magnus. Abrió las manos despacio y un efímero fulgor dorado se apagó de repente.

En ese instante, el barco fue sacudido por una salvaje corriente. Edmen notó cómo el casco de la embarcación cortaba veloz las olas de nuevo, mientras algunos soldados prorrumpían en gritos de alegría. Pero lo que más resonó fue el silencio de la decepción de la mayoría, que no deseaban avanzar hacia un destino aciago.

Se recostó sobre la almohada y tomó un poco de leche. Comenzó a masticar el trozo de pan que le había servido el cocinero y pronto, con el estómago lleno, se sintió invadido por el cansancio. Cerró los ojos y casi sin darse cuenta se quedó dormido. Soñó con un numeroso ejército avanzando a pie y a caballo a través de campiñas y desfiladeros rocosos, en dirección sur. Los escudos y blasones en tonos tierra dejaban claro que aquellos hombres provenían del Reino de Este. Se acercaban a Mulen, cuyo castillo elevado se recortaba a lo lejos con las primeras luces del día.

El reencuentro

Amira se movía incómoda en el sofá. Aferrada a la almohada, se estiraba con dificultad para adoptar una postura más cómoda. Como no lograba encajar en aquel pequeño espacio, se incorporó para sentarse con las piernas recogidas sobre el pecho. Apretó los ojos varias veces mientras se acostumbra a la penumbra de la estancia. Aún no había amanecido pero los rescoldos de la chimenea aportan algo de luz. Le dolía todo el cuerpo, pero no le importa. Se giró complacida hacia la cama, donde el sonido rítmico y aletargado de la respiración de su padre le recordó porqué permanecía allí, y sonrió feliz.

Entonces comprendió que debía tomar una decisión. Llevaba dos días en la casa de Diana y desde que llegó no se había separado del lado de su padre. Habían conversado desde el amanecer hasta que el cansado cuerpo del conde se lo permitía. Había estado cuidando de él con mimo tanto de día como de noche, lo observaba mientras dormía, velaba sus sueños y lo había abrazado a menudo. Pero sabía que debía continuar su viaje. Su padre estaba de acuerdo y, aunque se mostró preocupado por la peligrosa tarea que se había propuesto, se sentía muy orgulloso de ella.

La chica se levantó al fin y tardó unos segundos en atreverse a dar un paso. Caminaba descalza para amortiguar el crujido de sus pasos.

Descendió las escaleras y se acercó a la chimenea de la planta inferior.

—¿Ya estás despierta? —La voz de Erac la sobresaltó.

La miraba desde el otro extremo de la habitación, sentado junto a una ventana que permanecía abierta. Se acercó a su amigo para sentarse a su lado. Se miraron un instante. En los dos últimos días apenas habían cruzado unas palabras, ya que ella no se había separado de su padre y Erac quería respetar la intimidad de su amiga. Observaron a través de la ventana el suave vaivén de las hojas del enorme árbol que coronaba el claro. El dulce aroma de sus flores los reconfortaba.

—¿Partiremos hoy? —preguntó el chico en un susurro.

Amira se volvió hacia él para observar sus facciones a la luz de la luna.

Su angulosa nariz resaltaba bajo el brillo inteligente de sus ojos, que le iluminaba el rostro. Se sintió afortunada de tenerle a su lado y le sonrió con cariño. Erac se removió nervioso y desvió de nuevo la vista

hacia el exterior. Luego la miró de reojo y le sonrió con timidez.

—Creo que ya estoy preparada para marcharme.

Erac asintió.

—Entonces partiremos al alba. Mi madre cuidará de tu padre, no tienes que preocuparte por él.

—Lo sé.

Permanecieron sentados uno junto al otro, observando cómo el claro era invadido poco a poco por la claridad que antecede al alba.

Después del desayuno se prepararon para continuar su viaje. La chica subió al piso superior para despedirse de su padre. Mientras se alejan en dirección oeste por el claro, echó un último vistazo a la cabaña de Diana.

Vio su delgada figura apoyada en el quicio de la puerta, mirando cómo los jóvenes se alejaban. Levantó la mano y la despidió por última vez.

Al llegar al margen del claro, la muralla de enredaderas les cortó el paso.

Amira distinguió maravillada las risas de las traviesas hadas guardianas antes de que la cortina vegetal se apartara hacia un lado. Se adentraron de nuevo en el Bosque Encantado, pero esta vez el corazón de la chica estaba vacío de miedo e inseguridad, por lo que pudo deleitarse descubriendo cada secreto de aquel increíble lugar.

Amira y Erac retomaron su camaradería y disfrutaron de la jornada en el corazón del Bosque Encantado. Se toparon en varias ocasiones con sus extraños habitantes, en su mayoría seres mágicos. Así, la chica descubrió que los gnomos no eran seres feos y endemoniados que robaban el alma de los hombres, sino diminutos personajes, bastante afables, que se esforzaban por mantener las raíces de los árboles limpias, cavando túneles por doquier que servían de respiraderos al rico suelo del Bosque. Y quedó maravillada con la belleza de las ninfas del agua, cuyos esculturales cuerpos se elevaban con gracia sobre las corrientes de los riachuelos.

Al anochecer buscaron un lugar donde pasar la noche y, por primera vez en varios días, logró descansar. Se sumió en un profundo sueño reparador, segura de encontrarse a salvo en aquel lugar junto a Erac.

Por fin, a la mañana siguiente atravesaron la última arboleda del Bosque Encantado y penetraron en el Reino del Oeste. La chica notó cómo se acrecentaban sus nervios al saberse cerca del lugar donde se estaría librando la guerra. Erac le indicó que caminaran en silencio para estar atentos a cualquier sonido o movimiento.

—Podríamos encontrarnos con soldados del norte patrullando la frontera

—le advirtió Erac.

—Entonces sería mejor avanzar lejos del camino —sugirió Amira.

—Sí, tienes razón. Buscaremos refugio cerca de los bosques o la orilla de los ríos, por si tenemos que escondernos de alguna partida.

Entonces un sonoro alboroto se levantó a sus espaldas. Los chicos se colocaron muy juntos, espalda con espalda, atentos al ruido. No llevaban armas, así que estarían indefensos ante cualquier ataque. Muy cerca de ellos, de entre la maleza que se formaba a la entrada de una gruta, asomó un hocico pardo. Los ojos negros del animal buscaron incesantes hasta que se toparon con los de Amira. La chica sonrió aliviada y corrió al encuentro de Jimena. Tras la yegua, la montura negra de Erac apareció desde detrás de unas rocas.

La joven se sintió más tranquila ahora que habían recuperado sus monturas y sus armas. Cabalgaron con sigilo, tal y como habían acordado, buscando el abrigo de los árboles y las zonas rocosas.

Avanzaron deprisa y en silencio, atentos a cualquier indicio de soldados por las inmediaciones. Podrían encontrarse con patrullas amigas, del bando del oeste o del sur, pero era preferible evitar cualquier encuentro por si se topaban con las fuerzas del norte. Cuando la luz de la mañana bañaba el Reino del Oeste, se encontraron cabalgando campo a través por un sendero que recorría un amplio valle.

—Deberíamos alejarnos de esta extensión —dijo Erac nervioso—. Aquí nos verán con facilidad.

—¿Y si nos acercamos a aquel bosque? —propuso la chica señalando hacia su derecha.

Penetraron con cautela en la primera arboleda. Erac desmontó para estudiar el terreno. Descubrió huellas recientes de cascos y le indicó a Amira que tuviera cuidado. Avanzaron con sigilo varios metros hasta

que se encontraron en medio de un amplio claro.

—Será mejor que lo atravesemos con rapidez —le indicó a su amiga—.

Aquí somos presa fácil.

—Según las indicaciones de mi padre, el campamento se levanta un poco más al oeste, en dirección a la costa. Si nos damos prisa, podemos alcanzar el emplazamiento a media tarde.

Tras el asentimiento de su amigo, dirigió su montura hacia el noroeste y espoleó a la yegua, pero no se movió. Sacudió las riendas con energía antes de mirar a Erac sorprendida. El animal se negaba a avanzar.

—¡Vamos Jimena! —le gritó malhumorada—, ¿qué te pasa?

Erac desmontó para acercar su mano al hocico de la yegua. Entonces un relincho no muy lejano puso en tensión a los jóvenes.

—¡Amira, vete!

—¿Y qué pasa contigo?

—Me quedo a pelear y tú huyes —le dijo muy serio.

—¡No!

Amira desmontó para colocarse junto a su amigo, espada en mano. Erac se encaró con ella.

—Yo me quedo y tú corres hacia el campamento para avisar al rey,

¿entiendes?

La chica lo miró un breve instante; sabía lo mucho que se jugaban a esas alturas. Asintió de mala gana antes de recoger las riendas y montar de nuevo. Pero una vez que hubo dejado el claro atrás no pudo evitar detenerse. Jimena dio varias vueltas antes de encabritarse. Amira bajó de un salto para empujarla detrás de un árbol. Se acercó un poco más al claro y se apostó junto a un tronco, con el arco cargado.

Tenía en su línea de visión a Erac, que permanecía de pie en medio del claro atento a cualquier sonido. Aunque se encontraba a cierta distancia, estaba segura de poder alcanzar al enemigo con sus flechas desde allí, y después tendría tiempo de salir al trote antes de que los

soldados del norte pudieran darle caza. Aunque sabía que su amigo tenía razón y debería haberse dirigido directamente hacia el campamento, no podía dejarlo a su suerte.

Atisbó el lugar en todas direcciones, nerviosa. Se concentró en Erac y observó sus movimientos. El chico se giró hacia un lado para colocarse de frente, en posición de defensa. Entonces vio una sombra aparecer veloz en el claro antes de escuchar el rugir de las espadas. Amira se estiró en su

posición y cerró el ojo izquierdo, apuntando la flecha hacia el hombre que se enfrentaba a Erac. No podía verle bien, pero no vestía de negro.

Erac atacaba con su espada y su contrincante, bastante diestro en la lucha cuerpo a cuerpo, se desentendía de todas las estocadas de su amigo. La chica bajó el arco y se acercó un poco más. Tenía a tiro al recién llegado, que le daba la espalda. Tensó de nuevo el arco y centró su línea de visión.

Entonces algo en su interior estalló, dejándola petrificada. Con la boca muy abierta dejó caer el arco a sus pies y comenzó a acercarse vacilante al claro. Cada vez estaba más cerca del lugar donde se producía el enfrentamiento. La lucha estaba bastante igualada, pero Erac tropezó con una piedra y su contrincante aprovechó la ocasión. Justo cuando se disponía a clavar su espada en el pecho de su amigo, Amira salió corriendo hacia ellos. Habría reconocido aquellos movimientos, aquella silueta, en cualquier parte.

—¡No!

Erac se volvió horrorizado hacia ella con el brazo extendido y le gritó que se alejara. Entonces miró al rostro a su contrincante y pudo ver la más absoluta sorpresa reflejada en sus ojos azules. La chica se colocó a la carrera entre ambos para interponerse entre el soldado y su amigo, que seguía en el suelo. Un tenso silencio, cargado de confusión, reinó en el claro. Ninguno se atrevía a moverse. Erac, totalmente perdido en los acontecimientos, se incorporó lentamente.

Amira seguía clavada en el sitio sosteniendo la mirada del joven. El chico, visiblemente aturdido, dejó caer la espada al tiempo que comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos. Sus labios se entreabrieron y al fin pudo hablar.

—¿Amira?

Erac saltó en su sitio sin comprender nada. Notó que su amiga se

movía hacia el joven para lanzarse a sus brazos. Él le acarició el rostro con suavidad antes de besarla con una pasión desmedida. Amira le correspondió con ansias. Erac se movió incómodo, sin comprender nada. Finalmente, la chica se giró hacia su amigo, que no salía del estupor.

—Este es Ansol, mi prometido.

Erac trastrabilló, pero se esforzó por recomponerse de la sorpresa para que su amiga no notara el duro golpe que acababa de recibir. Sin embargo,

ella no se percató de la tristeza que comenzaba a anidar en el corazón de su amigo.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Ansol sin dejar de apretarla contra su cuerpo y acariciarla.

—Es una larga historia —contestó ella tras un corto beso—. Debemos llegar al campamento para hablar con el rey Fredo y el resto de nobles.

Tengo algo muy importante que contarles.

El chico sabía que algo muy grave debía haber sucedido para que Amira hubiese ido hasta allí.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? —inquirió asustado.

—Aún no, pero sucederá si no lo remediamos.

—No te entiendo.

—Magnus se dirige hacia el sur para invadirnos.

Aquellas palabras resonaron con fuerza en la mente de Ansol. Sus temores eran ciertos: el rey del norte los mantenía entretenidos en una guerra inútil con el único fin de atacar desde otra posición. Por eso no había aparecido en la contienda. Todo encajaba a la perfección.

—Por eso estás aquí, para avisarnos —comprendió Ansol, y le sonrió con argullo.

—La frontera está custodiada por soldados del norte, así que no podemos enviaros noticias —continuó Amira—. No sabemos cómo, pero interceptaban todas nuestras comunicaciones.

—Yo sí lo sé —dijo Ansol muy serio—. Magnus cuenta con ayuda…

digamos extraordinaria.

Erac se acercó a al joven con el rostro demudado.

—¿Extraordinaria? ¿Qué significa eso?

—Vais a creer que estoy loco, pero hemos descubierto que a Magnus lo acompaña un mago, un hombre que posee ciertas virtudes sobre los elementos y que lo está ayudando en su conquista.

Ansol miró alternativamente a Amira y a Erac, esperando una reacción a sus palabras, pero los jóvenes no se inmutaron, aunque a Erac le intranquilizó la noticia. Ansol entornó los ojos para mirarlos extrañado. Su novia le sonrió con complicidad y se acercó a su amigo.

—Cuando os marchasteis, una avanzadilla de soldados del norte intentó desembarcar en Álcorin. Por suerte no lograron gran cosa, aunque sí medir nuestras fuerzas. Así Magnus comprendió que el Reino del Sur no cuenta

con suficientes soldados para repeler una invasión, que es lo que pretende en estos momentos. —Amira resopló disgustada al recordar lo sucedido en la costa—. Me entrevisté con la reina Térnabi y me ofrecí para ir al Reino del Este a pedir ayuda al rey Petis, y después venir aquí para poneros sobre aviso de todo lo que estaba sucediendo.

—Podría haber enviado soldados y no dejarte viajar sola —protestó Ansol descontento.

—Supuse que los soldados llamarían más la atención de Magnus que una chica. — Miró a su amigo—. Aunque debo reconocer, que no podría haber llegado tan lejos de no ser por la ayuda de Erac.

—Entonces debo darte las gracias —le dijo Ansol con sinceridad—. Y

yo tratando de matarte… Perdóname.

Erac sonrió incómodo.

—¿De dónde venís?

—De Colanis. Conseguimos la ayuda del rey Petis y a estas horas un numeroso ejército de soldados del este debe estar llegando a la capital de nuestro reino.

Ansol no pudo reprimir una carcajada. De pronto se puso serio.

—Entonces, ¿por dónde habéis cruzado la frontera?

Amira y Erac se miraron un instante.

—Hemos atravesado el Bosque Encantado —le confesó. Ansol retrocedió un paso, muy sorprendido—. Te contaré todos los detalles más adelante, pero ahora tenemos que ver al rey.

El chico se quedó clavado en el sitio, con la mirada baja. No sabía cómo abordar el tema, menos aún con aquel extraño delante, pero sería peor esperar. Tomó con suavidad las manos de Amira para mirarla a los ojos.

Tragó saliva y reunió el valor suficiente para relatarle lo acontecido en ese claro unos días atrás. La chica esperó a que Ansol le contara la historia, pero antes de que terminara puso un dedo sobre sus labios y le sonrió con ternura.

—No debes culparte, estoy segura de que no pudiste hacer nada por evitarlo. Además, mi padre se encuentra a salvo no muy lejos de aquí.

Su prometido abrió los ojos de par en par.

—Una sanadora lo encontró moribundo y lo ha estado cuidando en su cabaña. De camino hacia aquí he podido pasar un tiempo con él y te

aseguro que se encuentra bien. Como he dicho, ya habrá tiempo de contarte todos los detalles, pero ahora tenemos que ir con el rey.

Ansol asintió. Los tres jóvenes montaron en sus caballos para cabalgar lo más rápido posible hacia el campamento. Erac se situó en la retaguardia, sombrío y apocado. No dejaba de preguntarse quién sería aquel mago del que había hablado Ansol. Pero lo que más lo atormentaba era el sentimiento ácido y doloroso que se había asentado en la boca de estómago cuando vio a Amira besando a su prometido. Hasta ese mismo instante no era consciente de los fuertes sentimientos que desarrollaba por la chica, ni siquiera había sabido distinguirlos. Se sentía torpe y estúpido.

Pronto recorrían el campamento en dirección a la carpa real. No se entretuvieron en dejar sus monturas en el cercado destinado a los animales, así que causaron un gran revuelo cuando entraron en el campamento a caballo. Muchos soldados se arremolinaron cerca, esperando averiguar cuál era el motivo que los había llevado hasta

allí. Algunos de los soldados del ejército de los Solsein reconocieron enseguida a Amira y los rumores se desataron como truenos en una tormenta.

Ansol entró en primer lugar y recorrió con la mirada la estancia.

Descubrió muy cerca a su padre discutiendo acaloradamente con otros nobles, mientras el rey los observaba taciturno. Estaba claro que aún no habían encontrado a Varis y el mal humor del conde de Bris había empeorado. El chico avanzó hasta colocarse frente al rey. Fredo levantó la vista de golpe, sobresaltado.

—Ansol —dijo el rey, y la discusión acalorada de los condes cesó al instante.

—Majestad, tenéis visita.

El chico se acercó a la entrada de la carpa para apartar una de las telas que hacía de puerta, dejando pasar a Amira y a Erac. La chica se situó frente al rey e hizo una leve reverencia. Erac permaneció unos pasos por detrás, pegado a la lona que hacía las veces de pared, mientras recorría con la mirada a los presentes. Los nobles y jefes de armas se quedaron de piedra cuando reconocieron a la joven, y poco a poco fueron acercándose para poder escuchar la conversación.

—Amira Solsein —dijo el rey sorprendido—. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Amira! —la saludó efusivo Caste de Bris, que se acercó para abrazarla.

La joven le devolvió el saludo con el mismo cariño. El conde la sujetó por los brazos para mirarla a los ojos. La chica descubrió la pena que cargaba su viejo corazón, a buen seguro por la supuesta pérdida de su padre.

No pudo reprimirse y le susurró:

—No te preocupes, mi padre se encuentra a salvo. He pasado con él dos días y se pondrá bien pronto. Ya habrá tiempo de contártelo todo, pero no sufras más porque no nos ha abandonado.

El conde de Bris la miró con lágrimas en los ojos. La abrazó de nuevo antes de colocarse a su lado. Amira se encaró con el rey, que esperaba paciente.

—Majestad, vengo desde nuestro reino con un encargo de la reina

Térnabi —comenzó con solemnidad—. No teníamos noticias de nuestros ejércitos y la frontera estaba custodiada por tropas del norte, así que la reina, y yo misma, creímos conveniente que la tarea la realizase una joven viajera que no levantara sospechas.

El rey Fredo escuchaba a Amira sin interrumpirla, deseoso de saber qué terrible acontecimiento había empujado a su esposa, y a aquella chica, a tan peligrosa tarea. En ese instante una figura entró en la carpa, donde el más absoluto silencio sostenía las palabras de la joven. El rey Ulter, que había sido avisado por sus hombres sobre un posible altercado en el campamento, acudió raudo al encuentro de su aliado y se situó junto al rey del sur sin interrumpir el relato.

—En primer lugar, debía acudir al Reino del Este para exigir al rey Petis que cumpliera el pacto que une a los reinos aliados. Pero el rey me negó la ayuda exigida, por lo que nos encaminamos hacia el oeste, al encuentro de nuestro ejército, cuando nos topamos con un grupo de soldados del norte que custodiaban un prisionero en un bosque cercano a la frontera. Resultó ser la hija del rey Petis. Por eso había negado su ayuda, pues lo amenazaron con acabar con la vida de su primogénita si se atrevía a unir sus fuerzas a la causa aliada.

El rey Ulter bufó desairado. Algunos nobles susurraron palabras enfurecidas y Fredo alzó la mano para indicar que guardaran silencio. Le pidió a la chica con un gesto que continuase.

—Rescatamos a la princesa y la llevamos de vuelta a Colanis; entonces el rey accedió a enviar sus ejércitos al Reino del Sur.

Un rumor generalizado se hizo con la estancia. Amira se sorprendió al comprobar lo rápido que la algarabía inundaba la carpa real. Paseó la mirada por la estancia para descubrir a los nobles y jefes de armas discutiendo de manera alborotada. No se entendía a nadie, sólo se escuchaba un murmullo incesante y molesto. De pronto el rey Fredo se puso en pie y los demás callaron. Era innegable su autoridad.

—¿Y por qué el rey Petis ha enviado sus ejércitos al sur? —La voz del rey Ulter sonó molesta—. Es aquí donde se libra la guerra, así que sus tropas deberían haberse dirigido aquí.

Amira miró a Fredo, dispuesta a desvelar al fin el motivo de su viaje.

—Porque Magnus se dirige ahora mismo hacia el sur, para invadir nuestro reino.

Las palabras de la joven causaron un tremendo estruendo. La carpa

real se convirtió de nuevo en un incomprensible y ruidoso desorden. Algunos jefes de armas, que llevaban semanas intentando convencer al resto para enviar tropas de vuelta al sur, gritaban enojados. Otros, que ponían en duda las palabras de la chica, gritaban ofendidos. El propio rey Fredo discutía acaloradamente con su homólogo del oeste.

De pronto un ruido ensordecedor se escuchó al fondo de la carpa. Un silencio sepulcral se hizo dueño de la estancia antes de que los hombres y mujeres allí reunidos se volvieran sorprendidos hacia el lugar de donde provenía el ruido. Multitud de ojos se fijaron en un joven alto y delgado, de ojos oscuros como una noche sin luna y angulosa nariz que resaltaba en un rostro enrojecido por la ira. Erac aún sujetaba la bandeja con la que había golpeado una de las mesitas, provocando un desagradable sonido metálico que resonó varios segundos.

—Deberíais escuchar lo que tiene que decir en vez de cacarear como gallinas estúpidas —dijo visiblemente enfadado.

El chico, poco acostumbrado a las formas y normas de protocolo para dirigirse a gente de alto linaje, no pudo soportar más la falta de respeto hacia su amiga. Amira ahogó una carcajada cuando el rey Fredo, aturdido por la manera tan hosca que había tenido el muchacho de dirigirse a ellos, pidió silencio para que ella terminara de explicarse. Ansol se colocó junto a Erac y se apoyó en el respaldar de un sillón, dispuesto a echarle una mano si alguno de los nobles pretendía reprenderlo, pero nadie parecía prestarle

atención ahora que Amira continuaba relatando lo acontecido en el Reino del Sur.

—Poco después de que nuestros ejércitos partieran hacia el oeste, una avanzadilla de soldados del norte desembarcó en Álcorin. Todo quedó en una escaramuza, ya que los hombres y mujeres de las zonas costeras consiguieron repeler el ataque y capturar al jefe de armas que los dirigía.

Pero ese hombre dejó claro que aquello había supuesto sólo una manera de medir nuestras fuerzas y que ahora que habían comprobado que el Reino del Sur no contaba con suficientes soldados, Magnus muy pronto desembarcaría en nuestras costas para hacerse con el reino.

El rey Fredo se dejó caer pálido sobre su sillón. Los nobles se miraron alternativamente sin atreverse a decir nada. Por su parte, el rey Ulter,

que se había mostrado bastante desairado al conocer que las fuerzas del este habían partido en ayuda del sur, parecía avergonzado. Colocó una mano sobre el hombro de su homónimo.

El más absoluto silencio reinó en la carpa real tanto tiempo que a Amira se le antojó una eternidad. Los nobles y jefes de armas miraban expectantes al rey, sin atreverse a pronunciar palabra. Se volvió disimuladamente hacia Ansol y descubrió aprobación en su mirada. Erac permanecía atento a los rostros de los reyes, entornando los ojos como si lograse ver más allá de lo que los demás percibían. Finalmente, Fredo se levantó y, tras encararse con el rey del oeste —que asintió de manera imperceptible—, se dirigió a sus súbditos.

—Ante las noticias traídas por la hija del conde Solsein, debemos reorganizar nuestras tropas para enviar parte de nuestro ejército de vuelta al sur, a fin de defendernos del ataque de Magnus.

Los nobles asintieron al unísono. Aquello sorprendió a Amira, que había esperado voces a favor y en contra de la decisión del rey, y esa algarabía inundando de nuevo la carpa.

—Dejaremos aquí algunas tropas para apoyar al rey Ulter, sobre todo ahora que el ejército del norte parece estar replegándose. —El rey Fredo miró a su aliado—. Pero yo partiré al frente del resto de nuestro ejército de vuelta al sur.

Ulter agradeció el gesto a su aliado. Tras estrecharle la mano y cruzar algunas palabras, salió de la carpa para dejar al rey del sur reorganizar sus fuerzas.

Ansol se acercó a su prometida y le apretó la mano. Le hizo un gesto a Erac y abandonaron la carpa. Se dirigieron a la tienda del soldado. Allí les ofrecieron comida y bebida. Conversaron un rato sobre los detalles del viaje que habían hecho, aunque Erac habló poco. Se limitó a engullir el estofado ajeno a la conversación, absorto en sus propios pensamientos. Parecía distante, aunque la chica, feliz de estar de nuevo con Ansol, no reparó en ello.

Bien avanzada la tarde, se marchó a la tienda que compartían las soldados del sur para asearse y descansar un poco. Erac miró a Ansol un instante. Su amiga le había hablado tanto de él que casi le conocía. Debía reconocer que lo admiraba en secreto. Se habían enfrentado en el bosque esa misma mañana y, pese a tener una herida de cierta gravedad que entorpecía sus movimientos, habría acabado con su vida si Amira no hubiera intervenido. No comprendía por qué se sentía tan

perdido e inseguro, pero sospechaba que tenía que ver con la chica. Nunca había tenido aquella sensación que lo quemaba por dentro y que a veces le impedía respirar. Necesitaba pensar, estar sólo para analizar aquellos sentimientos encontrados. Ansol rompió el silencio:

—Quiero darte las gracias por haber acompañado a Amira. Ella es lo más importante en mi vida, así que estoy en deuda contigo.

Sus palabras desarmaron por completo a Erac. Necesitaba desviar la conversación, hablar de otra cosa que no fuera Amira. Le aterraba pensar que aquel chico pudiera descubrir lo que sentía por ella, sobre todo porque ni él mismo lo sabía aún. Entonces recordó algo que les había contado en el bosque.

—Dijiste que Magnus está acompañado de un mago. ¿Cómo sabes que es mago?

—Sé que parece una locura. Mi amigo partió hacia la frontera para averiguar por qué nuestras comunicaciones se habían interrumpido, y fue él quien vio con sus propios ojos cómo de las llamas de un fuego surgía la figura de Magnus, que dio órdenes a sus soldados antes de desaparecer tan rápido como había surgido. ¿Qué otra cosa puede ser sino magia?

Erac recapacitó un momento.

—¿Estás seguro de eso?

—El hombre que me lo contó es mi mejor amigo y le confiaría mi vida, no he dudado nunca de su palabra.

—No quería decir que tu amigo mintiera, es sólo que ese conjuro…

—Erac se arrepintió de sus últimas palabras—. ¿Pudo ver al mago?

—No, sólo a Magnus surgir de las llamas. Pero seguro que es cosa de magia porque nadie, aparte de un mago, podría realizar semejante hazaña.

—Y no cualquier mago.

Erac se quedó pensativo, repasando mentalmente las escasas conversaciones que había tenido con su madre sobre otros semejantes. Creía haberla oído hablar de alguien capaz de realizar conjuros para controlar los elementos, pero no lograba recordarlo todo.

—Si deseas descansar, he mandado que te preparen un camastro en mi tienda.

La voz de Ansol devolvió a Erac a la realidad.

—¡Oh! Gracias, sí que me vendría bien descansar un rato. Nos veremos en la cena.

Erac se retiró al interior de la tienda para buscar un poco de soledad y poner en orden sus ideas. Se concentró en la noticia sobre el supuesto mago que acompañaba a Magnus y aparcó deliberadamente su alocado corazón.

Ansol, tras asearse y cambiarse de ropa, fue en busca de Amira. El sonido lejano de la cuerna de la tarde acompañó sus pasos. Ese día la guerra quedaba muy lejos. Sólo pensaba en su novia, en tenerla lo más cerca posible, abrazarla y besarla antes de verla partir. La encontró a la entrada de su tienda.

—Iba a buscarte.

—Ven conmigo —le dijo cogiéndola de la mano y giñando un ojo.

La condujo a toda prisa a través del campamento. Dejaron atrás la carpa de los sanadores para adentrarse en el bosque. Luego la guio a través de la espesura hasta una pequeña loma. Se sentaron al abrigo de unas rocas, mirando hacia el pequeño valle que se extendía donde terminaba el bosque.

Abajo, las luces comenzaban a inundar el campamento de las tropas aliadas.

Las fogatas y las antorchas iluminaban la escena a medida que el sol descendía por el horizonte. Ansol pasó su brazo por la cintura de la chica y la apretó contra él. Ella le correspondió con un beso.

Se miraron sin pronunciar una palabra y el deseo contenido dio paso a la más absoluta pasión. Disfrutaron de las caricias, los besos furtivos, del tacto de sus cuerpos desnudos. Se entregaron el uno al otro como nunca lo habían hecho. Ansol recorrió con sus labios cada centímetro de la piel de su novia,

mientras ella trataba de ahogar suspiros jadeantes. La noche estrellada los descubrió desnudos y empapados en sudor.

Tumbados sobre la hierba, Ansol abrazaba a Amira, que estaba

recostada sobre su pecho. La chica escuchaba los latidos del corazón de su prometido mientras sentía su cuerpo adormecido. Poco a poco el murmullo del campamento los devolvió a la realidad.

—Deberíamos volver.

—Sí, deberíamos.

Pero permanecieron un rato más tumbados.

—Iré al sur en cuanto nuestro ejército decida partir —dijo Amira sin ocultar su tristeza.

—Yo tengo que quedarme hasta que los soldados del norte sean derrotados definitivamente. Pero no soportaré volver a despedirme de ti.

—Nos reuniremos muy pronto. —Amira lo besó con suavidad en los labios, empapándose de su sabor—. Tienes prometerme que vas a seguir con vida, que regresarás a mi lado.

—Te hice una promesa y pienso cumplirla —le respondió Ansol.

Y ella le creyó.

Comenzaron a descender la loma de vuelta al campamento. Cuando llegaron a la tienda Erac se encontraba a solas cerca de la hoguera. Vio a Amira acercarse a un expectante Kurn, que la recibió con los brazos abiertos. Notó el acalorado tono sonrosado en sus mejillas y sus ojos brillaban cuando buscaba la mirada cómplice de su prometido, que la observaba embelesado. Notó un calor ahogado en el estómago al tiempo que una punzada de dolor le atravesaba de pies a cabeza. Con disimulo, se alejó antes de que su amiga pudiera darse cuenta.

Kurn los condujo a la mesa y ordenó que les sirvieran la cena. El resto de soldados allí reunidos jugaban a las cartas o coreaban canciones de la tierra.

El conde de Bris se les unió poco después. Conversaron animadamente mientras las risas entonaban los sonidos de la noche. Cuando la mayoría de los acompañantes se habían retirado a sus camastros, Caste les informó sobre la reunión con el rey.

—Al alba un buen número de tropas partirán de vuelta al sur. La mayoría se dirigirán hacia la costa para prestar apoyo al ejército del este.

—Esperemos que lleguen a tiempo —susurró Kurn taciturno.

—No seas pájaro de mal agüero —lo amonestó Ansol.

—Yo también me marcho. Mi madre va a necesitar ayuda. Y seguro que a Prud tampoco le vendría mal —dijo Amira esbozando una sonrisa cansada.

Ansol acompañó a su prometida a la tienda donde pasaría la noche. El campamento era un hervidero de preparativos, pese a las horas intempestivas, mientras se disponía todo para la inminente partida.

—Ten cuidado —le pidió Ansol angustiado.

—No te preocupes por mí. Eres tú el que más peligro corre en el campo de batalla. Además, supongo que Erac me acompañará.

Entonces la chica miró la hoguera que llameaba frente a la tienda de Ansol.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Es que he olvidado decirle a Erac que mañana vuelvo al sur.

—Espera aquí.

Ansol entró en su tienda y regresó enseguida junto a ella.

—No está en su cama. Kurn dice que cruzó algunas palabras con él durante la cena, pero que luego no lo ha vuelto a ver.

—Seguro que está escondido en el bosque —rio Amira conociendo el carácter de su amigo—. No está muy cómodo rodeado de gente.

—Es un personaje peculiar, ¿verdad? Me cae bien.

—Es muy especial —reconoció la chica.

Ansol besó de nuevo a su prometida y se marchó a descansar. La joven se dirigió a la cama que le habían preparado, pero antes de llegar se volvió y salió corriendo en dirección al bosque. Buscó desorientada durante un buen rato, internándose cada vez más en la espesura. Acabó sentada junto a un riachuelo, reprochándose haber dejado solo a Erac.

Decidió volver al campamento cuando un crujido a su espalda la sobresaltó. Se volvió con la daga en la mano.

—¿Qué haces aquí?

Amira suspiró aliviada al ver a Erac.

—Te estaba buscando.

—Deberías estar durmiendo —le respondió él con frialdad.

La chica se acercó para abrazarlo. Erac se quedó petrificado, pero poco a poco su frialdad se desvaneció y, sin darse cuenta, correspondió al afectuoso abrazo de la joven. Amira tiró de él y lo condujo a la orilla del riachuelo. Se sentó en una roca mientras le indicaba que tomara asiento a su

lado. Lo miró a los ojos y se perdió por un momento en la profundidad de aquellos ojos negros como un abismo.

Erac la observaba confundido. Había tenido tiempo de pensar mucho sobre sus sentimientos aquella noche y se había alegrado de estar lejos de ella para poder poner en orden sus ideas. Llegó a la conclusión de que nunca había trabado una amistad tan profunda con nadie y que aquella sensación de amistad la había confundido con algo más serio. Nunca había estado enamorado, así que en realidad no podía saber si aquel sentimiento era amor. No, no estaba enamorado de Amira. Simplemente sentía un cariño sincero por ella, que no era como el amor que ella y Ansol se profesaban.

Seguro de aquella conclusión había vuelto al campamento al atardecer.

Sin embargo, cuando la vio acercarse y descubrió aquel halo que la envolvía, aquella magia que Ansol provocaba en ella, dudó de todo. Se sentía perdido, turbado y desorientado, y odiaba aquella sensación. Por eso se escondió en el bosque, buscando la paz que le proporcionaba la soledad.

Pero esa noche la soledad no lo consoló, y cuando vio a Amira sentada junto al arroyo sintió deseos de correr junto a ella.

—Mañana vuelvo al sur —le dijo Amira desviando la vista. Erac se sorprendió. No se había parado a pensar en qué pasaría una vez que la chica completara su viaje—. Los soldados vuelven a nuestro reino para ayudar a defender las costas de la invasión de Magnus, y debo volver para ayudar a mi madre en todo lo que pueda. Seguramente un buen número de soldados busquen refugio en nuestro castillo.

—Entiendo...

Aquello era una despedida. Su amiga le estaba diciendo que sus caminos se separaban en ese punto. Se sintió tan perdido que notó un súbito mareo.

Bajó la mirada y se perdió en las espumosas aguas del riachuelo.

Amira observó a su amigo y torció el gesto, disgustada. Estaba más callado que de costumbre. Le golpeó el hombro mientras le sonreía de manera cómplice. Erac le devolvió la sonrisa, aunque su mirada permanecía triste. Entonces se atrevió a continuar:

—He pensado que podrías acompañarme al sur. Sé que tendrás mejores cosas que hacer, y lo entenderé si me dices que no. Tu ayuda ha sido decisiva y me has acompañado hasta aquí sin pedir nada a cambio. Estoy abusando de nuestra amistad al pedírtelo, pero creo que aún nos queda

mucho camino que recorrer antes de libranos de la amenaza de Magnus, y me gustaría seguir contando contigo.

La chica hablaba atropelladamente, avergonzada por pedirle a Erac que siguiera a su lado. Pero se había acostumbrado a su compañía y le resultaba doloroso pensar que tuvieran que separarse. Seguro que el chico tenía sus propios planes y después de haberla acompañado hasta allí, tal y como le había prometido, desearía continuar con su vida, donde quiera que le llevase.

—No quiero que te sientas obligado a venir, solo es que creo que podríamos continuar este viaje juntos hasta el final y yo…

—Sí —respondió a toda prisa el joven—. Te acompañaré al sur y te ayudaré en lo que necesites. Cuenta conmigo.

La chica desgranó lentamente las palabras de su amigo y se lanzó a sus brazos contenta. Regresaron al campamento y se despidieron en la puerta de la tienda de ella. Pronto estaba profundamente dormida.

Erac, en cambio, se tumbó en su camastro, pero no consiguió cerrar los ojos. No dejaba de pensar en todo lo que había sucedido aquel día. La tierra había girado tan deprisa bajo sus pies que todavía se sentía mareado. Lo había invadido el pánico cuando creyó que Amira se estaba despidiendo de él. Creyó por un breve instante que no volvería a verla, así que cuando la chica le pidió que la acompañase, no lo dudó un instante.

No sabía muy bien qué clase de sentimientos los conectaban, pero sí tenía claro cuáles eran los que la unían a Ansol, y aquella certeza le hacía daño. Aunque se conformaba con saber que seguiría cerca de ella.

***

Las naves surcaban veloces las olas. Ahora que Edmen no contenía los vientos y las mareas, avanzaban a buen ritmo. Pero el mago se sentía contrariado. Deseaba hacer algo para truncar los planes de Magnus, aunque sabía que debía ser paciente y esperar el momento adecuado.

Al menos volvía a encontrar en sus visones a la chica y su acompañante.

Sabía que habían salido del Bosque Encantado y que habían logrado alcanzar el campamento aliado. Le seguía sorprendiendo el hecho de que hubieran atravesado el Bosque sin contratiempos. Aquel chico era más de lo que aparentaba y el misterio que lo rodeaba era tentador. En los últimos días

se había esforzado por recorrer con su mente tierra, agua, aire y fuego en busca de respuestas, pero no había logrado nada. Algún tipo de conjuro o magia poderosa protegía a aquel muchacho.

Edmen se afanaba en recuperar fuerzas, dispuesto a estar preparado para impedir que los deseos de Magnus se cumpliesen. Seguía escondido en su cubículo, en las entrañas del barco, ajeno a todos. Por suerte el rey apenas le prestaba atención desde que los barcos avanzaban a una velocidad inaudita, empujados por los fuertes vientos. Y agradecía aquel gesto de desprecio de su rey, ya que si le hubiese pedido consejo habría tenido que volver a mentir para evitar decirle que el ejército del este había llegado al Reino del Sur.

No debía tentar más su suerte, porque si Magnus descubría que le estaba mintiendo no lo dudaría un instante antes de tirarlo por la borda y abandonarlo a su suerte en alta mar. Y ahora no podía alejarse de él. Tenía que estar cerca para impedir que lograse su objetivo, y luego podría hacer con él lo que quisiera. Sí, era mejor que Magnus lo ignorase; era preferible que siguiera allí apartado, invisible.

***

Una nube de polvo se levantaba a lo lejos por el camino que descendía la montaña. La reina Térnabi seguía de pie junto al amplio ventanal con la miraba fija en el horizonte. Apenas se había movido desde

hacía horas, observando el avance del ejército.

Sabía que Amira había cumplido con su misión por que las tropas del rey vecino acudían en su ayuda. Había dado orden de que se dispusiera todo lo necesario para acoger al ingente personal que se acercaba hasta Mulen. Se reuniría enseguida con el rey, los nobles y jefes de armas para acordar la partida de las tropas hacia las costas a la mayor brevedad.

La reina se impacienta cada vez más. Le sorprendió lo lento que se le hizo el avance del ejército del este a través de los senderos y caminos de la montaña. Por fin, hacia medio día, el rey Petis se presentó a las puertas del palacio. La guardia real lo acompañó hasta el Salón del Trono, donde Térnabi lo recibió. Su porte, dulce pero resuelto, aportaba grandeza a la figura de aquella mujer, admirada por muchos.

—Bienvenido a mi reino, Petis. Me alegro de poder acogeros entre nuestros muros —le dijo agradecida.

—Siento mi tardanza —se excusó él—. Obligaciones ineludibles me mantenían retenido en mi reino. Pero gracias a la ayuda de una de vuestras súbditas hoy me encuentro aquí.

—¿Dónde se encuentra mi emisaria?

—Me temo que no nos acompaña. Prefirió seguir su camino hacia el oeste.

Térnabi bajó la mirada mientras se frotaba con nerviosismo los dedos.

Petis sonrió de medio lado y se acercó un poco más, rompiendo toda regla de protocolo. Ella lo miró sorprendida.

—No os preocupéis por la muchacha, sabe cuidarse bien. Además, su amigo parece muy capaz, no creo que corra ningún peligro.

—¿Su amigo?

—La acompañaba un joven —informó el rey—. Parecía dispuesto a todo para protegerla, así que no debéis preocuparos.

Térnabi asintió más tranquila. Acompañó a Petis hasta el recibidor y le indicó a uno de los sirvientes que condujera al rey a sus aposentos. Antes de marcharse, le informó de que ordenaría el aprovisionamiento de su ejército, a fin de que pudieran continuar el camino hacia la costa a la mañana siguiente.

El grueso del ejército del este acampaba en una explanada a las afueras de la ciudad, cerca de los muros exteriores. La reina los observó desde el ventanal de su estudio. Se alegraba de contar con su ayuda, pero añoraba la experiencia y el buen hacer de su esposo en aquellas circunstancias.

Nerviosa, paseaba de un lado a otro de la estancia con las manos entrelazadas. Se detuvo frente a un retrato pintado por uno de los artistas más influyentes de la corte. Era una bella escena familiar donde el rey Fredo sostenía en sus brazos a la pequeña princesa. A su lado, la reina sonreía orgullosa. Observó con detenimiento las facciones aniñadas de su hija. Suspiró con determinación y apartó de sí la duda que había atenazado su corazón los últimos días.

Abandonó la habitación y descendió las escaleras para dirigirse al Salón del Trono, donde había convocado a los jefes de armas que habían permanecido en la cuidad, dispuesta a dar las órdenes oportunas. Se preparaban para la guerra, y la librarían con determinación.

Nueva despedida

Los caballos coceaban nerviosos la hierba, relinchando y agitando las crines sin cesar. Los gritos se extendían por todo el campamento, portando órdenes. Un importante ingente de soldados se disponían a partir hacia el sur y el ánimo de los soldados parecía fortalecido. Todos aquellos que habían sido elegidos para emprender el viaje se sentían agradecidos de poder volver a su reino para defenderlo del ataque enemigo.

Amira sujetaba las riendas de su yegua, pero Jimena parecía ignorar las instrucciones de su jinete. Ansol se acercó para sujetarla por el hocico mientras acariciaba su lomo con suavidad. A su lado, Erac vigilaba cada movimiento del chico, deseando alejarse de allí lo antes posible. El caballo negro del muchacho se situó detrás de la yegua de Amira, a la espera de que se emitiera la orden de iniciar la marcha. Había amanecido hacía ya una hora, pero las tropas aún no estaban listas para partir y la espera crispaba los nervios de Erac.

—Volveré pronto —le dijo Ansol a su novia en un susurro.

—¿Lo prometes? —Amira pestañeó con picardía.

Ansol le dedicó una sonrisa cómplice. Erac desvió la mirada, visiblemente incómodo.

Entonces la voz grave de uno de los jefes de armas de los Limonel dio la orden. El rey Fredo encabezaba la comitiva, acompañado por algunos de los nobles. Los soldados espolearon sus monturas y la columna que se había formado a las afueras del campamento comenzó su avance. Amira asintió a su prometido mientras le soltaba la mano.

—Es duro ¿verdad? —Kurn rompió el silencio a su lado.

—¿Por qué no te has ido? —Ansol se giró hacia él con el ceño fruncido—. Tenías la oportunidad de volver a casa y has elegido quedarte.

—Te dije que no te dejaría solo.

—No necesito una niñera —se quejó Ansol.

—Lo sé, pero dadas las circunstancias no te vendrá mal alguien cerca que vigile tu espalda.

El joven recapacitó un momento. Varis aún no había sido localizado y la partida de búsqueda se había suspendido ahora que más de la mitad de los ejércitos del sur volvían a sus tierras. No creía que el viperino sobrino del conde Solsein estuviera cerca, pero debía reconocer que estaba intranquilo.

—Está bien —convino—. Pero sigo pensando que has perdido una oportunidad única para volver a ver a tu esposa.

Ansol le palmeó el hombro y caminaron hacia el campo de batalla.

Tuvieron que recorrer un buen trecho, ya que las tropas enemigas se habían replegado bastante en los últimos días. Cada vez era más frecuente que soldados del norte salieran huyendo antes de entablar combate; se estaba convirtiendo en una especie de costumbre. De nada servían las amenazas de muerte de sus jefes de armas, que no encontraban argumentos tangibles que hicieran quedarse a los soldados desertores.

Era el primer día que Ansol se incorporaba a la contienda después de la grave herida que Varis le había infligido. Descubrió que los días ociosos mientras se recuperaba le habían pasado factura. Sus reflejos eran más lentos que de costumbre, incluso algunos movimientos eran dolorosos. No estaba curado del todo, pero se había empeñado tanto en luchar que su padre se lo había permitido a regañadientes.

Por suerte, los del norte no eran muy diestros en la lucha. Un soldado uniformado de negro se le encaró, espada en mano. El yelmo le quedaba grande y bailoteaba de manera ridícula sobre su cabeza. El peto le quedaba pequeño y apenas le cubría el pecho al completo, y los brazaletes estaban oxidados. Ansol torció el gesto al contemplar el ridículo aspecto de su contrincante. Entonces el hombre cargó contra él apretando los dientes.

Asestó un primer golpe, que Ansol esquivó a duras penas. El sonido de la espada cortando el aire resonó en su cabeza como una advertencia.

Resopló, visiblemente enfadado. Sujetó con fuerza la empuñadura de su espada y asestó una estocada directa al cuello del soldado del norte, que repelió el golpe con la punta de su arma. Los aceros chocaron y el tintineo metálico entonó una melodía bien conocida por el joven. Ansol se movió deprisa hacia un lado para volver a encararse con su contrincante. Estocada tras estocada, mandoble tras mandoble, el soldado del norte parecía deshacerse de todos sus intentos por acabar con él. El chico comenzaba a desesperarse.

Jadeó mientras notaba el sudor recorriendo su frente y espalda. Sujetó con ambas manos la espada, midiendo al hombre. Podría tener la edad de su padre, pero, a diferencia de otros soldados del norte a los que se había enfrentado, éste parecía haber recibido entrenamiento militar. Por un instante temió por su vida. Entonces todo a su alrededor pareció desvanecerse, como si el tiempo se hubiera parado en ese preciso instante.

Pensó en Amira y en la promesa que le había hecho.

El soldado de negro atacó con furia, pero Ansol paró el golpe con la hoja de su espada. Se agachó y asestó un tajo en la rodilla del soldado, del que comenzó a manar sangre. El hombre gritó preso de la ira y el joven intuyó el gran peligro que corría. Se hizo a un lado para retomar la perspectiva. Sin pensarlo, giró sobre sí mismo y hundió su espada en el cuerpo del hombre.

Notó el calor de su sangre recorriéndole el antebrazo y lo miró a los ojos mientras su brillo se apagaba. Sacó la espada del cuerpo inerte para buscar a otro contrincante.

Apenas pasaron unos segundos, unos minutos quizás, cuando un sonido lejano comenzó a tomar forma en su cabeza. Poco a poco reconoció el inconfundible sonido de la cuerna. Se estiró jadeante para mirar a su alrededor. Le dolían todos los músculos y tenía varios cortes sin importancia. Dejó caer la espada a un lado de su cuerpo para apoyarse en ella. La jornada había tocado a su fin, no podía creerlo. ¿Cuándo había perdido la noción del tiempo? Por mucho que pasara alejado del campo de batalla, su instinto guerrero nunca perdía intensidad.

Kurn se reunió con él. Ansol había olvidado la desagradable sensación de la sangre seca sobre su cuerpo y sintió náuseas. Se sentaron junto al fuego que siempre ardía frente a su tienda y se entretuvieron en beber una copa de vino antes de asearse. Pronto estaban disfrutando de una escueta cena.

—Estoy agotado —reconoció Kurn.

—Ahora que hemos reducido el número de soldados, tenemos que hacer el turno completo.

—No me estoy quejando, que conste. —Kurn pronunció las palabras medio en serio medio en broma—. Pero espero que esta absurda guerra termine pronto, porque este ritmo es difícil de aguantar.

—Estoy seguro de que no tardaremos mucho en replegar del todo a las tropas del norte. Cada vez están más acorralados, y cada vez más hombres

desertan de sus filas. Creo que esta guerra terminará pronto.

Kurn bebió un sorbo de vino caliente mientras miraba hipnotizado las llamas de la hoguera.

—Eso espero.

Ansol lo miró extrañado. Intuía un extraño brillo en aquella mirada perdida y observó con detenimiento a su amigo.

—Si tengo que morir en esta guerra, me gustaría que fuera en mi reino

—dijo Kurn devolviéndole la mirada.

—No digas estupideces.

Kurn desvió la mirada. De pronto se levantó para buscar al trovador de su grupo, un joven soldado que amaba la música más que otra cosa. Le pidió que cantara alguna canción picante que hablase de mujeres hermosas y pechos turgentes. Pronto los hombres que los acompañaban a la mesa coreaban la letra subida de tono, mientras reían a carcajadas.

Al cabo de un rato Ansol se retiró a su camastro y se dejó caer agotado.

Con el recuerdo de la calidez de la piel de su prometida en los labios, sucumbió al cansancio y se dejó atrapar por el sueño.

***

Una sombra se movió veloz entre las rocas. La huidiza silueta escudriñaba la oscuridad. Se había acostumbrado a la noche, por eso prefería continuar su camino una vez que el sol se hubiese puesto en el horizonte. Sus ojos oscuros brillaban con una extraña luz, mezcla de ira y locura. Se incorporó de nuevo para avanzar deprisa a través del páramo.

De cuando en cuando se agachaba y olisqueaba el aire. Se alimentaba de cualquier cosa que pudiera coger o cazar, incluso de restos de animales muertos. Había perdido por completo los escrúpulos. Y la cordura.

Oteó de nuevo el oscuro horizonte. Se dirigía hacia el sur con una idea rondándole la cabeza. Había surgido como una leve ascua en una chimenea apagada, pero había ido alimentándola hasta convertirla en un fuego ardiente y destructor.

Sus ropas, andrajosas y sucias, le hacían parecer un fantasma recién salido de la tumba en medio de aquel inmenso paraje. Los lobos, que aullaban no muy lejos, se apartaron de su camino. El hombre sonreía distraído, mirando en todas direcciones.

Continuó avanzando a paso ligero, ajeno a las heridas y ampollas de sus piernas y pies. No sentía frío, ni hambre, ni miedo. En su corazón sólo había cabida para una cosa: la venganza.

Al fin, a lo lejos, vislumbró la silueta de una casa. El humo salía por la chimenea y a través de una de las ventanas intuyó la presencia de gente en su interior. Se acercó deprisa, fuera de sí. Ahogó una siniestra carcajada mientras se acercaba a la edificación. Cuando llegó a la puerta se sacudió el polvo de la ropa y se atusó el pelo. Se irguió para adoptar su natural pose arrogante. Cerró el puño más de lo normal, clavándose las uñas en la palma, y golpeó la puerta.

La madera chirrió antes de que un haz de luz atravesara la oscuridad de aquella noche sin luna. Un rostro pequeño se asomó detrás de la puerta, mientras la voz de una mujer sonaba en el interior.

—¿Quién es, Kilen?

***

Las luces de la noche, consistentes en multitud de hogueras y antorchas, iluminaban el campamento a las afueras de Mulen. Los soldados del este se preparaban para unirse a la guerra, pero el temor a lo desconocido inundaba sus corazones. Apenas se escuchaban voces; más bien se reunían taciturnos y precavidos en torno al fuego. Térnabi pensó en lo mucho que se parecía aquella estampa a la vivida semanas atrás, cuando los ejércitos del sur se congregaron en ese mismo lugar antes de partir hacia el oeste.

—¿Me habéis llamado? —La voz de Petis interrumpió sus pensamientos.

—Sí. Por favor, sentaos.

La reina le indicó que se acercara a la mesa que había situada frente al ventanal mientras le ofrecía una copa de vino. Había hecho llamar al

rey a su estudio para conversar lejos de la seriedad que marcaba el protocolo.

Petis la miró muy serio, tratando de leer entre líneas.

—Quería comentar con vos un asunto delicado —comenzó la reina sin rodeos.

—Decidme.

—He estado dando vueltas toda la tarde a un asunto y deseaba comentarlo con vos, ya que vuestra vasta experiencia militar no tiene comparación con la mía.

Térnabi trataba de adular a Petis, un hombre orgulloso y un tanto engreído. El hombre se acomodó en el sillón y bebió un sorbo de su copa, muy complacido con las palabras de la reina.

—Es cierto que mi entrenamiento ha sido duro desde que era un niño, cuando apenas podía levantar la espada con ambas mano —se jactó.

—Por eso mismo deseaba pediros algo. —La reina se irguió en su asiento para adoptar una pose serena, pero inflexible—. He pensado que sería aconsejable enviar algunas tropas de vuestro ejército hacia la frontera con el oeste.

El rey Petis se atragantó con el vino. Entreabrió la boca para protestar, pero la reina continuó hablando.

—Si mi emisaria, Amira, ha continuado su camino hacia el oeste, a buen seguro que ya se habrá reunido con mi esposo y le habrá puesto al tanto de todo.

Térnabi hablaba despacio para asegurarse de que el rey atisbará sus intenciones.

—Y probablemente Fredo habrá dispuesto la vuelta del ejército, para enfrentar a Magnus desde su propio reino —concluyó Petis.

—Eso creo. Me consta que la frontera con nuestro reino está fuertemente custodiada por los soldados del norte, que la vigilan noche y día.

—Si los soldados del sur tratan de atravesarla para regresar, habrá un duro enfrentamiento. No sabemos cuántos hombres tiene Magnus apostados allí.

Térnabi asentía satisfecha. Había logrado trasmitir su preocupación a Petis, y ahora él se sentiría obligado a ayudarles también desde la frontera.

El rey se levantó de su asiento e inclinó la cabeza.

—Daré las órdenes oportunas para que varias de mis tropas acudan a socorrerlos.

Dicho esto, Petis abandonó la sala. Térnabi dejó escapar un suspiro ahogado. Se concentró entonces en las luces de la ciudad. Se acercó al ventanal y cerró por ojos, aspirando el aire fresco de la noche.

Pronto todo aquello habría acabado y los hombres y mujeres de su reino estarían libres de la amenaza de Magnus. Pero antes de que eso sucediera la peor de las pesadillas, la tormenta más violenta, se cerniría sobre ellos.

Térnabi entornó los ojos de nuevo, pero esta vez el pesar y la tristeza la ahogaron.

De vuelta al sur

El ejército del sur avanzaba a través del Reino del Oeste espoleado por el deseo de regresar a su hogar, así como por el temor a la amenaza de Magnus. No obstante, a Amira el avance le parecía lento. Albergaba la esperanza de llegar al castillo de Miravén antes de que el grueso de los ejércitos del este alcanzara las zonas adyacentes a la costa, aunque sospechaba que al ritmo que se había marcado no lo lograría. Sus ansias y nerviosismo se acrecentaban a medida que se aproximaban a la frontera.

Habían transcurrido dos jornadas desde que abandonaron el campamento. En ese tiempo habían atravesado numerosos pueblos y ciudades. La gente del Reino del Oeste se afanaba en restablecer el orden tras el paso del ejército de Magnus por sus tierras, y todos colaboraban de un modo u otro. Algunos se esforzaban por reconstruir los graneros incendiados, las casas destruidas o los campos arrasados. Poco a poco, muy poco a poco, el reino recuperaría la normalidad.

El ejército del sur había avanzado sumido en el silencio, observando con aprensión el terrible invierno que les esperaba a sus vecinos. El rey Fredo, que encabezaba la marcha, comentó con los nobles la necesidad de ayudar al Reino del Oeste con todo el grano que pudiesen aportar. Reducirían el precio todo lo posible para no perder dinero, pero había que facilitar la compra a un precio asequible.

El tercer día, el paisaje rocoso que venían atravesando dio paso a una vasta extensión árida. Pequeñas colinas rompían la monotonía, así como algunos árboles que se repartían en pequeños grupos en aquel paisaje desolador. El ejército del sur decidió avanzar por caminos y senderos pocos transitados para acortar el trayecto. Pero el ánimo de los soldados comenzaba a decaer después de varios días de fatigas, sin apenas descansar.

La mayoría de ellos acusaba el cansancio de los días de combate y, aunque el ansia por regresar a sus hogares animaba sus corazones, no así sus agotados cuerpos. El rey se percató de ello y a medio día detuvo la comitiva en seco. Tiró de las riendas de su caballo antes de poner la mano en alto

para que todos pudiesen verlo y permaneció callado hasta estar seguro de haber captado la atención de todos.

Los soldados se miraron unos a otros mientras un murmullo corría entre las tropas. Amira, que cabalgaba a sólo unas filas del rey, se

inclinó un poco para poder ver qué sucedía. Erac la miró extrañado y ella se encogió de hombros.

—¡Escuchadme! —comenzó Fredo—. Sé cómo os sentís. Todos estamos cansados y un nuevo miedo atenaza nuestros corazones: una nueva guerra contra Magnus, esta vez en nuestras tierras. El temor a que destruya nuestros hogares o hiera a nuestros seres queridos. —Los soldados asentían, mirándose unos a otros—. ¡Pero oídme bien! —El rey desenvainó su espada para enarbolarla en al aire—. Os prometo que venceremos. Os aseguro que, si luchamos unidos, Magnus será solo un desagradable recuerdo que pronto dejaremos olvidado.

Un grito de júbilo se extendió por la planicie, resonando como una cascada furiosa e impetuosa. La montura del rey se movió nerviosa en círculos mientras Fredo continuaba blandiendo el alto su espada. La algarabía se alargó hasta que el rey hizo retroceder su caballo para situarse junto al conde Limonel, al que palmeó el hombro sonriendo. Entonces bajó la espada y levantó de nuevo la mano pidiendo silencio.

—No podemos sucumbir al cansancio, a la desesperación o al miedo.

Nuestro reino nos necesita ahora más que nunca, así que alzad bien la cabeza y espolead vuestros caballos, que nuestros hogares imploran nuestro triunfal regreso.

Fredo volvió grupas y clavó los talones en los flancos de su montura, haciendo que éste se encabritase para iniciar luego una marcha veloz a través de aquel páramo reseco. Los nobles y soldados imitaron al rey y pronto el ejército del sur corría por el polvoriento camino, levantando a su paso una cegadora nube cargada de esperanza y resolución.

Al atardecer, a paso más lento, alcanzaron los primeros árboles del frondoso bosque que dividía los reinos del Sur y del Oeste, haciendo las veces de frontera. Era el camino más directo hacia Mulen y por eso habían escogido aquella ruta. El ejército detuvo su avance a la orden de uno de los nobles. El monarca se reunió con varios fejes de armas en un extremo del camino, mientras departían sobre algún asunto.

—El rey es una gran orador —dijo Erac interrumpiendo los pensamientos de su amiga, que observaba la escena muy atenta.

Amira sonrió sin decir nada. Lo miró de reojo con el semblante serio.

Durante gran parte del camino había charlado animadamente, tal y como solían hacer. Erac estaba contento por haber recuperado la

camaradería que los unía y se había limitado a disfrutar de su compañía sin la sensación agria y dolorosa que lo había envuelto desde el encuentro con Ansol. Todo parecía haber vuelto a la normalidad, y el chico se sentía liberado. Pero ese día Amira había estado callada la mayor parte de la jornada, un poco ausente, y ahora Erac se daba cuenta de que le sucedía algo. La observó con gesto preocupado y notó un color violáceo surcando sus hermosos ojos verdes. Su sonrisa se desdibujaba en unos labios agrietados e hinchados.

El joven se inclinó hacia delante en la silla y la chica se encontró de pronto con sus oscuros ojos, que la miraban con preocupación. Su visión se nubló un instante y tuvo que parpadear varias veces para lograr distinguir el afilado rostro de su amigo.

—¿Has dormido esta noche?

—No mucho —respondió la chica haciendo un gesto con la mano para quitar hierro al asunto.

El chico se movió inquieto sobre el caballo. Tiró de las riendas para colocarse junto a ella. Lo miró extrañada y abrió la boca para decirle algo, pero se sintió mareada. Se agarró al brazo de su amigo cuanto la sujetó para ayudarla a descabalgar. La cogió en brazos para tumbarla a la sombra de un árbol. Le acarició el rostro y tocó su frente.

—¿Cómo te sientes?

—Sedienta —contestó ella.

Erac tiró de la cuerda que sostenía su pellejo de agua y le dio de beber.

La cicatriz de su frente parecía más pequeña, ya que su rostro estaba contraído por la preocupación. Amira alzó la mano y deslizó uno de sus mechones castaños detrás de su oreja. El chico se sonrojó levemente, pero ella no se percató. Le dedicó una sonrisa a medias para tranquilizarlo antes de cerrar los ojos, todavía mareada.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—Desde ayer por la tarde. No te preocupes, no es nada. Sólo algo de cansancio.

—No es cansancio —le dijo muy serio. Sabía lo que le pasaba y se maldijo por no haberse dado cuenta antes —. ¿Te duele el estómago?

¿Oyes un extraño zumbido?

La chica asintió despacio, sin abrir los ojos. De pronto la voz de uno de los nobles del sur resonó anunciando que el rey había dado orden de descansar en aquel bosque y reponer fuerzas antes de traspasar la frontera.

Se adentrarían un poco más hasta alcanzar un claro lo bastante amplio como para que pudieran acampar todos juntos. Después se organizarían grupos de relevo para hacer las guardias nocturnas.

—Vamos. Te ayudaré a subir a Jimena y cuando lleguemos al claro te daré algo que calme esos dolores.

Amira se limitó a dejarse llevar por su amigo, incapaz de ponerse en pie.

Cada vez se sentía más mareada y el dolor de estómago la obligaba a caminar encorvada. Cuando trató de subirse a lomos de su yegua, se estremeció y ahogó un quejido. Erac decidió subir con ella para sujetarla sobre la yegua hasta que llegasen al lugar elegido. Se sentó detrás y la rodeó por la cintura. Silbó a su caballo para que los siguiera. Un grupo de mujeres los miraron extrañadas y le preguntaron si podían ayudarlos, pero el chico se negó.

Mientras avanzaban en pos del resto del ejército, Erac notó que el cuerpo de su amiga aumentaba de temperatura. Levantó el dorso de la mano hasta su frente, perlada de sudor, y sintió una punzada en el estómago. Amira tenía mucha fiebre y notaba cómo sus fuerzas disminuían a pasos agigantados. Por suerte muy pronto llegaron a un amplio lugar alfombrado de hierba donde el rey dio orden de descansar. Bajó a Amira y la tumbó en un extremo del claro, alejado de la mayoría de soldados. Uno de ellos, que había visto a Erac ayudar a montar a su amiga, se encargó de sus monturas y los dejó a solas.

—Amira —le susurró preocupado.

La chica continuaba con los ojos cerrados, gimoteando. Erac volvió a comprobar su elevada temperatura. La zarandeó desesperado y la incorporó un poco. Se acercó tanto a su rostro que sus labios casi se rozaban. El chico notó la débil respiración entrecortada de la joven.

—¡Amira! —le gritó desesperado—. Dime una cosa, ¿bebiste agua del arroyo que había cerca del campamento?

Erac esperaba su respuesta, pero ella seguía gimoteando presa de una

fiebre altísima.

—Por favor, contesta. —Volvió a zarandearla y entreabrió los ojos—. Es muy importante, ¿bebiste agua del arroyo la otra noche, cuando nos encontramos cerca del campamento?

Erac aguantó la respiración, ansioso. Al fin ella asintió y puso los ojos en blanco antes de desmayarse. El joven se incorporó nervioso y miró a su alrededor. Llamó a una joven soldado que los observaba no muy lejos, y le pidió que cuidase de Amira mientras él se acercaba a buscar agua fresca para tratar de bajarle la fiebre. La mujer asintió y se agachó junto a la joven mientras Erac desaparecía en la espesura del bosque. No buscaba sólo agua, también cierta raíz que conocía bien y que ayudaría a su amiga.

Al cabo de unos minutos volvió junto a Amira. Vertió agua fresca en los labios de la chica antes de pedirle a la soldado que le trajese un recipiente y un paño limpio. La mujer obedeció. Erac aprovechó la soledad para sujetar a su amiga por la nuca e incorporarla un poco. La obligó a beber el jugo extraído de la raíz de la *mangadora* que había recogido y esperó la reacción de la chica. Amira se movió despacio y gimió. Erac sonrió satisfecho y volvió a darle más del líquido azucarado que se extraía de aquella extraña raíz. La chica bebió acuciante el elixir y al instante su respiración se acompasó.

Erac miró hacia los lados antes de volver a tumbar a su amiga sobre la hierba. Se aseguró de que nadie los miraba y posó suavemente las manos entrelazadas sobre el vientre de la chica. Cerró los ojos y se concentró. Una tenue luz azulada manó de sus manos hacia el cuerpo de su amiga. Relució un instante, iluminando el rostro de la joven, y se apagó igual de rápido.

Erac se sentó agotado a su lado mientras resoplaba. No podía creer que lo hubiese conseguido; nunca lo había hecho. Al instante los ojos de Amira se abrieron y parpadeó confundida. Trató de levantarse, pero Erac se lo impidió.

—Sigue tumbada. Te has desmayado por la fiebre.

—¿Qué ha pasado?

—Bebiste agua del arroyo la otra noche ¿verdad?, del que estaba cerca del campamento.

—Sí.

—El agua estaba envenenada —le reveló Erac—. Probablemente los soldados del norte echaron el cuerpo de algún animal muerto al riachuelo unos metros más arriba, con el fin de contaminar el agua y que los soldados muriesen si bebían del arroyo.

Amira comenzaba a comprender. Por eso el día anterior había sentido aquellos terribles calambres estomacales que le habían impedido dormir.

—Me has salvado. —La chica notó la boca seca.

—No es para tanto. Ahora duerme y verás cómo mañana te encuentras mucho mejor.

El chico le ofreció agua y su amiga se quedó dormida enseguida. No fue consciente de lo cerca que había estado de la muerte ese día.

Erac se sentó al lado de Aira con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, observando cómo el campamento se iba levantando. Algunas carpas se izaron en un extremo del claro para dar cobijo al rey y su séquito. Otras se ocuparon por soldados, pero la mayoría, extenuados, se limitaron a improvisar camastros sobre el suelo con mantas, y se entregaron al sueño apenas hubieron comido algo de carne seca y pan duro, aderezado con abundantes cantidades de vino especiado.

Poco después Erac se recostó para tratar de dormir, más tranquilo sabiendo que la vida de su amiga no corría peligro. La tapó con su capa de lana y cerró los ojos, concentrado en los rítmicos latidos de su corazón y el acompasado silbido de su respiración.

Habrían transcurrido unas pocas horas cuando Erac se despertó desorientado. Amira lo zarandeaba con los ojos muy abiertos. El campamento estaba en silencio, sólo se escuchaban los ronquidos de los soldados que estaban más cerca. Erac se incorporó frotándose los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

—Sshh… —Amira le indicó que bajara la voz.

El chico se despertó por completo y miró a su alrededor, atento a los sonidos.

—He escuchado un ruido muy cerca —le susurró ella.

—Será algún animal.

—Eran pasos, y luego se arrastraba allí detrás.

Amira le indicó el grupo de árboles de su derecha. Erac notó tensión en los gestos de su amiga, así que sabía que no se lo había imaginado.

Entonces escuchó un sonido sutil que se confundía con los ruidos de la

noche. Se irguió para escrutar la oscuridad. Se levantó y le indicó a su amiga que esperase allí. Se volvió hacia ella justo antes de que la oscuridad lo engullera. Amira se movió nerviosa. Se levantó y buscó en su bolsa el arco antes de dirigirse hacia el lugar por donde Erac había desaparecido.

La chica avanzó despacio. La oscuridad se acrecentaba a medida que se internaba en la espesura, por lo que no era capaz de distinguir la silueta de su amigo. Aferró con fuerza la madera de su arco mientras acariciaba nerviosa las plumas de una de sus flechas. Se movía sigilosa, tratando de captar cualquier señal de peligro. Entonces se arrepintió de no haber dado la voz de alarma al grupo de soldados que hacía la guardia. Se mordió el labio inferior y se apoyó en un viejo tronco retorcido, tratando de serenar el furioso ritmo de su corazón. Entonces escuchó un ruido a su derecha y se agachó instintivamente. Se concentró en todos los sonidos que le llegaban, distinguiendo entre el ulular de una lechuza, el sonido de algún roedor trepando a un árbol, y el mordisqueo incesante de alguna clase de herbívoro. Entonces lo percibió claramente: alguien se movía en su dirección; pequeños pasos amortiguados. Se puso tensa y cargó su arco, apuntando hacia el lugar de donde provenía el sonido.

Entonces escuchó un ruido metálico, un chillido ahogado y un bufido de enfado. La chica se puso en pie asustada.

—¿Erac?

Su contrincante podría haber acabado con la vida de su amigo y ella se había puesto al descubierto, por lo que se puso más nerviosa aún.

—Amira, no te muevas —dijo Erac muy cerca.

La chica no dejaba de apuntar con su arco hacia la oscuridad impenetrable. De pronto distinguió la figura del chico dirigiéndose hacia ella. A su lado caminaba una silueta pequeña, que su amigo sujetaba por el hombro. Amira no comprendía nada, pero Erac no parecía tenso ni alarmado; al contrario, se acercó sonriendo.

—¿Pero qué…? —balbució Amira.

—Baja el arco, no hay peligro.

Amira observó recelosa la silueta que acompañaba a Erac. Lo empujó hacia ella y la figura levantó la vista del suelo. La chica se puso la mano en la boca para ahogar una exclamación.

—Kilen. —Se agachó para comprobar que se trataba del niño que había conocido cuando se dirigía con Erac hacia Colanis.

El pequeño la observó con la mirada perdida. Amira notó una punzada de dolor en los más profundo de su ser cuando contempló aquellos ojos vacíos y tristes. Algo terrible debía haberle ocurrido a aquel chiquillo encantador para que pareciese solo una sombra de lo que era. Se apresuró a cargarlo entre sus brazos, de vuelta al campamento. Se sentaron bajo el árbol que habían ocupado mientras Erac le ofrecía agua al crío. El chiquillo bebió sin oponer resistencia. Al cabo de un momento se agarró al cuello de Erac, hundió el rostro en su pecho y comenzó a llorar desconsolado. Amira y su amigo se miraron extrañados.

—¿Dónde están tus padres? —Erac carraspeó, pero su voz sonó débil y angustiada.

El niño continuaba llorando. Amira le indicó que lo dejara desahogarse, así que ambos esperaron hasta que las lágrimas del pequeño dejaron de brotar y sólo se escuchaban sollozos esporádicos. Amira lo atrajo hacia sí para acunarlo entre los brazos. El pequeño se sintió reconfortado y comenzó a hablar.

—Hace cuatro días que recibimos una visita bien entrada la noche.

—Kilen negaba con la cabeza mientras hablaba, como si aún no pudiese creer lo que había sucedido—. Yo abrí la puerta y un hombre nos solicitó comida y un lugar donde pasar la noche. Mi madre le ofreció lo que había sobrado de la cena y le dijo que podía dormir en el establo. Le estaba dando una manta para que estuviera más cómodo y…

El niño comenzó a llorar de nuevo. Las lágrimas se mezclaban con la suciedad de su rostro.

—Entonces mi padre bajó al salón. Había estado arreglando una contraventana de su dormitorio y entonces… no sé cómo fue, no lo vi, yo no… Salí corriendo cuando mi madre me lo dijo, y me escondí debajo de la pila de leña de la entrada del granero. Ese hombre me buscó, pero no me encontró. Cuando se fue corrí y corrí hasta que…

—Tranquilo Kilen, estás a salvo. —La voz de Erac sonó firme, pero su mirada reflejaba un halo de temor—. ¿Dónde están tus padres?

—Mis padres han sido asesinados.

Kilen rompió a llorar de nuevo y los espasmos eran tan fuertes que Amira tuvo que aferrarlo con fuerza para que no se le escapara de entre las manos. Le acariciaba el cabello mientras se balanceaba hacia adelante y atrás, susurrándole una canción al oído.

—Kilen. —Erac lo agarró del brazo—, ¿quién ha sido? ¿Conoces a ese hombre?

El niño ralentizó el ritmo de sollozos para sorberse estrepitosamente la nariz. Miró de reojo al joven y negó con la cabeza.

—No lo había visto nunca.

—Pero ¿cómo era? ¿Te acuerdas de su rostro? —Erac parecía desesperado por conseguir algún dato del monstruo que había matado a dos de las personas más maravillosas que había conocido.

—Tenía el cabello oscuro y sucio. —El niño entornó los ojos y se esforzó en recordar cada detalle—. Dijo que había perdido su caballo y que llevaba varios días atravesando de Páramo del Gentene. Lo tenía ondulado y sus ojos eran negros. Era un hombre extraño…

—¿Extraño? —Amira se interesó en aquel detalle.

—Miraba de manera extraña, como el señor Destor, el que nos traía cerveza una vez a la semana desde Colanis antes de que lo encerraran. Mi madre me dijo que había perdido la cabeza y que por eso se lo habían llevado. Ese hombre me recordaba a él. A veces hablaba y no entendíamos lo que decía. Y se reía, se reía a menudo sin motivo alguno.

—¿No recuerdas nada más?

El niño se quedó pensativo antes de continuar:

—Vestía un jubón sucio y deshilachado, pero pude ver el blasón que tenía bordado en el lado izquierdo, a la altura del corazón: era un escudo sobre el que descansaba un yelmo, dos dagas lo atravesaban en diagonal; sus empuñaduras eran muy bonitas.

Kilen apretó los ojos tratando de recordar más. Pero para entonces

Amira ya se había quedado helada. Su rostro ceniciento se desfiguró en una mueca de sorpresa y confusión. Erac frunció el ceño al contemplar el semblante serio de su amiga y ladeó la cabeza sin comprender.

—Estaba adornado en color esmeralda y burdeos, ribeteado con hilos dorados —continuó el niño.

—No es posible. —Amira emitió un sonido gutural mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —Erac se inclinó hacia ella para apoyarle la mano sobre el hombro. El niño la miró asustado, seguro de que había dicho algo inconveniente.

—Es el blasón de mi familia —dijo ella con un hilo de voz.

Se quedaron en silencio, sopesando la gravedad de lo que acababan de descubrir. Entonces un soldado que dormía cerca se les acercó sorprendido.

—¿Un niño? ¿Aquí?

Amira se incorporó y dejó a Kilen sentado sobre la hierba.

—Por favor, ¿podrías avisar al conde Limonel o a alguno de los nobles?

Y, si es posible, despierta al rey; es muy urgente.

El soldado salió corriendo al otro extremo del claro con el encargo. Erac y Amira se miraron consternados. Kilen buscó el calor de la chica y ella lo rodeó con su brazo. Al instante el conde Limonel acudió a su encuentro.

Kilen se agarró con fuerza a la pierna de Amira, temblando de miedo. Justo detrás del conde se distinguió el porte aguerrido del rey Fredo, que avanzaba a grandes zancadas.

—¿Qué ocurre? —el rey alzó la voz, mirando de soslayo al pequeño.

—Majestad. Hemos encontrado a este niño escondido en el bosque, se llama Kilen.

—¿Lo conocéis?

Amira asintió.

—Sí, majestad. Su familia nos dio cobijo cuando nos dirigíamos al Reino del Este, para solicitar ayuda al rey Petis.

—¿Y cómo has llegado aquí, pequeño? Estás muy lejos de casa.

La autoritaria voz de Fredo asustaba a Kilen, que hundió la cara en el muslo de Amira. La chica le acarició el cabello para tranquilizarlo.

—Ya no tiene casa —dijo Erac muy serio, y añadió algo con torpeza cuando comprendió que se había dirigido al rey sin la pleitesía que marcaban las normas. Por más que lo intentara, aquellas formas aduladoras no iban con él.

—Explícate —pidió el rey, pasando por alto la falta de protocolo del muchacho.

—Hace cuatro noches un viajero solicitó cobijo y comida, y la familia del chico lo recibió en su hogar. Entonces ese hombre asesinó a sus padres y trató de matarlo también a él, pero pudo escapar y ha acabado perdido en este bosque.

—Y, ¿qué tiene eso que ver conmigo o con mi reino? —preguntó Fredo malhumorado—. Cuando lleguemos a Miren podrá presentar una demanda ante el juez de la capital del reino.

Amira se adelantó un paso mientras sujetaba la mano del chico.

—Señor, el hombre que asesinó a sus padres llevaba el blasón de mi familia, el blasón de los Solsein.

El rey ahogó una exclamación. Miró muy serio al conde Limonel, que bajó la cabeza apesadumbrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amira, que había sabido leer entre líneas.

—Amira, me temo que tu primo Varis ha perdido el juicio definitivamente.

La chica alternó la mirada entre el noble y el rey, sin comprender nada.

—¿Varis?

—Tu primo trató de reclamar las tierras de los Solsein cuando creímos que tu padre había muerto en la emboscada en el bosque. Pero Ansol le plantó cara y se hicieron valer tus derechos como legítima heredera.

—Aquello no sentó nada bien a tu primo —continuó el conde Limonel—, que trató de matar a Ansol en el campo de batalla. Lo detuvimos y lo encerramos en una tienda que se improvisó a modo de prisión, a la espera de ser juzgado y condenado.

Amira escuchaba impávida el relato, tratando de asimilar aquellas noticias que se le antojaban una broma de mal gusto. Erac la observaba preocupado.

—¿Y cómo ha podido asesinar a los padres de este niño? —preguntó confundida.

—Varis escapó tras cortarle el cuello a uno de los soldados que lo custodiaban. — El rey carraspeó nervioso mientras daba vueltas a su anillo—. Engañó a los soldados, con la promesa de riquezas y tierras, si le procuraban una muerte digna. Pero empleó la daga que le ofrecieron para escapar. Organizamos varias partidas de búsqueda, pero fue imposible dar con su paradero.

La chica bajó la mirada apesadumbrada. Hundió la cabeza entre los hombros mientras sentía que el suelo se movía bajo sus pies.

—Entonces, se dirige al sur. —Erac puso en alerta al monarca con sus palabras.

Fredo fulminó con la mirada a los nobles que los acompañaban, furioso por no haber llegado antes a esa conclusión. Si Varis se dirigía de vuelta a sus tierras, supondría un peligro más al que hacer frente.

—Ansol y yo corremos peligro. —Las palabras de Amira sonaron lejanas, apenas un hilo de voz.

Erac se volvió hacia ella y la sujetó de la mano. Entonces dirigió una mirada acusatoria al rey y al resto de nobles, que se movieron incómodos en su sitio. Fredo, ofendido, le dedicó un gesto severo al chico.

—Poned sobre aviso a todos los jefes de armas, estad atentos a cualquier indicio de la cercanía de Varis y encargaos de mantener vigilada a la hija del conde Solsein, por si Varis trata de acercarse a ella.

—Eso no será necesario. —La voz de Erac sonó amarga—. Yo la protegeré.

Amira se fijó en la furia contenida que reflejaba el rostro del rey y

temió que la falta de tacto de su amigo hubiera colmado la paciencia de Fredo. La chica se interpuso entre Erac y el monarca. La tensión era evidente.

Finalmente, Fredo se alejó hacia su tienda, seguido por los nobles. Amira soltó el aire que había estado conteniendo y cerró los ojos. Se volvió hacia Erac mientras se soltaba de su mano, enfadada.

—¿Pero qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Podrían condenarte a morir en el cadalso por tu falta de respeto a un rey.

Erac le sonrió divertido y se sentó de nuevo, con la espalda apoyada en el tronco.

—Pero lo has manejado muy bien.

Amira lo contemplaba con el ceño fruncido. La chica acabó claudicando y suspiró. Se sentó junto a su amigo para arropar a Kilen bajo su capa.

Pronto el niño se quedó dormido sobre su regazo.

—No entiendo por qué Ansol no me contó lo de Varis. —Amira parecía decepcionada. Tenía la mirada fija en algún punto lejano del firmamento estrellado, y las lágrimas amenazaban con salir corriendo por sus mejillas.

Erac se movió incómodo y miró a su amiga de soslayo.

—¿Qué haremos con él? —Erac señaló a Kilen.

—Vendrá con nosotros y le buscaremos un hogar.

El niño se había quedado huérfano por culpa de su primo y aquello le producía una ahogante sensación de responsabilidad. Se haría cargo de Kilen y trataría de remediar todo lo posible el mal que Varis había infligido.

27

Rendición

El grito de Kurn lo puso sobre aviso.

—¡Ansol! ¡Cuidado, a tu izquierda!

Giró justo a tiempo para repeler el ataque de un muchacho que

blandía un hacha. Lo abordó por la espalda mientras se defendía de las estocadas de otro soldado uniformado de negro. De pronto combatía con dos hombres al mismo tiempo, aunque aquello no resultaba una novedad en los últimos días, desde que buena parte del ejército del sur partiera de regreso al reino.

Por desgracia Kurn se batía en idénticas circunstancias, así que no podía prestarle ayuda. Lo bueno era que ninguno de sus contrincantes había recibido entrenamiento militar, así que Ansol no tuvo mayor problema en mantenerlos a raya.

Se cubrió con la espada cuando el soldado mayor trataba de asestarle un golpe mortal, que hubiera seccionado su cabeza sin mucho problema. Se agachó y lo golpeó en el estómago con la empuñadura de la espada. El hombre se encogió de dolor.

Se incorporó con rapidez para encararse con el soldado más joven, que sujetaba con fuerza el hacha entre las manos. Ansol lo evaluó un instante y notó el inconfundible rictus del miedo contrayendo sus facciones. Avanzó mientras levantaba la espada y lanzó un grito para asustarlo. El chico miró hacia los lados y comenzó a retroceder. Antes de que pudiera alcanzarlo, tiró el hacha a sus pies y salió corriendo en dirección a la playa. Ansol se quedó quieto, viendo cómo desaparecía detrás de una duna.

—¡Eh! —Una voz a su espalda lo hizo reaccionar. Era el soldado mayor—. Todavía no hemos terminado.

Ansol lo observó preocupado. Aquel hombre, poco más joven que su padre, se había empeñado en morir. Permanecía frente a él con los dientes apretados y sujetando la espada con ambas manos. Pasaba el peso de un pie a otro, visiblemente nervioso.

—No tiene por qué ser así. Podrías desaparecer tras esa duna, como tu compañero.

—Si escapo ahora no volveré a ver a mi familia nunca. Magnus se encargará de ello.

—Podrías ir a buscarlos y traerlos contigo —se le ocurrió a Ansol de repente—. Aquí o en mi reino os daríamos asilo. No tendríais que soportar más el yugo totalitario de ese demente.

Ansol se sorprendió de sus propias palabras. Acababa de ofrecerle refugio a un hombre que estaba dispuesto a matarlo, pero en el fondo sabía que era lo correcto. Aquel soldado combatía empujado por el

miedo y no por la lealtad, el honor o la gloria.

El soldado dejó de apretar los dientes, sorprendido por la proposición del enemigo. Parecía que estuviera valorando sus palabras, así que Ansol esperó su decisión. Pero el norteño dejó escapar un bufido y negó con la cabeza.

—Mi familia estaría muerta antes de que lograse llegar a casa para traerlos.

El hombre había considerado en serio la posibilidad de huir de su reino, de su hogar. Pero el miedo era mayor que el deseo de una vida mejor para él y los suyos. Cuánto poder tenía Magnus sobre sus súbditos, un poder instaurado a sangre y a fuego. Y lo que más sorprendió a Ansol fue la certeza de que habría gente en norte que estaría cumpliendo en ese instante las órdenes del rey tirano: matar a las familias de los soldados que no cumplieran su cometido en aquella guerra. Sintió un nudo en el estómago al pensar en los soldados que habían huido de la batalla, que eran muchos.

Su contrincante levantó la espada y, tras emitir un desagradable sonido gutural, se lanzó contra Ansol. El chico amagó hacia un lado y la espada de su oponente golpeó el suelo teñido de sangre. Suspiró desencantado antes de levantar su arma, esperando un nuevo ataque. La hoja relució un instante con el sol de mediodía. Los ojos del chico buscaban un indicio de arrepentimiento en aquel rostro sucio y cansado, pero el hombre parecía dispuesto a morir ese día.

Entonces un sonido se elevó por encima del rugir de la batalla. Poco a poco los hombres y mujeres congregados fueron ralentizando sus movimientos; las armas fueron deponiéndose mientras unos y otros se miraban desorientados. El sonido, incesante, resonaba en varios kilómetros a la redonda y en pocos minutos fue lo único que se oyó. Nadie combatía, nadie hablaba. Sólo se miraban desconcertados y confundidos.

De pronto la cuerna cesó y todos comprendieron que aquel sonido agudo, pero esperanzador, anunciaba el final de la guerra. Un silencio absoluto reinó varios minutos, y entonces los gritos y vítores de alegría se extendieron por el campo de batalla. El bando aliado festejaba el ansiado final de la guerra. Los soldados del oeste y del sur se abrazaban, visiblemente emocionados.

En cambio, los soldados del norte no emitían sonido alguno.

Permanecían quietos en sus lugares mirándose asustados, sin saber

muy bien cómo reaccionar. La bandera blanca que ondeaba en el lado de sus filas dejaba claro que sus tropas se habían rendido, que los jefes de armas, que habían comprendido el sin sentido de continuar batallando, habían decidido ofrecer su rendición sin condiciones.

—Creo que al final no va a morir ninguno de nosotros —le dijo Ansol a su oponente, levantado la voz para hacerse oír entre aquella algarabía.

El hombre asintió afligido mientras bajaba su espada.

—Al menos tú no. Nuestra rendición tendrá consecuencias. Magnus no estará muy contento cuando se entere. Todos corremos peligro, también nuestras familias.

Sin decir nada más se dio la vuelta y comenzó a caminar junto con sus compatriotas hacia el lado del campo de batalla donde la bandera blanca continuaba ondeando al lado del escudo del ejército del norte, que consistía en un cuervo negro, en pleno vuelo, sobre un fondo blanco.

El rey Ulter dio orden de reunir a los soldados del norte cerca de la playa y dispuso a un numeroso contingente para que los custodiasen mientras se decidía qué hacer. Después se reunió con los nobles, tanto del oeste como del sur, y deliberaron durante todo el día. Al anochecer Ansol continuaba sentado a la mesa de su campamento, esperando noticias de aquel consejo.

—Vas a tener que comer algo o morirás de inanición de un momento a otro. —Kurn se sentó a su lado mientras le tendía un cuenco con estofado.

Ansol aspiró el aroma a tomillo y romero de aquel guiso y notó cómo su estómago rugía furioso. Había estado tan ensimismado, repasando mentalmente los acontecimientos de ese día, que apenas se había prestado atención a sí mismo. Además, las palabras del soldado del norte parecían acompañarlo, repitiéndose de vez en cuando en su cabeza.

—Lo bueno es que pronto estaremos en casa.

—Ojalá esa reunión termine pronto y den orden de regresar mañana mismo.

Kurn sonrió antes de poner los ojos en blanco. Ansol se rió relajado. Por primera vez desde que la cuerna resonara esa mañana era

consciente de que la guerra había terminado, al menos por el momento.

—No puedo evitar pensar que esto aún no ha acabado.

—¿No puedes dejarme disfrutar de este momento? —se quejó Kurn.

—Tienes razón, perdona. —Ansol le sonrió—. La guerra ha terminado.

Ambos se echaron a reír, saboreando la buena noticia. Ya se preocuparían mañana por el hecho de tener que entablar una nueva batalla, esa vez en su reino, cerca de sus hogares y sus seres queridos. Pero por el momento iban a celebrar que estaban vivos. Pronto el vino corría en abundancia por todo el campamento, las canciones se entonaban a voz en grito y las risas se hacían eco en cada rincón.

Sin saber cómo había llegado, Ansol se dejó caer sobre su lecho bien entrada la madrugada. Soñó con Amira y con sus hermosos ojos almendrados. Podía oler el aroma a flores de su pelo. Soñó que corría tras ella hasta el claro donde se encontraban en secreto, que la sujetaba por la cintura y la besaba. Amira se alejaba entonces hacia la playa de Álcorin, donde la perdía de vista. Pasó el resto de la noche buscándola en su sueño, pero no la encontró.

A la mañana siguiente se despertó dando un respingo sobre su camastro.

Se agarraba al borde de la cama mientras jadeaba. Se frotó los ojos y parpadeó varias veces hasta que fue consciente de dónde se encontraba.

Menuda pesadilla había tenido, a pesar de lo bien que había comenzado el sueño. Recordaba cada detalle; incluso el olor a flores de Amira aún flotaba a su alrededor.

—Te has despertado. —Kurn se acercó a él en dos zancadas—. Bien, porque en cinco minutos tienes que estar en la carpa real. Han congregado a todos los jefes de armas.

El joven se dirigió rápidamente a la carpa del rey Ulter, donde su padre lo esperaba en la entrada. Se abrieron paso con dificultad hasta el fondo y se dispusieron a escuchar las palabras del rey. Ulter se levantó de su asiento para apoyar los puños sobre la mesa de roble que tenía delante.

—Hemos estado deliberando desde la rendición del ejército enemigo.

—Elevó la voz para conseguir la atención de todos—. He tenido en cuenta

las opiniones que se han expuesto, creedme.

El rey paseó la mirada por los presentes. Descubrió algunos rostros enfurecidos, otros asentían sonrientes. Ansol entendió que las discusiones se habrían alargado durante toda la noche y que el resultado no había contentado a todos por igual.

—Pero la decisión final es la siguiente… —Ulter alzó aún más la voz y levantó la mano para acallar los posibles gritos en contra que pudieran alzarse—. Los soldados del norte no regresarán a sus hogares.

Un murmullo indignado se propagó en varios corrillos. Se trataba de nobles y jefes de armas del oeste que se mostraron descontentos con la noticia. El rey se irguió aún más para dirigirles una severa mirada.

—Permanecerán aquí hasta que se haya restaurado el reino —aclaró—.

Esos hombres, que quemaron campos, arrasaron pueblos y hogares, ayudarán a levantar lo que destruyeron a su paso.

Ansol se sorprendió. El Rey del Oeste perdonaba la vida de los prisioneros de guerra para darles un destino más útil. Pensó que Ulter había tomado una sabia decisión. No obstante, no todos estaban de acuerdo con él.

—¡Eso es intolerable! —clamó indignado uno de los nobles del oeste.

Era un hombre regordete y bajito que parecía a punto de estallar de ira.

—Deberíamos matarlos a todos —gritó otro fuera de sí.

—Seguro que ellos no habrían tenido piedad de los nuestros si la situación hubiera sido otra —añadió un tercero.

El murmullo incontrolado dio paso a una algarabía estridente, donde nadie escuchaba lo que decía el de al lado. El rey gritó pidiendo silencio, y poco a poco la situación volvió a estar controlada. Ulter miró muy enojado a los alborotadores antes de continuar.

—Hemos perdido a muchos hombres y mujeres en esta guerra, tardaríamos demasiados meses en realizar la tarea nosotros solos. ¿De

qué nos sirve seguir tiñendo de sangre nuestras tierras? Nada nos aportará ejecutar a esos soldados, pero podemos sacar mucho provecho de su trabajo.

Las palabras del rey fueron calando entre los presentes. La mayoría comentaban con satisfacción la decisión de Ulter, ya que comenzaban a ver la utilidad de aquella medida.

—¿Y qué pasará con ellos cuando la tarea se realice? —Ansol se sorprendió formulando aquella pregunta en voz alta.

Ulter lo miró malhumorado desde el otro extremo de la carpa. El conde de Bris tiró disimuladamente de la manga de su camisa.

—Eso dependerá.

—¿De qué? —quiso saber uno de los nobles ante su vaga respuesta.

—De lo que suceda en el sur —continuó Ulter—. Si Magnus es derrotado por las tropas de Fredo, los soldados del norte que lo deseen podrán solicitar asilo en nuestro reino, siempre y cuando su conducta haya sido ejemplar y demuestre que su integración en nuestro pueblo es satisfactoria.

—¿Y si Magnus vence en el sur? —La pregunta de uno de los jefes de armas del oeste causó la indignación general en el ejército del sur.

Ulter levantó la mano pidiendo de nuevo silencio.

—Si eso sucediera, lo cual considero improbable —aclaró Ulter para apaciguar a los sureños—, los soldados hoy apresados serán enviados como ejército aliado para combatir contra Magnus.

El murmullo de nuevo.

—Así que, si Magnus es vencido en el sur, se les ofrecerá a sus soldados la posibilidad de vivir entre nosotros si demuestran merecerlo —dijo a modo de resumen el noble situado a la derecha de Ulter—. Pero si Magnus logra tomar ventaja en la costa y comienza la invasión del sur… Bueno, en el improbable caso de que eso sucediera —se corrigió—, esos soldados serán enviados de inmediato para ayudar al rey Fredo a repeler la invasión.

En un caso o en otro, son de más utilidad vivos que muertos.

La reunión se dio por finalizada tras haberse disipado las últimas

dudas de los más reticentes. Ansol caminaba junto a su padre de vuelta a su campamento, sumido en el silencio.

—¿En qué piensas hijo?

—En que la vida de los prisioneros depende de nosotros y del éxito en la batalla que va a librarse en el sur.

Con aquel pensamiento, se dirigió a su tienda para comunicarle a Kurn que recogiera sus pertenencias. Pronto la noticia se extendió por boca de los jefes de armas: al día siguiente el ejército del sur partiría de vuelta a su reino para unirse al rey en el enfrentamiento directo contra Magnus.

Contaban con la ayuda del rey del este, cuyo ejército ya se encontraría cerca

de la costa e incluso Ulter había destinado varios cientos de soldados a apoyar a su gran aliado.

Los preparativos fueron una locura, pero al anochecer todo estaba dispuesto para partir con las primeras luces del alba. Ansol se sentía inquieto. Hubiera salido corriendo en ese momento si la cordura no se lo hubiera impedido. Deseaba montar sobre Niebla y galopar de vuelta a casa, reunirse con Amira y defender junto a ella su hogar.

***

Edmen ascendió la escalinata que lo conducía a cubierta. Se llevó la mano a los ojos para protegerlos de la radiante luz del sol de mediodía.

Estaba tan acostumbrado a la penumbra de la bodega que le dañó la vista.

Parpadeó hasta que sus pupilas se acostumbraron a la claridad. Caminó hacia la proa, donde Magnus pasaba las horas oteando el horizonte.

El rey del norte lo había hecho llamar por primera vez en varios días, así que Edmen acudió solícito a su lado. No obstante, la urgencia del soldado que bajó a buscarlo se le antojaba sospechosa. No había dejado de agobiarlo con prisas para que se presentara ante el rey de inmediato. Edmen caminaba con dificultad, ya que las largas horas recostado en su camastro habían hecho mella. Sin embargo, se apresuró todo lo que pudo para acudir a la llamada del rey.

Algo en su interior estalló justo cuando el mago se topó con la fría mirada de Magnus. Edmen comenzó a temblar, pero se irguió para ocultar el súbito temor que atenazaba su alma. Sintió una punzada en el estómago al intuir lo que se avecinaba y trató de tragar saliva, pero un nudo en la garganta se lo impedía. Se situó frente al rey e hizo una reverencia.

—¿Me llamabais, majestad?

Magnus continuaba observándolo frío y distante, con el ceño fruncido y la cabeza ladeada. Nada bueno vendría a continuación.

—Te he hecho llamar para que contestes una pregunta.

El rey del norte le dio la espalda para dirigirse al sillón real, que estaba dispuesto en cubierta. Apartó hacia un lado su oscura capa de piel antes de tomar asiento y le dirigió una mirada desafiante. Edmen permanecía de pie, esforzándose por ocultar su nerviosismo.

—Quiero saber por qué hace varios días que no tengo noticias de nuestros soldados en el oeste. —Magnus esbozó una leve sonrisa, entre cínica y divertida.

Edmen fue consciente de que estaba jugando con él, poniéndolo a prueba. Magnus era como un lobo hambriento al que le gustaba juguetear con sus presas antes de devorarlas. Había visto aquella mirada oscura en sus ojos antes, aquel extraño brillo. ¿Cómo había sido tan imprudente? En su afán por permanecer oculto de la influencia de aquel tirano, se había olvidado de comportarse como lo que se suponía que era: un fiel súbdito, solícito y obediente. Había estado tan ocupado controlando los elementos primero, y siguiendo los pasos de aquella chica y su acompañante después, que había obviado sus obligaciones con aquel rey obsesivo y cruel.

—Mi señor —comenzó indeciso—, he estado enfermo. No me encontraba en condiciones de subir a veros, perdonadme.

Magnus ladeó la cabeza mientras endurecía el gesto.

—Hace días que te encuentras bien, mis hombres me lo han confirmado.

Esperaba que fueses tú quien acudiera a mí para informarme de la situación, como siempre has hecho. ¿Acaso ha cambiado algo? ¿Tu fidelidad ha perdido el rumbo?

Magnus lo miró con severidad y Edmen comenzó a temblar. En ese instante fue consciente de que había espías observando sus movimientos, pero no alcanzaba a comprender desde cuándo. ¿Y si lo habían descubierto llevando a cabo el conjuro para detener las mareas? Si fuera así, Magnus no dudaría en darle muerte. Carraspeó para aclararse la garganta y trató de aparentar indiferencia.

—No, majestad. Sigo al servicio de vuestra causa. Como he dicho he estado enfermo y…

—¡No sigas por ahí! —Magnus se levantó de su asiento y se acercó al mago—. Sé que escondes de mí, que me has estado evitando, así que dime:

¿qué me ocultas?

Edmen notó un sudor frío surcarle la frente. Se frotó las manos mientras pensaba en alguna salida airosa para aquella situación. Se apartó del rey, que continuaba mirándolo furioso, y comenzó a caminar de un lado a otro.

—No os oculto nada, majestad. Es sólo que no tengo novedades que transmitiros. He permanecido abajo, descansando y recuperándome de la debilidad tras mi enfermedad.

—No me tomes por tonto, Edmen —rugió Magnus fuera de sí. Lo agarró con fuerza del brazo y lo condujo hasta la borda. Sus dedos se aferraban con una fuerza sobrehumana al esquelético brazo del mago, que sintió como si le quemara.

—Señor, yo…

—Te he observado... Sé que has tenido visiones, que sabes cosas que no compartes conmigo.

Edmen se quedó helado. Cuando sus visiones se hacían fuertes solía hablar en medio del trance. Si Magnus apostó espías cerca de él, lo habrían escuchado. Eso era algo que no podía controlar, que escapaba por completo a su voluntad. ¡Por todos los cielos! ¿Cómo no había intuido lo que se avecinaba? Había estado tan absorto en seguir los pasos de la chica que había bajado la guardia demasiado.

Edmen se sintió furioso consigo mismo para después sentir un miedo insuperable ante el hecho de que Magnus lo supiera todo. Clavó la mirada en los oscuros ojos del rey, que lo miraban llenos de odio y rencor.

—¿Y bien?

—Mi señor, no os oculto nada —se limitó a decir, tratando de aparentar seguridad.

Magnus le soltó el brazo para apoyarse en la barandilla. El mago se frotó la extremidad sin dejar de observar al rey de reojo. Entonces se giró y le hizo una señal a uno de los soldados que se encontraban más cerca. El soldado agarró a Edmen por la nuca y lo obligó a arrodillarse. Otros dos soldados se acercaron para sujetarlo por los brazos. El mago comprendió que iba a ser castigado.

El tercer soldado desgarró su túnica, dejando desnuda su espalda. Edmen hundió la cabeza entre los hombros. Entonces escuchó un chasquido antes de notar un fuerte escozor. Otra vez el chasquido y su rostro se contrajo de dolor. Apretó los dientes para ahogar un grito. Latigazo tras latigazo, el mago percibía el dolor recorrer cada extremo de cuerpo, hasta que notó la sangre correr por su espalda.

Cuando el ritmo de los chasquidos se ralentizó, levantó la cabeza para mirar a Magnus. El rey lo observaba satisfecho; era evidente que estaba disfrutando. Entonces alzó la mano y el verdugo dejó caer el látigo a un lado. Los soldados lo soltaron y cayó al suelo bocabajo.

—¿Vas a hablar ahora? ¿O prefieres seguir?

Edmen apretó los puños furioso y alzó la mirada en un gesto desafiante.

—No voy a matarte, mago. Sé que perder la vida no te importa. Pero vas a desear estar muerto, te lo prometo.

Magnus miró a los soldados y asintió. Los latigazos continuaron hasta que el anciano perdió el conocimiento. La situación se repitió varias veces al día durante los dos siguientes, hasta que finalmente suplicó que lo dejasen en paz. Las lágrimas surcaban sus arrugadas mejillas, la piel de su espalda estaba separada de la carne y la sangre manaba tan profusamente que regaba la oscura madera de la proa. Nadie se explicaba cómo el mago había aguantado tanto.

Los soldados lo dejaron sobre un taburete frente al rey, que lo miraba lleno de asco y rencor. Edmen se esforzaba por permanecer erguido.

—¿Y bien?

El mago claudicó, incapaz de soportar un latigazo más, y le contó a

Magnus que el rey Petis había decidido enviar tropas en ayuda del Reino del Sur, que parte del ejército de Fredo había acordado regresar a sus tierras y que la guerra estaba llegando a su fin en el Reino del Oeste, ahora que los soldados del norte estaban acordando su rendición. Pero no dijo nada sobre la chica y su amigo. Sabía que no debía compartir aquella información con Magnus, aún a riesgo de volver a sentir en su cuerpo el cuero del látigo.

Magnus se levantó del trono y paseó furioso por la cubierta. Golpeó a un soldado que se encontraba de pie junto a la barandilla y, tras dejarlo sin sentido, se volvió hacia el mago.

—¿Porqué Petis ha enviado su ejército al Reino del Sur?

Edmen jadeó cansado. El rey estaba fuera de sí. Golpeó en la cara al mago y lo hizo caer del taburete. Al viejo pareció no importarle; parecía no importarle nada.

—Un grupo de soldados descubrieron a los captores de su hija en un claro del bosque y, tras darles muerte, consiguieron rescatarla con vida

—mintió para obviar cualquier información sobre Amira.

Magnus rugió furioso.

—¿Y qué es eso de que mi ejercito va a rendirse?

—Los soldados del norte están cansados de ver morir a sus compañeros en el campo de batalla, donde los ejércitos del oeste y del sur son muy superiores. Un gran número ya ha desertado, y los jefes de armas están reunidos para decidir si presentan su rendición ante el enemigo.

Magnus estalló. Sacó su espada y la clavó sin miramientos en el cuerpo del soldado que se encontraba más cerca. Jadeaba fuera de sí mientras limpiaba la hoja de su arma con el borde de la capa. Se giró ciego de ira para posar la mirada sobre los que permanecía en cubierta, que retrocedieron unos pasos presos del miedo.

—¿Algo más? —le dijo al mago, aún con la espada en la mano.

Edmen negó con la cabeza antes de dejarse caer de lado sobre la madera, perdiendo el conocimiento. Al cabo de un rato volvió en sí y descubrió que se encontraba tumbado boca abajo sobre su camastro, en las entrañas del barco. Alguien le limpiaba las heridas de la espalda

con un paño húmedo.

El mago se estremeció a causa del enorme dolor que aquello le provocaba.

—No dejes que el rey te doblegue —le dijo el cocinero del barco que días antes se había preocupado por su salud. El hombre lo miraba con semblante serio—. Tu propósito es bueno y debes continuar el camino que has emprendido. Yo cuidaré de ti, ahora descansa.

Tras aquellas palabras Edmen volvió a sumirse en la inconsciencia, sintiendo cómo era arrastrado hacia un oscuro y profundo abismo.

Ayuda del este

Kilen se aferraba con fuerza a la cintura de Amira. Cabalgaba con ella desde que el ejército del sur reiniciara la marcha. La chica decidió cuidar de él hasta que pudiera ofrecerle el consuelo de un hogar, aunque sabía que nada sustituiría el amor y el cariño que le profesaban sus padres. No dejaba de mortificarse pensando en lo que su primo había hecho.

—Parece que este bosque no termina nunca —se quejó Erac a su lado.

—No desesperes, pronto llegaremos a la frontera —le dijo más animada.

El bosque era frondoso en ese punto, pero por suerte el sendero que recorrían era lo bastante amplio como para permitir cabalgar juntos a dos o tres soldados, así que el avance era más rápido de lo que Fredo había previsto. Hacia media tarde estaban cerca de la frontera, por lo que el rey acordó hacer un alto para dejar descansar a los caballos. Muchos soldados, deseosos de continuar, se quejaron mientras descabalgaban. El objetivo era hacer noche dentro de los límites del reino, así que la marcha desenfrenada no parecía agotar a nadie a esas alturas, tan cerca ya de su destino.

Amira ayudó a Kilen a bajar de la grupa de Jimena. El niño se había pegado a la joven como si se tratara de su sombra. Se asustaba con facilidad ante la cercanía de cualquiera, excepto de la de Erac.

—Come un poco —le dijo el joven ofreciéndole un trozo de salazón, que el pequeño engulló hambriento.

Amira miró a su amigo conmovida, pues sabía que le había ofrecido su último trozo de reserva. Hurgó en su alforja y le tendió el poco pan que le quedaba. Erac le dedicó una sonrisa y ambos compartieron un fugaz momento de conexión total, que hizo ruborizarse al joven. Su relación había alcanzado un cariz tan intenso que se comunicaban sin tener que decir palabra. Erac se sentía pletórico con aquella situación.

Cuando terminaron de comer, Amira se fue a dar una vuelta. La presión por la repentina obligación que se había impuesto respecto a Kilen la ahogaba, aunque había disimulado la sensación delante del crio. Ascendió una pequeña loma y se sentó en la cima para deleitarse con el paisaje que se

dibujaba a sus pies. Una amplia extensión verde se perdía hacia el sur.

Pensó que aún tendrían que cabalgar algunas horas para dejar atrás el bosque. De repente un ruido a su espalda la sobresaltó. Aferró con fuerza la daga y se levantó. Erac apareció en la cima de la loma, ascendiendo por el lado rocoso.

—¿Te escondes de alguien?

—Sí, de ti —bromeó la chica.

El joven se sentó a su lado para contemplar el paisaje.

—¿Dónde está Kilen?

—No te preocupes, lo he dejado al cuidado de un soldado. Estaba durmiendo a pierna suelta cuando me fui —contestó Erac mientras se estiraba para adoptar una postura más cómoda.

Permanecieron un buen rato en silencio. Ambos escrutaban el horizonte, absortos en sus propios pensamientos. La chica apoyó la cabeza en el hombro de su amigo. Erac notó cómo se tensaban todos los músculos de su cuerpo y, sin saber cómo, se descubrió pasando el brazo sobre los hombros de ella. Se quedó helado ante su propio atrevimiento y esperó la reacción airada de la joven, pero ella se acurrucó en su costado para dejarse abrazar.

Erac sintió un calor agradable ascendiendo desde los pies hasta las mejillas, y sonrió atontado. Amira, ajena a todo, se limitó a dejarse proteger por su más fiel compañero. El joven sabía que no debía sentirse tan feliz, que el corazón de Amira pertenecía a Ansol. Pero no quiso negarse aquella placentera sensación. Sentía el calor de la chica cerca de su pecho, su respiración acariciándole el cuello, su aroma a flores. Se deleitó con el momento hasta que sus sentidos saltaron como un resorte. Se apartó de Amira para escrutar el terreno.

—¿Qué ocurre? —susurró ella, consciente de que su amigo había captado algo.

—No lo sé.

Se incorporó y se acercó al borde escarpado de la loma para mirar abajo.

Entonces escuchó voces no muy lejos. Corrió hasta Amira, la agarró con fuerza de la mano y tiró de ella de vuelta al campamento. Amira respiraba con dificultad mientras su amigo la conducía a la carrera a través del bosque.

—Espera —le imploró jadeante al cabo de un rato.

Inclinada hacia delante, apoyaba las manos sobre las rodillas tratando de recuperar el aliento. Levantó la vista hacia Erac para formular una pregunta, pero no le hizo falta pronunciarla. La conexión que habían alcanzado era tal que el chico supo perfectamente lo que inundaba la mente de su amiga en ese instante.

—Estamos en peligro. Debemos avisar al rey.

Amira asintió y retomó la carrera en pos de su amigo. Ambos llegaron sin aliento a la mesa donde Fredo disfrutaba de una abundante comida, acompañado de un buen número de nobles. El rey frunció el ceño cuando los vio acercarse.

—Majestad… —comenzó Amira, haciendo una reverencia.

—Tenemos compañía —cortó Erac con brusquedad.

El rey miró alternativamente a los chicos y se giró hacia los nobles que compartían su mesa.

—¡A las armas!

El campamento entero se desperezó justo en el momento en que un numeroso ejército vestido de negro irrumpió en el claro. La batalla se entabló de inmediato. Las espadas del sur se calentaron al contacto con las armas del ejército del norte, y los gritos ahogados se sucedieron en varios kilómetros.

Amira corrió desesperada hasta Kilen y le ordenó que se encaramase a la rama de un árbol. Se encaró con un soldado joven que vestía un jubón sucio y raído donde aparecía bordado un cuervo negro sobre un fondo blanco. El chico mostraba miedo, pero también determinación. La joven se deshizo de la primera embestida y se encaró con su contrincante. Asestó un mandoble certero que le amputó la mano. La livianez del material con que estaba forjada su espada hacía que Amira fuera muy certera en sus movimientos.

Ello, unido al duro entrenamiento al que la había sometido Ansol, la convertía en una espadachina hábil y mortal.

Miró a su alrededor y vio a Erac luchando con un hombretón que blandía un martillo. El muchacho se deshizo sin problemas de sus movimientos torpes y le clavó la espada en la espalda tras pasar bajo sus piernas, justo en el momento en que el enemigo cargaba con su

pesada arma contra él.

Entonces se encaró con otro soldado que le amenazaba con una espada oxidada.

Amira miró hacia arriba y vio que Kilen seguía encaramado en el árbol.

Se acercó a su bolsa para sacar el arco, sin dejar de atisbar en todas direcciones. Cargó una flecha y tensó la cuerda. Un silbido surcó el aire antes de que el chico que se enfrentaba a Erac cayera al suelo. Erac se volvió hacia ella y esbozó una amplia sonrisa cuando se topó con sus ojos verdes. Se giró y corrió a enfrentarse con otro soldado.

La chica cargó de nuevo el arco para apuntar a un hombre que acorralaba peligrosamente a una soldado del sur. Se sorprendió al descubrir una flecha clavada en su pecho justo antes de caer de espaldas al suelo. Una tras otra, las flechas de Amira fueron acabando con la vida de los soldados de Magnus. Cuando las flechas se acabaron, recuperó su espada y trató de acercarse a su amigo.

Erac se afanaba en acabar con un soldado bastante diestro en la lucha.

Entonces notó el aroma de Amira muy cerca. Levantó la vista por encima del hombro para descubrir a su amiga luchando a su espalda. El joven retrocedió unos pasos para situarse más cerca y así, espalda con espalda, combatieron juntos largo rato.

Unos gritos enfurecidos provenientes del extremo sur del claro captaron su atención y Amira sintió ganas de llorar cuándo comprendió lo que ocurría.

—Vienen a ayudarnos —le gritó a Erac.

El chico desvió la mirada justo a tiempo para ver acercarse un numeroso grupo de soldados a caballo. Los tonos tierra de sus vestimentas lo sacaron de dudas: el ejército del este acudía en su ayuda.

Al cabo de una hora todo estuvo bajo control. El ejército del norte fue reducido a un montón de cuerpos sin vida amontonados a un lado de la explanada. El rey Fredo recibió con un fuerte abrazo al feje de armas del ejército del este.

—Majestad, hemos venido a vuestro encuentro.

—Os lo agradezco. No esperaba la emboscada, así que vuestra llegada ha sido bienvenida —dijo el rey—. ¿Cómo sabíais de nuestra ubicación?

—La reina Térnabi nos informó de la posible ruta que tomaría vuestra majestad —explicó el jefe de armas del este.

Fredo sonrió. Al parecer su esposa lo conocía mejor de lo que se atrevía a reconocer.

—Sabíamos que el ejército de Magnus patrullaba la frontera —continuó el del este—, así que nos dirigimos hacia aquí lo más rápido que pudimos.

El resto de nuestras tropas se dirigen hacia las costas. Ahora el camino hacia vuestro reino está exento de peligro.

Fredo rio a carcajadas ante la buena noticia y dio órdenes a los nobles para reemprender la marcha de inmediato.

—Esta noche acamparemos en nuestro reino —gritó el rey, y una alegre algarabía pudo oírse desde varios kilómetros.

Pronto atravesaban la frontera que dividía los Reinos del Sur y del Oeste.

El ánimo de todos cambió cuando se supieron cerca de sus hogares. El frondoso bosque dio paso a un amplio valle que descendía en su recorrido.

A la derecha un grupo de montañas escarpadas flanqueaban el terreno, separando el reino de la costa por el oeste. En el lado opuesto numerosos bosques de robles acompañaban el discurrir serpenteante de un caudaloso río, que en algunas zonas se sumergía en las entrañas de la tierra.

Amplios campos de labor se extendían hasta donde la vista alcanzaba, sembrados de cereales. A esas alturas de la estación de verano la mayoría comenzaban a dorarse en clara señal de maduración. En poco más de un mes llegaría la época de la cosecha y los granjeros que vivían en el valle se preparaban ya para semejante tarea.

Debido a la inclinación del terreno, los soldados podían divisar la totalidad del paisaje hasta donde la vista se perdía en el horizonte. Varios pueblos se repartían en el valle, uno de ellos muy cerca del camino por donde el ejército realizaba su ruta. Al pie de las montañas

se encontraba Bindesca, más bulliciosa y ajetreada que el resto de villas que se encontrarían hasta llegar a Mulen. Bindesca no sólo se dedicaba a las labores agrícolas y ganaderas tan populares en la zona, sino que se había especializado en la extracción de piedra y arena de la montaña cercana, destinadas para la construcción. Así que, desde aquel pueblo, casi convertido en cuidad debido a su floreciente economía, se abastecía a la totalidad del reino.

Los últimos rayos de sol de la tarde acariciaban perezosos las puntas doradas de las espigas que crecían por doquier. Fredo dio el alto antes de que la penumbra los envolviera. Por suerte el valle era muy amplio, así que el ejército se acomodó repartido aquí y allá para evitar destrozar los campos de labor. Numerosos aldeanos se acercaron para ofrecerles alimentos y

bebida. Sabiéndose seguros dentro de los límites de su reino, aquella noche la mayoría descansó como hacía meses que no lo hacían.

Amira, Erac y Kilen se acomodaron un poco apartados del resto.

Encendieron un fuego y disfrutaron entre risas de la gallina que una chica les había ofrecido. Tras la cena, el pequeño se recostó en el regazo de la chica para abandonarse a un sueño ligero y agitado. Por más que Amira se esforzaba en hacer su vida apacible, las pesadillas no lo abandonaban.

—Creo que tardará algún tiempo en asimilar lo que ha ocurrido —dijo Erac tras un silencio sin dejar de mirar al pequeño con tristeza.

Amira observaba distraída el firmamento estrellado. Aquella noche la luna había asomado tímidamente en su etapa creciente. En el fondo se sentía feliz, afortunada de haber regresado a su reino, aunque no dejaba de pensar en Ansol y en su padre. Nunca hubiera imaginado lo mucho que extrañaría a su familia y amigos cuando soñaba con marcharse lejos para conocer otros lugares. Ahora que se había alejado de su hogar sentía la insoportable añoranza del viajero perdido.

Bajó la vista hasta encontrarse con los ojos de su amigo. Desde hacía un tiempo había descubierto un extraño brillo en su mirada, mezcla de confusión y ternura, pero no lograba desentrañar el motivo de aquel cambio en Erac. Pero se sentía más unida a él, más cómoda a su lado.

—Puede que nunca llegue a acostumbrarse del todo. —Señaló a Kilen con la cabeza.

Erac se tumbó boca arriba con las manos en la nuca para mirar las estrellas.

—¿Qué haremos cuándo lleguemos a tus tierras?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a la chica. En realidad, no se había planteado a qué destinaría las habilidades de su amigo una vez regresaran a Miravén. Ella se quedaría en el castillo para ayudar a su madre en todo lo posible; tenía intención de liderar a los soldados de su padre si el ejército de Magnus consiguiera traspasar la costa. Pero Erac no tenía por qué quedarse con ella. No era capaz de imaginarse a Erac viviendo dentro de los muros del castillo.

—Debo quedarme en el castillo por si el ejército del norte consigue llegar tan lejos. Tengo que defender mi hogar.

—Es una buena idea —dijo Erac sin apartar la vista del firmamento—.

Nos quedaremos en Miravén.

Amira se movió incómoda. Apartó a un lado a Kilen y se tumbó junto a su amigo.

—No tienes que quedarte conmigo. Quizás tu ayuda sea más necesaria en la costa.

Erac se incorporó de medio lado, apoyando el codo sobre la hierba para mirarla a los ojos.

—Creí que querías que me quedase contigo, que estaríamos juntos en esto.

Amira notó que su amigo estaba dolido.

—No me malinterpretes —se apresuró a aclarar—. Por supuesto que quiero que te quedes conmigo, pero no sé si te irá bien esperando en el castillo noticias de la batalla. Te conozco bien y estoy segura de que te vería pasear angustiado de un extremo a otro del edificio, agobiado ante la inactividad y la espera.

Erac se dejó caer de nuevo sobre la hierba y esbozó una sonrisa.

—¿Tan bien crees conocerme?

—¿Acaso me equivoco?

El chico rio divertido mientras se incorporaba. Amira también se

sentó.

—Estaré a tu lado pase lo que pase —le prometió—. Si decides quedarte en el castillo para defenderlo, lo defenderé a tu lado. Si decides acompañar al ejército al campo de batalla, lucharé a tu lado. Si decides salir huyendo, huiré contigo.

Amira entornó los ojos mientras observaba a su amigo a la luz de las llamas de la hoguera. Creyó descifrar un mensaje oculto en sus palabras y se puso nerviosa. Enseguida descartó aquella descabellada idea y negó en silencio. ¿Cómo iba Erac a sentir nada por ella? Eran buenos amigos. Su conexión era innegable, pero era solo amistad. Estaba prometida y amaba a Ansol por encima de todas las cosas; y Erac lo sabía.

Apartó aquel confuso pensamiento y se tumbó de nuevo. Esta vez cerró los ojos con la firme intención de quedarse dormida.

—Como quieras —dijo sin mirarlo—. Si decides quedarme en Miravén estaré muy contenta de que lo hagas.

Erac permaneció sentado observándola. Pronto la respiración de la chica se ralentizó y supo que se había dormido. Se quedó contemplándola un buen rato, hasta que la hoguera se convirtió en un puñado de ascuas agonizantes y la oscuridad de la noche engulló el rostro de la chica. Se

acostó de lado y estiró el brazo para proteger el pequeño cuerpo de Kilen antes de quedarse dormido.

A la mañana siguiente la marcha se reinició antes de que el alba los sorprendiera. Cuando el sol apareció en el horizonte, el ejército ya había recorrido un buen trecho del camino. El paisaje fue cambiando a medida que avanzaban hacia Mulen, alternándose los valles floridos con zonas más escarpadas y rocosas, desfiladeros por donde discurrían furiosas corrientes de agua, y bosques tupidos que a veces tuvieron que rodear para evitar perder más tiempo del necesario.

Al segundo día las altas torres de pizarra del castillo de Mulen se divisaron a lo lejos. Fredo aspiró satisfecho una gran bocanada de aire antes de espolear su caballo. El ejército lo siguió enfervorecido. A medida que se acercaban a la capital, Amira pudo deleitarse con la visión de la grandeza de Mulen.

Cuando la guardia real vio acercarse al ejército el sonido de las trompetas anunció el regreso de sus hombres, avisando a los

ciudadanos que transitaban por las atestadas calles que dejaran paso al monarca. Un reducido número de nobles y jefes de armas acompañaron al rey hasta el palacio, entre los que se encontraban Amira, Erac y Kilen, que se negaba a separarse de la chica. El resto del ejército bordeó la muralla por el lado este para acomodarse en la explanada destinada a ellos.

Fredo desmontó apresuradamente al pie de la escalinata que daba acceso al castillo, y se arrodilló cuando vio acerarse a la princesa. La abrazó con ternura, aspirando el aroma de su niñez. Sonrió complacido antes de reunirse con la reina, que lo esperaba junto a la puerta.

Los sirvientes que trabajaban en palacio acomodaron a los nobles y soldados que acompañaban al rey. Amira fue conducida a la misma habitación que había ocupado antes de partir hacia el Reino del Este. A la chica le parecía que aquello había sucedido varios años atrás. El tiempo había pasado muy rápido desde que abandonara la seguridad de su hogar en el sur.

Disfrutó con las comodidades que el palacio ofrecía, sobre todo con la posibilidad de sumergirse en una bañera de agua caliente o ponerse un vestido. Para cuando terminó ya era la hora de comer. Una doncella la acompañó al Salón de Banquetes, donde el resto de invitados ya estaban congregados en torno a la mesa. Una puerta ancha de doble hoja daba

acceso a la sala, lujosamente decorada. Infinidad de lámparas con cristales de colores colgaban del techo, abovedado en el centro. Amplios ventanales dejaban pasar la luz del mediodía, provocando que las lámparas iluminaran las paredes con destellos multicolores.

Erac se levantó de su asiento cuando la vio aparecer. Se sonrojo mientras la observaba acercarse con un precioso vestido rosa de seda que se ceñía a su figura. Llevaba el pelo suelto, con varios mechones recogidos a los lados por horquillas de diamantes. Brillaba con luz propia, nunca la había visto tan hermosa. Aquel gesto no pasó desapercibido a la reina, que observó en silencio cómo el chico se estremecía con la sola presencia de la joven.

Amira tomó asiento junto a uno de los nobles, frente a Erac. Los platos comenzaron a llegar en abundancia. Los huéspedes comieron y bebieron mientras charlaban sobre los últimos hechos acontecidos en el reino. Erac, no obstante, permaneció callado casi todo el tiempo, limitándose a contestar cuando le hacían alguna pregunta directa.

Miraba a menudo a Amira y se sorprendía observándola embelesado. Hacia el final del almuerzo notó que alguien lo observaba. Se giró para toparse con los profundos ojos azules de la reina. El joven se ruborizó y desvió la atención hacia la conversación más cercana, simulando que se integraba en la misma.

Cuando la comida se dio por terminada los comensales pasaron al salón contiguo, mucho más pequeño, para disfrutar de una taza de café junto a otros nobles que habían sido invitados a la merienda. Amira se apartó del grupo de hombres que reían comentando heroicas hazañas de guerra y se acercó al corro de mujeres que susurraban cómplices junto a una colorida vidriera. Saludó con cortesía a una señora algo entrada en carnes que parecía ser de la edad de su madre. Su almidonado vestido de raso negro emitía un extraño sonido cuando se movía.

—Duquesa Fintergun. —Amira inclinó levemente la cabeza para saludar la duquesa viuda.

—¡Oh!, querida. —La mujer la observó a través de sus anteojos—.

Cuánto tiempo sin vernos, ¿qué tal se encuentran vuestros padres?

—Muy bien —se limitó a decir sin prestar importancia a la pregunta—.

Duquesa, deseaba hablar con vos para comentaros un hecho algo desafortunado que ha tenido lugar.

—Decidme —contestó acuciada por la curiosidad.

—Viaja con nosotros un niño de diez años que acaba de quedar huérfano. —Amira hizo un deliberado paréntesis para captar por completo la atención de la viuda—. Su nombre es Kilen, es hijo de unos granjeros que vivían cerca de la frontera con el Reino del Este. Conocí a sus padres y puedo asegurar que eran unas personas maravillosas.

—¿Y dónde están ahora?

—Han sido asesinados.

La duquesa abrió muchos los ojos mientras se llevaba la mano a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

—Pobre niño. —La viuda negaba enérgicamente.

—Me preguntaba… —Amira dudó un instante si hacer o no la propuesta—. Me preguntaba su usted podría cuidar de él mientras yo me incorporo a filas. Me he propuesto hacerme cargo de él, pero es peligroso que me acompañe ahora al sur. Sólo serían unas semanas, quizás un mes…

No sé, hasta que la guerra finalice y pueda ofrecerle un hogar seguro.

La chica terminó su frase con las manos entrelazadas, implorando la ayuda de la mujer. La viuda escrutó a la joven y finalmente asintió.

—Cuidaré de él como si fuera de mi propia familia.

Amira dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Sujetó las manos de la viuda y le sonrió agradecida. En el fondo sabía que la duquesa Fintergum no le negaría ayuda a un niño indefenso. Desde que su marido murió la afable mujer se había volcado en todo tipo de actividades destinadas a ayudar al prójimo, por ello era muy bien considerada y querida por sus vecinos.

Erac observaba de lejos la escena que se desarrollaba entre su amiga y aquella extraña mujer, preguntándose de qué estarían hablando. De pronto notó a alguien a su lado, se giró y dio un respingo cuando vio a Térnabi. Se puso nervioso, ya que no sabía muy bien cómo debía dirigirse a una reina.

Carraspeó y deseó que la mujer pasase de largo.

—Así que tú eres el inseparable amigo de mi emisaria. —La voz de la reina sonó cálida. Erac se puso tenso cuando comprendió que entablaba conversación con él. Térnabi sonrió—. Sé que no estás muy acostumbrado a las normas de protocolo de la corte, así que no voy a ofenderme por tus formas, te lo aseguro.

Erac pareció relajarse un poco, pero seguía mirando de reojo a la reina sin atreverse a volverse hacia ella.

—Me llamo Erac —dijo tragando saliva.

—Me alegra que vuestros caminos se hayan cruzado. Te agradezco de corazón que hayas cuidado de Amira.

Erac se giró entonces para encontrarse por un instante perdido en la profundidad de aquellos ojos azules. Las palabras de la reina sonaban sinceras.

—Haría cualquier cosa por ella —dijo sin pensar, y acto seguido se arrepintió de sus palabras.

La reina ladeó la cabeza.

—Entiendo…

Erac notó cómo comenzaba a sudar. Térnabi desvió la mirada a los presentes.

—Amira es una joven excepcional. Hasta yo me he sentido obnubilada con su seguridad, su valor y su arrojo. —Erac miró a la reina confundido—.

Pero no todo es lo que parece. A veces los sentimientos se confunden, se tergiversan o se malinterpretan. Debes estar muy seguro de lo que sientes antes de compartirlo con ella, o vuestra amistad puede acabar antes de que te des cuenta. Creo que aún no tienes muy claro lo que te une a ella, pero puede que no sea lo que imaginas.

Tras aquellas palabras, que quedaron suspendidas entre ellos un instante, la reina se alejó hacia el grupo de mujeres con el que conversaba Amira.

Erac se quedó de pie, preso de la confusión. Retrocedió unos metros para refugiarse en la estantería repleta de libros del fondo de la sala. Cogió uno de ellos y acarició la tapa.

—¿Vas a dedicarte a leer ahora? —Amira le sonreía.

—¡Ah! ¿Esto? No, claro que no. Además, ya lo he leído —bromeó.

—Tengo una buena noticia: Kilen va a quedarse bajo la protección de una duquesa viuda que cuidará de él hasta que la guerra termine.

Erac sonrió aliviado.

—¿No creerías que iba a llevarlo al sur? Es sólo un niño, así que debe permanecer lo más lejos posible del peligro.

—Pues ahora tendrás que obligarlo a que se quede aquí —reflexionó Erac divertido—. A ver quién lo convence de que se separe de tu lado.

Ambos rieron sabiendo lo tozudo que era el crio. Poco después fueron a buscar a Kilen y pasaron el resto del día con él. Lograron convencerlo, no sin trabajo, de que permaneciera a salvo en Mulen al cuidado de la duquesa

hasta que la guerra terminara. Amira le prometió que volvería a buscarlo para llevarlo a Miravén cuando fuera seguro.

Tras la cena se despidieron para irse a dormir. A la mañana siguiente reemprenderían el camino en dirección a un destino incierto. Aquella losa pesaba en el corazón de Amira, aunque el peso se aliviaba sabiendo que tenía cerca a Erac.

***

El mensajero real les había entregado la carta tres días atrás. Esmeral se sorprendió al ver la firma de Térnabi rubricando la misiva. La informaba de la inminente llegada de un numeroso ejército proveniente del este, que atravesaría las tierras de los Solsein a su paso hacia la costa, donde defenderían al reino de Magnus cuando desembarcara. La reina le pedía que atendiese a todo aquel que se lo requiriera, y les ofreciera cobijo y alimentos.

Al día siguiente los soldados del este pasaron por sus tierras en dirección a Álcorin. El rey Petis encabezaba la comitiva, montado en un enorme caballo ocre de largas crines. La mayoría, incluido el rey del este, continuó su camino sin detenerse; pero unos pocos solicitaron su ayuda. Esmeral se afanó en alimentar a los soldados que hicieron parada en Miravén, pero pronto el castillo se quedó de nuevo vacío. Gracias a sus huéspedes había obtenido algunas noticias sobre lo que acontecía en la guerra que se libraba en el oeste, aunque la mayoría eran vagas e imprecisas. Sin embargo, hubo una conversación que llamó su atención de inmediato. El rostro de Esmeral ensombreció cuando supo que no se recibían mensajes desde el otro lado de la frontera. Pero su ánimo cambió cuando escuchó a un soldado hablar sobre la joven emisaria de la reina.

—¿Cómo habéis dicho?

—Sí, una chica. La acompañaba un joven muy extraño. Acudieron en busca de nuestro monarca para solicitar ayuda en nombre de la reina del sur.

—¿Sabéis el nombre de la chica? —preguntó nerviosa Esmeral.

El soldado agachó la cabeza tratando de recordar. Una soldado que se encontraba cerca intervino.

—Se llamaba Amira.

—Sí, eso. Amira —corroboró su compañero.

Beatris y Caron, que ayudaban a su madre, soltaron lo que tenían en las manos para acercarse más. La condesa sollozaba de alegría.

—¿Es vuestra hija? —preguntó con curiosidad la soldado.

Esmeral asintió, incapaz de hablar.

—Pues tiene usted una hija muy valiente. Salvó a nuestra princesa de los captores que la tenían retenida. Es por esa hazaña por la que nos encontramos hoy aquí. Vuestra hija se ganó el derecho a que nuestro ejército partiera en ayuda del sur.

—¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? —preguntó angustiada Beatris.

—Al parecer se dirigía hacía el Reino del Oeste, para reunirse con vuestros ejércitos y ponerles al corriente de las intenciones de Magnus

—intervino otro soldado.

—No tenemos más noticias de ella después de su partida —dijo la soldado antes de que Esmeral formulase más preguntas.

La condesa Solsein asintió agradecida y ella y sus hijas volvieron al interior del castillo.

—Está bien —dijo la condesa mirando a Beatris y Caron. Las lágrimas escapaban sin control—. Vuestra hermana está bien.

—Seguro que estará con nuestro padre —dijo esperanzada Caron.

Las tres se abrazaron esperanzadas.

Ataque sorpresa

Ansol no había dejado de quejarse desde que abandonaron el campamento.

El pobre Kurn, que había aguantado estoicamente los comentarios airados sobre la lentitud con la que avanzaba el ejército, estaba empezando a perder los nervios.

—Llevamos buen ritmo, quieres relajarte —le dijo por enésima vez ese día.

—¿Buen ritmo? —bufó Ansol—. A este paso llegaremos cuando la batalla haya acabado. Si espoleamos a los caballos podemos alcanzar al resto en dos o tres jornadas.

—Como sigas quejándote te juro que te pongo una mordaza en la boca el resto del camino. No podemos imponer un ritmo más rápido y llegar agotados a la batalla, solo para que tú puedas reunirte con Amira —soltó Kurn molesto.

Ansol lo fulminó con la mirada mientras algunas risas estallaban detrás de ellos. Varios soldados contemplaban divertidos la escena. Ansol se giró hacia ellos y al instante reprimieron las risas.

El chico clavó la vista en el camino y permaneció taciturno el resto de la jornada. Kurn trató de animarlo con infinidad de temas, pero Ansol se limitó a contestar con monosílabos hasta que su amigo se dio por vencido y cabalgó a su lado en silencio.

Al anochecer el conde de Bris, que encabezaba la marcha, dio orden de parar a descansar. Ansol resopló antes de desmontar malhumorado, colocó sus pertenencias junto a unos matorrales y se dispuso a encender una hoguera. Cuando el fuego ardía se limitó a sentarse frente a él a observarlo.

Al cabo de un rato levantó la vista para contemplar el paisaje que los rodeaba. La estepa se extendía en todas direcciones, salpicada de vez en cuando por algunos árboles. Pequeños cerros y escarpadas lomas se recortaban contra la oscuridad creciente. Una brisa fresca comenzó a remover la hierba mientras se oía lejano el aullar de un lobo.

—¿Estás de mejor humor? Si no me marcharé a buscar compañía en otro lado. —La voz de Kurn lo sacó de su ensimismamiento.

—Perdona, lo he pagado contigo.

—No te preocupes, entiendo tu estado de ánimo. ¡Eh, mira lo que tengo!

—Kurn sacó de su morral un conejo mientras sonreía divertido.

A la mañana siguiente Ansol se adelantó en la fila para colocarse junto a su padre.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días —contestó con la mirada clavada en el horizonte—.

Quería saber si hoy alcanzaremos los límites del reino. Es la primera vez que sigo esta ruta y no sé si nos queda mucho camino.

—Tendremos que hacer noche en el Bosque de Feliston. —Caste de Bris advirtió una sombra de decepción en el rostro de su hijo—. No podemos continuar la marcha de noche, sobre todo si tenemos que atravesar un frondoso bosque.

Ansol asintió derrotado. Sentía la urgente necesidad de salir corriendo en busca de Amira; presentía que estaba en peligro. Pero su padre tenía razón.

La árida estepa dio paso al Bosque de Feliston. Antes del atardecer el conde de Bris dio el alto repentinamente. Ansol notó un olor extraño. Se adelantó para comprobar qué era lo que había llamado la atención de su padre y sus ojos se abrieron de par en par cuando contempló con horror el montón de cuerpos apilados en el extremo de un amplio claro. La respiración se le cortó y un silencio sepulcral se apoderó de todos ellos. El chico, temblando, clavó los talones en el flanco de Niebla para dirigirlo hacia los cadáveres. Se detuvo a pocos metros y suspiró aliviado. Se volvió hacia los soldados que contemplaban atónitos semejante escena.

—Llevan el escudo de Magnus. Son soldados del norte.

Un suspiro generalizado escapó de las bocas de todos.

—¡Por todos los cielos! —El rostro del conde comenzaba a recobrar el color—. Creí que se trataba de nuestro ejército.

—Parece que ninguno de los nuestros yace entre los cadáveres —dijo Ansol aliviado—, aunque creo haber distinguido el escudo del rey

Petis bajo uno de los cuerpos.

—¿El rey Petis? —Caste de Bris se mesó la barba de varios días, pensativo—. El ejército del este habrá venido hasta la frontera por si los

soldados de Magnus estaban custodiándola. ¡Han acudido en ayuda de los nuestros!

—Será mejor que continuemos antes de que la noche nos impida avanzar

—aconsejó Ansol preocupado—. Seguro que los carroñeros vendrán a darse un festín y no debemos estar cerca.

El ritmo de avance se aceleró para alejarse lo máximo posible del claro y cuando la oscuridad se cernió sobre el bosque decidieron acampar entre los árboles. Se apostaron centinelas en todo el perímetro y se dispusieron a pasar la noche acechados por multitud de ojos que brillaban en la oscuridad.

Ansol y Kurn se acomodaron cerca del conde y sus hombres. Decidieron no encender fuego para no provocar involuntariamente un incendio que pusiera sus vidas en peligro. El bosque era muy tupido en ese punto y cualquier chispa podría provocar un incendio en un instante, así que esa noche volvieron a la salazón, el pan duro y los frutos secos. Cualquier ruido era aterrador en aquella impenetrable oscuridad, pero al poco tiempo la mayoría se abandonó al sueño mientras los ronquidos se escuchaban en todas direcciones.

Ansol apoyaba la espalda en un tronco mientras Kurn dormitaba tumbado a su lado. Otro ruido. El joven se movió incómodo mirando por encima del hombro, pero no podía ver nada a pocos metros de donde se encontraba, mucho menos en la profundidad del bosque. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Otro crujido. Se incorporó de un salto, entornando los ojos para ver en la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —Kurn se quedó sentado frotándose los ojos.

Ansol le indicó con un gesto que guardara silencio. El ruido se repitió, esta vez más cerca. Ambos se miraron con los músculos en tensión.

—Ese ruido no lo hace ningún animal —susurró Kurn.

—Creo que son pasos.

Ansol se agachó para avanzar hacia su padre. Lo zarandeó mientras le ponía una mano en la boca, para que no hiciera ruido. El conde de Bris abrió los ojos, asustado.

Una rama se partió en un crujido cuando alguien la pisó. Los tres hombres se colocaron muy cerca. Ansol sacó muy despacio su espada y el sonido que hizo la hoja al rozar la vaina se amplificó en el silencio de la noche. El chico se esforzaba por contener los enloquecidos latidos de su

corazón, que retumbaban en sus sienes en señal de alerta. Entonces los vio, justo delante de él: unos ojos brillaban entre los árboles, escondidos en la vegetación. Sólo pudo contemplar su brillo, pero aquella mirada enajenada no se le iba de la cabeza. Lo observaba con odio en sus sueños y lo perseguían en su imaginación. Ansol abrió la boca y soltó un jadeo lastimero cuando comprendió lo que pasaba.

Todo sucedió muy rápido. Un ruido, acompañado de un estruendo, se abalanzó sobre ellos a gran velocidad y el bosque se estremeció con el sonido del acero. Kurn trastrabilló y cayó al suelo de culo, confundido y asustado. El conde de Bris trataba de ayudarlo a ponerse en pie. Ambos seguían en la penumbra el inesperado duelo que se había iniciado de repente, sin saber muy bien qué ocurría.

El campamento comenzó a despertarse con el entrechocar de las espadas, haciendo que los soldados corrieran en todas direcciones tropezando y gritando.

—¡Encended una antorcha! —gritó Caste de Bris.

Enseguida varios puntos de luz permitieron entrever lo que acontecía, dejando boquiabiertos a los presentes. Más antorchas comenzaron a crepitar por el bosque, así que pronto quedó patente lo que sucedía: Ansol combatía a espada con un hombre desaliñado con el pelo sucio; su ropa estaba desteñida y hecha jirones. En ese momento se giró y quedó de frente al conde, que se volvió hacia Kurn con desesperación.

—¡Varis!

El sobrino de Jum Solsein asestaba enfurecidos mandobles contra el joven. Su mirada, perdida en la profunda locura, mostraba un ser frío y despiadado, sediento de venganza. La perturbada mente del hombre había escogido a Ansol como blanco de su ira, y su único objetivo era darle muerte.

Ansol se movía con dificultad por el pequeño espacio a donde Varis lo había conducido. Cayó de espaldas tras tropezar con unas raíces, y levantó la espada para defenderse de un brutal ataque. El hombre estaba fuera de sí y el joven comenzó a asustarse.

Kurn corrió hasta su bolsa y sacó el arco. Los soldados del sur comenzaron a gritar avisando de lo que sucedía a los que estaban más alejados, y pronto una algarabía estalló en todas direcciones. Ansol se

levantó del suelo a duras penas para encararse con su atacante. Varis apretaba los dientes sonriendo con malicia.

—Debiste haberme matado cuando tuviste oportunidad. —Las palabras de Varis estaban cargadas de odio.

—Cometí un error —dijo el chico jadeando—, pero no volveré a cometerlo.

Varis soltó una carcajada que heló la sangre a los presentes. Kurn llegó corriendo con el arco cargado. Ansol desvió la vista hacia él y negó con gesto serio. Aquella cuestión debía zanjarla él sólo. Kurn, de todas formas, no bajó el arma.

Entonces Varis alzó por encima de su cabeza la espada para descargarla con furia sobrehumana contra el chico. Cuando las armas chocaron Ansol notó resentirse su vieja herida de la muñeca. Torció el gesto y empujó con fuerza a su enemigo para apartarlo. Lucharon durante un buen rato. A los presentes se les helaba la sangre las veces que creían adivinar que Ansol iba a sucumbir bajo el acero de Varis; suspiraban aliviados en las ocasiones en que Ansol parecía que, al fin, iba a terminar derrotando al sobrino de Jum Solsein.

Agotado tras las duras embestidas de aquel loco, Ansol decidió jugársela. Se lanzó al suelo y, en una maniobra imposible, pasó junto a los pies de Varis para colocarse a su espalda. El hombre, desorientado, se volvió sin comprender cómo había conseguido realizar aquel movimiento.

Entonces sintió un agudo dolor en la parte alta del torso. El acero de Ansol le quemaba allí donde le había penetrado. Varis dejó caer la espada a un lado y se agarró el pecho cuando el joven tiró para sacar la hoja. Lo miró sorprendido mientras la sangre se derramaba entre sus manos. Cayó de rodillas, con un hilo de sangre corriendo por su barbilla. No apartó los ojos de Ansol ni un solo segundo hasta que la oscuridad de su mirada dio paso al vacío de la muerte, y cayó al suelo tendido boca abajo.

Ansol lo contemplaba horrorizado y aliviado al mismo tiempo. Entonces aflojó la presión que estaba haciendo sobre la empuñadura de su espada.

Kurn se acercó con el arco aún en la mano y le puso la mano en el hombro.

El conde de Bris acudió a la carrera.

—¿Te encuentras bien, hijo?

Ansol asintió. Continuaba observando el cuerpo inerte de Varis, tendido a sus pies, esperando a que volviera a levantarse. Entonces Kurn tiró de él

hacia un lado y lo sujetó por los brazos.

—Todo ha terminado. Varis está muerto.

Lo condujo al lado opuesto y Ansol, que aún temblaba, se dejó llevar. Le ofreció agua y el joven parpadeó por primera vez, mientras el rostro de su amigo se fue aclarando poco a poco.

Kurn lo dejó sentado mientras regresaba para comprobar que efectivamente Varis estaba muerto. Varios soldados habían dado la vuelta al cuerpo del sobrino de los Solsein y se aseguraron de que su corazón ya no latía.

El conde de Bris dio algunas órdenes en voz baja antes de que un par de hombres cogieran el cuerpo sin vida de Varis para internarlo en el bosque y dejarlo a merced de los depredadores. No se merecía un entierro.

Después de aquel incidente, el campamento fue volviendo poco a poco a la normalidad. Los soldados destinados a la guardia fueron reforzados mientras el resto volvía a tumbarse en su sitio para tratar de dormir.

Ansol, mucho más relajado, cayó en un profundo sueño. Y esa vez no lo atormentó ninguna pesadilla. Su mente se entregó a un merecido descanso ahora que la amenaza de Varis había desaparecido. Pronto se enfrentaría a una nueva amenaza, pero eso sería otro día.

***

Magnus permanecía de pie en cubierta, oteando el horizonte. Aspiró

satisfecho la cálida brisa del sur, sabiéndose cerca de su objetivo.

En la bodega del barco Edmen jadeaba levemente. Por primera vez en varios días había podido tumbarse boca arriba. Aún notaba cómo le quemaba la piel bajo la aspereza de la túnica, pero sus heridas estaban casi curadas. Y ello gracias a los cuidados de aquel cocinero bajito y regordete que le había procurado atención y alimentos. Era la primera vez en muchos años que alguien se interesaba por él sin pedirle nada a cambio.

El mago parpadeó varias veces para despejarse del todo del sueño que lo había mantenido inquieto buena parte de la noche. Había soñado con la batalla que iba a desarrollarse en las tierras del sur en poco tiempo, quizás al día siguiente. Amira corría por la playa mientras desenvainaba la espada.

Entonces la oscuridad la envolvía, engulléndola por completo.

Tenía la frente perlada en sudor, pero no conseguía recordar ningún otro detalle de la visión y aquello lo tenía desconcertado. Estaba claro que algo o alguien, con un poder semejante al suyo, le impedía ver más allá. Lo que sí sabía era que él estaría allí. Se incorporó con dificultad y notó de nuevo el escozor en la espalda.

—¿Pero dónde crees que vas? —le preguntó el cocinero mientras se acercaba. La preocupación se reveló en el rostro acalorado de aquel inesperado amigo.

Edmen se dejó ayudar. Guinter, el cocinero, colocó un sucio almohadón a su espalda y el mago quedó recostado.

—Ahora necesito hacer algo que… No te asustes —le advirtió a Guinter.

Edmen nunca había revelado su poder a ningún hombre, no tan abiertamente, así que dudaba sobre la decisión que estaba a punto de tomar.

Miró a los ojos a su nuevo amigo antes de levantar la vista por encima de su hombro, para comprobar que nadie más los observaba.

Levantó las manos hasta juntarlas a la altura del pecho, haciendo un hueco entre ellas como si atrapase el aire en la cavidad que había formado.

Entonces una luz brillante comenzó a brotar mientras una bola de

fuego azulado de pequeño tamaño aparecía de entre sus manos entrelazadas. El mago las abrió y mantuvo la bola resplandeciente suspendida a unos centímetros de sus palmas extendidas. Cerró los ojos y dejó caer aquella esfera brillante sobre su pecho. La luz atravesó su cuerpo mientras se estiraba en espasmos incontrolados.

Guinter se apartó un poco, perplejo. Sin dejar de observar al mago, se acercó a su cama y posó la mano sobre su frente, creyéndolo muerto.

Entonces Edmen aspiró una profunda bocanada de aire antes de abrir los ojos. Guinter dio un salto atrás asustado. El mago se incorporó del todo sin dificultad, y se levantó de la cama. El cocinero lo miraba sin comprender.

—Es un sencillo conjuro de curación —explicó Edmen quitándole importancia. Se retiró la túnica y miró por encima de su hombro para comprobar que las heridas de la espalda estaban totalmente curadas. Guinter pasó la yema de sus dedos por la regenerada piel del mago, donde apenas quedaba huella de las cicatrices de los latigazos.

—¿Por qué no lo has hecho antes?

—Necesitaba encontrarme con fuerzas para poder invocarlo.

Edmen paseó de un lado a otro del estrecho espacio donde se encontraban. Guinter lo observaba con curiosidad, esperando que le confesara aquello que lo tenía tan preocupado.

—La guerra va a comenzar muy pronto —reveló al fin. Guinter abrió los ojos asustado—. Pero estoy preparado. Sé qué debo hacer.

De vuelta al hogar

No había amanecido aún cuando el ejército del sur se puso en marcha. A todos les perseguía una sensación extraña. Por un lado, se sentían dichosos de haber vuelto, pero por otro estaban asustados. Librar una batalla contra el mismísimo Magnus tan cerca de sus hogares no era plato de buen gusto.

La noche anterior un mensajero enviado desde el Reino del Oeste había regresado al castillo. El hombre había cabalgado día y noche para comunicar al rey Fredo que el enemigo había negociado su rendición y que la guerra allí había acabado. Por eso, aquella mañana Amira se había levantado de muy buen humor.

La chica observaba el paisaje, sumida en sus pensamientos. Erac, con la vista clavada en el camino, cabalgaba a su lado en silencio. Se sentía contrariado porque, ahora que la guerra en el oeste había finalizado, sabía que Ansol regresaría para apartarlo definitivamente del lado de su amiga.

Sabía que debía ser así, pero no podía evitar sentirse dolido. Lo peor de todo era que continuaba confuso acerca de sus verdaderos sentimientos hacia ella.

—¿Sabes? Todo es muy distinto ahora. —Amira lo sacó de sus pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—Hace algún tiempo tú y yo cabalgábamos por este mismo camino en dirección a Mulen, después de que nos conociéramos… bueno, digamos en una situación difícil. —La chica sonrió evocando el día en que conoció a Erac—. Ahora este mismo paisaje me parece diferente.

Erac echó un vistazo a su alrededor antes de fijarse en ella. No le pasaba desapercibido el cambio que había experimentado su amiga desde que la conoció. Incluso debía reconocer que él también había cambiado, y que ese cambio se debía a ella.

—Sí. Todo es distinto —respondió taciturno.

La siguiente jornada se le hizo a la chica más tediosa. Deseaba alcanzar los límites de sus tierras y no soportaba más la angustiosa marcha. De

repente un alboroto, procedente del final de la columna, alcanzó las primeras filas. Fredo hizo detenerse al ejército y al cabo de unos minutos uno de los jefes de armas se acercó al galope hasta ellos.

—Majestad, hemos detenido a un jinete que se acercaba a nosotros gritando.

—¿Cómo? —preguntó Fredo sin comprender.

—Alteza, lo hubiéramos prendido sin tener que molestaros, pero se trata de alguien conocido —el jefe de armas miró a Amira.

—¡No puede ser! —gruñó la chica tirando de las riendas enfadada. Guio a Jimena hacia la retaguardia mientras Erac la seguía, sabiendo lo que ocurría. Mientras se alejaban, gritó en dirección al rey—. Continuad sin nosotros majestad, ya os alcanzaremos.

Llegaron al final de la fila y se detuvieron ante un soldado que sujetaba por la camisa al alocado jinete, que continuaba pataleando para desasirse de su captor.

—¡Kilen! —le gritó furiosa.

—¿Pero cómo se te ocurre? —le reprendió Erac malhumorado.

—Te dije que debías quedarte en Mulen. El lugar a donde nos dirigimos es muy peligroso. Creí que lo habías entendido.

Kilen se removió enfadado, tratando de zafarse del hombre que lo sujetaba.

—¡No! —gritó ahogando un llanto—. No quiero estar lejos de vosotros.

No me importa que sea peligroso.

Amira notó un nudo en la garganta. Desmontó de un salto y le pidió al soldado que soltase al chico. Se encaró con el niño para mirarlo directamente a los ojos, muy seria.

—Kilen, necesito que te quedes en Mulen un tiempo. —No sabía cómo hacerlo entrar en razón. Le había explicado la situación mil veces, pero no había servido de nada. Decidió escoger mejor sus argumentos—.

Escúchame, te quiero Kilen, y necesito que estés a salvo.

El niño dio un respingo. Dejó caer los brazos a los lados y se concentró en la chica.

—En la costa nos espera una dura batalla que librar contra Magnus y necesito saber que tú estás a salvo para poder concentrarme mejor en mi tarea, ¿comprendes?

El pequeño asintió.

—Si estás con nosotros estaré más preocupada de cuidar de ti que de enfrentarme al enemigo, porque para mí tu seguridad es lo más importante.

Por eso necesito que regreses a Mulen y te quedes allí hasta que pueda ir a buscarte.

Kilen se quedó en silencio un momento, perdido en la intensidad de aquellos ojos verdes. Entonces se abalanzó sobre Amira y se echó a llorar.

—Perdóname —le dijo arrepentido—. No quería desobedecerte, es que no quería estar sólo. Cuando os fuisteis me sentí muy triste, lo siento.

Erac se acercó. La chica levantó la vista con los ojos anegados en lágrimas. Comprendió que su amiga estaba a punto de cargar con Kilen y llevarlo con ella, así que negó con la cabeza mientras se encaraba con el niño para hablar con él:

—Escucha. No importa lo que has hecho, nadie va a castigarte. Pero debes volver a la ciudad y quedarte allí hasta que vayamos a por ti.

El pequeño se enjugó las lágrimas mientras asentía.

***

Aquella mañana la condesa Solsein se había levantado alterada. Regañó a sus hijas sin motivo antes de recluirlas en la biblioteca. Su estado de ánimo agitado era inusual. Se encontraba de pie frente a la ventana mientras sus hijas estudiaban un antiguo libro. Desde allí, Esmeral contemplaba con mirada ausente las primeras casas de Béstemer.

La puerta se abrió de pronto y uno de los sirvientes entró de manera precipitada.

—Señora, se acercan más soldados.

Esmeral miró a sus hijas antes de salir corriendo por el pasillo. Abrió la puerta de uno de los salones del piso superior y se asomó a la ventana.

Desde allí se divisaba el camino que descendía desde la capital del reino.

Ahogó un grito cuando sus hijas se colocaron a su lado.

—Madre, son nuestros soldados —dijo Beatris sorprendida.

Esmeral, tras un instante de duda, corrió hasta que llegó jadeante al borde del camino por donde se acercaban los soldados. Buscaba infatigable algún rostro conocido, sobre todo el de su esposo y su hija. A lo lejos divisó la imponente figura de Fredo. Poco a poco, los hombres y mujeres del ejército del sur fueron pasando cerca de ella. El rey se detuvo un momento

para saludarla con la mano desde lejos. Uno de los jefes de armas del conde Solsein se acercó rápidamente.

—Señora.

—Me alegro de verte, Hincer —lo saludó nerviosa sin dejar de mirar por encima del hombro del soldado.

—Señora, su majestad el rey se disculpa por no detenerse, pero una gran tarea le aguarda aún antes de que caiga la noche. He venido a hablar con vos para tratar de responder vuestras preguntas.

Esmeral condujo a Hincer al interior del castillo mientras el ejército del sur continuaba avanzando hacia Álcorin. Los soldados del ejército de los Solsein se fueron agrupando en el patio de armas para esperar al jefe de armas.

—Señora, siento comunicarle que el conde Solsein no nos acompaña

—dijo Hince sin preámbulos.

Esmeral notó un súbito mareo y se agarró con fuerza al brazo del sillón que había ocupado. Se aclaró la garganta para reprimir un sollozo. Entonces Hince se dio cuenta de que no se había explicado con claridad. Puso las manos en alto y las agitó nervioso.

—No me malinterpretéis, señora. Vuestro esposo se encuentra bien.

La condesa abrió los ojos sorprendida.

—Pero… creí que… ¿por qué no ha regresado entonces?

—El conde sufrió una emboscada y estuvo a punto de morir. Aún permanece en el Reino del Oeste, recuperándose, pero se encuentra a salvo.

Yo no lo he visto, señora; pero vuestra hija nos lo contó cuando acudió a nuestro encuentro y ella…

—¡Un momento! —Esmeral se puso en pie de un salto—. ¿Amira se encuentra bien? ¿Dónde está? ¿Ha regresado con vosotros?

Hince retrocedió un paso al tiempo que Esmeral, exaltada, se le acercaba para sujetarlo por los brazos con fuerza.

—Madre, suelta al pobre Hince —gritó Amira cuando entraba en el salón, seguida por Erac.

Esmeral miró sorprendida la figura esbelta que se acercaba. Soltó al jefe de armas para salir corriendo al encuentro de su hija. Se abrazó a ella y lloró de alegría. La condena descubrió ante sí una nueva Amira, una mujer madura que irradiaba determinación. Una oleada de orgullo hinchó el corazón de aquella madre.

***

Al fin se descubría ante ellos la hermosa ciudad de Mulen y su castillo.

Los puntiagudos torreones destacaban sobre el resto de casas, como largos dedos tratando de tocar el cielo. Ansol notó un escozor en la boca del estómago y se esforzó por reprimir aquel alocado impulso de salir corriendo. El camino serpenteó entre campos de labor hasta que penetró en la ciudad a través de la puerta de la muralla.

Durante el almuerzo pudo obtener algunas noticias acerca de la partida del grueso del ejército del sur hacia la costa. Al parecer, habían descansado poco más de media jornada en el palacio antes de reiniciar la marcha. Eso significaba que apenas les sacaban dos días de viaje, quizás un poco menos.

El joven se sintió apremiado ante la idea de retomar enseguida el camino.

Ajeno a la conversación que se desarrollaba a su alrededor, calculaba

cuánto debían avanzar por jornada para darles alcance. No se percató de que alguien se acomodaba a su lado en un asiento vacío.

—¿Pensando en cómo llegar a Miravén lo antes posible?

Ansol dio un respingo y miró a su derecha. La reina lo miraba con una sonrisa pícara.

—Majestad.

—Sé que deseas regresar junto a tu prometida, pero detente un instante y observa a los que se encuentran aquí reunidos.

Ansol paseó la mirada por aquellos rostros tan familiares. Se detuvo, sorprendido, en el de su padre. Su semblante mostraba a un hombre mucho más viejo de lo que en realidad era. Unas oscuras y abultadas ojeras le ensombrecían el gesto. Estaba más delgado que de costumbre y la barba, más canosa, crecía descuidada. El chico sintió una mano invisible estrujándole el corazón.

—Creo que no os vendría mal descansar el resto de la jornada

—aconsejó la reina.

Aquella noche al joven no le asaltaron las pesadillas. Por eso, cuando se despertó notó acrecentado su nerviosismo. Reemprendieron la marcha y hacia el atardecer habían recorrido buena parte del camino. Al parecer, a todos les invadió la prisa por alcanzar pronto la costa. El conde de Bris y su hijo encabezaban la marcha, por lo que fueron los primeros en ver acercarse

al joven jinete. Padre e hijo se miraron extrañados. Ansol se adelantó al encuentro del niño que montaba un enorme caballo blanco.

—¿Te has perdido? ¿Necesitas ayuda?

—No. Voy de regreso a Mulen. Gracias por ofrecerme ayuda, pero…

—Kilen miró por encima del hombro de Ansol y abrió los ojos de par en par—. ¡Sois soldados del ejército del sur! ¿Dónde está Ansol?

El joven frunció el ceño.

—¿Nos conocemos?

—¿Eres tú?

Ansol se removió inquieto en su silla. En ese momento Kurn llegó a su lado.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, al parecer este niño me conoce —dijo molesto.

Kilen rio divertido.

—Conozco a Amira; somos amigos.

Ansol desmontó y se acercó al niño. Lo sujetó por la cintura para bajarlo del caballo.

—¿Conoces a Amira?

Kilen asintió sonriendo.

—¿Dónde está? ¿La has visto?

El niño asintió de nuevo.

—La vi ayer por última vez. Salí a buscarla después de que se marchara de Mulen porque no quería estar sólo. Ella ha cuidado de mí, ¿sabes? Pero ya sé que debo quedarme en Mulen hasta que pueda volver a buscarme, me lo ha prometido. —Kilen hablaba atropelladamente.

Ansol se quedó helado al escucharlo. Amira estaba a poco más de una jornada de camino. Entonces reparó en las palabras del chico.

—¿Volver a buscarte?

—Me ha cuidado desde que me encontraron en el bosque, cuando escapé del hombre que asesinó a mis padres.

Kurn se adelantó unos pasos y miró al niño horrorizado.

—¿Han matado a tus padres?

El niño bajó la cabeza, asintiendo mientras reprimía las lágrimas.

—Fue su primo. Por eso ella cuida de mí, porque se siente triste por lo que alguien de su familia ha hecho.

La noticia atravesó a Ansol como una flecha envenenada. No debería haber dejado con vida a Varis la primera vez que se enfrentaron en el

campo de batalla. Por su culpa los padres de aquel niño estaban muertos; había perdonado la vida a un asesino y dos personas inocentes habían pagado su error. Sumido en la culpa y el remordimiento no oyó acercarse a su padre.

—Ansol, ¿me estás escuchando?

—Lo siento, padre. ¿Qué decías?

—Kurn me ha comentado lo que sucede. Creo que sería buena idea hacer noche aquí para que el muchacho no tenga que continuar. Sería peligroso dejarlo sólo.

Ansol asintió. Cogió las riendas de su caballo y se alejó un poco para tomar perspectiva. Permaneció callado el resto de la velada, observando cómo Kurn se hacía cargo del pequeño. Encendió una hoguera para que no pasara frío, le ofreció abundante comida y lo arropó cuando cayó rendido junto a él. Entonces Ansol se sumió en un profundo sueño, una pesadilla agitada y perturbadora. En ella vio a Amira caer sobre la arena de la playa de Álcorin, sangrando. Sus ojos, ausentes de vida, lo observaban acusadores.

A la mañana siguiente el chico se despertó con lágrimas en los ojos.

Tardó un rato en recordar dónde se encontraba. Se levantó y fue al encuentro del conde de Bris.

—Padre, necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que partir hacia la costa ahora, sólo.

—¿Por qué?

—Padre, he tenido un sueño… otra pesadilla.

El conde se incorporó del todo para mirar a su hijo a los ojos. Había aprendido a no desdeñar aquellas pesadillas, no en vano le había anunciado la guerra en el oeste mucho antes de que estallara.

—Se trata de Amira. Está en peligro. Si cabalgo sólo podré avanzar más deprisa. Pero debo irme ya —rogó implorante.

Caste de Bris asintió.

—Está bien, hijo. Pero que Kurn te acompañe.

Ansol apoyó la mano en el hombro de su padre antes de dirigirse hacia donde su amigo descansaba al lado del niño.

Una visita inesperada

Amira observaba distraída el exterior a través del ventanal del salón.

Sonreía absorta en la belleza de su jardín favorito. El susurro de la fuente adormecía sus sentidos y tuvo que esforzarse en prestar atención a la conversación que se desarrollaba entre su madre y sus hermanas.

Erac había partido muy temprano para recorrer las tierras de los Solsein y hacerse una idea de los límites que debían defender. Después tenía intención de acercarse al pueblo para finalmente recorrer el camino que conducía hasta Álcorin y calcular a qué distancia se desarrollaría la batalla.

Cuando regresó al castillo se había hecho una idea del amplio territorio que Amira pretendía defender con apenas un puñado de soldados. Además, Álcorin no quedaba demasiado lejos, así que, si Magnus lograba derrotar al ejército aliado, en media jornada se presentaría a las puertas del castillo.

Amira acudió a su encuentro cuando lo vio acercarse al galope.

—¿Has completado el recorrido?

—Nos faltan soldados.

—No digas tonterías —respondió ella visiblemente ofendida—. Nuestros soldados están bien entrenados, podrán hacerle frente a Magnus sin problema.

—Amira… Si Magnus derrota al ejército aliado en la costa, nada le impedirá entrar en Miravén y arrasarlo todo a su paso.

La chica resopló. No se había planteado en serio la posibilidad de que Magnus venciese en la costa. Estaba segura de que el ejército del sur, apoyado por el del este, acabaría derrotando al enemigo. Pero ¿y si no era así? Todos sus seres queridos, amigos y vecinos sufrirían la ira de aquel tirano.

Un nudo en el estómago le provocó náuseas. Negó con la cabeza y le dio la espalda a Erac para entrar de nuevo en la edificación. Su amigo la siguió preocupado. Ambos se unieron a la madre y hermanas de la joven, que se encontraban alrededor de la mesa disfrutando del almuerzo. Comenzó una tensa conversación, pues la familia de Amira

no pasó por alto el repentino

cambio de humor de la joven. Beatris trataba de averiguar más datos sobre Erac, atosigándole con todo tipo de preguntas. Amira, taciturna, no acudió en ayuda de su amigo esa vez. Entonces un sirviente entró en la sala inclinando la cabeza.

—Señora, alguien se acerca al castillo.

Amira y Erac se apresuraron a salir al encuentro del visitante tras indicarle a la condesa y sus hijas que permanecieran a salvo en el interior.

Tras una curva del camino vieron avanzar un carro. Sobre la pequeña bancada, la figura esbelta de una mujer hacía chasquear las riendas, azuzando al único caballo que tiraba de él. Su cabello negro y rizado se sacudía de un lado a otro. Otra silueta se intuía acomodaba a su espalda.

Amira entornaba los ojos segura observar un rostro familiar; no obstante, su mano derecha aferraba con fuerza la empuñadura de la espada, preparada para entablar combate si fuera necesario. Cuando estuvo más cerca, Erac se adelantó sonriendo.

—¡Madre!

La chica se dirigió a toda velocidad a la parte trasera del carro.

—¡Amira! Me alegro de verte —dijo el conde Solsein mientras bajaba.

—¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras bien?

Jum Solsein rio al ver el exagerado gesto en el rostro de su hija.

—Pues claro que sí. Completamente recuperado gracias a los sabios cuidados de Diana.

Amira se abrazó a su padre para aspirar su aroma, tal y como solía hacer de pequeña.

—¡Jum! —la voz de Esmeral resonó desde una de las ventanas.

La condesa bajó corriendo, seguida de sus hijas. Tras un breve resumen del viaje que Diana y Jum habían emprendido varias jornadas atrás, todos entraron en el castillo para sentarse a la mesa, repleta de manjares.

—Me encontraba muy recuperado, así que cada minuto recostado me pesaba —bromeó Jum.

—Cuando sus protestas se hicieron insoportables, decidí traerlo para ver si dejaba de quejarse —rio Diana.

Jum Solsein hizo una mueca simulando sentirse ofendido, lo que provocó la risa de sus hijas.

—Ya te dije que no hacía falta que me acompañaras, me encuentro muy bien.

—Pero debo asegurarme de que mi paciente se encuentra plenamente recuperado antes de abandonarlo a su suerte —contestó Diana más seria—.

Sé que te incorporarías a la batalla hoy mismo y quería estar segura de que podías hacerlo.

Amira miró a Erac y le hizo una seña. Los jóvenes abandonaron la mesa para salir al jardín. Había tomado una decisión y debía compartirla con su amigo. Alzó la mirada al cielo justo a tiempo de ver desaparecer el sol detrás de un cúmulo de nubes. Estaba anocheciendo y ni siquiera se había dado cuenta; el tiempo pasaba deprisa rodeada de sus seres queridos.

La joven se sentó en un banco, bajo un naranjo. Erac tomó asiento a su lado y contemplaron en silencio los chorros de agua, que salpicaban el suelo de grava que la rodeaba.

—Me alegro de que tu padre haya regresado. —Erac rompió el silencio.

—Es maravilloso tenerlo de vuelta. Pero eso me ha llevado a tomar la decisión de acompañar a nuestro ejército en el campo de batalla.

—Pero… creí que ibas a quedarte aquí para defender tus tierras.

—Ahora que mi padre ha vuelto, esa tarea puede cumplirla él mucho mejor que yo. Estoy convencida de que seré de más ayuda en la costa.

Erac volvió a concentrarse en las cristalinas aguas de la fuente. Amira lo observaba sumida en sus propios pensamientos, pero no le pasaba desapercibida la lucha interna que en ese momento se desarrollaba en lo más profundo de su ser. Al fin su amigo se encaró con ella.

—Entonces iré contigo.

Amira sonrió aliviada. Esperaba que no la dejase sola ahora, al final del camino.

Un ruido a sus espaldas los sobresaltó. La túnica turquesa que vestía Diana se arrastraba sobre el camino de gravilla, provocando un peculiar siseo. Amira se levantó y, mascando una disculpa, los dejó a solas. Diana se sentó al lado de su hijo antes de sujetarle la mano.

—Madre, Amira y yo…

—Vais a reuniros con el ejército mañana.

Erac la miró exasperado.

—No hagas eso —se quejó.

—No he hecho nada, hijo. Sólo he completado la frase. Cualquiera que se hubiese acercado a vosotros ahora mismo sabría que esa es la decisión que habéis tomado —mintió su madre.

Erac sacudió la cabeza, receloso de la respuesta. Diana alzó la vista cuando vio aparecer un feo nubarrón. Aspiró el aire y notó la humedad que cargaba el ambiente. Una tormenta de verano se acercaba y descargaría sobre sus cabezas dentro de poco.

—Yo también he decidido partir con vosotros. —Las palabras de Diana pillaron desprevenido al joven.

—Pero…

—Vas a necesitarme a tu lado, hijo. —Diana volvió a concentrarse en el nubarrón—. Y esta vez sí que lo digo porque lo he visto.

Al día siguiente aún no había amanecido cuando Amira, Erac y Diana cabalgaban en dirección a Álcorin. Poco después se encontraban descendiendo por el camino que conducía a la ciudad costera. Amira detuvo a Jimena para admirar un instante el paisaje que se extendía a sus pies y descubrió la playa de Álcorin invadida por batallones de soldados distribuidos desde el puerto hasta el faro. Los ejércitos del sur y del este habían tomado posición, esperando impacientes la llegada del enemigo. La mayoría oteaba el horizonte, intentando descubrir indicios del avance de Magnus. La espera era tensa.

Amira y Erac dirigieron sus monturas hacia la playa mientras Diana se

refugiaba en el bosque de pinos cercano. Se despidió de los jóvenes trazando en el aire una serie de extraños símbolos y miró enigmáticamente a su hijo antes de desaparecer detrás de un árbol. Desde su posición podía seguir el desarrollo de los acontecimientos sin ponerse en peligro, pero estaba lo bastante cerca como para acudir a prestarles ayuda si la necesitaban.

Amira se acercó a uno de los jefes de armas del sur y preguntó por la posición de Hince. Desmontaron para encaminarse a pie hacia donde se encontraba el grueso del ejército de los Solsein. Erac no apartaba la vista de las agitadas aguas del océano. La espera era angustiosa y la tensión se extendió como una ola invisible, alcanzando el extremo opuesto de la playa.

El sol ascendía en el firmamento a medida que el calor comenzaba a resentir los cuerpos armados de los soldados. Amira paseaba por la playa, yendo y viniendo hasta donde Erac permanecía de pie, escrutando el horizonte. Entonces, en uno de los giros, creyó ver una sombra oscura. La chica clavó la mirada en las rocas que se fundían con el mar al pie de la torre del faro. Erac se acercó alarmado.

—¿Lo has visto?

—¿Tú también? —Amira se sorprendió.

Se quedaron observando el lugar por donde habían creído ver acercarse una sombra. Entonces todo sucedió muy rápido. Un destello oscuro, surgido de detrás de las rocas, precedió a una enorme nube negra que se acercaba veloz. Nadie comprendía cómo se había materializado aquella nube de pronto, tan cerca de la playa. Poco a poco la oscura neblina comenzó a disiparse y, bajo la mirada atónita de los presentes, la visión de decenas de barcos negros apareció ante ellos. Estaban varados cerca de la playa y los soldados del norte comenzaban a tomar tierra a toda velocidad, como las alas negras de un cuervo extendiéndose en pleno vuelo.

La guerra dio comienzo.

No comprendían cómo Magnus había podido hacer llegar sus barcos ante la vista de todos, pero ya nada importaba. Lo único en lo que se esforzaban los soldados era en repeler el ataque. Diana observaba la escena desde detrás del árbol donde se había escondido. Fui quien comprendió que la magia de Edmen había hecho invisibles los barcos de Magnus hasta que se encontraron demasiado cerca, para pillar por sorpresa a los aliados.

«¿Por qué lo has hecho? ¿Cómo has podido llegar tan lejos?».

Un tira y afloja de ambos ejércitos se desarrolló durante toda la jornada.

Los soldados del norte avanzan a ratos, mientras en otras ocasiones los aliados los hacían retroceder hacia el mar.

Afortunadamente, los soldados que acompañaban a Magnus gozaban del mismo escaso entrenamiento militar que aquellos que habían combatido en el oeste, así que al bando aliado no le costaba acabar con sus enemigos. El inconveniente era la superioridad numérica de los del norte.

Amira aferraba con fuerza la empuñadura de su espada, asestando estocadas y mortales mandobles a todo aquel que osara hacerle frente. Muy cerca de ella siempre se encontraba Erac. La sangre manchaba su rostro y sus ropas. La cota de malla que vestía la chica dejaba traspasar el viscoso elemento hasta dejarla empapada por completo. Jadeaba exhausta cuando se oyó el sonido de la cuerna. Miró a su alrededor para contemplar el repliegue de ambos bandos hacia extremos opuestos de la playa. Entonces se dio cuenta de que estaba anocheciendo.

Erac se reunió con ella y se dirigieron al bosque de pinos donde Diana los esperaba. La maga les echó un vistazo rápido.

—No tenéis heridas de consideración, sólo algunos rasguños. Deberíais limpiaros la sangre y sentaros a comer algo.

Amira se adentró entre los árboles con un barreño de agua caliente que Diana le tenía preparado. Se deshizo de la cota y de su camisa y se limpió lo mejor que pudo. No obstante, no consiguió deshacerse de la sangre por completo. Aquel olor acre y oxidado le revolvía el estómago.

Se reunió con su amigo en torno a un fuego, sin dejar de mirar hacia la playa. Se oía el sonido de las olas al romper en la orilla, como un cántico reparador. Sin embargo, aquel sonido la hizo estremecerse.

—¿Te has dado cuenta de que Magnus no ha aparecido en ningún momento?

Las palabras de Erac la devolvieron a la realidad. Se giró hacia su amigo con el ceño fruncido.

—Es verdad. ¿Dónde se esconde?

—Por desgracia, muy pronto podréis contemplar su rostro. —Diana se afanaba en limpiar la hoja de sus espadas, dándoles la espalda.

Amira se extrañó de que las palabras de la mujer siempre sonaran premonitorias, pero conociendo el poder de su magia no le extrañó. Tras la cena se alejó de la hoguera, buscando un momento de soledad. Erac se levantó para seguirla, pero Diana lo sujetó por el brazo y lo miró a los ojos.

Ambos tenían la misma tonalidad oscura y ese astuto brillo en la mirada.

—Déjala sola. No te conviene ir a buscarla ahora.

Erac se zafó de su madre, enojado. Diana había descubierto lo que pretendía, o quizás lo había visto en sus visiones.

—Madre, está feo que espíes los pasos de tu hijo ayudada por la magia.

—Sólo quiero protegerte. No quiero que cometas un error que te pese el resto de tu vida.

—Nadie puede protegerme de mis propios sentimientos —contestó a la desesperada.

—¿Y si estás equivocado? ¿Y si has confundido tus sentimientos por ella? Podrías echar a perder la hermosa conexión que habéis construido.

Hijo, no pretendo herirte, pero creo que ella no siente lo mismo por ti.

—Pues entonces mejor saberlo ahora que seguir adelante a ciegas, ¿no crees?

Diana negó.

—Puede que ese vacío que notas en el pecho no esté destinado a ella.

Puede que sea otra persona la que deba llenarlo. ¿Estás seguro de tu decisión?

—La verdad es que no, pero debo hablar con ella. Ni siquiera sé lo que siento, debo reconocerlo; sólo sé que moriría si a ella le sucediese algo.

Erac estaba decidido a arriesgarse. Se sentía tan unido a Amira que no era capaz de imaginarse su vida lejos de ella. Pero no lograba discernir si aquello era amor, por eso debía hablarlo con ella. Si la chica le correspondía, nada se interpondría entre ellos jamás.

Las palabras de la reina Térnabi y las de Diana comenzaron a resonar en su cabeza, en una espiral confusa. Se alejó en busca de su amiga. Al momento percibió el inconfundible aroma a flores que desprendía siempre y la encontró sentada en una pendiente, mirando el mar. Desde su posición se veían las plateadas aguas reluciendo en destellos azulados, fruto del reflejo de la luna. El sonido de las olas retumbaba en sus oídos.

—Aquí estás —dijo el chico mientras se sentaba a su lado.

El silencio los envolvió por completo. Amira, ausente, no daba señales de haber notado la presencia de su amigo. Erac se removió incómodo.

—Hoy me he asustado cuando creí que ese soldado iba a cortarte el cuello. —La chica rompió el silencio. Hablaba con la mirada clavada en la playa.

—¡Oh! ¿Te refieres al grandullón que me amenazó con una espada vieja y oxidada? —Erac trató de bromear.

Amira lo miró y un extraño brillo iluminó su mirada. Él se estremeció sin saber muy bien porqué. Le sostuvo la mirada y suspiró hondo antes de hablar:

—Amira, si algo te pasara yo… Creo que me moriría.

La chica arrugó la nariz y torció el gesto, sin comprender muy bien a dónde quería llegar. Erac se armó de valor.

—Creo que estoy enamorado de ti.

La chica dio un respingo y se puso en pie.

—Pero, ¿de qué estás hablando?

—No sé muy bien cuál es el alcance de mis sentimientos hacia ti, porque nunca he estado enamorado. Pero creo que te amo.

Amira retrocedió un par de pasos, mirando a su amigo anonadada.

—Me sentí perdido cuando creí que querías regresar al sur sola, y algo me quema por dentro cuando te veo cerca de Ansol.

Erac se había envalentonado, decidido a mostrarle a la chica sus sentimientos. Ahora le tocaba a ella corresponderle o rechazarle. El chico contuvo la respiración, esperando la reacción de ella.

Amira continuaba mirándolo sorprendida. Poco a poco esbozó una sonrisa y relajó el cuerpo.

—Creo que has confundido tus sentimientos hacia mí —comenzó conciliadora—. Dices que nunca has estado enamorado y quizás has descubierto un sentimiento que, aunque fuerte, no se corresponde del todo con lo que yo entiendo por amor. Cuando se ama a alguien sientes que te falta el aire cuando no está cerca, y que se ilumina el cielo cuando lo ves aparecer. Notas un dolor agudo en el pecho cuando os separáis, y un alivio infinito cuando volvéis a estar juntos.

Erac escuchaba sus palabras, tratando de descubrir si eso era lo que él sentía.

—Cuando estoy cerca de Ansol el tiempo se detiene y el mundo desaparece. No dejo de pensar en él cada segundo, y cuando me quedo dormida es él quien inunda mis sueños. Es la razón por la que sigo caminando, aunque esté cansada, mi esperanza y mi aliento en los peores momentos. Él es el causante de mi felicidad, de mis ilusiones y mis sueños.

Una parte de mí le pertenece por completo... No sé si he conseguido explicarte lo que yo entiendo por amor.

Erac se quedó callado un buen rato. Entonces asintió.

—Entiendo...

—Cuando te tengo cerca me siento segura, a salvo —continuó la chica—. Eres mi amigo, el mejor de ellos. El dolor sería enorme si algo llega a pasarte, pero sería capaz de seguir adelante. En cambio, no sería la misma si perdiera a Ansol. No me imagino la vida sin él. Con ello no quiero decir que te quiera menos, es sólo que ese amor es distinto.

Amira se esforzaba por hacerle entender la diferencia que existía entre ambos sentimientos. Sabía que Erac no estaba enamorado de ella. Su amigo estaba acostumbrado a vivir en soledad, apartado de todos, y la estrecha amistad que se había forjado entre ambos lo había confundido. Estaba segura de que la quería, pero no la amaba.

Erac tomó asiento. Tras unos minutos retomó la conversación, y en el

tono de su voz se vislumbraba un halo de alivio:

—Mi mayor sueño es viajar a lugares lejanos, embarcarme en el navío que vaya hasta el continente más alejado y no mirar atrás. Deseo conocer nuevos horizontes y esa idea me asalta cada segundo, de día y de noche.

—Erac se levantó para mirar a su amiga a los ojos—. Te añoraría, pero sería capaz de continuar mi camino. Me encantaría que me acompañaras, pero si decidieras quedarte, yo iría de todos modos.

—Sin embargo, yo no me iría sin Ansol.

Amira sonreía. Su amigo comprendía lo que trataba de explicarle.

—Lo siento. —De pronto Erac se sintió avergonzado.

—Eres mi mejor amigo, y los buenos amigos se ayudan en todas las situaciones, sin hacer preguntas, sin reproches.

El joven suspiró aliviado. Había logrado aclarar sus sentimientos y se sentía liberado; más aún cuando comprendió que su amiga no se había ofendido por la inesperada declaración de amor. Abrirle su corazón había servido para enraizar aún más los cimientos de su amistad.

Un ruido los puso en alerta. Erac sacó la espada mientras Amira aferraba su daga. Oyeron unos pasos apresurados que se acercaban.

—¿Amira?

La chica guardó la daga y posó la mano en el brazo de Erac, para indicarle que bajara la espada. Una silueta se abrió paso en la penumbra y la chica salió corriendo a su encuentro. Erac observó el haz plateado de los rayos de la luna reflejados en el cabello encrespado de Ansol, que se fundía en un abrazo con Amira. La chica lo besó con anhelo.

Entonces alcanzó a comprender con sorprendente claridad lo que Amira le había dicho. Observó la figura formada por los dos cuerpos entrelazados, que se fundían en uno solo, y se alejó en silencio hasta donde Diana fingía descansar.

—¿Ha merecido la pena?

—Desde luego. —Erac se tumbó a su lado—. Gracias por estar a mi lado.

Diana suspiró, orgullosa del hombre en que se había convertido su hijo.

Clavó la mirada en el objeto que bailaba sobre las olas, iluminado por la luz de la luna. Era el barco de Magnus, y Edmen estaba con él.

***

El mago permanecía de pie, asomado a la borda. Contemplaba las hogueras que danzaban silenciosas a lo largo de toda la playa. Se sentía cansado, pero notaba cómo las fuerzas comenzaban a regenerarse en su interior. Pasó toda la jornada pendiente de la seguridad de la chica y su amigo, que habían combatido cerca del faro.

Había entonado en silencio un conjuro protector sobre ellos, evitando a Magnus y al resto de jefes de armas que corrían de un lado a otro del barco dando órdenes. Pero estando tan lejos no era capaz de aumentar su intensidad. Tendría que acercase más.

—¡Mago! —La cruel voz del rey a su espalda lo hizo dar un brinco—.

Llevo un buen rato buscándote.

Magnus estaba malhumorado. En su arrogancia, creyó que cuando alcanzase la costa iba a aplastar los ejércitos aliados en un santiamén, pero el esmerado entrenamiento militar de aquellos hombres y mujeres había sobrepasado cualquier cálculo. Por eso había tomado una decisión.

—Decidme, mi señor.

—Mañana desembarcaré. Voy a enfrentarme en persona a esas alimañas, y tú me acompañarás.

El mago se sorprendió, pero luego esbozó una débil sonrisa. Eso le daba la oportunidad de estar cerca de la chica y protegerla. Magnus se movió despacio a su alrededor, confuso.

—Creí que te mostrarías reticente —le dijo suspicaz—. Sin embargo, parece alegrarte tu cometido.

Edmen reaccionó con rapidez:

—Claro, majestad. Tengo ganas de que esta guerra termine y que sean satisfechos tus deseos. Así cumplirás la promesa que un día me hiciste

—mintió sin remordimientos.

Magnus estaba aturdido. Había olvidado por completo el acuerdo al que llegó con el mago tantos meses atrás. Sabía que dar cumplimiento a la promesa podía acarrearle desastrosas consecuencias, ya que quien dañaba a un mago pagaba con creces su delito, pero sus ansias de poder y venganza pesaron más en la balanza de su conciencia. El mago no soportaba la pérdida de su amada Diana. Trató de vivir sin ella, pero los años se le hacían eternos y la soledad era una amiga indeseada de la que quería

librarse. Por eso le propuso a Magnus hacer realidad su más preciado sueño a cambio de su muerte, y el rey aceptó sin miramientos. Así había comenzado aquella guerra.

El rey se alejó contrariado mientras Edmen volvía a asomarse a la borda.

En algún lugar de la playa los jóvenes estarían aguardando las primeras luces del nuevo día, dispuestos a enzarzarse en un nuevo combate. Entonces descubrió entre los árboles un destello fugaz. Entornó los ojos, incrédulo, y volvió a escrutar la oscuridad. De nuevo distinguió el destello azulado, pero esa vez sintió su vibración.

Estaba claro que la magia se ocultaba entre los árboles del pinar adyacente a la playa. Aquello lo dejó trastornado.

Con las primeras luces del alba el ruido de cascos de caballos acercándose inundó la explanada y el pequeño bosque donde los ejércitos aliados descansaban hasta el toque de la cuerna. Ansol se desperezó antes de sacudir a Amira, que dormía acurrucada en su costado.

—Es el resto de vuestro ejército —anunció Erac mientras se acercaba.

Ansol se acercó a los recién llegados para saludar a su padre, que los lideraba. Kurn desmontó para abrazar a su amigo.

Se acercaron a la hoguera donde Diana preparaba el desayuno y se sentaron a parlotear. Caste de Bris se dirigió a la playa para reunirse con el resto de nobles y jefes de armas. Poco después el sonido de la cuerna resonó, quedando suspendido en el aire unos instantes infinitos. Todos se dirigieron una silenciosa mirada antes de encaminarse hacia la playa. Diana se acercó temerosa a la línea exterior de árboles. Quería estar cerca de su hijo y de la chica a la que tanto cariño había cogido para protegerlos con su magia sin dejarse ver. Aquel día sería uno de los peores en su vida, lo presentía.

La batalla dio comienzo cuando el sol ascendía por el horizonte. La brutalidad de las primeras embestidas en el cuerpo a cuerpo la ahogó por un instante. La maga observaba con atención la playa, concentrada en el lado oeste, donde se situaba la torre del faro de Álcorin. Ansol combatía muy cerca de Caste de Bris y de Kurn. El chico estaba bien instruido en el combate y se deshacía sin impedimentos de las estocadas del enemigo. El cabello rubio y desordenado le caía por los hombros y sobre el peto de piel reforzado con acero; el intenso azul de sus ojos se distinguía en la distancia.

Su fiereza y determinación hacían del joven un contrincante peligroso.

A pocos pasos de distancia, en la retaguardia, Amira y Erac se enfrentaban con valentía a los soldados del norte. Los gráciles movimientos de la chica le permitían deshacerse de las emboscadas y los atolladeros en los que pretendía sorprenderla el enemigo. Su espada brillaba cuando se

reflejaban en ella los rayos del sol. Parecía muy ligera y la manejaba con eficacia.

Erac se situaba muy cerca de ella, pendiente de los movimientos de su

amiga en todo momento. Diana observó con orgullo que, instintivamente, su hijo se deshacía de los astutos movimientos de su contrincante. Estaba claro que la premonición era un don que había heredado, aunque no era aún consciente de ello, ni estaba instruido en su dominio. Cuando llegara el momento, pensó la maga, le contaría toda la verdad acerca de sus orígenes y le revelaría la verdadera naturaleza del poder aletargado que se escondía en su interior. Aunque intuía que ese momento llegaría pronto.

Diana advirtió de pronto las extrañas runas que adornaban la hoja de la espada de Amira. Refulgían incandescentes en algunos movimientos, sobre todo cuando atravesaba la carne del enemigo para darle muerte. Entornó los ojos y se puso las manos en la frente, para protegerlos de la radiante luz de la mañana. Aquellos símbolos le resultaban familiares.

Fue entonces cuando, concentrada en Amira, notó cómo la magia la envolvía en un manto protector. Dio un respingo al tiempo que se tapaba la boca con la mano para evitar emitir un grito. Buscó con la mirada a su hijo, que se había visto obligado a retroceder un buen trecho a causa del ataque de un inesperado contrincante. Se esforzaba en volver junto a Amira, buscándola incesante con la mirada mientras se defendía de las estocadas de aquel soldado de negro. Entonces la maga comprobó con estupor que su hijo también estaba siendo protegido con magia.

—¿Cómo es posible?

Buscó en todas direcciones la fuente de aquel poder, asustada. Enseguida se relajó al comprender de dónde provenía el conjuro. A cierta distancia, sacudiéndose sobre las olas, del barco de Magnus manaba una luz azulada que se proyectaba en la playa, directamente sobre Erac y Amira. Aquel destello inconfundible sólo era visible para los que habían sido tocados con el don de la magia. Diana sonrió feliz. Edmen trataba de ayudar a los chicos, aunque desde su posición no podría mantener mucho tiempo el conjuro.

Entonces ocurrió algo inesperado. Una imponente figura se acercó a la playa desde las revueltas aguas del océano. Algunos de los hombres que se encontraban más cerca se apartaron a su paso. Su pelo oscuro, canoso en las sienes, le caía sobre los hombros. Aquellos despiadados ojos negros eran

inconfundibles. Magnus era un hombre de considerable altura, de espalda ancha y brazos fuertes. Había sido instruido con severidad y

excesiva rectitud desde la niñez, carente de amor y comprensión, así que la hostilidad y la crueldad marcaban su paso por el mundo.

El rey del norte se desabrochó capa para dejarla caer a sus pies, observando con deleite los combates que se desarrollaban cerca. Avanzó despacio, con una tenebrosa sonrisa surcándole el rostro. Pisó sin miramientos los cuerpos caídos sobre la arena, obviando cualquier remordimiento por lo que su absurda guerra había provocado. Continuó caminando con la espada aferrada en su mano derecha hasta que se situó frente a un sorprendido soldado del este al que, sin ninguna dificultad, atravesó con una estocada. Se notaba que disfrutaba sabiendo que había arrebatado una vida.

Magnus comenzó a combatir en un frenesí de osadía, creyéndose superior a todos. Gritaba con furia cada vez que lograba darle muerte a un enemigo y poco a poco los cadáveres se fueron amontonando a su alrededor. Por suerte, Amira y Erac luchaban lejos de aquel loco.

Los rumores corrieron por la playa y pronto todos supieron que el rey del norte se había dignado a entablar combate directo. Hasta entonces se había limitado a mover los hilos, acomodado en su indiferencia y desprecio, lejos del campo de batalla. Esa vez, más seguro de sí mismo que nunca, se había atrevido a poner los pies en suelo enemigo.

El día transcurrió rápido y, casi sin darse cuenta, el atardecer alcanzó su cénit. Diana se sorprendió a campo abierto, muy alejada de los pinos. Miró hacia atrás antes de apresurarse a retroceder. Había estado tan absorta en los acontecimientos que sin darse cuenta se había ido acercando a su hijo en un acalorado instinto protector. Había invocado un conjuro entorno a Erac y Amira, para reforzar el que Edmen mantenía desde la distancia.

Entonces percibió el destello azulado muy cerca. Notaba la boca seca y le costaba respirar. Se giró en redondo para correr hacia el interior del bosque, pero una sombra la perseguía. Frenó en seco para enfrentarse a su destino de una vez.

—¡Deja de esconderte! —gritó angustiada, con la mirada clavada en el vacío.

Una leve brisa agitó su túnica y sus cabellos. Diana cerró los ojos y respiró entrecortadamente. Cuando los abrió descubrió ante sí un rostro

familiar. Las lágrimas pujaban por salir, pero se recompuso. Miró con dureza al hombre que había aparecido frente a ella.

—Me alegro de verte, Edmen. —Sus palabras sonaron distantes y frías.

El mago sacudía la cabeza, anonadado.

—¿Diana? —la voz le temblaba. No fue capaz de reprimir las lágrimas.

Su dolor había sido tan devastador que ya no podía retenerlo—. ¿Cómo es posible? ¿Dónde has estado? Yo creía que…

—Debía alejarme de ti —lo cortó ella—, proteger lo más preciado que tenía.

Edmen notó una ira descontrolada creciendo en su interior. El ser que más amó lo había traicionado, haciéndole creer que había muerto. No comprendía por qué no había acudido en su ayuda cuando sucumbió a la desesperación y la pena.

La cuerna sonó en la paya dando por finalizada la batalla por ese día, pero no se percataron.

—¿Lo más preciado que tenías? ¿y qué era lo nuestro? Sólo un juego para ti, ¿verdad? Nunca signifiqué nada. —Edmen apretaba los puños, notando cómo perdía el control.

—¡No lo entiendes!

—Tienes razón, no lo entiendo. ¿Cómo has sido capaz de hacerme tanto daño? ¡Todos estos años creí que estabas muerta!

—Era necesario —respondió la maga—. No pretendía herirte, lo juro. Te he añorado cada día, cada segundo.

Edmen paseó nervioso por el lugar, sacudiendo la cabeza. Alguien se había situado muy cerca y contemplaba atónito la escena sin pronunciar palabra.

—¿Era necesario? ¡Pues entonces explícamelo! —Edmen comenzó a sollozar—. ¡Vi tu cuerpo romperse al caer por la cascada!

—Te habías vuelto peligroso, Edmen. Tu odio hacia los hombres te nublaba el juicio, no podía quedarme a tu lado.

—¡Tú y tus adorados hombres! Siempre sentí que te importaban más que yo. Ninguno merece mi ayuda ni mi compasión. Ellos te alejaron de mí.

— Fuiste tú, quien me apartó. —Diana se acercó para sujetarlo de la

mano—. Debía irme antes de que con tu odio irracional nos hicieras daño a mí… o a tu hijo.

Edmen levantó la vista de golpe. No podía creer lo que acababa de oír.

Se enjugó las lágrimas, confuso.

—Has oído bien —continuó Diana sin dejar de cogerle la mano—. Tu hijo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Edmen notó su corazón bombeando aceleradamente y sintió un leve mareo. La maga continuó explicándose.

—Estaba embarazada, pero tenía miedo de decírtelo. La angustia se apoderaba de ti día tras día y comenzó a cambiarte. Te sentías tan defraudado por la decisión que había tomado el rey Godeon que no lograba hacerte entrar en razón. Me asusté y hui para que nuestro hijo creciera a salvo. Sabía que no habría lugar donde pudiera esconderme, así que fingí mi muerte.

Edmen rompió a llorar con amargura. Diana se acercó para rodearlo con sus brazos. El mago se aferró a ella, estrechándola con una añoranza desbordada. Ambos lloraban.

—Cuando el rey Godeon me desterró tu odio hacia los hombres comenzó a gestarse, y creció con demasiada rapidez. —Diana continuó hablando entre sollozos—. No soportabas la humillación, más aún cuando lo único que hice fue salvar la vida de la reina. Pero yo nunca juzgué a los hombres con la misma dureza que tú. Nuestra labor es protegerlos, aun cuando ellos rechacen nuestra ayuda. Pero tú lo olvidaste y te dejaste invadir por la ponzoña del odio.

Edmen miró a Diana a los ojos y sus últimas defensas cayeron. Se sentía culpable por haber obligado a su amada a partir de su lado; ni siquiera había sido consciente del daño que le había hecho.

Entonces una voz los sorprendió. Diana se volvió hacia las sombras que proyectaba el bosque y contempló horrorizada el rostro de Erac descompuesto en una extraña mueca.

—Madre, ¿es cierto lo que has dicho?

Ni siquiera la cercanía de su amiga lo consoló. Amira lo miraba, considerando el dolor que estaría padeciendo en ese instante. La cuerna había sonado unos minutos antes y Erac se preocupó al no ver

a su madre apostada cerca de los árboles. La buscó y, al no encontrarla, se internó en el bosque. Amira lo había seguido, angustiada también por la desaparición de la maga. Pero la mujer no había escuchado el sonido de la cuerna que

anunciaba el fin de la batalla, ni había oído los pasos apresurados que se les habían acercado.

Diana se alejó de Edmen, que contemplaba el rostro de aquel muchacho al que tantas veces había observado en sus visiones: el rostro de su hijo.

—No quería que te enterases de este modo. Iba a contarte la verdad sobre tu origen, pero no quería que fuese así. Perdóname. —Trató de acariciar el brazo de su hijo, pero su mano temblorosa cayó a un lado en el último instante—. Edmen es tu padre. Es un mago como yo, como tú…

Erac permanecía de pie mirando a su madre, aunque su mirada parecía perdida en ninguna parte. Amira trató de alejarse sin hacer ruido, pero de pronto su amigo echó a correr. Diana la miró implorante y la chica corrió tras él.

Amira encontró a Erac acurrucado en una loma, sollozando como un niño asustado. Se sentó a su lado. Erac notó el calor de su cuerpo y se abrazó a ella. Cuando se calmó la muchacha rompió el silencio:

—Deberías sentirte feliz. Tienes la oportunidad de conocer a tu padre, al que siempre habías dado por perdido.

Erac se sorbió, se secó las lágrimas con la manga de la camisa y la miró aturdido.

—Imagino que duele mucho comprobar que tu madre te ha estado mintiendo tanto tiempo. —Amira continuaba analizando la situación—, pero dice mucho de ella que lo haya hecho para mantenerte a salvo. Te ha estado protegiendo toda su vida.

El chico se incorporó para clavar la vista en la playa, ahora cubierta por el velo de la noche, y meditó las palabras de su amiga. Sus padres se acercaron indecisos y Amira se alejó tras hacerles un gesto con la cabeza.

—Perdóname, hijo —imploró Diana.

El joven se acercó a su madre para abrazarla. La mujer se sintió

superada y comenzó a llorar. Después de tantos años, al fin se desprendía de aquella pesada carga. Erac se sentía vulnerable, pero no podía reprocharle nada en el fondo.

—Madre, te conozco. Sé si que me lo has ocultado ha sido por mi bien, no tengo nada que perdonarte.

Edmen se les acercó y miró a su hijo. Cuánto se parecía a Diana, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

—Soy yo quien debe pedir perdón. De no ser por mi imprudencia, tu madre no se hubiera visto obligada a ocultarte de mí. La verdad, ahora que conozco los motivos, creo que hizo bien en alejarse. Gracias a eso has podido crecer ajeno a los prejuicios que emponzoñaron mi razón. Te has convertido en una buena persona que lucha por hacer lo correcto, y debo reconocer que me siento muy orgulloso.

Erac sonrió aturdido.

—Me gustaría quedarme con vosotros, pero debo volver con Magnus antes de que me eche en falta.

—Aun no comprendo cómo has podido unirte a su causa —masculló Diana disgustada.

—Al principio estuve guiado por un deseo enfermizo. No había en este mundo que me importara, así que decidí abandonarlo. Para eso necesitaba del egoísmo desmedido de un hombre que estuviera dispuesto a asumir las consecuencias de mi muerte, y ese era Magnus.

Diana asintió. Erac aún no comprendía muy bien lo que su padre trataba de explicarles. Su madre no le había hablado casi nada acerca de su estirpe y del ineludible poder que les acompañaba.

—Pero luego —continuó Edmen—, encontré en mis visiones los almendrados ojos verdes de tu amiga, y todo cambió. Desde entonces trato de averiguar el modo de detener a Magnus.

—Por eso tienes que volver —comprendió Diana—. No debe sospechar de ti.

—¿Has visto a Amira en tus visiones? —quiso saber Erac.

—Así que ese es su nombre. —Edmen sonrió—. Debo regresar al barco, pero esperadme aquí hacia media noche.

Madre e hijo asintieron y, tal como había aparecido, Edmen desapareció.

—Es un conjuro de invisibilidad —le aclaró la maga a su hijo, que buscaba perdido la figura de su padre en la oscuridad—. Algún día te lo enseñaré.

Diana comprendió que tenía una ardua tarea por delante. Tendrían que pasar muchas jornadas hablando sobre el verdadero origen de su hijo, explicarle que ella había estado acallando el poder que yacía latente en su interior, para que encajara en el mundo de los hombres y no se sintiera diferente.

Pero lo cierto es que Erac siempre se había sentido diferente. Nunca había llegado a dejarse conocer bien por nadie, excepto por Amira. Intuía que era distinto al resto y sabía que su madre ocultaba muchas cosas, aunque siempre había mirado hacia otro lado porque cuando le había preguntado sobre ello había visto brillar en sus ojos un destello de tristeza e inseguridad. Lo cierto es que Erac comprendía que su vida en el Bosque Encantado, rodeado de aquella magia mística y los seres que sólo allí moraban, hacían de su existencia algo especial.

Ahora Diana tendría que dejar que su poder se desarrollase, que fuese lo que realmente era: un mago. Debería guiarlo por los senderos de la magia, enseñarle a controlar y manejar su inmenso poder, hacer que fuera consciente de la responsabilidad que ese poder entrañaba.

***

Edmen reapareció junto a su camastro, si bien antes se aseguró de que nadie estuviera cerca. No estaba seguro de si Magnus había acudido en su busca, pero parecía bastante distraído en cubierta, reunido con sus jefes de armas. Se cambió rápidamente la túnica mojada. Entonces un soldado apareció, sorprendiéndolo mientras escondía su ropa bajo la cama.

—Mago, el rey quiere verte.

Edmen se atusó el cabello nervioso, preguntándose si Magnus habría notado su ausencia. Alzó la cabeza y se despojó de sus miedos. Con el recuerdo de Diana y su hijo aún presente, se encaminó hacia la cubierta.

—¿Me habéis llamado, majestad?

Magnus no levantó la vista del mapa que tenía extendido sobre una

enorme mesa de madera. Parecía bastante contrariado.

—Dime, mago. ¿Has visto algo en tus visiones sobre mi victoria?

Edmen aprovechó la indecisión que intuía en sus palabras.

—Como ya os aventuré en su día, majestad, vuestra victoria no está asegurada. Os lo advertí en la Sala del Trono de vuestro palacio, antes de que lanzaseis a vuestro ejército contra el Reino del Oeste —le recordó con resentimiento.

—¡Maldita sea! —gritó fuera de sí—. ¿No es tu poder tan grande? ¿Por qué no puedes decirme cuál será el final en esta empresa?

Edmen suspiró, fingiendo frustración, mientras negaba con la cabeza.

—Como ya os he explicado otras veces, no controlo mi poder, sino que él me controla a mí. Sólo os trasmito lo que mis visiones me cuentan, y nada me han dicho sobre el final de esta guerra.

Edmen mintió sobre este punto desde el principio. Cuando se presentó ante las puertas del palacio del rey del norte, una voz interior le gritó que no revelara a aquel tirano la verdadera naturaleza de su magia. Y ahora se alegraba de haberle hecho caso.

Magnus se levantó para dar grandes zancadas de un lado a otro de la cubierta. Era la primera vez que Edmen lo veía dudar y la verdad era que se estaba divirtiendo. Reprimió una sonrisa y agachó la cabeza.

—No lo entiendo —gritó furioso el rey—. Creí que sería capaz de acabar con el enemigo en un solo día.

Edmen contuvo sus palabras, que pugnaban por salir indiscretas de su boca. No podía creer que el ego de aquel hombre fuera tan desmedido. De verdad había creído que con su sola presencia acabaría de golpe con dos ejércitos enteros, liderados por reyes valerosos y honorables. Su tremenda arrogancia le costaría vida.

Ya no deseaba morir. Quería estar junto a Diana y su hijo, así que lo mejor que podía pasarle, tanto a él como a los cuatro reinos, era que Magnus no venciera en aquella guerra.

El rey del norte se dejó caer en su sillón. Se masajeaba las sienes con los ojos cerrados, tratando de contener un incipiente dolor de cabeza.

"¡Eso es!" Se le ocurrió a Edmen de pronto. *"Debo hacer que se sienta*

enfermo para que esté indispuesto en el campo de batalla” . Entonces notó que le flaqueaban las piernas. La magia absorbía la energía vital del mago.

Después de haber mantenido todo el día el conjuro protector sobre su Erac y Amira, y haber conjurado después el de invisibilidad, estaba muy cansado.

—Majestad —se atrevió a interrumpir—. Si no me requerís más, desearía volver a mi cama.

El rey asintió sin mirarlo y, con un gesto de la mano, le pidió que se retirara.

Edmen se recostó sobre su camastro para clavar la mirada en el techo.

Sentía el pecho henchido de felicidad mientras pensaba en Diana y Erac.

Debía descansar hasta la media noche, recuperar fuerzas para volver a entonar las palabras en el idioma arcano de los magos, para realizar el conjuro de invisibilidad.

La batalla final

Magnus se acercó a la playa con una sonrisa en los labios, mezcla de satisfacción y desprecio. Sus ojos, negros como el abismo, centelleaban con aquella extraña luz del hombre que está dispuesto a sacrificarlo todo por un final irracional. Su espada zigzagueaba en todas direcciones, amputando miembros o arrebatando vidas. Se había propuesto poner fin a la guerra y estaba convencido de que la balanza se decantaría a su favor.

Con la actitud del que se sabe vencedor, el rey del norte fue poco a poco abriéndose paso hasta el centro de la playa, cercenando sin inmutarse la vida de quienes se cruzaban en su camino. De pronto algo llamó su atención y volvió la vista hacia el faro. En el extremo oeste del campo de batalla un extenso grupo de soldados del sur combatían con pericia. Distinguió los blasones de algunos de los nobles, así como a la mayoría de los jefes de armas.

Entonces la vio. Tenía el cabello recogido en una larga trenza, que iba deshaciéndose con la violencia de sus movimientos. Aquellos ojos verdes como las copas de los árboles centelleaban con el fulgor de la batalla. La chica manejaba la espada con soltura, sesgando la vida de su oponente en pocos movimientos. Pero lo que más llamó la atención de Magnus fue su espada. La hoja de su acero relucía momentáneamente en destellos rojizos justo antes de dar la estocada definitiva y arrebatarle el último aliento a su contrincante.

El rey entornó los ojos mientras ladeaba la cabeza, concentrado en aquellos destellos casi premonitorios que parecían advertir a su dueña cuándo debía asestar el golpe mortal. Absorto en sus pensamientos, había olvidado momentáneamente la batalla hasta que una voz ronca muy cerca de él le hizo girarse en redondo.

—¿Te aburres, Magnus? —La voz de Petis sonó burlona.

Magnus lo miró desde arriba, debido a su considerable altura, antes de escupir con desdén a sus pies.

—La verdad es que sí. Pero pronto todo habrá acabado y os postrareis ante a mí.

—Eso no sucederá. Aquí hay muchos soldados valerosos que van a impedírtelo.

—¿Tú acaso? —Magnus estalló en carcajadas, subestimando a

propósito la valía del enemigo.

Petis enrojeció de cólera mientras aferraba con más fuerza la empuñadura de su espada. Los nudillos comenzaban a blanquearse y notó un cosquilleo adormecedor. Entonces aflojó la presión, consciente de que no iba a conseguir perdiendo los nervios.

—A lo mejor te sorprendes —le contestó condescendiente, antes de lanzar su primer ataque contra el rey del norte.

***

Edmen había permanecido oculto en la bodega del barco, como de costumbre, pero esta vez no disimuló su nerviosismo. Elevaba la cabeza de cuando en cuando, dispuesto a actuar cuando todos los soldados hubiesen abandonado la embarcación para incorporarse a la batalla.

—¿Qué te ocurre hoy? Te encuentro muy alterado.

Una voz a su espalda lo sobresaltó. Emitió un suspiro ahogado cuando comprobó que se trataba de su fiel amigo Guinter.

—Ha llegado el momento de tomar partido.

—¿Vas a unirte al combate?

—A mi manera —dijo el mago de forma enigmática—. Puedo contribuir a que esta guerra finalice hoy mismo.

Edmen se asomó a la escalinata que ascendía hasta cubierta para escuchar las voces de los soldados que se disponían a abandonar el barco.

Guinter se situó a su lado.

—Ten cuidado, ten mucho cuidado.

El mago se volvió hacia el cocinero y lo sujetó por los hombros mientras le dedicaba una sonrisa de agradecimiento.

—No te preocupes por mí.

—Es que tus fuerzas han menguado en los últimos días y me inquieta que no seas capaz de… ya sabes… hacer magia para protegerte.

Guinter hacía aspavientos tratando de imprimir fuerza a sus palabras.

Edmen se rio, disimulando su propia preocupación.

—No le des más importancia, te aseguro que me encuentro bien. Ya sabes que ahora tengo muchos motivos por los que cuidarme.

Guinter asintió en silencio. Edmen le apretó el brazo a modo de despedida antes de subir por la escalinata. En el fondo sabía que su amigo tenía razón. Había estado realizando conjuros de protección e invisibilidad, y sus fuerzas se habían resentido considerablemente. Pero debía estar en la playa, cerca de Diana, Erac y, sobre todo, de Amira, más aún después de su última visión.

Se asomó por la borda y vio alejarse un bote con una decena de soldados, que remaban en dirección a la costa. Se concentró con esfuerzo y su silueta desapareció. Al cabo de pocos minutos unas huellas se desdibujaban en la arena, pero nadie las acompañaba. Se apresuraban hacia el bosque de pinos cercano, avanzando a toda prisa mientras esquivaban cuerpos tendidos sobre la arena, soldados combatiendo y espadas silbando al viento.

Diana se acurrucaba detrás de una roca. Se volvió hacia su derecha y sonrió. Dio un paso hacia la izquierda para dejar un espacio vacío a su lado.

Edmen apareció junto a ella. El mago le acarició el rostro y ambos se perdieron en la profundidad de la mirada del otro.

Entonces un murmullo creciente los sacó de su ensimismamiento. Se giraron hacia la playa para contemplar atónitos la escena.

***

Amira notaba el sudor perlando su frente. También humedecía su camisa bajo el peto. Los pantalones de cuero le molestaban y algunos mechones que habían escapado de su trenza le ocultaban los ojos de cuando en cuando. El calor era sofocante, lo que, unido a la humedad propia de la costa, la hacía sentirse pesada y torpe.

Se apoyó en su espada mientras descansaba un instante. Jadeaba y sentía la boca pastosa. Deseaba beber agua, pero no podía detenerse a pensar en sus necesidades en ese momento. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió a Ansol combatiendo junto a Kurn a varios pasos de su posición.

En cambio, Erac estaba cerca, como siempre.

De pronto un griterío alterado avanzó entre las filas aliadas. La chica se volvió hacia el lado opuesto de la playa y notó un nudo atenazando su garganta. Ahogó un grito y se puso de puntillas para poder ver mejor lo que sucedía. Magnus peleaba cuerpo a cuerpo contra el rey Petis. Lo tenía acorralado contra unas rocas mientras el rey del este se defendía a trompicones de las fuertes embestidas de su oponente. Petis arremetió con furia contra Magnus al tiempo que trataba de desestabilizar la pierna de apoyo de su oponente, para hacerlo caer. Pero Magnus era más robusto y alto, por lo que la estrategia no sirvió de nada. El rey del norte aprovechó la guardia debilitada de su contrincante y, con una mirada cargada de odio, hundió su espada en el cuerpo del oponente.

Petis se tambaleó sorprendido y miró con los ojos muy abiertos a Magnus. Bajó la mirada para ver la sangre manar por la grave herida que le había infligido, a la altura del corazón. El monarca cayó desplomado en el suelo mientras su sangre teñía la arena.

Magnus emitió un grito aterrador al levantar en alto su espada, de la que aún caían gotas de sangre. Sus soldados lo vitorearon con júbilo. Entonces el rey del norte se giró para encararse con su siguiente oponente. El rey Fredo corrió hacia él y, tras indicarle a uno de los soldados que se llevase el cuerpo del monarca caído, arremetió contra Magnus. La brutalidad del combate entre los dos reyes atrajo las miradas de los soldados que luchaban cerca.

Amira se distrajo observando la pericia de su rey, sus acertadas estocadas y sus elaboradas fintas. Giraba en redondo haciendo volar la capucha de su vestimenta, apretando los dientes cuando se defendía de una estocada, y gritando enfurecido cuando le tocaba a él amagar contra Magnus. Absorta en la pelea, no se percató del peligro que corría.

—¡Amira! —La voz de Erac la alertó, pero para cuando quiso girarse ya era tarde.

El joven se había alejado mientras combatía con dos enemigos al mismo tiempo, y no pudo llegar a tiempo a su lado para evitar lo que estaba a punto de suceder.

Un soldado corpulento vestido de negro se acercó a Amira con la mirada clavada en ella, como el animal salvaje que fija su vista en una presa y no la suelta hasta acabar con su vida. Tenía bordado un pequeño escudo en el hombro, símbolo indiscutible de que se trataba de uno de los jefes de armas

de Magnus. Sus ojos pardos se intuían bajo la visera de su casco y sujetaba su espada en alto, señalándola.

Amira retrocedió un paso, asustada. Miró a su alrededor y comprendió que ni Ansol ni Erac podrían acudir en su ayuda. Entonces el valor creció en su interior y, como una suave y cálida ola, la inundó de confianza. La chica aferró con fuerza la empuñadura de su espada antes de concentrarse en la hoja. Había notado los destellos rojizos que emitía cuando iba a decantarse a su favor la pelea, pero en esa ocasión la espada había enmudecido.

El soldado de negro atacó sin más preámbulos a la joven, que alzó su espada en un rápido movimiento de defensa. Se giró para colocarse a toda prisa frente a él, pero el hombre era muy rápido y, para cuando quiso darse cuenta, volvía a asestarle un mandoble. Amira retrocedió unos pasos, tratando de evaluar a su contrincante. De pronto notó un miedo insuperable ante la certeza de encontrarse combatiendo contra un soldado que la superaba en pericia y conocimientos militares.

Durante largos minutos, que a la chica le parecieron días enteros, se enfrentaron con fiereza. Amira no gozaba del duro entrenamiento militar de su contrincante, pero su agilidad y la livianez de su espada le permitían recomponerse con rapidez de los ataques. El jefe de armas del norte asestó una fuerte estocada que ella trató de repeler, erróneamente, protegiendo su cuerpo con el brazo derecho. Afortunadamente no le alcanzó la extremidad.

No obstante, un terrible dolor recorrió el brazo de la chica hasta el hombro, dejándolo inutilizado.

La joven jadeaba para tratar de apartar el miedo. No sentía el brazo con el que manejaba mejor la espada y su contrincante era certero en sus movimientos. Arremetió contra él en un vano intento de desestabilizarlo, un movimiento desesperado y poco medido que provocó su desgracia.

Amira sintió un agudo dolor en el vientre antes de notar cómo las piernas le fallaban. El fuego que se extendía por su cuerpo era insoportable y trató de gritar, pero su boca entreabierta no emitió sonido alguno. La chica se fijó entonces en aquellos ojos velados que se ocultaban tras la visera, y notó la victoria reflejada en ellos.

Fue cuando lo comprendió. Bajó la vista hacia su estómago y vio cómo la espada de su oponente salía despacio de su cuerpo, tras un reguero que rápidamente hizo un charco a sus pies. Se llevó las manos al

vientre y notó

la sangre caliente y viscosa escapar entre sus dedos. Una lágrima recorrió su mejilla mientras los sonidos a su alrededor se apagaban. No fue capaz de ver los rayos del sol de mediodía bañando su rostro, no pudo sentir el frescor de la brisa jugueteando con su pelo, no escuchó el desesperado grito de Ansol cuando trataba de correr a su lado, ni distinguió los furiosos latidos del corazón de Erac mientras la sostenían antes de que cayera desplomada.

—¡Amira! ¡Contéstame! —Erac la acunaba mientras sus ojos se iban apagando como la luz de la mañana detrás de una oscura nube de tormenta.

Kurn, que se encontraba más cerca, acudió veloz para enfrentarse al soldado del norte y darle tiempo para que atendiera a la chica. Erac la sacudió y acercó el oído hasta su rostro, tratando de percibir su respiración, pero no notó nada. La tendió sobre la arena y apartó los mechones de su cara, ahora exenta de color. Sintió una oleada de desesperación mezclada con ira, y un dolor insondable. Entonces percibió un poderoso sentimiento creciendo en su interior. Al principio era frío, como las noches de ventisca en invierno, y le helaba la sangre. Pero luego dio paso a un calor desmedido, un fuego interno que se acumulaba como la lava de un volcán, pugnando por erupcionar violento y desmedido. Alzó la cabeza y su grito desgarró el cielo.

—¡Noooo!

Emitía sonidos guturales que se mezclaban con el llanto mientras sentía ese calor, ese poder, manar de su cuerpo. Cuando fue incapaz de soportarlo más, una explosión de luz barrió la playa de punta a punta, provocando una bola de fuego azul que rodeó a Erac y el cuerpo sin vida de su amiga como una cúpula protectora.

Todo el mundo, sin excepción, paró el combate para contemplar con ojos atónitos el acontecimiento. Ansol se acercó corriendo hasta ellos y trató de arrodillarse junto al cuerpo de su prometida, pero cuando su mano tocó la bola de poder que Erac proyectaba, salió despedido a varios metros de distancia y perdió el sentido.

Diana, que había salido de su escondite nada más percibir el poder que acumulaba su hijo, se acercó corriendo para colocarse cerca, pero sin tocarlo. Suspiró mientras su alma enmudecía al contemplar el tremendo dolor que estaba sufriendo. Se serenó antes de comenzar a

hablarle.

—Hijo. —El hilo de su voz hizo reaccionar al chico, que se convulsionaba con el cuerpo de su amiga entre los brazos. Miró a su madre con la vista perdida, asolado por la pena—. Debes escucharme y hacer todo lo que te diga.

Pero Erac parecía muy lejos de allí, perdido en un infierno particular al que era arrastrado por aquella bola de fuego azulado.

—¡Escúchame! —Diana le habló como cuando le regaña de pequeño.

Esa vez pareció prestarle atención—. Has elevado un escudo protector sobre Amira.

Erac miró en todas direcciones y entonces se percató de la luz azulada que bañaba el cuerpo sin vida de su amiga.

—Has despertado el poder que mora en ti, hijo. Y puedes ayudar a Amira.

El joven abrió los ojos de par en par y se concentró en las palabras de su madre.

—Ese poder, ese fuego que notas creciendo dentro de ti, debes proyectarlo hacia Amira. Sé que es muy difícil, pero también sé de lo que eres capaz. Inténtalo, hijo. Cierra los ojos, concéntrate, y visiona esa luz, ese calor. Entonces dirígelo hacia ella.

Diana acompañaba sus palabras con suaves movimientos de las manos, tratando de calmar a su hijo. Erac asintió antes de cerrar los ojos. La bola azulada que los envolvía vibró un instante.

—Inténtalo de nuevo —le pidió su madre, y esta vez apeló a sus sentimientos por la chica para hacerlo reaccionar—. Erac, la vida de Amira está en tus manos. Puedes salvarla.

Las palabras de la maga quedaron prendidas en la mente del chico como una potente luz en medio de la oscuridad. Apretó más los ojos y se concentró. Dejó de oír las voces de su alrededor y de oler el aire cargado de sal. Sólo escuchaba el acelerado latido de su propio corazón. Notaba aquel fuego manar de su propia alma, fluyendo en una corriente inagotable, y lo canalizó mentalmente hacia el cuerpo que sostenía entre sus manos.

Entonces dejó escapar aquel fuego. La bola de luz estalló de repente

sin emitir sonido alguno, dejando a Erac debilitado por el esfuerzo. Seguía escuchando los latidos de su corazón, cabalgando despavoridos. Pero entonces notó débil y lejano otro latido. Abrió los ojos y se quedó mirando el hermoso rostro de su amiga.

Amira tosió antes de despegar los párpados muy despacio. Erac reía y lloraba al mismo tiempo. Atrajo a la chica hacia él para esconder el rostro en su cuello. Diana le palmeaba el hombro, aliviada. Se sentía muy orgullosa de que su hijo hubiera sido capaz de dominar uno de los poderes más difíciles y extraños que un mago pudiera conjurar. Sus aptitudes, desde luego, eran excepcionales.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Amira desorientada.

Erac no dejaba de llorar, cargado aún de tensión. La chica trataba de ponerse en pie cuando Ansol llegó. La tomó entre sus brazos y la besó con añoranza, como si llevara siglos sin estar a su lado.

—Erac acaba de salvarte la vida —le explicó su prometido.

Amira recordó entonces el enfrentamiento con el jefe de armas del norte y se llevó las manos instintivamente hacia su vientre. Comprobó aturdida que no había ninguna herida donde antes la sangre manaba profusamente.

Miró a su amigo y le sonrió agradecida.

***

Edmen observaba nervioso la escena, apostado detrás de unos matorrales espinosos. Diana le había advertido que no se dejase ver si no quería dar al traste con sus planes para derrotar a Magnus. Estaba preocupado por la reacción que había tenido su hijo y por la facilidad con que había conjurado un escudo protector tan potente. Ni siquiera el mejor de los magos lo hubiera conseguido sin varios años de práctica. El poder que crecía en Erac era inmenso, y si no lo enseñaban a dominarlo correctamente podría hacerle más daño que beneficio.

El mago se relajó cuando comprobó que el haz de luz azulada desaparecía en millones de chispas tras su explosión, y que Amira volvía a respirar. Entonces se volvió hacia el lado opuesto de la playa para descubrir con estupor la enfermiza mirada de Magnus clavada en su hijo. Fue un breve instante antes de volverse hacia Fredo y cargar contra él, lo que reanudó la batalla. Pero sabía cuáles eran sus intenciones y debía detenerlo.

Edmen se movió rápido entre los arbustos para acercarse al rey tirano. Se paró en seco y cerró los ojos justo cuando Magnus se disponía a asestar una estocada mortal a Fredo, que estaba tirado en el suelo después de que su oponente le diera una brutal patada que acabó rompiéndole la pierna. Fredo

se retorcía de dolor, incapaz de levantarse y blandir la espada. Magnus sonrió antes de levantar su arma por encima de la cabeza, sin apartar la mirada del rey del sur.

El mago se llevó los dedos a las sienes para conjurar el hechizo.

Entonces Magnus parpadeó mientras notaba un extraño vértigo que le nublaba la vista. Su rostro se deformó en una horrible mueca antes de soltar la espada, chillando de dolor. Se cubría la cabeza con los brazos mientras corría de un lado a otro fuera de sí. En ese instante, uno de los jefes de armas de Fredo acudió junto a su rey y, a rastras, se lo llevó a la carpa de los sanadores, mientras el rey del sur profería todo tipo de insultos contra el del norte.

Edmen cayó al suelo agotado mientras Magnus recuperaba la compostura. Miró a su alrededor tratando de averiguar de dónde había provenido aquel extraño ataque. Entonces clavó la mirada en Erac, que se había reincorporado a la batalla pese a la oposición de su madre. El rey tirano creyó que el joven había usado magia en su contra, así que se encaminó a su encuentro.

Diana llegó al bosque acompañada de Amira, que aún se sentía débil.

Ansol había vuelto a la batalla y se enfrentaba a un soldado poco entrenado.

La maga buscó a Edmen hasta que lo encontró semi inconsciente.

—¡Edmen! ¿Qué ha pasado?

—Magnus… —logró decir con dificultad—. He impedido que matara al rey del sur, pero… Cree que el conjuro provenía de Erac.

Amira se levantó de un salto para buscar a su amigo.

—¡Oh no! Magnus se dirige hacia él.

Diana dejó a Edmen recostado y puso su atención en el campo de batalla.

El rey del norte se dirigía hacia su hijo fuera de sí. Erac, ajeno al peligro, peleaba contra un soldado entrado en años que nada podía hacer por salvar su vida. Le clavó la espada en el pecho antes de girarse en busca de otro contrincante. Entonces se cruzó con la mirada colérica del rey del norte. El joven mago se sobresaltó al comprender quién sería su próximo oponente, pero no se amedrentó.

Ambos se mantuvieron la mirada, evaluándose. Entonces Magnus arremetió como si no quisiera perder más tiempo. Erac retrocedió sorprendido por la brutal embestida. Se deshizo de Magnus virando hacia

un lado, pero el rey fue más rápido y lo alcanzó en el brazo, provocándole un profundo corte.

Erac se movió con rapidez en torno al torso corpulento del rey del norte, tratando de pillarlo desprevenido y devolverle la herida, pero no fue capaz de alcanzarlo. En uno de los giros le dio un codazo en la espalda y Magnus emitió un gruñido de dolor. Erac aprovechó la oportunidad y le dio un puñetazo en la mandíbula.

El rey se masajeó el rostro dolorido sin dejar de observarlo. Erac lo esperaba con la espada lista. Se sentía cansado después de haber usado magia por primera vez en su vida. Tendría que haberle hecho caso a su madre y pararse a descansar, pero ya era tarde. El rey sonrió con malicia y escupió al suelo antes de arremeter de nuevo contra él. Cargó con furia, asediándolo con todo tipo de fintas, mandobles y estocadas bien medidas, con la firme intención de agotarlo. Erac se sentía tan cansado que apenas levantaba la espada para defenderse de los golpes. Las fuerzas le iban abandonando y nada podía hacer para reponerse de los furiosos ataques del rey. El chico temió seriamente por su vida y comenzó a retroceder.

Diana aferró con fuerza la mano de Amira mientras ahogaba un grito. Se volvió buscando a Edmen con mirada suplicante.

—¡Lo va a matar!

Pero Edmen no pudo escuchar sus palabras porque no estaba. Sin que la mujer ni la chica se diesen cuenta, se había levantado a duras penas y se encaminaba peligrosamente hacia Magnus. Diana se llevó la mano a la boca para sofocar un grito. El mago arrastraba los pies por la arena, haciendo acopio de sus últimas fuerzas para acudir en ayuda de Erac. El muchacho, sorprendido, lo miró desconcertado cuando lo vio junto a él. Magnus emitió una carcajada.

—¡Así que eras tú! Me has traicionado Edmen, y pagarás por ello.

—Te equivocas Magnus, mi hijo te hará pagar.

Magnus enarcó una ceja y miró inquisitivo al mago. Pasó la mirada del anciano al joven y su mente se iluminó.

—¡Tu hijo! Pues contempla cómo acabo con su vida antes de terminar contigo.

Magnus elevó la espada sobre su cabeza sin dejar de mirar a Edmen. El mago levantó la mano y el rey se detuvo.

—No, Magnus. No serás tú quien me quite la vida, ni darás hoy muerte a mi hijo. —Edmen miró al rey con aquel gesto premonitorio que tanto lo aterraba.

Entonces una bola de fuego incandescente surgió de las temblorosas manos del anciano mago, haciéndose más y más grande a medida que las palabras entonadas en lengua arcana resonaban con fuerza por la playa. De pronto extendió las manos y una bola de fuego de gran tamaño salió disparada hacia el rey del norte, que acabó envuelto en ella antes de salir despedirlo por los aires tras una explosión.

Edmen cayó al suelo, agotado. Erac se arrodilló a su lado para sujetarlo mientras Diana se reunía con ellos.

—Hijo mío. —Edmen hablaba con dificultad—. Estoy muy orgulloso de ti. Serás un gran mago. El más poderoso de todos...

Edmen trató de continuar, pero una terrible tos lo ahogó. Luchó por volver a respirar mientras Diana comenzaba a llorar.

—Amor mío, siempre te he amado, y siempre te amaré.

Tras pronunciar aquellas palabras Edmen dejó de respirar, su corazón se paró y su alma abandonó el cuerpo, elevándose entre las nubes hasta el lugar donde aguardaría el momento de volver a reunirse con sus seres queridos.

Erac rompió a llorar. Amira, de pie a su lado, se lamentaba por el triste final del hombre que había acabado con la amenaza de Magnus para siempre. Entonces se percató que las runas de la hoja de su espada brillaban con su habitual destello rojizo y alzó la vista preocupada.

A lo lejos, a cierta distancia, Magnus se incorporaba con dificultad. De su cuerpo chamuscado se elevaban hilos de humo negro. Se había volatilizado toda prenda hecha de materiales naturales, pero la cota de malla aún hervía sobre su cuerpo. Dolorido y enfurecido se agachó para buscar su espada mientras Amira gritaba al descubrir el desfigurado rostro del rey. El lado derecho de su cara estaba totalmente quemado y no tenía labios, dejando al aire los dientes desgastados. El ojo derecho había desaparecido, así como su oreja. Y el pelo, chamuscado, se le caía a medida que avanzaba hacia ellos.

Aquella dantesca imagen se gravó para siempre en las retinas de los presentes. Un silencio sepulcral acompañaba el tintineo metálico de la cota

de malla del rey, que se movía agitadamente cuando Magnus trataba de caminar cojeando.

Erac dejó el cuerpo de su padre tendido sobre el regazo de Diana y se volvió hacia Magnus, deseoso de vengarle. Amira comprendió entonces lo que debía hacer.

—Erac, ¡cógela! —El chico se giró al tiempo que su amiga le lanzaba su espada—. Presta atención cuando se iluminan sus dibujos, y acaba él.

Termina de una vez por todas con esta guerra.

El joven asió la empuñadura de la espada de Amira, asombrado por su escaso peso y la facilidad en sus movimientos, y esperó a que Magnus lo retara de nuevo. El rey se colocó frente a él con una arrogancia desmedida, y cargó con su espada.

Erac, sin saber cómo, elevó un escudo protector y la espada del monarca se sacudió al chocar con el obstáculo invisible. Magnus encolerizó y trató de gritar, pero la ausencia de labios se lo hacía difícil. El joven mago había despertado su poder y la magia fluía salvaje por sus venas, dispuesta a mostrarse en cuanto se sintiera amenazado.

—¡Erac, la espada! —le gritó Amira.

Las runas refulgieron en la hoja ante la asombrada mirada de Erac. Se adelantó para asestar una furiosa estocada contra Magnus, que le acertó en el pecho. Al fin le daba muerte; al fin liberaba a los cuatro reinos de su amenaza.

—¡Erac, cuidado!

El grito de Diana fue desgarrador. El joven vio brillar la hoja afilada de una daga que Magnus tenía escondida en la otra mano. Aún con la espada de Amira clavada en el pecho, el rey trataba de darle muerte a su enemigo, haciendo acopio de todo su odio. Erac vio acercarse muy lentamente la daga hacia su cuello, como si el tiempo se hubiera detenido.

De repente una luz azul explotó ante la estupefacta mirada de los congregados. Erac había vuelto a invocar el escudo protector, esta vez más potente, y había canalizado su fuerza contra Magnus, haciendo explotar la luz. Pero esa vez no deseó devolverle la vida, como lo había hecho con su amiga, sino arrebatársela.

Magnus salió volando por los aires hasta caer en las revueltas aguas del mar de Álcorin. Erac cayó de rodillas, agotado. Amira corrió a su lado y lo

sostuvo para evitar que perdiera el conocimiento. Ansol se les acercó. Miró a Erac antes girarse para pasear su severa mirada por los soldados del norte.

—¡Magnus ha muerto! —anunció solemne alzando la voz—. Ahora sus hombres pueden elegir entre deponer las armas o seguir luchando.

El chico volvió a escrutar muy serio los rostros de los soldados del norte y todos, sin excepción, agacharon la cabeza antes de dejar caer al suelo las armas que blandían.

La guerra había terminado.

***

Poco a poco el campo de batalla quedó despejado y los soldados ambos bandos se reunieron en extremos opuestos de la playa. Los del norte estaban muy nerviosos y asustados. Uno de sus jefes de armas, que se había erigido como portavoz, se reunió con Fredo para acordar los términos de la rendición. El rey del sur había sido atendido por uno de sus sanadores y tuvo que recibir al jefe de armas enemigo tumbado sobre su cama, debido a la lesión de su pierna.

Un numeroso grupo de soldados aliados se encargó de recuperar de la playa los cuerpos de los hombres y mujeres caídos en la batalla. Lo mismo hicieron los del norte con sus compatriotas. Se eligió un campo cercano para las improvisadas tumbas, y se dividió para que no fuesen

enterrados juntos los caídos de bandos contrarios. La ardua tarea tardó dos días en completarse.

En un extremo del campo, en la linde de un espeso bosque, Erac y Diana enterraron a Edmen a los pies de una enorme encina. Amira y Ansol los acompañaron en silencio.

Al tercer día, estaban preparados para regresar a sus hogares y retomar sus vidas donde la dejaron. Amira buscó a Erac para despedirse y lo encontró de pie frente al rompiente de olas, muy cerca de la torre del faro, con la mirada fija en las aguas espumosas.

—¿Aquí te escondes?

Desde que enterraron a Edmen apenas se habían dirigido la palabra. Erac se había encerrado en el silencio. Su amiga estaba muy preocupada, pero Diana le había dicho que le diera tiempo, que al final hallaría el camino.

—Sí, a la vista de todos —respondió él irónico.

El silencio se interpuso entre ellos de nuevo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó al fin la chica.

Erac la miró. La tristeza que reflejaban sus ojos le arañaba el alma.

Amira suspiró para sí y desvió la vista hacia el mar. Las primeras luces del atardecer caían sobre el horizonte pintado de rojo.

—No lo sé —reconoció el chico.

—Puedes venir con nosotros. Miravén es grande. Diana y tú podéis quedaros el tiempo que deseéis.

Erac negó con la cabeza.

—Debo encontrar mi lugar. Además, mi madre quiere enseñarme algunas cosas sobre el nuevo poder que ha despertado en mí, y para eso es mejor que estemos bajo la protección del Bosque Encantado.

—Entiendo —dijo la chica con sinceridad—. Pero cuando quieras venir al sur, tendrás un lugar con nosotros.

Erac le sonrió agradecido. Volvió a escrutar el agua ligeramente embravecida, atormentado por una idea. Amira aguardó a su lado sin atreverse a preguntarle qué era lo que lo obligaba a permanecer de pie

frente al rompiente de olas tanto tiempo. Como si pudiese leer sus pensamientos, su amigo le contestó:

—No hemos encontrado el cuerpo de Magnus.

Amira palideció, aunque se esforzó por tranquilizar a su amigo.

—Magnus ha muerto. Si no lo hizo a causa de la espada que le clavaste en el pecho, lo haría por la violenta sacudida de tu magia, o ahogándose en el mar tras la explosión. De un modo u otro, no volveremos a verlo.

La joven se agarró del brazo de su amigo y apoyó la cabeza en su hombro. Ambos contemplaron cómo el sol sucumbía en el horizonte.

"Eso espero". Repetía Erac para sí. *"Eso espero"* .

La boda

Amira observaba distraída su reflejo en el espejo. Por fin la habían dejado sola, aunque disfrutaría poco tiempo de aquel silencio. Durante todo el día su madre, sus hermanas y las doncellas la habían estado preparando, entre risas cómplices y millones de consejos.

La chica jugueteaba con uno de los mechones que Caron había dejado suelto. El resto del cabello estaba anudado en un elaborado recogido, adornado con brillantes horquillas y peinetas propiedad de las antepasadas de la familia Solsein. Eran reliquias familiares que, según la tradición, las mujeres Solsein lucían con orgullo el día de su boda. El vestido, de seda blanca, caía a sus pies como una cascada. Las mangas se alargaban hasta casi tocar el suelo, estrechándose hacia el final. Un cinturón de raso rosa era se ceñía a su cintura. En torno al cuello, un diamante en forma de lágrima brillaba en multitud de destellos, recogiendo el fulgor de las llamas de la chimenea; era un regalo de su padre.

Amira suspiró. Recorrió con la mirada su habitación y sintió una punzada de añoranza al comprender que sería la última vez que estaría en aquella estancia. En pocas horas estaría casada con Ansol e iniciarían su vida juntos en su nuevo hogar. Se levantó para recorrer la habitación. Se detuvo frente a la ventana y sonrió al observar los copos de nieve que caían despacio, acariciando los cristales empañados. Era el primer día del año.

Por eso habían elegido aquella fecha para la ceremonia, para comenzar una nueva vida cuando un nuevo año comenzaba.

Su menté vagó por los recuerdos, perdiéndose en la inmensidad del tiempo. Cuánto había cambiado su vida desde el verano…

Tras el final de la guerra contra Magnus, el Reino del Sur había recuperado poco a poco sus días de paz y sosiego. En las playas de Álcorin, donde tuvo lugar la batalla, no quedaba huella del horror padecido. Amira visitó a menudo el árbol a cuyos pies fue enterrado Edmen, y aquella vieja encina siempre estaba en flor. Incluso entonces, en pleno invierno, unas pequeñas flores decoraban el árbol, iluminándolo de forma extraña.

Una semana después de regresar a Miravén, un emisario real le llevó una carta firmada por la reina Térnabi. La invitaba a ella y a su familia a un importante evento, aunque no desvelaba de qué se trataba. Ansol y su familia también recibieron la misiva. Juntos

recorrieron de nuevo los caminos, campos y bosques que llevaban hasta la capital del reino, pero Amira no podía evitar sentir una profunda nostalgia anidando en su corazón. Cuando descendieron el camino que llevaba hasta la ciudad de Mulen a la chica le pareció que todo había vuelto a la normalidad, como si la sombra de la guerra quedara en un mal recuerdo, un sueño lejano que había que dejar enterrado.

Pero ella no podía; no se sentía la misma. Algo en ella había cambiado irremediablemente, y no podía ignorarlo; y aunque Ansol tratase de ocultarlo, a él le ocurría lo mismo.

Cuando llegaron a palacio fueron conducidos al Salón del Trono junto a un nutrido grupo de nobles y jefes de armas de los Cuatro Reinos, incluido el del norte. Tras el fin de la guerra, los hombres del norte solicitaron poder regresar a sus hogares para centrarse en recomponer su reino tras la innegable pérdida humana que había padecido a causa de la irracional empresa de su antiguo rey. Se comprometieron a no atentar contra sus vecinos, ahora aliados, y se prestaron de buen grado a purgar sus malos actos ayudando en lo posible en el restablecimiento de los reinos atacados.

El Reino del Norte había quedado sin rey tras la muerte de Magnus y aún no se había tomado una decisión al respecto. Era un reino sin monarca, gobernado temporalmente por un grupo de sabios y eruditos de los tres reinos, que trataban de poner orden en aquel territorio tanto tiempo olvidado.

El rey Fredo y la reina Térnabi permanecían sentados en sus tronos mientras los invitados se distribuían por el salón, expectantes. Nadie conocía el motivo de la reunión. La reina miró a Amira de reojo y a la chica le pareció que le sonreía con complicidad. Las trompetas resonaron, anunciando la llegada de un personaje importante y, para asombro de la chica, Erac apareció por la puerta. Observó sorprendida cómo su amigo se acercaba a los reyes, visiblemente incómodo por tanto formalismo, y avergonzado por verse en aquella situación. Tuvo que reprimir una risa cuando le dedicó una mirada suplicante al pasar a su lado.

En aquella breve ceremonia Erac fue nombrado rey del norte, sin que nadie emitiera una sola voz en contra. Desde entonces se había dedicado con ahínco a la recuperación de un reino asolado por el hambre y la desesperación. Cuidaba con mimo de un pueblo temeroso, que poco a poco comenzaba a perder el miedo. Su madre lo ayudaba y pronto llegó a ser muy querida.

El nuevo rey cambió la capital del reino y mandó construir un pequeño palacio, nada ostentoso, cerca de la frontera con el Bosque Encantado. A Amira aquello no le extrañó, y sonreía a escondidas cuando escuchaba los sorprendidos comentarios acerca de la decisión de su amigo. Durante los meses que habían transcurrido desde el final de la guerra, muchas otras cosas habían sucedido, pero desde luego aquel hecho fue el más notable.

Aún no podía creer que Erac fuese el soberano del Reino del Norte, pero aquello la llenaba de orgullo. Aunque tenía que reconocer que lo echaba de menos. A menudo recibía noticias suyas, pero, aunque la estrecha amistad que habían forjado permanecía inquebrantable, no podía evitar extrañar su presencia.

Otra cosa que la llenada de alegría era tener cerca a Kilen. El niño vivía en Béstemer, ya que Kurn y su esposa lo habían adoptado. Aquello supuso un soplo de aire fresco en las vidas del soldado y su esposa.

El Reino del Este se vio convulsionado durante varias semanas tras el final de la guerra, después de que el cuerpo sin vida de su rey regresara a casa. Ante el vacío de poder, algunos nobles del este se postularon como candidatos para ocupar el trono. Afortunadamente la princesa tomó las riendas del reino y, antes de que el trono se viera teñido de sangre por los enfrentamientos de la nobleza, tomó por esposo al hijo de uno de los más acaudalados comerciantes del este, ante el estupor de la mayoría de la clase alta, y ascendió al trono la víspera del solsticio de invierno. Así, de manera sorprendente pero eficaz, dos reinos habían cambiado de monarca en apenas unos meses.

Unos suaves golpes sonaron en la puerta y la novia abandonó sus recuerdos para concentrarse en los acontecimientos de ese día.

—Pasa.

La puerta se abrió para dejar aparecer el sonriente rostro de Jum Solsein.

Los ojos grises del conde se anegaron en lágrimas cuando contempló a su hija dispuesta a pasar por el altar.

—¿Estás lista? El novio te espera.

Amira asintió antes de acercarse a su padre para abrazarlo y besarlo en la mejilla.

—Estás preciosa.

Jum ofreció su brazo a la novia para salir de la habitación. Amira echó un último vistazo y se despidió en silencio de la que había sido su vida.

Había dejado de ser una niña. Suspiró reconfortada y descendió las escaleras junto a su padre. En el recibidor, su madre y sus hermanas los esperaban. Subieron a la carroza nupcial, adornada con cintas y flores blancas, y comenzaron el avance hasta el que sería el hogar de los esposos a partir de ese día.

En el amplio salón del palacete que Amira y Ansol habían mandado construir, un nutrido grupo de familiares, amigos y vecinos aguardaban con impaciencia la llegada de la novia. Todo estaba dispuesto para la celebración que tendría lugar después.

Ansol esperaba ansioso a la puerta de la edificación, muy nervioso. Le temblaban las piernas y sudaba, a pesar de ser pleno invierno y estar cayendo la nieve copiosamente. Se tiró del cuello de la chaqueta con frustración mientras miraba a Kurn, situado a su lado.

—Cálmate o vas a tener que ser atendido por un sanador antes de que llegue la novia —bromeó soldado para relajar a su amigo.

Ansol puso los ojos en blanco mientras torcía la boca en un gesto de disgusto.

—¿Tú también estabas nervioso el día de tu boda?

—Estaba tan nervioso que me desmayé y mi suegro tuvo que sentarme en una silla un rato, mientras mi madre me abanicaba histérica. Es una buena anécdota —recordó Kurn con fastidio.

Ambos se echaron a reír. Erac se les unió en ese instante. Desde que finalizara la guerra, las veces que el chico había tenía la oportunidad de visitar a sus amigos del sur habían sido escasas, debido a sus ineludibles obligaciones como rey. Pero por nada del mundo hubiera faltado a la boda de sus mejores amigos. Diana tampoco había rechazado la invitación.

Los cascos de los caballos resonaron en el camino empedrado que daba acceso al palacete. Ansol vio descender de la carroza a Amira y le pareció la mujer más hermosa que jamás hubiera visto. Los novios se sonrieron con ternura cuando se encontraron de frente.

—Ansol —Las palabras de Jum Solsein salieron estranguladas mientras trataba de controlar sus emociones—. Te hago entrega de mi más preciado tesoro. Cuídala y ámala más que a ti mismo.

—Así lo haré —respondió el joven y, aunque aquella era la forma tradicional en que un padre entregaba a su hija el día de su boda, las palabras de ambos sonaron sinceras, exentas de convencionalismos.

Amira y Ansol entraron en el salón cogidos de la mano. La ceremonia fue breve y en pocos minutos estuvieron convertidos en marido y mujer.

La fiesta comenzó. Comieron y bebieron, y luego bailaron hasta bien entrada la madrugada.

Por fin la casa se quedó vacía. Los esposos subieron a sus aposentos y, arropados por la penumbra que antecede al alba, se entregaron el uno al otro. Nada más importaba. Nada malo podría sucederles ahora que al fin se pertenecían. Vivirían apaciblemente el resto de sus días, juntos, y su vida sería tal y como siempre habían soñado.

Epílogo

Los cascos del caballo golpeaban el camino embarrado, salpicando las botas de su jinete. El día anterior, una terrible tormenta le había impedido seguir su camino y se vio obligado a refugiarse en una desvencijada choza escondida en la profundidad de un espeso bosque.

Ahora la calidez de los rayos del sol de mediodía se acrecentaba a medida que el jinete avanzaba hacia el sur. La primavera había comenzado y los brotes verdes anidaban por doquier. Aunque aún

faltaba mucho para el verano, el clima cálido le reconfortaba el alma. Llevaba muchos meses soportando los vientos helados del norte, así que la templanza de aquellos parajes le animaba.

Tomó la bifurcación de la derecha antes de retomar el trote. El camino comenzó a descender y fue entonces cuando el joven sonrió contento. Unos mechones oscuros y revueltos le caían desordenadamente por el rostro, tapándole a veces los ojos. Una cicatriz le surcaba la frente.

Espoleó su caballo con urgencia para cabalgar hacia la edificación que se recortaba en el horizonte.

***

A su espalda la chica escuchó el inconfundible sonido de unos cascos resonando en el empedrado del patio delantero. Se giró y perdió la concentración; pero el silbido de la hoja de una espada cortando el aire muy cerca de su rostro la hizo saltar hacia atrás.

—Estás distraída —le dijo Ansol sonriendo—. Pero eso no es excusa, he ganado.

—No seas tonto —contestó Amira divertida—, eso jamás va a suceder.

He escuchado un caballo, alguien ha llegado.

Abandonaron el entrenamiento para dirigirse al interior del palacete, dejando atrás el campo donde se adiestraba un pequeño ejército. Amira accedió al recibidor por una puerta lateral, seguida por Ansol. Una doncella se les acercó para indicarles que un hombre les esperaba en el salón principal.

Al entrar, descubrieron una figura vestida de negro que les daba la espalda. Observaba las llamas que bailaban en la chimenea. La chica inclinó la cabeza mientras entornaba los ojos. Entonces se acercó apresuradamente al visitante con los brazos abiertos.

—¡Erac!

El joven se giró sorprendido. No los había escuchado acercarse, absorto en sus pensamientos. Se abrazó a su amiga y la estrechó contra su pecho con los ojos cerrados, deleitándose con el olor a flores que siempre desprendía. Luego se acercó a Ansol, que lo saludó efusivo. Los tres amigos se sentaron a la mesa para disfrutar de una agradable comida. Charlaron durante varias horas, poniéndose al día sobre lo que habían hecho durante los largos meses en que habían

estado separados.

Amira y Ansol le contaron a Erac cómo transcurría su apacible vida en aquellos dominios. Se dedicaban a la administración de sus tierras, los cultivos, las tierras de caza y los bosques, y habían contratado a los primeros soldados de su incipiente ejército. Después de lo acontecido en Álcorin nadie desdeñaba idea de contar con un ejército bien entrenado y preparado. Al parecer, y pese a llevar poco tiempo a cargo de sus propias tierras, los esposos habían prosperado y eran bien mirados por sus vecinos.

Erac les habló de la enorme tarea que aún le quedaba por realizar en el reino donde gobernaba. Sus súbditos, palabra que en el fondo detestaba, lo habían recibido con recelo al principio, temerosos de encontrarse ante un nuevo rey tirano que los pisoteara sin miramientos. Pero poco a poco lo habían aceptado, sobre todo a su madre.

Diana le adiestraba en los secretos de la magia y había aprendido a controlar su poder, con más o menos pericia. Lo bueno era que había podido aprovechar su don en beneficio del reino y, con la ayuda de su madre, habían conseguido hacer brotar cultivos en las áridas tierras del norte, ayudar a crecer los bosques, y a multiplicarse la caza. Frondosos parajes salpicaban ahora la árida estepa helada de sus dominios, hermosos jardines de invierno crecían por doquier, y había conseguido que arrancaran los primeros brotes en los campos de labor que se cultivaban. La magia, lejos de haber sido un inconveniente —como al principio creyó, sobre todo porque no la dominaba— le estaba facilitando su labor y creía que pronto podría llevar bonanza y prosperidad a su reino. Había aprendido toda clase de conjuros y su madre lo elogiaba por los enormes progresos que había

experimentado. Según Diana, aprendía más rápido de lo que nunca se hubiera imaginado.

Amira y Ansol bromearon con las anécdotas que había contado sobre cosas incendiadas o que volaban por los aires mientras aprendía a controlar la magia.

—Parece que eres buen heredero de los dones de tus padres —dijo Amira riendo.

Entonces el semblante de Erac palideció. Ansol lo miró preocupado.

—Yo…, siento si he dicho algo inconveniente —se disculpó la chica azorada. No sabía muy bien a qué se debía el cambio de humor de su

amigo, pero estaba claro que tenía que ver con su comentario.

—No, no has dicho nada malo —la corrigió Erac.

El joven permaneció en silencio observando la sombra rojiza que se proyectaba en la pared. La chimenea le quedaba a la espalda y sólo podía ver su reflejo en la piedra gris.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ansol.

Al fin el chico levantó la mirada para mirar a sus amigos.

—Veréis yo… —Erac titubeó un instante antes de atreverse a revelar el motivo de su visita—. Como bien ha dicho Amira, he heredado buena parte de los dones de mis padres. Por un lado, gozo de la capacidad de mi madre de conectar con la naturaleza y de sanar los cuerpos enfermos. Pero también he heredado la capacidad de controlar los elementos y de ver el futuro, que tenía mi padre.

Amira y Ansol se miraron sorprendidos, pero no dijeron nada. Esperaron a que Erac apurara la copa de vino que le habían servido antes de que retomara el hilo de la conversación.

—Mi padre tenía la virtud de adelantarse a los acontecimientos que iban a producirse. No podía controlarlos, sólo los contemplaba a través de sus sueños y visiones. De ese modo pudo adelantarse a lo que Magnus trataba de hacer y detenerle, aunque no siempre se puede evitar lo que ha de suceder. Según dice mi madre, si un mago toma la decisión de intervenir en lo que debe producirse para cambiarlo, el precio que debe pagar será demasiado alto.

Amira asintió, comprensiva. Ansol negó con la cabeza al recordar cómo Edmen entregó su vida para acabar con Magnus.

—¿Vienes a contarnos algo que has visto en una de tus visiones?

—Amira comprendió de pronto el objeto de la visita.

Erac asintió:

—Hace tres semanas vi a Magnus en uno de mis sueños.

Amira abrió los ojos atónita. Ansol se levantó de su silla de un salto y miró a Erac desde su posición, visiblemente contrariado.

—Magnus ha sobrevivido y ha conseguido refugiarse en otro continente.

—Erac continuó su relato ajeno a las miradas incrédulas de sus amigos—.

He estado desde entonces consultando los mapas de todos los continentes que existen, y creo que sé dónde se encuentra.

El más absoluto silencio reinó en el salón. Sólo se oía el crepitar de las llamas acompañando el acelerado latir de los corazones de los jóvenes.

Amira emitió un leve suspiro que rompió la esteticidad del momento.

—¿Y qué trama ese gusano? —preguntó al fin Ansol, que empujaba los puños contra la mesa mientras apretaba la mandíbula.

Erac se tomó su tiempo antes de contestar. Amira conocía bien aquel gesto de su amigo y sabía que nada bueno vendría a continuación.

—Pretende apoderarse de una extraña magia que reside en aquel continente. Quiere usarla como arma contra nosotros. Desea aniquilar Durian.

Las palabras de Erac flotaron en el aire algunos minutos. Cada uno de ellos divagaba sobre lo que suponía. Amira se estremeció. Miró a su marido y después a su amigo.

—¿Qué debemos hacer? —Ansol formuló la pregunta, preocupado. Se sentó frente a Erac y lo miró a los ojos, temeroso de la respuesta.

El mago suspiró derrotado. Cerró los ojos mientras negaba con la cabeza. Luego volvió a enfrentarse a la mirada de Ansol.

—Debemos ir a buscarlo e impedir que se haga con ese poder.

Amira se dejó caer contra el respaldo de su sillón y palideció al instante.

La cabeza le daba vueltas y sintió náuseas. Se incorporó para toparse con las miradas expectantes de Ansol y Erac. La chica los observó un instante, sopesando la importancia de su decisión.

Finalmente asintió.

Document Outline

- Prólogo
- 1. La Dama
- 2. El Caballero
- 3. La fiesta de compromiso
- 4. El sonido de la cuerna
- 5. Preparativos
- 6. La despedida
- 7. Unión de ejércitos
- 8. Sorpresa en Álcorin
- 9. Llegando al campo de batalla
- 10. Encuentro en el bosque
- 11. Planes ocultos
- 12. Una ayuda inesperada
- 13. Falta de noticias
- 14. La emisaria de la reina
- 15. El campo de batalla
- 16. Camino del Reino del Este
- 17. La verdad
- 18. La capital del reino
- 19. Barcos negros
- 20. Secuestrada
- 21. Emboscada
- 22. El Bosque Encantado
- 23. Un enemigo inesperado
- 24. El reencuentro
- 25. Nueva despedida
- 26. De vuelta al sur
- 27. Rendición
- 28. Ayuda del este
- 29. Ataque sorpresa
- 30. De vuelta al hogar
- 31. Una visita inesperada
- Epílogo